

La aventura de Chanur

C. J. Cherryh



La Saga de Chanur - Lectulandia

Un misterioso proyecto de los humanos y los mahendo'sat involucra de nuevo a la capitana hani Pyanfar Chanur y a su tripulación en una intriga estelar de grandes proporciones. De nuevo la compleja e inestable relación entre las especies que forman el Pacto se halla amenazado, al tiempo que la propia Pyanfar ve en peligro el futuro de la casa de Chanur en su planeta natal. Y esta vez, incluso los respiradores de metano, los misteriosos knnn y los elusivos tc'a, están implicados. El reencuentro con el humano Tully y el *mahe* Dientes-de-oro es el punto de arranque de las nuevas peripecias que componen el segundo volumen de la serie iniciada en EL ORGULLO DE CHANUR y que ya ha revolucionado el concepto de *space opera*.

«MARAVILLOSO... acción y suspense... espectaculares extraterrestres... una impresionante aventura... batallas y huidas espectaculares...» Locus

Lectulandia

C. J. Cherryh

La aventura de Chanur

Saga de Chanur - 2

ePUB v1.1

ualah 18.09.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Chanur's Venture*
C. J. Cherryh, 1984.
Traducción: Albert Solé
Ilustración portada: Michael Whelan
Diseño portada: ualah

Editor original: ualah (v1.0 a 1.1)
ePub base v2.0

PRESENTACIÓN

Uno de los subgéneros más habituales en el seno de la ciencia ficción es la narración de ámbito interestelar repleta de acción y aventuras, que posiblemente fue el esquema más utilizado en las novelas de los años veinte y treinta. Sus características llevaron a Wilson Tucker en 1941 a proponer el término *space opera* (ópera espacial) para identificar esas narraciones de cariz aventurero que transcurrían en torno al viaje interestelar. El nombre deriva, con clara intención peyorativa, de las *soap opera* (literalmente "óperas de jabón"), que era la denominación popular de los seriales radiofónicos de la época patrocinados por marcas de detergentes.

El término fue acuñado en tono crítico para destacar la ingenuidad literaria y el carácter de cliché de ciertas novelas de la primera época de la ciencia ficción. Tiene su equivalente en la ya muy tradicional novela de aventuras del oeste (la *horse opera* u "ópera de caballos") en la que se ha sustituido el caballo por la nave espacial, el revólver por la pistola de rayos y las anchas llanuras del oeste norteamericano por el espacio interestelar sin fin.

Aunque el término *space opera* mantiene todavía, para algunos, muchas de las características peyorativas que tuvo en los años cuarenta y cincuenta, se utiliza más recientemente con un cierto grado de nostalgia y sirve para identificar cualquier narración de aventuras espaciales, en particular aquellas en las que la acción tiene un papel preponderante e incluso definitivo.

Puede decirse que, con estos elementos, la *space opera* ha sido uno de los subgéneros de la ciencia ficción que más ha resistido al cambio y a la modernización. Sus tramas argumentales han pecado demasiadas veces de esquematismo, los personajes no tenían prácticamente ninguna profundidad psicológica; las narraciones rezumaban un etnocentrismo excesivo. El protagonista solía ser un joven aventurero terrestre, rubio y apuesto, tal y como ha popularizado el Han Solo de la saga cinematográfica de *La guerra de las galaxias* de George Lucas.

Ha habido que esperar a los años ochenta para que la *space opera*, uno de los subgéneros más entrañables de la ciencia ficción, alcanzara la madurez. Y ello ha sido posible gracias a una obra que marca el punto de partida de una nueva *space opera* en la que perdura la acción y la aventura pero que supera el limitado esquema del etnocentrismo machista que había sido su elemento central hasta la fecha. Se trata, evidentemente, de *El orgullo de Chanur* (1982), de C. J. Cherryh, que se ha convertido en primera entrega de una saga de aventuras galácticas no protagonizadas por varones humanos y que se desarrolla en el seno de un inestable Pacto entre varias de las especies más sorprendentes que ha creado la ciencia ficción.

Ha sido precisamente el gran éxito de *El orgullo de Chanur* en los Estados Unidos lo que ha llevado a su autora a seguir desarrollando las grandes posibilidades

abiertas en el universo del Pacto. Nos encontramos, en este caso, con una nueva *space opera* en la que se realizan dos modificaciones muy importantes fundamentales para la madurez del subgénero. Por una parte Cherryh huye del etnocentrismo habitual presentando la aventura y la acción desde la óptica de los hani una raza de leones de forma humanoide y, al mismo tiempo, abandona el punto de vista de los personajes de sexo masculino para centrar el relato en las peripecias de una capitana hani. Y, además, entre los hani se da también una intencionada inversión del papel de los sexos respecto de lo que ha sido habitual entre los humanos.

Y junto a ello, la saga de Chanur nos ofrece también aventura y acción como corresponde a la *space opera* y también ese inestimable e imprescindible "sentido de la maravilla" que se traduce en las diversas especies que componen el Pacto y, sobre todo, en sus complejas relaciones político-comerciales que superan en mucho la simple trama habitual de la *space opera* clásica.

Todo ello es mucho más visible en las tres últimas novelas de la saga de Chanur que se inician con ésta que hoy presentamos. En realidad *El orgullo de Chanur* es una novela aislada que no pretendía ser el inicio de una serie y cuyo éxito dio lugar a la aparición de la saga. Por un acuerdo con su editor norteamericano, Cherryh (tal y como cuenta en una "nota del autor" que se incluye en el tercer volumen de la serie) ha escrito como continuación un largo relato de más de un millar de páginas que se ha editado, también en Norteamérica, en tres volúmenes. Pero lejos de forzar artificialmente conclusiones parciales a cada uno de los tres libros, la autora se ha decidido por mantener su unidad. Se respeta en cierta forma el esquema tradicional de planteamiento, nudo y desenlace, que corresponden respectivamente a cada una de las tres últimas novelas de la serie. Por ello más de un lector se sorprenderá del aspecto inconcluso del presente volumen que termina con un montón de problemas planteados y no resueltos todavía.

Los aficionados norteamericanos tuvieron que mantener suspendida su curiosidad durante todo el año que transcurrió entre la aparición de cada uno de los libros que forman la serie. En efecto, *La aventura de Chanur* se publicó en enero de 1984, *La venganza de Chanur* no apareció hasta enero de 1985, y tuvieron que esperar hasta enero de 1986 para leer la conclusión final en *El regreso de Chanur*. Los lectores en castellano tendrán más suerte ya que nuestro proyecto es publicar los tres volúmenes con un lapso de dos o tres meses de separación entre cada uno de ellos. Confiamos en que así la interesada espera sea más soportable.

Como ya se ha dicho, esta novela es un reinicio de las aventuras de Chanur y el lector que se incorpore a la serie en este volumen puede leerlo independientemente de que conozca o no la trama de *El orgullo de Chanur*. Le bastará saber que la primera novela de la saga centra sus peripecias en la huida de la nave de la capitana Pyanfar Chanur que alberga el Extraño (el terrestre Tully), perseguido por los kif. Finalmente

Pyanfar volverá a su planeta Anuurn, donde deberá colaborar en la defensa de su propio clan. Los elementos más básicos del entorno en que se desarrollan estas aventuras se encuentran en el Apéndice que se incluye al final de este volumen y puede también ser leído antes que la narración. En el resto de novelas de la serie se incluirá al principio un recordatorio de la situación tal y como quedó planteada al final de los volúmenes anteriores.

Entre los muchos elementos de reflexión que salpican esta saga espacial, merece particular atención el curioso detalle de la capacidad lingüística de las diversas especies del Pacto. Posiblemente la cuidada atención al lenguaje y a las dificultades de comunicación entre distintas especies no sea ajena a la historia personal de la autora como profesora de latín. De ahí que los mahendo'sat, pese su gran inteligencia, puedan tener dificultades para hablar correctamente el lenguaje hani. Se trata, tal vez, de un homenaje a las ideas de Noar Chomsky y su concepción sobre la forma como los humanos accedemos al lenguaje, tal vez por características esenciales de nuestra propia estructura cerebral. También cabe citar la complejidad del lenguaje de matrices de los t'ca, la dificultad de interpretar el lenguaje y los procesos mentales de los knnn y la maravillosa facilidad lingüística de los kif. Y todo ello, en el fondo, no es más que uno de los múltiples detalles que salpican esta saga espacial y le confieren un interés particular sin que se pierda el atractivo de la acción y las aventuras propias de la mejor *space opera*.

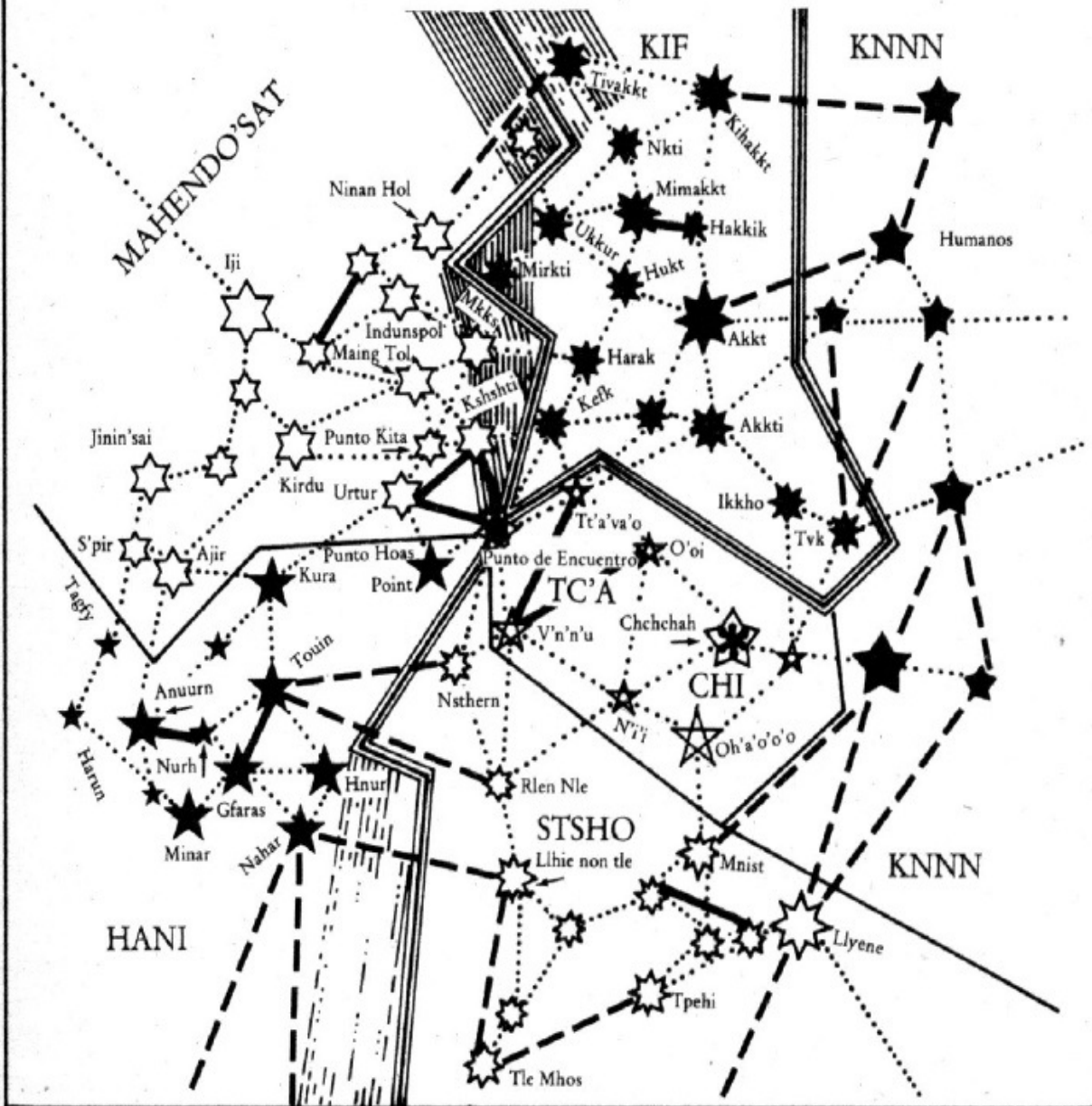
Para los puristas conviene advertir que el primer volumen de la serie fue traducido de la edición británica en la que se deslizó un error tipográfico o tal vez fuera una muestra del poco conocido poder de los correctores de estilo. Se trata del nombre del kif enemigo de Pyanfar que aparecía allí como Akukkakk, cuando el nombre correcto (rescatado a partir de este volumen en nuestra traducción) es Akkukkak. Puede parecer un detalle banal, pero la errónea grafía británica no se corresponde en absoluto con la estructura general de los nombres kif y su repetida doble k en las primeras sílabas.

Y hasta aquí la presentación. Prepárense para sumergirse en el universo del Pacto y disfrutar de las aventuras de Pyanfar y su tripulación. De nuevo es el humano Tully el que está en el centro de una compleja maniobra de política y comercio interestelar de grandes vuelos que enfrenta los kif y los mahendo'sat y que llega incluso a forzar la intervención de los misteriosos knnn. Pero no adelantemos acontecimientos. En el ámbito doméstico, un elemento destacado de esta narración es la difícil acomodación del marido de Pyanfar a la vida de tripulante espacial. Se trata de una novedad radical entre los hani cuya división sexual del trabajo parece estar tan rígidamente compartimentada como lo ha estado la nuestra hasta hace pocos años. Pero todo cambia...




A Diane Nancy

MAPA ESPACIAL DEL PACTO




Profundidad de campo – más/menos 40 años luz




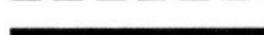

SÍMBOLOS

-  – Estrella central de un sistema
-  – Estrella y/o estación de importancia
-  – Punto de salto y/o estación comercial de poca importancia

FRONTERAS

-  – Pacíficas
-  – Prohibidas
-  – Disputadas

RUTAS

-  – Rutas posibles sólo para naves knnn
-  – Rutas posibles sólo para naves de poca masa
-  – Rutas posibles sólo para naves que lleven masa

NOTA: Algunas veces las estrellas aparecen unas al lado de otras cuando en realidad la profundidad del campo representado en el mapa debería situarlas bastante alejadas. Las rutas de navegación han sido planeadas tanto para «subir» y «bajar» como para el desplazamiento lateral.

1

El encuentro con viejos amigos era bastante común en la estación, un lugar al que acudían media docena de especies para comerciar; y uno de esos viejos amigos se acercó a Pyanfar Chanur cuando apenas había terminado las maniobras de atracar la *Orgullo* en el muelle. Pyanfar Chanur pertenecía a la especie hani y tanto su melena como su barba eran espesas y rizadas, de un color dorado como el vello, más corto, que le cubría el resto del cuerpo. En su oreja izquierda lucía los anillos de oro, fruto de los viajes coronados con éxito, y en uno de ellos situado más abajo, se veía una perla de tamaño monstruoso en forma de lágrima. Llevaba unos pantalones muy anchos de seda roja con unas rayas anaranjadas tan leves que casi resultaban invisibles. Alrededor de su cintura lucía una serie de cordoncillos en cuyos extremos se balanceaban piedras preciosas, oro y colgantes de bronce. Pyanfar no pasaba nunca desapercibida: parecía exudar un aura de riqueza y dignidad y fuera donde fuera todos se volvían siempre para mirarla.

Al dar la vuelta a un grupo de recipientes, que esperaban ser recogidos en el muelle, distinguió una silueta prácticamente desnuda y cubierta de pelaje oscuro: un mahendo'sat. Aquel era un encuentro que no resultaba nada fuera de lo normal en la estación. Pero este mahendo'sat en particular extendió los brazos al verla. Sus ojos se iluminaron con un brillo de alegría y su ancho rostro se abrió en una encantadora sonrisa, que dejaba al descubierto unos gruesos dientes cubiertos con fundas de oro.

—¡Pyanfar! —exclamó.

—¡Tú! —Pyanfar se paró de golpe— ¡Tú! —apartó de un manotazo al mahendo'sat que pretendía abrazarla y reanudó la marcha a buen paso, para que éste tuviera que correr un poco si deseaba alcanzarla.

—¡Ah!, capitana hani —gritó el mahe al verla marchar—. ¿Quieres un trato?

Pyanfar se volvió nuevamente hacia él, con las manos en las caderas, y dejó que el mahe la alcanzara, pese a que su sentido común le pedía que no lo hiciera. Una pesada mano cayó sobre su hombro y el mahe sonrió de nuevo con su mueca deslumbrante.

—Mucho tiempo —dijo Dientes-de-oro.

—¡Los dioses te pudran! Deja de mirarme de ese modo y basta de sonrisas. ¿Quieres que te sonría yo también, bastardo mahe? Dime, ¿cómo has logrado entrar en los muelles?

—Acabo atracar. Encuentro buena amiga aquí. Dar sorpresa, ¿eh? —rió nuevamente, le dio una palmada en la espalda y luego, pasando sobre sus hombros un fuerte brazo cubierto de áspero vello, empezó a impulsarla hacia los diques de las naves—. Tengo regalo, hani.

—¡Un regalo! —las garras de Pyanfar rechinaron sobre el suelo metálico de la

estación, resistiéndose como buenamente podía a tal exhibición de amistad y pensando todo el rato en los posibles testigos: por ejemplo, el sonriente grupo de mahendo'sat que haraganeaba ante una zona de carga rodeada de recipientes. Ante ellos se veía ya la entrada de una nave: la *Mahijiru*, sin duda—. Estás en deuda conmigo, mahe: herramientas, dos buenas soldadoras, reparaciones falsas, engaño y estafa.

Un brazo la empujó, con fuerza irresistible, hacia la rampa y los mahe que la ocupaban se apartaron para dejarles paso. Pyanfar se volvió en redondo para contemplar indignada a Dientes-de-oro, pero éste la sujetó con más fuerza por los hombros y siguió empujándola por la rampa.

—Pyanfar Chanur, mi buena amiga. Yo amigo. Recuerdas cómo yo salvé antes cuello ti, ¿eh?

—Regalo —masculló Pyanfar mientras atravesaba la escotilla—. Regalo. —pero siguió andando y se paró ante la segunda compuerta, permitiendo que los mahendo'sat que les habían seguido desaparecieran en los pasillos interiores. Dientes-de-oro se puso repentinamente serio y eso a Pyanfar todavía le gustó menos que su alegría anterior. Sus orejas se pegaron al cráneo—. ¿Qué clase de regalo?

El mahe le guiñó un ojo. Si, decididamente era un guiño. Hacía de comerciante cuando no lo era y fingía siempre un papel, al igual que la *Mahijiru* no era en realidad el lento mercante que aparentaba ser.

—Me alegra verte entera, hani.

—Ya —las comisuras de los labios de Pyanfar se alzaron lentamente en una sonrisa un tanto involuntaria y le dio una leve palmada a Dientes-de-oro en el brazo, sin esconder del todo las garras—. Yo también me alegro de verte, Ana Ismehanan-min. ¿Sigues jugando a ser comerciante?

—A veces hacemos comercio, siempre ayuda a ser honestos.

—Un regalo, ¿eh?

El mahe miró hacia su izquierda y el muro negro formado por los demás mahe se escindió rápidamente. Pyanfar se volvió hacia ellos y sus orejas se irguieron de golpe, mientras su boca se abría en una mueca de sorpresa al ver la desgarbada aparición, vestida a la moda stsho, que se había materializado en el umbral que daba paso a los corredores privados de la *Mahijiru*. La aparición tenía un rostro lampiño, salvo por una barba y una melena que parecían haber sido hiladas con rayos de sol. Su rostro no se parecía a ningún otro de los que poblaban el espacio civilizado.

—¡Oh, dioses! —dijo Pyanfar y giró en redondo, dispuesta a lanzarse hacia la escotilla. Pero los mahendo'sat la habían bloqueado.

—Pyanfar —dijo el humano.

Pyanfar se volvió lentamente, con las orejas pegadas al cráneo.

—Tully —dijo desesperada, y perdió la poca dignidad que aún le quedaba apenas

el humano la rodeó en un estrecho abrazo. Sus ropas apestaban al incienso utilizado por los mahen.

—Pyanfar —repitió Tully, irguiéndose lentamente hasta dominarla con su estatura, sonriendo como un mahe aunque procurara no hacerlo, pues ya sabía el efecto que producía su sonrisa— Pyanfar —repitió, evidentemente encantado.

Ese era el límite de su conversación, ya que su boca no había sido creada para el idioma hani. Dientes-de-oro posó su mano en un gesto posesivo sobre el hombro de Tully y lo apretó.

—Bonito regalo, ¿eh, Pyanfar?

—¿Dónde le has encontrado?

El capitán mahen se encogió de hombros.

—Hacer camino hasta mercante mahen llamado *Ijir*, largo tiempo nave mahen y todo tiempo pedir por ti, Pyanfar Chanur, loco chalado humano. Venir encontrarte, venir encontrarte, es todo lo que él saber.

Pyanfar alzó la mirada hacia Tully. Evidentemente algo debía estar maquinando, pues no tenía ninguna razón para encontrarse ahí, en un transporte mahendo'sat, a años luz del territorio humano y en una zona donde se había prohibido la presencia de su especie.

—No —le dijo a Dientes-de-oro—. No, decididamente no. Es problema tuyo.

—Él quiere encontrarte —dijo Dientes-de-oro—. Amiga. ¿Dónde tener tú sentimientos?

—¡Que los dioses te lleven!, que los dioses te lleven y te pudran, Dientes-de-oro. ¿Por qué? ¿Para qué? ¿Qué desea de mí?

—Quiere hablarte. Tu amigo, hani, buen amigo, ¿eh?

—¡Amigo! Bastardo piojoso y sin orejas. Acabo de arreglar todo el papeleo y ¿sabes lo que cuesta?

—Comercio —Dientes-de-oro se le acercó y le rodeó los hombros con el brazo en un gesto de conspiración. Pyanfar se quedó tan inmóvil como una roca, pegó las orejas al cráneo y le miró con una sonrisa francamente helada—. Comercio, hani. ¿Quieres hacer trato?

—¿Quieres perder el brazo?

Hubo un destello de dientes enfundados en oro.

—Rica, hani. Rica y poderosa. ¿Quieres comercio de este humano? Tiene comercio. Mira su cara.

—¿Tengo elección?

Una sonrisa aún más amplia.

—Amiga leal. Quiero hagas algo por mí. Quiero hagas feliz a este humano, ¿eh? Quiero le lleves hasta Personaje. Quiero que le lleves hasta han. Quiero que todos estén muy contentos. Buen comercio, hani. Beneficios.

—Claro, beneficios —le apartó de un empujón y alzó la mirada hacia el ansioso rostro manen—. Beneficios como la última vez, con facturas hasta la punta de las orejas, con las hani expulsadas durante seis meses de Punto de Encuentro y con la *Orgullo* fuera durante todo un maldito año.

—Seguro stsho muy agradecidos hani salvar sus pellejos, ¿eh?

—Igual de agradecidos que los mahendo'sat. Igual que ese mahe que me engañó y me...

Unas negras palmas se alzaron ante ella en un gesto conciliador.

—No culpa mía, no culpa mía. Stsho cierran Punto de Encuentro, ¿qué puedo hacer yo?

—Puedes cambiar de comercio, ¿qué otra cosa puedes hacer? ¿Qué ruta has estado siguiendo últimamente?

—Tú llevas él, ¿eh?

—Tú le has traído hasta aquí. Amigo. Es todo tuyo, al igual que los problemas legales que vengan después. ¡Explícaselo tú a los stsho!

—Tengo comercio, Pyanfar.

—¿Y que me embarguen? ¡Maldito seas, lunático sin orejas! ¿Estás pretendiendo terminar con mi negocio o qué? Los stsho...

—Pyanfar —dijo él, cogiéndola por los hombros—. Pyanfar, yo te digo, un papel tiene este humano, él lee para ti papel. Esa humanidad le envía. Tienen trato, comercio. Negocio grande, quizá lo más grande que el Pacto haya visto jamás. Tú obtienes parte.

Pyanfar inhaló lentamente una prolongada bocanada de aire que olía a mahen.

—Favores, ¿eh, Dientes-de-oro?

—¡Ah! —se rió él, apretándole el hombro con tal fuerza que Pyanfar pensó que iba a romperle algún hueso—. Prometido, hani. Yo hago promesa, yo guardo promesa. Tengo negocio. Tengo que ir. Tú coges humano. ¿No te hago yo promesa de que tendrás parte en comercio con humanos? Yo hago, yo guardo. Este humano viene a mí y yo le encuentro a mi vieja amiga Pyanfar. Tú quieres parte, tú tienes parte. Pero tienes que hacer esa cosa.

—Ahora llegamos por fin a lo bueno. ¿Por qué?

—Tengo negocio. Tengo que ir arreglar negocio.

—Tengo negocio. ¿Cómo te metiste en el asunto? ¿Cómo has conseguido meterme en este lío?

—Sabía tú venías, vieja amiga. Yo llegar aquí y esperar.

—¿Cómo podías saberlo? Ni yo misma lo supe hasta que se arregló todo el papeleo en Kura.

—Tengo contactos. Sabía que tenías arreglado asunto stsho. Por eso, tú venias aquí pronto.

—¡Que los dioses te llenen la piel de agujeros, mahe! Estás mintiendo.

En los oscuros ojos del mahe ardió un destello fugaz.

—Entonces, digamos que te seguimos desde Urtur.

—¿Con él? ¿Saliendo del espacio mahen? Es imposible, mamón. ¿Cómo te las arreglaste?

La mano se apartó de su hombro.

—Buena negociante, dura negociante, hani.

—Digamos, en lugar de todo eso, que los stsho mantuvieron a la *Mahijiru* fuera de las listas de ataque en Punto de Encuentro. Digamos que has estado aquí todo el tiempo, bloqueado y sin poder acceder a esas listas. Esperándome.

—Tú montones sospechas.

—Tengo un montón de sospechas condenadamente grande, bastardo sin orejas. Suelta la verdad ahora mismo.

—Podría decirla.

—Podrías, podrías... ¿Saben los stsho que él está aquí?

—Saben.

—Entonces, ¿de quién te andas ocultando? —y la idea cruzó como un rayo por su cerebro—. ¡Oh, dioses! —exclamó Pyanfar.

—Tengo problemas kif.

—Maldito seas, ¡entonces, llévatelo tú mismo! Puedes encargarte ahora mismo de todo este condenado asunto y...

—Amiga buena, amiga valiente. Kif espías ya aquí. Espías *han* también. Hay nave emisarios *han* en puerto. Saben que nos encontramos y después de esto muy curiosos todos. Así que ya tienes riesgo, hani. ¿No quieres beneficio también? Además, tú ofendido él y ofendido mí también.

Pyanfar se quedó inmóvil durante un tiempo que le pareció eterno, con las garras fuera como en un gesto reflejo. Finalmente, dejando escapar una larga bocanada de aire, las volvió a esconder.

—¡Que los dioses te...!

—Yo trato bueno y justo, Pyanfar. Número uno, trato genial. Sé que tienes problemas. Tienes problemas han. Prometiste comercio con humanos y no haberlo conseguido. Tú perder palabra. Tener problemas compañeros.

—Cállate.

—Yo guardo promesa, Pyanfar. Quieres compartir provecho, entonces debes compartir riesgo.

—Y compartir el suicidio, también. ¿Quién te has creído que soy?

—Consigues comercio humano, entonces tus enemigos no pueden tocarte. ¿Cómo tocar capitana hani? El *han* no gusta que tú perder dignidad. Tú hacerte rica, tú conservar vida de tu hermano, tú conservar compañero. Conservar la *Orgullo*.

Pyanfar sintió que dos muros de oscuridad se formaban en los extremos de su campo visual. Sus ojos, siguiendo el instinto de la caza, sólo veían ahora a Dientes-de-oro. Le resultaba muy difícil oír algo, ya que sus orejas se habían pegado al cráneo de tal forma que prácticamente estaban dobladas contra él. Con un esfuerzo de voluntad logró desplegarlas y miró a su alrededor, fijándose sobre todo en el rostro inquieto de Tully.

—Me lo llevo —le dijo a Dientes-de-oro con voz ronca. Le costaba respirar—. Si...

—¿Si?

—... Si conseguimos una carta de crédito para los puertos y astilleros mahe. Que sea válida para cualquier sitio e ilimitada.

—¡Dios! ¿Tú crees yo Personaje?

—¡Creo que ocupas el segundo lugar en la cadena después de éste, bastardo intrigante de orejas mordidas! Creo que tienes ese poder, creo que puedes conseguir todo el maldito crédito que te venga en gana, igual que hiciste en Kirdu, igual que...

—Tú sueñas —Dientes-de-oro posó lentamente su mano de uñas romas sobre su pecho, como disponiéndose a jurar algo—. Yo capitán. No tengo crédito como ese.

—Pues, adiós —Pyanfar giró en redondo enseñándole los dientes al grupo de mahe que bloqueaba la escotilla—. ¿Piensas mover a esa pandilla tuya o quieres que me encargue yo en tu nombre?

—Yo escribo —dijo él.

Ella se volvió hacia Dientes-de-oro con las orejas pegadas al cráneo y la mano extendida.

Dientes-de-oro le hizo una seña al mahe que tenía junto a él.

—Tablilla —dijo y el mahe desapareció a toda prisa por el corredor, con un repiqueteo metálico producido por las garras de sus pies descalzos, que no eran retráctiles.

—Eso está mejor —dijo Pyanfar.

Dientes-de-oro frunció el ceño, cogió la tablilla que le había traído el mahe, ahora sin aliento, cogió el punzón y se puso a escribir. Luego sacó un sello del cinturón que le cruzaba el pecho y lo insertó en el aparato. La tablilla lanzó unos instantes después su documento, con el sello indeleblemente grabado en él. Dientes-de-oro lo cogió.

—Antes de actuar haré que me traduzcan eso —dijo Pyanfar.

—Tú bastarda, Pyanfar —la sonrisa de Dientes-de-oro tenía un aspecto sorprendentemente hani en su oscuro rostro mahen—. Auténtica bastarda. No — apartó la mano al ver que Pyanfar extendía sus dedos hacia el documento y, dándose la vuelta, se lo tendió a Tully, el cual les miró a los dos con expresión confundida—. Deja que sea él. Él trae. Con otros documentos.

—Si ese papel no dice lo que debe decir...

—¿Tú qué hacer? ¿Arrojar buen amigo Tully por la compuerta? Tú no hacer eso.

—¡Oh, no! No haría tal cosa. Pago las deudas tal y como se merecen, viejo amigo.

La sonrisa de Dientes-de-oro se hizo todavía más amplia. Metió la tablilla entre los dedos de un tripulante y le dio una palmada en el brazo.

—Algún día tú me darás las gracias.

—Puedes apostar a que sí. Pagaré todo lo que debo, encontraré un medio. ¿Cómo piensas llevarle hasta la *Orgullo*? ¡Anda, dímelo! Si le llevas caminando hasta mi dique yo misma me ocuparé personalmente de arreglarte las orejas.

—Tengo recipiente espacial —Dientes-de-oro extendió la mano—. Papeles aduana —dijo, y otro tripulante le entregó una tablilla y un punzón distintos de los anteriores—. Aceptas mercancía, ¿eh? Fruta sishu. Pescado seco. Tienes cuatro recipientes. Uno está preparado, tiene sistema apoyo vital primera clase. Pásalo de ese modo.

Pyanfar meneó la cabeza como intentando aclarar sus pensamientos y se le quedó mirando.

—Me estoy volviendo loca. Ese truco es tan viejo que ya tiene canas. En nombre de los dioses, ¿por qué no le metes dentro de una alfombra y lo tiras sobre mi cubierta? También puedes entregármelo dentro de una cesta, ¿por qué no? En nombre de los dioses, ¿qué estoy haciendo aquí?

—Sigue siendo buen truco. Quieres a este honesto ciudadano, entonces paga impuesto aduanas, ¿eh?

Las orejas de Pyanfar se pegaron con un furioso chasquido a su cráneo y, de un tirón, agarró la tablilla garabateando en ella su firma. Luego se la tiró al tripulante mahe, que parecía no atreverse a mirarla y mantenía el rostro cuidadosamente vacío de toda expresión.

—Pescado —dijo con un gesto de repugnancia.

—Mercancía más barata para tasas. ¿Qué quieres, pagar más? Yo te digo tengo todo arreglado.

—Apuesto a que sí.

—Aduanas no hacer preguntas. Arreglo número uno, primera clase.

—Pues yo tengo algunas preguntas, montones de preguntas. Me has tendido una trampa, bastardo mamón, así que acepto el trato. Pero, por todos los dioses, me vas a explicar cuánto sabes sobre este asunto. ¿Cuál es el problema con los kif? ¿Dónde están? ¿Vienen ya pisándonos los talones?

—Siempre hay kif en Punto de Encuentro.

—Entonces, por todos los dioses, ¿para qué has venido? ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Saben los kif qué tienes entre manos?

Dientes-de-oro se encogió de hombros.

—Puede.

—¿Cuánto hace de eso? ¿Cuánto tiempo llevas metido en esto?

Volvió a encogerse de hombros.

—Paquete. En paquete hay papel que te lo dice todo. Tully traerá dentro de recipiente. Tú coges y lees todo. Tú corre. Ve a Maing Tol, ve a Personaje. Allí tendrás mucha, mucha ayuda.

—¿Andan tras de tu nave?

Volvió a encogerse otra vez de hombros.

—Dientes-de-oro, maldito bastardo, ¿están muy cerca de ti?

—Tengo problemas —dijo Dientes-de-oro.

Pyanfar sopesó los posibles significados de sus palabras. La *Mahijiru* en un lío. Una nave mahen de combate con más problemas con los kif de los que podía manejar por sí sola.

—Así que tienes problemas. ¿Dónde irás ahora?

—Mejor tú no preguntar.

—¿Al espacio humano?

—Puede que me adentre en territorio stsho. Lee paquete. Lee paquete. Amiga.

—¡Maldito seas!

—Maldita seas tú también —dijo Dientes-de-oro con voz tranquila. Tenía las orejas muy tiesas y alrededor de sus ojos de oscuras pupilas había una fina red de arrugas—. Dios nos salve. Te necesito, Pyanfar. Yo mucho necesito de ti.

—Ya —Pyanfar irguió las orejas con un leve tintineo de anillos—. Oye, mahe, no soy ninguna nave de combate bendecida por los dioses.

—Eso ya sé.

—Claro, claro —se apartó unos pasos intentando respirar algo de aire que no apestara a mahe y miró a Tully, que de todo lo ocurrido comprendía... bueno, quizás entendiera algo. Siempre había encendido más de lo que podía expresar hablando.

Tully no le mentiría, de eso al menos estaba bastante segura. El silencio y la firmeza con que sus ojos se clavaban en los de Pyanfar eran una garantía de que en ese asunto al menos él era honesto.

—¿Cuándo traigo a ti? —le preguntó Dientes-de-oro.

Pyanfar se volvió nuevamente hacia él.

—Tengo una cita en las oficinas de la estación y no puedo faltar a ella. Tengo que darle instrucciones a mi tripulación, debo explicarles que me has dado un buen montón de problemas, ¿entiendes? Y será mejor que tengas cuidado —sacó una garra y la clavó con cierta dureza en el pecho de Dientes-de-oro para tener el gusto de ver cómo fruncía el ceño—. Será mejor que tengas mucho cuidado con ese paquete. Cuídalo como si los mismos dioses estuvieran dentro, ¿entendido? —y en sus palabras había un doble significado.

—Entendido —dijo Dientes-de-oro con voz tan tranquila como antes. Había comprendido el doble significado de sus palabras, estaba segura de ello.

—Tengo que estar tres días aquí —dijo ella—, tres días de retraso con esos malditos kif husmeando por todos lados. Si saco a la *Orgullo* de aquí, antes de esos tres días, tendré problemas muy considerables y la atención se concentrará excesivamente sobre nosotros. ¿Cuándo te vas?

—Entrego paquete, espero un poco y luego voy. No tengo carga, sólo recipientes falsos que yo te doy.

—Bien —se dio la vuelta para encontrarse con los ojos de Tully y le dio un golpecito muy suave en el brazo, recordando lo frágil que era su piel—. Seguro, ¿me entiendes? Haz lo que te digan. Nada de miedo. Esos mahendo'sat te llevarán hasta mí. ¿Entendido?

—Sí —dijo Tully y la miró con aquella expresión suya tan peculiar, con sus pálidas pupilas que siempre parecían estar al borde de la desesperación.

Pyanfar agitó las orejas y sus fosas nasales se ensancharon al percibir de pronto el olor de algo que no era tan sólo el habitual remolino de Punto de Encuentro y sus problemas. Captó algo más importante que un stsho corrompido, rutas comerciales cerradas al tránsito y consejos stsho enloquecidos por la xenofobia y preocupados ante la especie humana, que deseaba pasar a través del espacio stsho. Conspiraciones mahen. La codicia de los kif. Miró nuevamente a Dientes-de-oro.

—Regalos. Un regalo estupendo. ¡Ja!

Dientes-de-oro alzó la cabeza, con los ojos medio ocultos por sus párpados.

—Yo te digo esto, vieja amiga. Kif no olvidan. Ellos cazan mí y pronto cazan ti. No venganza. Pensamiento Kif. *Skikkik*. Cazan mí, cazan ti. Tully viene aquí, esta vez tiene gran problema. Este negocio que Tully nos trae sólo apresura cosas. Hace que nosotros podamos fijar tiempo, y no kif.

—Ya —dijo ella—. Por lo tanto, debo aceptar el regalo. No me gusta que las cosas se arreglen a espaldas mías, y será mejor que te andes con cuidado. Corre, mahe, y corre tanto como puedas. Te deseo suerte.

—Tú tienes —dijo Dientes-de-oro—, pero yo también te deseo suerte, hani.

Pyanfar agitó las orejas, indecisa, se dio la vuelta y salió por la escotilla después de atravesar el grupo de mahendo'sat, que se abrió ante ella para dejarle paso.

Suerte.

Mucha suerte.

Mientras andaba por los muelles no se daba cuenta de lo que veía. Estaba revisando los problemas del pasado y los que le reservaba el futuro. Peligroso, pensó, al distinguir de pronto una vaharada de un olor que no era ni stsho ni mahendo'sat, sino de algo que le resultaba imposible de identificar en la atmósfera fría y carente de

límites de los muelles.

Quizá fuera un cargamento. Quizá fuera otra cosa. El olor hizo que Pyanfar frunciera la nariz y sintiera un escalofrío entre los omoplatos.

Sin mirar a su alrededor siguió andando por los muelles de Punto de Encuentro, pasó junto a los accesos de las naves, de los cuales emanaban olores más amistosos y sintió bajo sus pies el frío de las planchas metálicas. Había otras naves hani en Punto de Encuentro. Había leído la lista antes de que la *Orgullo* entrara en el dique: El *Sol Dorado de Marrar*; *La Prosperidad de Ayhar*; ¡oh, sí!, y también la *Vigilancia de Ehrran*. Esa nave, la nave que Dientes-de-oro había mencionado sin emplear su nombre. Esos ojos *han* que sin duda estaban muy ocupados en esos momentos, pero que eran muy capaces de distinguir los movimientos más furtivos... como, por ejemplo, los de la capitana Chanur visitando una nave mahen.

Había una docena más de naves mahen en el puerto: *Tigimiransi*, *Catimin-shai*, *Hamarandar*. A esas las conocía desde hacía años. También le resultaban familiares algunos nombres stsho, como la *Assustsi*, la *E Mnestsist*, la *Heshtmit* o la *Tstaarsem Nai*. Si se daba la vuelta a la gran rueda de Punto de Encuentro y se rebasaba la colosal escotilla que separaba a las especies que respiraban oxígeno de las que consumían metano, las naves adquirirían nombres mucho más raros: nombres como *tc'a*, *knnn* y *chi*... si es que los *knnn* conocían lo que era un nombre, claro. La *Tho'o'oo* y la *T'TTmmmi* eran naves *tc'alchi* que había visto antes de las listas de los muelles.

Y las kif. Naturalmente, había también kif. Se había tomado un interés particular en aprender sus nombres antes de que la *Orgullo* se posara en el dique. Nombres como *Kekt* y *Harukk*; *Tikkukkar*, *Pakakkt*, *Maktikkh*, *Nankktsikkt oIkhoiktr*. Nombres kif que intentaba aprender de memoria siempre que los encontraba, como una precaución siempre buena y necesaria, al igual que intentaba acordarse de sus rutas, los puntos en que atracaban, cuáles eran sus destinos y a qué tipo de comercio se dedicaban.

Este año, los kif estaban observando las rutas que ella seguía con el mismo interés. De eso estaba segura.

No se entretuvo en los muelles, pero tampoco fue tan deprisa como para llamar la atención. De vez en cuando miraba a un lado o a otro con la curiosidad normal en una recién llegada y, con el mismo paso despreocupado que había mantenido hasta entonces, se acercó a la cabina de comunicaciones más próxima, pegada a una hilera de oficinas del muelle. Tecleó el número de código de Chanur y luego el código del enlace de la estación que la pondría en contacto con el puente de la *Orgullo*. Y esperó. El comunicador estuvo zumbando y crujiendo durante nueve ciclos de llamada sin que nadie contestara.

Había un kif en los muelles. Pyanfar observó disimuladamente la alta figura

envuelta en una capa que permanecía junto a una nave, conversando con dos stsho, que movían sus pálidos brazos enfáticamente, Estaba de espaldas a la pared de plástico y sus ojos no perdían detalle de la conversación, pese al velo que interponía entre ella y la cabina el constante tráfico formado por vehículos de servicio y peatones. Casi todos eran stsho, vestidos con colores claros y de aspecto elegante, entre quienes se veía de vez en cuando un mahendo'sat, delgado y cubierto de vello oscuro. Algo que tenía alas pasó muy deprisa hacia lo alto, dirigiéndose aparentemente hacia el final del muelle.

Sólo los dioses podían saber qué era aquella criatura.

Hubo un chasquido.

—*Orgullo de Chanur* —le respondió finalmente una voz—. Oficial de cubierta al habla.

—Haral, maldita seas, ¿cuánto hace falta para que contestes una llamada?

—¿Capitana?

—¿Quién está fuera?

—¿Fuera de la nave?

—Quiero el inventario de esa carga enseguida. ¿Me has oído? Quiero que os metáis todas a ello sin perder ni un segundo. Nada de permisos ni paseos. Sí hay alguna fuera, ve a buscarla. Ahora mismo.

—Bien —respondió la voz en tono respetuoso—, bien, capitana —en la voz también había un leve tono de interrogación.

—¡Hazlo!

—De acuerdo. Pero... ¿capitana?

—¿Qué?

—*na* Khym está fuera.

—¡Dioses y truenos! —Pyanfar tuvo la sensación de que su corazón se le había caído a los pies—. ¿Adónde ha ido?

—No lo sé. Creo que al mercado libre. ¿Hay algún tipo de problemas?

—Vuelvo enseguida. Búscales, Haral. Quiero que le encuentres.

—Bien, capitana.

Pyanfar colgó el auricular con un golpe seco y se dirigió hacia la nave todo lo aprisa que pudo.

Khym, ¡por todos los dioses! Su compañero daba un paseo totalmente confiado, pensando que el tener los documentos en orden significaba estar a salvo... en una estación comercial de los stsho, donde las armas estaban prohibidas. Había salido de la nave para dar un paseo igual que lo había hecho en Urtur y Hoas, por entre los mahendo'sat; tal y como había ido, allí donde le daba la gana, en los dos últimos mercados que habían visitado. Un macho, sin nada que hacer a bordo de la nave y muy aburrido.

¡Dioses! ¡Oh, dioses!

En ese instante se acordó del kif y miró hacia atrás por encima del hombro. No era un acto muy juicioso, pero Pyanfar ya había prescindido de toda precaución.

El kif seguía ahí. Ahora la miraba sin hacer caso a los dos stsho que gesticulaban cada vez más. Era una silueta negra, de aire lúgubre, que parecía muy interesada en Pyanfar.

Pyanfar giró en redondo y avanzó tan rápido como le era posible sin echar a correr, rebasando la *Mahijiru* por detrás de su registro de entrada, que no estaba encendido (¿se habría averiado?), y dejó atrás un dique tras otro mientras sentía en su rostro la fría atmósfera manufacturada por los stsho.

Cuando divisó el muelle de la *Orgullo* estaba jadeando, más a causa de los nervios que del cansancio. Allí nada parecía moverse. La maquinaria que habría debido estar encargándose de la mercancía estaba parada y la rampa aparecía llena de recipientes. Haral estaba fuera, esperándola, una silueta roja y oro con pantalones azules. Al verla venir fue hacia ella casi corriendo.

—Capitana —Haral se detuvo ante ella con un frenazo en seco que hizo chirriar sus garras sobre las placas metálicas—. Ya estamos buscando a Khym.

—He visto algunos kif —dijo Pyanfar. Eso fue suficiente. Las orejas de Haral se achataron contra su cráneo y sus pupilas se dilataron levemente—. Haral, con el clan de Ehrran en el puerto, le quiero de vuelta ahora mismo. ¿Dijo dónde pensaba ir o lo que haría?

—No dijo nada, capitana. Teníamos trabajo y él estaba con nosotras, en la rampa. Cuando nos volvimos a mirar ya se había ido.

—¡Que los dioses le pudran!

—No puede haber ido muy lejos.

—Claro, claro —Pyanfar cogió el comunicador de bolsillo que le ofrecía Haral y lo colgó de su cinturón. Haral ya llevaba uno puesto—. ¿Quién se encuentra en el puente?

—Nadie. Estoy sola.

—Hilfy está allí fuera, ¿no?

—Fue la primera en salir.

—Ciérralo todo y ven conmigo.

—¡Bien! —respondió Haral, girando sobre sus talones y marchándose.

Pyanfar siguió andando.

El mercado, pensó. El famoso Mercado Libre de Punto de Encuentro era, evidentemente, el primer sitio donde debían buscarle. Objetos exóticos, baratijas, muchas cosas para ver.

Quizás hubiera decidido visitar los restaurantes antes que el mercado. O quizás hubiera ido a los bares.

Que los dioses se lo llevaran y que los dioses se la llevaran a ella, por haberse dejado convencer tan fácilmente y permitirle que las acompañara. En Anuurn le habían dicho que estaba loca y en momentos como el actual también ella creía en su locura.

Cuando Haral se reunió con ella, Pyanfar respiraba con una especie de jadeo convulsivo que le hacía sentir agudos pinchazos de dolor en los flancos.

—No está aquí —dijo Hilfy, la tripulante más joven de la *Orgullo*. En su oreja izquierda sólo llevaba un anillo y estaba empezando a salirle barba. Vestía pantalones azules de una tela gruesa, como cualquier tripulante hani, aunque era *ker* Hilfy, la que algún día llegaría a heredar Chanur. Se encontró con Tirun Araun entre dos hileras de puestos del mercado, perdida entre el desorden general de las telas, los alimentos y el parloteo aflautado de los comerciantes *stsho*. El aire resonaba con los trinos de animales exóticos, cuyo comercio era legal en la estación, y a ellos se mezclaban los gritos de los mercaderes y de los paseantes y la música de los bares que flanqueaban el mercado. El techo, de escasa altura, devolvía todo el estruendo en un eco continuo que se parecía a un rugido indescifrable. La confusión de olores era tal que resultaba imposible distinguir ninguno en particular y la vista se veía asaltada por un torbellino de colores.

—Tirun, he recorrido todas las hileras de puestos.

—Prueba en los bares —dijo Tirun, más veterana que ella. Su barba había alcanzado ya la talla de una adulta y su revuelta melena llegaba hasta sus hombros. Su oreja izquierda se movía sin cesar y en ella entrechocaban media docena de anillos—. Venga. Tú coges los pares y yo me encargo de los impares. Debemos visitar cada uno de los bares. Sólo los dioses saben si se le habrá ocurrido visitarlos o no.

Hilfy tragó aire y se puso en movimiento, sin ocurrírsele ponerle objeción alguna a esas órdenes. Al igual que Haral, había aceptado lo ocurrido, sabiendo que algo iba mal. Muy mal. Habían recibido una llamada en código para que abandonaran los muelles inmediatamente. Sus orejas no dejaban ni un solo momento de pegarse a su cráneo en un gesto involuntario y tenía que enderezarlas con espasmódicos esfuerzos de voluntad mientras buscaba una voz hani a través del tumulto constante de los bares para navegantes que flanqueaban el mercado.

En el primer bar no había señal de ningún hani. Estaba lleno de mahendo'sat, música estruendosa y el rítmico griterío y agitación de los navegantes borrachos.

Cuando salía se cruzó con Tirun y volvió a separarse de ella para dirigirse al siguiente bar.

Se encontró en un refugio de *stsho*, pero entre ellos distinguió el rojo dorado de algunas espaldas hani agrupadas junto a una mesa en forma de cuenco, con los cuerpos hundidos en el desnivel y las rodillas apoyadas en el borde. Una tripulante de

edad avanzada se volvió hacia ella y se la quedó mirando. Unos segundos después otros ojos se volvieron a contemplarla. Hilfy hizo una rápida reverencia con las manos agarrando el borde de la mesa.

—Hilfy Chanur *par* Faha, que los dioses os contemplen con bondad. ¿Habéis visto un macho hani?

Las orejas de todas las presentes se inclinaron instantáneamente hacia atrás y luego volvieron a erguirse con un esfuerzo que delataba cierta embriaguez, mientras seis pares de orejas cargadas de anillos se agitaban rápidamente.

—Dioses, ¿qué has estado bebiendo, niña?

—Lo siento —había cometido un error. Se apartó de la mesa, perdió casi el equilibrio y se alejó rápidamente. Pero la tripulante más vieja ya se había puesto en pie, manoteando ferozmente para no caerse, mientras abandonaba el cuenco de plástico y le cogía el brazo con las garras a medio esconder.

—Un macho hani, ¿eh? ¿Necesitas ayuda, Chanur? ¿Dónde has visto esa alucinación, eh?

Maldiciones, carcajadas burlonas, un grito al recibir una de las tripulantes un pisotón. El resto de las hani abandonó sus asientos y salió con cierta torpeza de la hendidura que albergaba la mesa. Hilfy logró soltarse dando un tirón y salió huyendo.

—Eh —oyó a su espalda un rugido de embriaguez y varias loses hani.

—¡Paga! —Un agudo canturreo stsho desde el otro lado del bar—. Paga, bastarda Hani.

—¡Carga la factura a *La Prosperidad de Ayhar!*

—¡Oh, dioses! —Hilfy se lanzó hacia la salida justo cuando en el umbral se recortaban las siluetas de dos clientes kif. Sintió que la rozaban unas negras capas que olían a rancio y el aroma hizo que se le erizara el vello de la espalda. Pasó junto a ellos tan rápido como pudo, sin detenerse para mirar hacia atrás. «¡Basura hani!», oyó que decía a su espalda una voz sibilante, y después hubo más gritos de embriaguez que se mezclaron con las voces de los kif.

Cruzó como un rayo las puertas exteriores del bar, para emerger a la claridad del mercado y se detuvo pestañeando desorientada. Vaciló con un pie en el aire y oyó, por encima del continuo estruendo del mercado el ruido de garras hani que la perseguían. No veía a Tirun por ninguna parte. Echó a correr y se metió en el siguiente bar. Sólo había stsho, y ni una sola hani. Logró abrirse paso a través de las puertas por entre un grupo del clan Ayhar, que acababa de llegar y que giró sobre sí mismo en un alegre desorden, dando gritos y riendo.

Y seguía sin ver a Tirun. Buscó en otro bar. Era otro refugio de los stsho. Distinguió una silueta roja y oyó las voces, una más ronca que cualquiera de las voces hani que se habían oído nunca en ese puerto, mezclada con los trinos de las maldiciones stsho y el gruñido gutural de los mahendo'sat.

—¡*Na Khym!* —exclamó, sintiendo un profundo alivio— ¡*na Khym!* —Se abrió paso por entre la multitud hacia el mostrador y le cogió por el brazo—. Tío, ¡alabados sean los dioses! *Pyanfar* quiere verte. Ahora, ahora mismo, *na Khym*.

—¿*Hilfy*? —dijo él contemplándola con cierta dificultad. Tenía las pupilas dilatadas y le costaba enfocar la mirada. Se quedó inmóvil, balanceándose levemente, dominándola con su estatura y con la anchura de sus hombros, dos veces superior a la de *Hilfy*, con su nariz cubierta de cicatrices fruncida en una mueca de confusión—. Estaba intentando explicarle a estos tipos que...

—Tío, ¡por todos los dioses!

—Ahí está —gritó una voz *hani* junto a la puerta—. ¡Por todos los dioses! ¿Qué está haciendo aquí?

Khym torció el gesto y se dio la vuelta pegando la espalda al mostrador, contemplando con cara de pocos amigos a las tripulantes del clan *Ayhar*, ahora aún más bebidas que antes.

—¡Eh! —una segunda voz *hani* por entre el grupo de *Ayhar*—. ¡*Chanur!* ¿Estás loca, *Chanur*? ¿Qué pretendes trayéndole aquí? ¿Es que no le tienes el menor respeto, eh?

—Venga, *na Khym* —suplicó *Hilfy*—. Intentó tirar de su enorme brazo y sintió la tensión de los músculos apretados—. Por *Lodos* los dioses, *na Khym*, tenemos una emergencia.

Quizá fueron esas palabras las que consiguieron penetrar en su mente. *Khym* se estremeció y todo su cuerpo tembló como una vieja piedra sacudida por un terremoto.

—¡Fuera, fuera, fuera! —canturreó un *stsho* en la jerga del espacio—. ¡Fuera él mi bar!

Hilfy tiró de su tío con todas sus fuerzas. *Khym* dejó de oponer resistencia y se puso en movimiento hacia el grupo *hani* que se apartó para dejarle pasar, contemplándole con los ojos muy abiertos y murmurando en voz baja. Un instante después, atravesaron el muro formado por los curiosos *mahendo'sat*, como una pared negra salpicada por destellos dorados. Pero ya se había formado otra muralla que les separaba de la brillante luz del exterior. El camino hasta la puerta estaba bloqueado por un remolino de capas negras y por dos siluetas muy altas y desgarradas.

—*Chanur* —dijo un *kif* en un seco chasquido—. *Chanur* saca a pasear a sus machos. Necesita ayuda.

Hilfy se detuvo. *Khym* se había detenido una fracción de segundo antes con un gruñido casi inaudible en el fondo de su garganta.

—No —dijo *Hilfy*—, no... *Khym*, por los dioses, salgamos de aquí. No queremos peleas.

—Corre —siseó el *kif*—. Corre, *Chanur*. Ya corriste antes para huir de los *kif*.

—Vamos —*Hilfy* rodeó con su brazo el codo de *Khym* y le guió a través de la

multitud hasta la puerta, mientras apartaba las capas negras a su paso e intentaba que su expresión reflejara sus intenciones de no luchar, preocupándose de no perder de vista las oscuras manos de los kif medio ocultas por sus capas.

—Hilfy —dijo Khym.

Ella levantó la cabeza para mirarle. Ahora todo el umbral estaba lleno de kif.

—¡Tiene un cuchillo! —era una voz hani— ¡Cuidado, niña!

Algo voló por los aires dejando un reguero de espuma y cerveza para estrellarse en la cabeza de un kif.

—¡Blanco! —gritó una voz mahen, obviamente encantada. Los kif se lanzaron hacia adelante y Khym se lanzó sobre ellos. Hilfy logró golpear a un kif con todas sus garras fuera y en el umbral se creó una repentina confusión de cuerpos. ¡Yiiii-yinnn!, gimoteó una voz stsho dominando el estruendo.

—¡Yeeiei-yi! ¡Policía, policía, policía!

—¡Yaoooo! (Los mahendo'sat)

—¡Na Khym!

Y entonces se oyó la voz de Tirun, un potente rugido que procedía del exterior, atravesando el remolino de cuerpos enfrentados.

—¡Hilfy! ¡Na Khym! ¡Chanur!

—¡Ayhar, ai Ayhar!

—¡Catimin-shai!

Y el aire se llenó de jarras y botellas.

—¡Está en los bares! ¡Aprisa! —La voz de Haral brotó del comunicador de bolsillo y Pyanfar, que se había rezagado para comprobar un puesto de comidas rápidas, situado fuera del mercado, echó a correr tan aprisa como pudo dejando atrás a varios sorprendidos grupos de mahendo'sat y de stsho que se apartaban de un salto para dejarle el paso libre mientras esquivaba, a duras penas, el confuso curso de un vehículo conducido por un respirador de metano que iba zigzagueando por otra calzada del tráfico.

Oyó sonar sirenas y vio que las enormes puertas que indicaban el sector del mercado se habían cubierto de parpadeantes luces rojas. Con un último esfuerzo logró pasar por entre ellas, justo cuando las enormes válvulas empezaban a moverse. Un instante después los batientes de las puertas se cerraron con un fuerte golpe y el aire desplazado por su movimiento hizo vibrar el suelo, ahogando el estruendo de los gritos que sonaban tras ella. Pyanfar se puso en píce y siguió corriendo sin volverse para mirar.

Todo el mercado estaba revuelto. Comerciantes o saqueadores agarraban a puñados lo primero que podían y los puestos de venta se habían convertido en una confusa masa de cuerpos revueltos. Los animales gritaban y aullaban por encima del

estruendo general. Una criatura negra pasó como un rayo junto a las piernas de Pyanfar y lanzó un chillido al ser pisada por alguien. Pyanfar saltó por encima de un mostrador, desparramando una lluvia de objetos. Encontró un pasillo entre dos hileras de puestos, que parecía más despejado, y corrió hacia los bares. Al despejarse la multitud, le permitió ver un grupo de siluetas apiñadas ante uno de los umbrales. Varios stsho, pálidos y temblorosos, se apartaron del grupo, en tanto que varios mahendo'sat, borrachos, no paraban de gritar. En ese instante dos siluetas hani aparecieron por el otro lado. Eran Chur y Geran, que se lanzaron directamente al centro del tumulto.

Pyanfar empezó a luchar por abrirse paso entre los espectadores, sin preocuparse de esconder las garras. Los mahendo'sat lanzaron aullidos de indignación y se apartaron rápidamente. Un kif pasó corriendo junto a ella, tan rápido que apenas si pudo verle antes de que se esfumara. Pyanfar tendió la mano hacia él, pero sólo logró agarrar un puñado de tela. Siguió abriéndose paso hacia el centro del grupo y oyó el crujido del plástico al romperse, el estallido de cristales y el ruido de cuerpos que caían al suelo.

Varios kif salieron huyendo en un confuso revoltijo de capas negras que se dispersaban en todas direcciones.

—¡Khym! —chilló Pyanfar, con el tiempo justo de situarse ante él. Khym, con los ojos casi fuera de las órbitas, pretendía perseguir a los kif. Unos segundos después Haral y Geran le echaron una mano y pronto se les añadieron Chur y Tirun. Hilfy fue la última en lanzarse y aterrizó sobre los hombros de Khym, añadiendo el último gramo de fuerza necesario, para hacer que todos se derrumbaran en el suelo formando una masa de cuerpos.

Le habían detenido y lograron contenerle hasta que, lentamente, Khym dejó de luchar.

Se oyeron algunas risas mahen, pero pronto se callaron. Con una súbita prudencia, los mahe fueron alejándose del lugar mientras del mercado seguía llegándoles el estruendo del saqueo, el ruido del cristal al romperse, los chasquidos del plástico que se hacía pedazos y los gemidos políglotas de avaricia e indignación.

—¡Que los dioses te lleven! —gritó Pyanfar, agitando las garras ciegamente ante cualquiera que intentara acercárseles demasiado— ¡Basta!

Los mahendo'sat retrocedieron para darle más espacio y ante ella apareció el pequeño grupo de tripulantes hani, con las orejas pegadas al cráneo. La tripulación de la *Orgullo* fue poniéndose lentamente en pie, Haral la primera, con las orejas igualmente pegadas al cráneo, pero sonriendo. Khym se incorporó sin que le ayudaran. Tirun le agarraba el brazo derecho mientras Hilfy parecía pegada al izquierdo. Los últimos sonidos del combate se iban extinguendo dentro del bar. Se oyó el ruido de un vaso al romperse y luego se hizo el silencio.

—Pyanfar Chanur —dijo una hani de nariz muy ancha, con expresión indignada y voz ominosa.

—Díselo a tu capitana —replicó Pyanfar—, pero cuéntaselo tal y como ocurrió. Es mi esposo. ¿Me has oído? *na Khym nef Mahn*. ¿Me has oído bien?

Se agitaron muchas orejas. Las pupilas se contrajeron hasta revelar el blanco del ojo. Las noticias que habían llegado hasta aquí no revelaban la auténtica magnitud de la locura que había cometido, pero ahora todos se enterarían de ella.

—Claro —dijo una hani más joven, retrocediendo un par de pasos—. Claro, capitana.

Y Chur, a su espalda, dijo:

—Capitana, será mejor que nos vayamos de aquí.

Oyó las sirenas y se volvió hacia la multitud que ya se iba dispersando en busca de otros bares. Cuerpos pisoteados empezaban a moverse junto al umbral.

Por el muelle se acercaban ya algunos vehículos, en cuyos techos se encendían y apagaban las luces blancas de Seguridad.

2

La puerta se abrió con un silbido y aparecieron dos guardias, que en Punto de Encuentro podían pertenecer a cualquier especie capaz de respirar oxígeno salvo a la de los stsho, teniendo en cuenta la aversión congénita que estos sentían hacia todo tipo de violencia. Afortunadamente y para no empeorar la situación, estos dos eran mahendo'sat.

Pyanfar interrumpió su deambular de un extremo a otro de la pequeña habitación. Su nombre oficial era *zona de espera*. Era otro eufemismo de los stsho, aunque otras especies tenían nombres distintos para habitaciones tan pequeñas como ésta, con puertas que se cerraban por fuera.

—¿Dónde está mi tripulación? —le escupió prácticamente Pyanfar al primero de los guardias, con las orejas pegadas al cráneo, pese a sus esfuerzos por levantarlas—. ¡Maldita sea!, ¿dónde están?

—Director quiere —dijo el otro guardia, apartándose un poco de la puerta—. Ven ahora, capitana hani.

Pyanfar escondió las garras y les siguió, ya que ahora, por fin, las cosas parecían haberse puesto en movimiento y además, ninguno de los dos mahendo'sat llevaba más armas que las concedidas por la naturaleza y, al parecer, no tenían muchos deseos de violencia. Los guardias no dijeron palabra y tampoco profirieron amenazas. Cumplían estrictamente con su deber, como correspondía a la puntillosa naturaleza de esa especie, en sus mejores momentos.

—Aquí —se limitaron a decir cuando hubieron llegado ante la puerta de un ascensor tras haber recorrido cierta distancia por el laberinto de pasillos. Se produjeron más viajes. El ascensor siguió un largo trayecto en forma de zigzag, por las entrañas de Punto de Encuentro y acabó llevándoles hasta unas grandes estancias, decoradas con tonos blanco y pastel. Aquí y allá se veían luces discretas, aparentemente distribuidas al azar. Era una sección típicamente stsho, en la que no se había hecho concesión alguna al gusto de otras especies, toda ella decorada en tonalidades opalinas y suaves, con mucho espacio y paneles dispuestos en ángulos irregulares, para formar distintos espacios visibles a través de los caprichosos agujeros perforados en ellos. La alta silueta negra de los guardias mahen, con sus faldellines igualmente negros y el abigarrado conjunto de sus pantalones escarlata y su melena rojo dorada, resultaban totalmente fuera de lugar en tales estancias.

Llegaron a una última puerta, un último salón lleno de siluetas retorcidas moldeadas en plástico. Pyanfar agitó las orejas haciendo sonar sus anillos, flexionó las garras, como si estuviera pensando en saltar desde una buena altura, mientras tragaba una bocanada de aire y se dejó llevar hasta un salón color perla, una esplendorosa estancia de extrañas paredes, concavidades recubiertas de tapicería

blanca y un suelo que relucía suavemente. Un stsho cubierto de finas gasas se levantó para recibirles con un grabador en la mano. Otro permaneció serenamente sentado en la concavidad central, con un aire de impertérrita dignidad. El stsho (aunque su especie tenía tres sexos y ninguno de los pronombres normales servían realmente para aplicarlos a tales individuos) iba adornado con una sutilísima gama de colores, algunos de ellos invisibles para un ojo hani, pero detectables, de modo aproximado, como una tonalidad blanca dominante con irisaciones de un violeta muy apagado. Sus tatuajes parecían igualmente delicados y apenas se distinguían, iban desvaneciéndose en apagadas variaciones de verde y violeta sobre su piel color perla. Plumaz de igual color oscilaban a cada gesto de sus cejas, aumentadas mediante la cirugía, que escondió con su sombra unos ojos que relucían con el suave brillo de las adularías. Su pequeña boca formaba una apretada línea recta, que en los stsho indicaba el disgusto, y sus fosas nasales no paraban de dilatarse y contraerse alternativamente.

Pyanfar hizo una breve inclinación ante tal dechado de elegancia y recibió a cambio un lánguido ademán, que hizo acudir velozmente al sirviente-traductor, tal debía ser su función, para luego quedarse inmóvil con un revoloteo de tejidos stsho flotando bajo el impulso de una brisa invisible. Vestía seda stsho, y de la mejor calidad.

—*Ndisthe* —dijo Pyanfar—, *sstissei asem sisth an zis* —esperaba haber logrado el tono justo de respeto y las cejas que parecían hechas de plumón se agitaron débilmente. La mano del sirviente apretó su aparato y retrocedió un par de pasos, indeciso.

—*Shiss* —indicó el Director. Hizo un gesto con una elegante mano enjovada y con ello detuvo como por arte de magia la retirada apenas se había iniciado—. *Shiss. Qshisthe Chanur nos schensi noss'spitense sthsoshi chisemsthi.*

—No con gran fluidez —admitió Pyanfar.

El Director inhaló levemente y sus plumas se movieron, como asintiendo, presas de una gran agitación.

—¿*Stoshists ho weisse gti nurussthe din?*

—¿Sabía acaso... —empezó con cierto retraso la traducción—... que hicieron falta cuatro horas para terminar con los disturbios en el mercado?

—... *ni shi canth-men horshti nin.*

—Cuarenta y nueve individuos fueron tratados en la enfermería...

Pyanfar mantuvo las orejas bien tiesas, intentando poner cara de circunstancias.

—*ní hoi shisisi ma gnisthe.*

—... y los robos han sido de considerable cuantía.

—Comparto su ultraje ante tal falta de consideración por la autoridad stsho —dijo Pyanfar, inclinando hacia abajo las comisuras de sus labios para mostrar su disgusto y su pena—. Mi tripulación sufrió también las consecuencias de ese acto de

bandolerismo cometido por los kif.

La frase fue traducida con gran agitación y revoloteo de manos.

—*¡Shossmemn ti szosthenhsi hos! ¡Ti mahenthesai cisfe llyesthe to mistheth hos!*

—Usted y sus asociados mahendo'sat en la conspiración, han causado el caos...

—*¡Spithi no hasse cifise sif han hos!*

—... involucrando a los kif.

—*¡Shossei onniste stshoni no misthi tb sa has lies nan shi math!*

—Una nave tc'a abandonó precipitadamente el muelle durante los tumultos.

Indudablemente los chi se inquietaron mucho y...

—*¡Ha nos thei no lien llche knnni na slastheni hos!*

—¿Quién sabe si esto no podría llegar a inquietar igualmente a los knnn?

—*¡Nan nos misthei hoistbe ifsthen noni ellyesibeme lo Nifenríe hassthe shasth!*

—¡Usted y su tripulación sembraron el pánico a las tres horas de entrar en el muelle, asustando a todas las especies del Pacto!

Pyanfar dobló las manos sobre su cinturón y agachó las orejas deliberadamente.

—¡Igual podría decirse que todas las víctimas de un crimen son culpables de haber incitado al criminal! ¿Se trata acaso de una nueva filosofía?

Hubo un largo silencio mientras su frase era traducida.

—Acuden a mi mente unos documentos concedidos recientemente, capitana hani. Acuden a mi mente recuerdos de grandes multas y castigos. ¿Quién compensará los daños causados a nuestro mercado? ¿Quién se encargará de tales reparaciones?

—Es cierto —dijo Pyanfar, clavando los ojos en su interlocutor, con expresión compungida—. ¿Quién se atreverá a cobrarle una deuda a los kif salvo las hani? Excepto nosotras, estimado Director. Dígame, ¿qué ocurriría aquí sin el tráfico comercial hani? ¿Y sin el de los mahendo'sat? ¿Cómo se comportarían entonces los kif en Punto de Encuentro? ¡Puedo garantizar que no se trataría de unos cuantos robos sin importancia!

Revoloteo de plumas. Las pupilas del director se agrandaron hasta convertir sus ojos en círculos oscuros.

—Usted hace amenazas, que no puede cumplir. El *han* no se inclina ante las simples palabras. Y menos aún los mahendo'sat.

—Tampoco el *han* se alegrará mucho de saber que una nave hani tiene problemas y que una capitana hani es detenida... ¡Se me olvidó mencionar lo de la puerta cerrada!

—¿Acaso llega a tal punto vuestra confianza que seréis capaz de relatarle al *han* ese tipo de indignidades sufridas por una capitana Chanur? No era eso lo que yo tenía entendido. He oído decir que en los últimos tiempos las relaciones de la casa Chamar con el *han* atraviesan un período de poca estabilidad.

Pyanfar exhaló lentamente una prolongada bocanada de aire, frunciendo de tal

modo la nariz que el traductor retrocedió un paso.

—No creo que haya demasiado provecho a sacar en este tipo de apuesta, estimado Director.

—¿Y qué provecho hay en hacer tratos con Chanur? Os devolveremos los documentos y nos ocuparemos luego de que se nos pague pero, ¿cómo? ¿Dónde están nuestras compensaciones? ¿Dónde obtendrás los fondos, tú que presumes de aterrar a los kif? Te impondremos una multa. No te atrevas a tomar nada de sus propiedades.

—Entonces, por todos los dioses, no se os ocurra robarnos excepto en aquello que hayamos confiado a la autoridad stsho.

Los ojos del Director se hicieron aún más oscuros y sus pupilas se dilataron una fracción de milímetro más.

—Has traído aquí un macho de tu especie. Siento cierta vacilación por temor a ser descortés, pero es generalmente conocido que dicho género de tu especie es muy inestable. Seguramente, ello contribuyó a...

—Eso es un asunto hani.

—Puede que otros hani encuentren el estado actual de vuestra nave, inquietante y poco correcto.

—Es asunto hani.

—Una misión del *han* ya ha mostrado su preocupación al respecto. Los enviados me aseguraron que no se trata de ningún nuevo tipo de política, que el *han* deplora tal acción y...

—Éste no es un maldito asunto que concierna a los enviados. Ni a nadie más. Centrémonos en hablar de la seguridad de los muelles.

—La especie hani no ha considerado prudente, hasta ahora, hacer que sus machos conocieran a miembros de otras especies, dado que la naturaleza no les ha preparado adecuadamente para ello. Algunos miembros de tu especie se han mostrado ofendidos ante tal provocación por tu parte.

—Sigamos con los muelles, estimado Director. Y con la seguridad pública.

—Has violado la ley. Has traído a ese macho.

—Es un miembro de mi tripulación.

—¿Dicho individuo hani posee licencia?

—Una licencia temporal. Todo está en orden. Pregunte a su propio servicio de seguridad.

—Tiene un permiso concedido por la estación de Gaohn. Fue concedido por un aliado de Chanur, indudablemente bajo presión. Se encuentra aquí sin los permisos de...

—¿Desde cuándo las leyes del Pacto exigen permisos para los miembros regulares de una tripulación?

—¿Y desde cuándo se toman tales libertades los miembros regulares de una

tripulación y buscan pelea en los bares durante las operaciones de carga y descarga de la mercancía?

—¡Es mi nave y todo eso es cosa mía!

—Se ha convertido en un asunto stsho.

—¡Desde luego que sí! Y yo consideraré cualquier otra pregunta al respecto como una intromisión ofensiva. Centrémonos en el asunto principal: un ataque de los kif al personal de mi nave, ¡al personal de mi nave!, que confiaba en la seguridad que garantizan la ley y las costumbres de los stsho. Hemos sufrido una grave ofensa; yo misma he sido ofendida al verme encerrada durante horas, en tanto que los asesinos kif indudablemente pueden andar como les plazca por los muelles, poniendo en peligro continuamente vidas y propiedades... Algunas de esas propiedades son mías, por cierto. ¿Quién garantiza la seguridad de mis mercancías durante el tiempo que esperan a ser cargadas, cuando hemos sido víctimas de tal ofensa? Hago responsable de todo ello a la estación. ¿Dónde está mi tripulación, estimado Director? ¿Y quién pagará las indemnizaciones a las cuales tenemos derecho nosotras?

Quizás esas últimas palabras fueron excesivas. El traductor empezó a retorcerse frenéticamente las manos y tartamudeó, inclinado como una caña bajo el vendaval cuando llegó la respuesta del Director.

—¿Por qué no preguntarle tal cosa a los mahendo'sat con los que mantuviste una conversación tan prolongada?

Las orejas de Pyanfar se apretaron con un impacto casi palpable contra su cráneo. Logró enderezarlas con un esfuerzo increíble, obligó a los músculos de su nariz a que dejaran de contraerse y su rostro adoptó una expresión de calma total e indescifrable.

—¿Se refiere quizá el Director a esos mahendo'sat cuyo tablero de registro funcionaba curiosamente mal en esta maravillosamente bien manejada estación?

Otro intercambio de palabras. La piel del traductor perdió su tonalidad de perla y se volvió de un blanco sucio.

—El Director afirma no saber nada sobre ese tablero. Un subordinado ha recibido la más severa repulsa ante ese mal funcionamiento.

—Resultaría muy descortés sugerir que se buscara más arriba, claro. Y resultaría estúpido poner en duda tales palabras.

El traductor abrió y cerró la boca desesperadamente buscando aire y luego transmitió sus palabras con un nuevo retorcimiento de manos.

—El subordinado en cuestión no poseía ningún cómplice en las jerarquías situadas por encima de él, a diferencia de lo sucedido contigo y con tus compañeros de conspiración. Esa nave mahen decidió partir aprovechando los tumultos. Los tumultos afectaron también a los que respiran metano. El Director pregunta: ¿Te das cuenta de ello? ¿Te das cuenta de los riesgos que se pueden correr con los tc'a y los chi?

—Eso no es asunto mío. Decididamente, no es asunto mío.

—El Director pregunta: ¿Deseas la mercancía que dejó ese individuo?

Pyanfar sintió como si le hubieran dado un golpe en el estómago y tragó aire.

—Se trata... —dijo el traductor transmitiéndole la última frase del Director— ... de una mercancía percedera.

—Entonces, supongo que la estación me la entregará, cumpliendo con sus obligaciones.

—Hay ciertos problemas. Por ejemplo, está la cuestión de nuestros daños. Ese cargamento ha sido hipotecado para responder de ellos.

—¡Me niego a que se me haga responsable de los robos cometidos por los kif!

—¡Que acuda a los mahendo'sat con los que él hizo sus tratos!

—No puedo traducir eso —dijo el traductor, con los ojos a punto de salir de sus órbitas—. Le suplico a la estimada capitana hani que...

—Pues dile que si me portara tal y como lo hicieron esos kif, ahora no estaría preguntándome quién va a pagar esos daños.

—¡Ashosh! —exclamó el Director. El ayudante se volvió rápidamente, con las manos cruzadas sobre el pecho, tartamudeando con una voz casi inaudible y con las pupilas dilatadas al máximo.

—Luego hablaremos de los daños. Ahora, hablemos de esta mercancía, de esta mercancía percedera.

Pyanfar se agarró el cinturón con las manos y se puso en pie.

—La cual, confió, estará personalmente garantizada y custodiada por la estimable palabra del Director.

—Cuatro recipientes. ¿Soy acaso un criado para que se me confíe personalmente la tarea de custodiarlos?

—¡Que los dioses te...! —Pyanfar logró interrumpirse a tiempo, agitó las orejas e intentó darle a su voz un tono más suave—. Considerando que se trata de bienes percederos, confío en que se habrá cuidado adecuadamente de ellos.

El traductor transmitió sus palabras y el Director agitó las manos en un gesto de indolente desprecio. Sus ojos seguían clavados en Pyanfar.

—Es un asunto de aduanas. Por desgracia el consignatario, en su prisa por marcharse, dejó los documentos con cierto desorden y les faltan algunas confirmaciones oficiales, así como ciertos sellos. ¿Alguna sugerencia, capitana hani, que evitara la venta de tales bienes en pública subasta? Estoy seguro de que habría pujas muy interesadas en tal subasta, algunas de ellas por parte de individuos muy ricos. Algunos tienen apoyos. A menos que la estimada capitana Chanur decida aceptar la responsabilidad personal que...

Pyanfar sintió que los bordes de su campo visual se esfumaban bajo una marea negra que sólo le permitía ver los gráciles gestos del stsho que tenía delante.

—También —siguió diciendo el stsho—, está el asunto de los recientes documentos que fueron entregados a la capitana. La estación se encuentra muy abatida y muy disgustada ante tal traición a la confianza depositada en ella. Incluso yo, me siento en igual situación de abatimiento y disgusto.

—Hablemos de cosas que dos buenos comerciantes sabemos entender —dijo Pyanfar—. Por ejemplo, hablemos de los tratos limpios, de un trato justo. Supongamos que yo me llevo mi pequeña dificultad personal fuera de la estación, unas pocas horas después de que haya puesto en orden el asunto de mi carga, y supongamos que me la llevo a cualquier otro sitio sin que diga otra palabra más sobre sobornos y mahendo'sat. ¿Quiere que hablemos de los problemas, estimado Director? ¿Quiere que hablemos del problema que suponen los kif, y que todo esto llegue a oídos de quienes están por encima de usted? ¿O prefiere que hablemos de la mercancía, de ir encontrando a mi tripulación y de permitir que les saque este asunto de entre las manos, con mis permisos en orden, antes de que se llegue a volver más caro para su estación de lo que ya es ahora?

El traductor torció el gesto y, volviéndose, empezó a transmitir sus palabras agitando las manos.

—¡Ashosh! —dijo el Director, entre otras cosas. Su piel se cubrió de un fugaz rubor que al desvanecerse la dejó llena de manchas nacaradas. Sus fosas nasales se abrían y cerraban cada vez más aprisa—. *Chanur sosshis na thosthsi cnisste znei ciehtsi canih hos* .

Hubo otro gesto preocupado del traductor y un encogimiento de sus hombros redondeados, al darse nuevamente la vuelta.

—Dile —le soltó Pyanfar sin esperar a que le transmitieran sus palabras—, que ahora corre peligro personal. Naturalmente, por parte de los kif. ¡Díselo!

Se lo dijeron. La piel del Director se volvió de un apagado color blanco.

—Inaceptable. Hay una deuda que, en su indudablemente poco adecuada y escasamente imaginativa mentalidad, incluso usted debe reconocer fue motivada por su tripulación al dejar suelto a un miembro de su especie que, según es generalmente conocido, presenta una acusada inestabilidad.

—¡Es un miembro de mi tripulación y es mi compañero, bastardo tartamudo!
Sus fosas nasales se dilataron.

—La deuda sigue pendiente. No hubo acuerdo alguno que previera tales daños.

Pyanfar respiró con dificultad, intentando pensar, oyendo palabras que le enviaban ligeros indicios de un territorio totalmente distinto. *¡Dientes-de-oro, maldito bastardo, todo fue una trampa, desde el principio!*

Y sus orejas se le pegaron otra vez al cráneo con tal brusquedad que el traductor dio un paso hacia atrás, con los ojos desorbitados y apenas un círculo blanquecino rodeando las pupilas oscuras. Las plumosas cejas del Director se removieron como

bajo una tempestad, en tanto que sus manos se agitaban nerviosamente.

—Ofrezco un trato —dijo Pyanfar—. Si conseguimos ese cargamento, nos encargaremos también de obtener el dinero.

—Firmarán también un reconocimiento de su responsabilidad.

—No me presiones demasiado, stsho.

—Su visado ha sido cancelado —le replicó el Director mediante su sirviente—. Y también los visados de su tripulación y de ese macho hani, sea cual sea el pretexto bajo el cual consiguió permisos civilizados para individuo tan inestable. Perderá su permiso para entrar en nuestros muelles. ¡Y también renunciará, en nombre de cualquier nave de Chanur, a su derecho de atracar en la estación hasta que se me haya pagado la deuda!

—¿Y el cargamento?

—¿Duda acaso de nuestra palabra? Se lo regalo. Como muestra de consideración a los daños personales que ha sufrido, claro está.

Pyanfar le hizo una reverencia y el Director agitó levemente la mano hacia su criado intérprete.

—¡Sthes!

Como despedida, no resultaba nada cortés.

Recorrieron más pasillos. Había que firmar un reconocimiento de responsabilidad y los términos de dicho documento hicieron que Pyanfar sintiera un helado vacío en sus entrañas. Alzó la mirada, apartándola del mostrador, y el funcionario stsho empezó a retroceder como si pensara que iba a ser atacado, dejando caer todos sus papeles.

—¿Bastará con eso? —preguntó con un tono que le pareció sorprendentemente tranquilo.

El stsho murmuró una respuesta ininteligible, negándose a volver otra vez junto al mostrador.

—Director dijo que más —trajo uno de los guardias, pero Pyanfar ya había creído oír eso. Frunció la nariz y el stsho dejó caer un nuevo torrente de papeles. Se inclinó a recogerlos y se los entregó al mahendo'sat para, de ese modo, poder evitar la proximidad de Pyanfar.

—Certificado para salir aduanas, capitana hani. Todo estupendo si firmar esto.

—Espere, capitana hani. Debe conseguir permiso para partida.

La respiración de Pyanfar se fue haciendo cada vez más lenta y ruidosa a medida que firmaba un documento tras otro, lanzándole miradas asesinas al funcionario stsho y a los dos ayudantes que se agitaban detrás de él, muy nerviosos.

—¿No hay más documentos? —preguntó al fin.

—No, capitana hani. Tiene todos.

—Mi tripulación —exigió ella por tercera vez, ahora con una sonrisa muy, muy amplia.

—Nave, capitana hani; largo tiempo hace liberados. Mismo tiempo liberado clan Ayhar. Nosotros llevar nave ahora.

—Bien —dijo Pyanfar, agarrándose con ira al marco de la puerta para salir de la habitación, mientras su escolta mahen llamaba al ascensor.

No hubo más intercambio de palabras. No encontraba ninguna que le pareciera adecuada. Mientras el ascensor se abría paso por el laberinto de la estación, Pyanfar permaneció inmóvil contemplando sus puertas, de un color entre el perla y el gris.

Durante ese intervalo dedicado al viaje estuvo pensando. Y en su mente se agitaron ideas muy oscuras y casi imposibles de expresar verbalmente, en las que andaban metidas las pieles de varios stsho y el cuello de cierto capitán mahe. Luego el ascensor se detuvo por fin y sus puertas se abrieron para dejar entrar el aire fresco y el estruendo del muelle.

Pyanfar se orientó dando un rápido vistazo al tablero más cercano, un cuadrado negro iluminado por un resplandor verdoso situado sobre el muelle número 14: *Assustsi*. Dilató al máximo sus fosas nasales para dejar entrar una buena bocanada de aire frío y cargado con los olores del muelle: el aceite y los refrigerantes, la carga y los olores de los distintos alimentos y todos los efluvios mezclados de las especies que visitaban Punto de Encuentro, iguales y a la vez distintos a los de cualquier otra estación del Pacto.

Hacia la izquierda se encontraba el muelle de *Vigilancia*, la nave del clan Ehrran, el número 18. Sin duda algún miembro de la misión estaría ahora con la nariz enterrada en los informes, intentando redactar un memorándum para el *han* que presentara los acontecimientos bajo el peor ángulo posible. Sólo los dioses sabían lo que ese bastardo de piel blanquecina habría ido contando a quienes estuvieran dispuestos a escucharle.

O lo que Ayhar estaría dispuesta a decir, con tal de salvar su propia piel. Los dioses en persona estarían dispuestos a Jurar que tanto la *Prosperidad* como el clan Ayhar no tenían la menor responsabilidad financiera, ni de otro tipo, en todo el asunto.

Y los enemigos que Chanur tenía en el consejo saltarían sobre esa explicación a la primera oportunidad que tuvieran.

Pyanfar se puso en marcha, consciente todo el tiempo de las dos siluetas oscuras que la iban siguiendo, pero sin hacerles el menor caso. En el horizonte curvado de la gran rueda de la estación se iban alzando las grúas hasta perderse a lo lejos y el muelle se iba desplegando, como una cinta móvil, a medida que Pyanfar andaba en dirección al dique de la Orgullo y paseaba ante los diques que iban del catorce al seis.

El muelle de la Orgullo tendría que estar lleno de recipientes pero Pyanfar no vio

ninguno y su mente se llenó de ideas todavía más lúgubres y negras que antes. Pero siguió sin mirar hacia atrás.

Pasó ante el muelle número 10, que había sido el de la Mahijiru.

El muelle estaba cerrado al tránsito y la grúa había sido replegada, con todos sus cables recogidos en posición de espera. El tablero número diez seguía apagado, sin registrar el nombre, ni la clave de la nave que había partido de él. Tuvo una avería. Sí, ciertamente, una avería.

Los mahendo'sat actuando en complicidad con los stsho, que siempre seguían la dirección en la cual soplabla el viento. Y ahora, con la Mahijiru huyendo y Dientes-de-oro incapaz de romperle el cuello al Director personalmente, ¿estaría el viento más fuerte cargado con el olor de los kif?

Seguía escociéndole en lo más hondo que los stsho se hubieran atrevido a desafiarla, esos seres a los cuales podía partir en dos con un solo golpe de su brazo. Y no había podido responder al desafío. Eso era lo peor y lo más amargo de todo el asunto. No se había atrevido. Los stsho mostraban una expresión a los kif y otra a los mahendo'sat y una tercera cara se reservaba a las hani. La ley stsho había considerado a la especie hani como «*no espacial*», hasta hacía un siglo porque (aunque el *han* prefería no recordarlo) eran los mahendo'sat quienes les habían proporcionado naves. Una cultura acelerada de modo artificial. La especie hani seguía teniendo prohibido el acceso al espacio stsho, aunque se encontrara en sus mismas fronteras. El comercio se efectuaba únicamente en Punto de Encuentro o en el interior del espacio no perteneciente a los stsho.

Y la especie hani, gracias a su naturaleza paciente y despreocupada, toleraba a esos asustadizos seres que lo compraban y lo vendían todo. Éstos habían logrado que Chanur se encontrara contra la pared y todo era obra de los stsho. Todo. Y dado que el *han* tenía que mantener su política y su eterna cortedad de miras y dado que era tan estúpida como para pensar en la posibilidad de que todo fuera distinto, ahora Chanur tenía problemas en su propio hogar. Naturalmente, los stsho lo sabían, al igual que las rapaces se enteran siempre de donde hay carroña. Estaban enterados de cosas que, ni tan siquiera una nave hani como la *Prosperidad* había oído, y a la primera ocasión se las habían arrojado a la cara.

¡Dioses! ¡Que el *han* fuera capaz de alimentar los prejuicios de los stsho y los utilizara como un atina!

¡Una delegación del *han* ya ha mostrado su preocupación!

O... en aquellos momentos, un miedo peor, más frío y racional logró vencer a la ofendida irritación que sentía. Quizá los stsho tenían fuentes de información independientes y estaban engañando a todo el mundo, a Dientes-de-oro, al *han*, incluso a los kif. Eran capaces de ello. Eran xenófobos hasta la médula y tan escurridizos como un cristal cubierto de aceite. Pero en los últimos tiempos habían

descubierto una xenofobia nueva para mantenerles ocupados. Ahora tenían a la humanidad como nuevo problema, y la humanidad tenía motivos y planes de los cuales el *han* no tenía ni la menor idea.

Dientes-de-oro, ¡maldito seas! ¿Cuánto saben los stsho? ¿Cuánto pagaste por el soborno? Cuando un stsho ya ha recibido su paga, no hay nada que pueda tenerle atado. Nada es capaz de persuadirle, para que vaya en contra de sus propios intereses.

Pasó ante los muelles nueve, ocho y siete. No vio ninguna señal de actividad ante la Orgullo. No se veían obreros cargando recipientes, la rampa había sido retirada y el muelle estaba vacío. Tenía la esperanza de que los recipientes ya estuvieran dentro. Echó una mirada, intentando ver algún kif en los muelles, pero no vio a ninguno. Los pocos transeúntes que cruzaban ante ella eran casi todos stsho y algunos mahendo'sat, pero ninguna hani. Si les llamaba la atención, el raro espectáculo de una capitana hani llevando a remolque a dos corpulentos guardias mahendo'sat, no daban ninguna señal de ello. Después de todo, se encontraba en la estación y allí todo el mundo tendía a preocuparse de lo suyo. Sabían demasiado bien lo fácil que es tener un problema encima en cuanto uno vislumbra que existe. En la curvatura superior del horizonte, ahora con sólo su tercio inferior visible, asomaban las grandes puertas de la zona del mercado, aún cerradas. Aunque sólo los dioses sabían a causa de qué daños. Mientras el mercado siguiera cerrado, habría una pérdida constante de dinero y la factura iría subiendo hora tras hora.

Ante ella se veía ya la rampa de acceso a la Orgullo, en el muelle seis. Hizo caso omiso de su escolta y cuando sacó el comunicador de su bolsillo ni tan siquiera les miró.

—Haral. Voy a entrar.

No hubo ninguna respuesta.

—Haral —empezó a subir por la rampa, bajo la helada claridad de las luces amarillas, sin oír ningún eco de pisadas tras ella. Andaba cautelosamente, temiendo, incluso aquí, alguna emboscada de los kif. Emboscadas kif, traiciones stsho.

Una vez pasada la curvatura del tubo se encontró con una escotilla cerrada. Ya lo había estado esperando y su dedo apretó la tecla del comunicador que había junto a la entrada.

—Haral. ¡Haral, maldita seas!, aquí Pyanfar. Abre.

La escotilla se abrió de inmediato dejando escapar una ráfaga de aire más cálido y cargado de olores familiares. Detrás de ella se encontraba Tirun, y Chur apareció un segundo después, armada, viniendo de la sala de control inferior. Ambas mostraban en sus flancos cubiertos de vello marrón rojizo, las suturas ensangrentadas de heridas recientes. Chur tenía también una herida que le cruzaba la sensible zona de la nariz, una herida que debía resultarle particularmente dolorosa.

—Bueno —Pyanfar cruzó el umbral de la escotilla—. Ciérrala. ¿Todo el mundo en la nave?

—Todas a bordo, sin novedad.

Pyanfar se detuvo ante ella y clavó sus ojos en Tirun.

—¡Sin novedad! ¡Por los dioses y los truenos, prima!

Las orejas de Tirun se abatieron bruscamente sobre su cráneo.

—Por nuestro lado —dijo Tirun.

—Ya —Pyanfar se volvió y fue hacia el ascensor con Tirun y Chur detrás, mientras la compuerta interna se cerraba con un silbido a su espalda—. ¿Dónde está Khym?

—*Na* Khym está en su camarote.

—Bien —Pyanfar intentó confinar ese problema a lo más profundo de su mente y se dio la vuelta, mientras las dos tripulantes entraban en la cabina. Chur se le adelantó, antes de que pudiera pulsar el botón y, una vez lo hubo hecho, se apresuró nuevamente a esconder el brazo detrás de su espalda. Pyanfar la miró con suspicacia—. ¿Qué otra cosa anda mal? ¿Qué está haciendo Haral ahí arriba?

—Hemos recibido un montón de mensajes —dijo Tirun—, y siguen entrando. El tablero está casi atascado.

—¡Ah! —El ascensor salió disparado hacia lo alto y Pyanfar se dedicó a contemplar la puerta que tenía delante, hasta que se abrió para dejarles salir al pasillo principal. Luego fue hacia el puente con una de sus primas a cada lado—. ¿Quién ha llamado?

—Los stsho, sobre todo —dijo Chur—. Un mensaje de la *Prosperidad* de Ayhar. Ben Ayhar ha pedido una conferencia lo antes posible.

—Y unas cuantas tonterías mahen —dijo Tirun—, sin código de nave.

Pyanfar miró nuevamente a Tirun y percibió lo gachas que tenía las orejas y lo tensos que estaban los músculos de su nariz. Lanzó un bufido y entró en el puente. Haral se puso en pie para recibirla en tanto que Hilfy se apartaba del tablero de comunicaciones. (¡Oh, dioses!, Hilfy...), con el flanco cubierto de vendajes. Geran tenía un desgarrón ensangrentado en la oreja derecha.

—¿Estás bien? —le preguntó Haral—. Recibimos un mensaje de la central stsho, dijeron que estabas en camino.

—Muy cortés por su parte. ¿Muchos problemas con ellos?

—Nos tuvieron todo el rato llenando documentos —dijo Geran—. Nos soltaron hace aproximadamente una hora.

—Ya —Pyanfar se instaló en su asiento ante los controles de la *Orgullo* y luego lo hizo girar sobre su eje para contemplar la solemne fila de rostros que la miraban. Hilfy, su sobrina, era joven y en estos momentos tenía los ojos rodeados por círculos blanquecinos. Haral y Tirun, altas y fornidas, eran hijas de una prima de más edad

que ella; Geran y Chur, nervudas y ágiles, eran hijas de Jofan Chanur, primas suyas en tercer grado. Tenía delante una hilera de ojos ansiosos que intentaban controlar tan bien como podían su nerviosismo, y Pyanfar dedicó la mayor parte de su escrutinio a Hilfy Chanur *par* Faha, la hija favorita de su hermano Kohan, que tenía un araño a lo largo de su linda nariz y en cuanto a sus orejas, ¡por todos los dioses!, tenía una herida en la oreja izquierda. Heredera de todas las operaciones mercantiles de Chanur, mientras durara el poder de Kohan Chanur en la casa y probablemente después también. Estaba en la última etapa de la adolescencia y era terriblemente orgullosa. Una vez más, en silencio, Pyanfar deseó que Hilfy estuviera sana y salva en la mansión de Chanur pero no lo dijo en voz alta. El hogar se encontraba muy, muy lejos y en ese momento los intereses de Chanur pendían de un hilo.

—Quiero una guardia constante en el tablero de comunicaciones —dijo—. Quiero sensores que nos den la alerta, si algo de la estación se acerca demasiado a la nave. No me importa de qué se trate. Quiero enterarme.

—Bien —dijo Haral.

—Tully ha vuelto.

Se le enderezaron las orejas y se le dilataron las pupilas. Hilfy se dejó caer en su asiento.

—¡Bondad divina! —dijo Chur.

—La Mahijiru está... No. Estaba aquí. Dientes-de-oro salió a toda velocidad —había otras cosas que explicarles, tales como los acuerdos para los que necesitaría conseguir apoyos en Chanur o la estupidez de una capitana, cada vez más vieja, que había creído encontrar por un instante el modo de sacar a Chanur del apuro, en que estaba metida, abriendo un camino al comercio con los humanos y todo lo que eso significaba—. Iba a enviarnos un recipiente con una carga muy especial. No me echéis la culpa —agitó la mano—. Eso fue una originalidad de Dientes-de-oro, ¡que los dioses nos ayuden! Pero los stsho andan metidos en una de sus acostumbradas pugnas por el poder. El recipiente está en las aduanas, envuelto en papeles de alta prioridad. Creo que he logrado arreglarlo todo.

Chur y Tirun volvieron a instalarse en los asientos que habían dejado, con las orejas gachas.

—Lo siento —dijo Pyanfar con voz tensa—. Lo siento, primas.

—¿Tenemos alguna oportunidad? —preguntó Haral. Se refería al comercio que habían perdido y a muchas cosas más. Haral era demasiado vieja como para que la lealtad la cegara por completo—. ¿Los mahendo'sat lograron pasar?

—No lo sé. Se limitaron a salir a toda prisa y dejaron el paquete para nosotras. Tengo noticias aún peores. Los kif andan metidos en todo esto.

—¡Dioses! —Geran se apoyó en el respaldo del asiento de Chur—. Y la pelea en el bar, estaba...

—Preparada. Todo estaba preparado —recordó con ira al kif que la había estado observando en los muelles—. Se crea una confusión inmejorable y Dientes-de-oro sale volando. ¿Bajo qué circunstancias? Sólo los dioses pueden saberlo. Los mensajes iban arriba y abajo de ese muelle, como los chi durante un simulacro de incendio. Puede que fuera una operación montada por los kif y puede que no. Lo más probable es que tuviera como blanco a los stsho. En estos momentos parecen estar soportando una considerable presión.

—¿Los kif saben algo de ese recipiente? —preguntó Tirun.

—Esos condenados mahe sueltan sobre el muelle un cargamento, como si les estuviera ardiendo el trasero. ¿Qué van a pensar los kif? ¡Y con todo ese jaleo! Los dioses sabrán quién fue sobornado para ello y cuánto tiempo aguantará callado. Khym se encuentra bien, ¿no?

Silencio durante unos segundos. Haral se encogió de hombros con cierto nerviosismo.

—Supongo que sí —acabó diciendo.

—¿Ha dicho alguna cosa?

—Prácticamente nada.

—Ya.

—Dijo que iba a quedarse en su camarote.

—Estupendo —Pyanfar intentó asimilar lo que eso significaba. Ella y la tripulación eran parientes de sangre: todas eran Chanur. Todas se estaban jugando lo mismo en esa partida. Todas, salvo Khym, del clan Mahn, un macho que había dejado ya atrás sus mejores años y sus razones para vivir o para considerar que tenía un sitio al que pudiera llamar hogar. Su hermano Kohan Chanur confiaba en ella. Punto de Encuentro estaba casi en ruinas. Los kif andaban sueltos. Los stsho le plantaban cara. La Orgullo estaba metida otra vez hasta la proa, en problemas. No sólo se le había ablandado el corazón, también se le habían reblandecido los sesos. Todas las hani lo comentaban, estuvieran donde estuvieran. Sólo su fiel y sufrida tripulación callaba, incluso ahora. Y Hilfy. ¡Claro, Hilfy! En sus jóvenes ojos seguía brillando el fuego de la adoración que sentía por ella, imposible de extinguir. *¡Niña tonta!*, pensó.

—¿Qué ha sido de la carga que teníamos ahí fuera? —le preguntó a su tripulación, sin dirigirse a ninguna en concreto.

—Cuando volvimos, el muelle estaba vacío —dijo Tirun—. Hemos hecho una denuncia por robo ante la estación. Lo que estaba dentro sigue sano y salvo.

—Los kif son rápidos. Quiero que pongáis en marcha el suministro de energía. Seguiremos utilizando los enlaces de la estación pero, a partir de ahora, estaremos preparadas para prescindir de ellos. Id con cuidado, ¿entendéis? Y no quiero preguntas sobre cuánto va a durar todo esto. No lo sé. Llamad a la aduana. Quiero saber dónde se encuentra ese cargamento que debemos recibir.

Nadie mencionó el asunto de los costes o la posible reacción de los stsho. Nadie habló de las licencias, de las rutas que tanto les había costado recuperar o de los derechos de atraque recién concedidos. Nadie habló de Khym, un caprichoso o una locura particulares, que ya habían llegado a ser colectivos. No hubo ni una sola mirada aviesa, ni tampoco una sola protesta. Todas fueron en silencio hacia sus sitios en el puente y el único ruido que se oyó fue el zumbido de los asientos recibiendo sus cuerpos, mientras Pyanfar conectaba su propio asiento y tecleaba en el tablero para ver los últimos mensajes.

Uno era de un mahendo'sat, sin identificar:

—Dejo papeles, dejo recipientes misma oficina estación. Buen viaje. Tengo que ir rápido. Mismo deseo ti.

Pyanfar dejó escapar una bocanada de aire lenta y algo temblorosa.

De *La Prosperidad de Ayhar*:

—Banafy Ayhar a Pyanfar Chanur: Tenemos algo pendiente entre nosotras dos. Sugiero que lo mantengamos en privado. Sugiero que traigas tus testigos a mi cubierta. Espero réplica inmediatamente.

—Puedes esperarla en un infierno mahen.

—¿Capitana?

Con un considerable esfuerzo de voluntad Pyanfar consiguió no golpear el tablero.

—Réplica para Ayhar: Habla con los kif.

—Capitana...

—¡Mándalo!

Geran agachó la cabeza y empezó a teclear. Por la pantalla pasaron otros mensajes, la mayoría stsho. Eran doce amenazas de pleito por parte de comerciantes iracundos con puestos en el mercado; dos cartas vagas y no demasiado comprensibles de dos navíos stsho atracados en el puerto, poniendo en tela de juicio la cordura de Chanur y el resto meras divagaciones. Cuatro eran felicitaciones anónimas escritas en jerga mahen que parecían haber sido redactadas en un momento de embriaguez en tanto que una farfullaba oscuras consignas religiosas mahen y prometía su apoyo si era necesario.

De la *Vigilancia*, ni una palabra.

—Tirun —dijo Chur a su espalda—. Estoy en contacto con la aduana —y, un instante después:

—Capitana —era Tirun—. Tengo al jefe de aduanas. Dice que los documentos referentes a ese cargamento no están en orden.

Pyanfar hizo girar su asiento de golpe.

—¡El Director lo arregló todo! Díselo.

—El jefe de aduanas dice que debe ir ahí para firmar.

—¡Ya firmé todo ese podrido papeleo!

Tirun se las arregló para transmitir lo que había dicho Pyanfar, pero de un modo mucho más cortés. Sus ojos ambarinos se apartaron de la pantalla y sus orejas se agitaron levemente.

—Dice que eso era el impreso habitual para la salida de aduanas. Ahora quieren una garantía contra posibles reclamaciones, por parte del consignatario.

Pyanfar conectó su comunicador de un manotazo.

—Aquí Pyanfar Chanur. Si voy a ese sitio lo haré acompañada por toda mi tripulación. ¿Me has oído? ¡Y luego podrás explicarle todo eso al Director, burócrata sin trasero!

Al otro extremo de la línea no hubo respuesta alguna.

Pyanfar cerró la comunicación.

—Tirun: tú y Geran cruzad el muelle hasta esa oficina y encargaros personalmente de vigilar esos recipientes durante todo el trayecto.

—¿Kif? —dijo Tirun.

—Puedes apostar a que son los kif. Tienen a los stsho cogidos por el pescuezo.

—Aduanas vuelve a llamar —dijo Chur—. Lo pondré en el cinco —sus dedos se movieron sobre las teclas—. ¿Bien?

—Tengo horario, hani.

—Pues ahora mismo nos pones en el primer lugar de ese horario, ¿entendido? —dijo Pyanfar—. Pienso enviar a mi propio personal para que vigile la seguridad del cargamento. Ya me han robado una vez en esta condenada estación. ¡No volverá a suceder!

Pyanfar cortó la conexión y se apoyó en su asiento dejando escapar un largo suspiro mientras miraba a Tirun.

—¡En marcha!

—¡Bien! —Tirun y Geran abandonaron sus puestos a toda velocidad y fueron hacia la puerta.

—¡Con armas y un comunicador de bolsillo! —les gritó ella—. ¡Y, por los dioses, intentad ser discretas! —Luego hizo girar su asiento hacia la izquierda para encararse con Haral—. Quiero que el compartimento delantero sea dotado de calefacción y de una presión adecuada.

—¿Cuánto tiempo lleva Tully ahí dentro? —preguntó Hilfy.

Pyanfar desvió brevemente los ojos hacia el cronómetro mural.

—Creo que unas seis horas, por lo menos.

—¿Es bueno ese sistema de apoyo vital?

—Visto el modo en que Dientes-de-oro arregló el resto de este condenado embrollo, ¿quién sabe? —Acercó su asiento a los controles y empezó a teclear en el ordenador, pidiendo listas de carga y registros de masa—. ¿Esta lista ha sido revisada

y puesta al día?

—No —contestó Hilfy.

—Pues la necesito, sobrina, ¡por todos los dioses!

—Estoy acabando de hacerla —dijo Chur—. Pantalla número cuatro, capitana.

Pyanfar desarrugó la nariz con un esfuerzo, agitó las orejas y oyó tintinear sus anillos. Experiencia, ése era su significado; riqueza y viajes coronados por el éxito. Inmóvil en su asiento observó la pantalla buscando cualquier cosa fuera de lo normal, comprobando todo lo que les proporcionaba el centro de comunicaciones de la estación, examinando hasta la menor brizna de las informaciones que la central de Punto de Encuentro les dejaba recibir. En sus tableros de sistemas empezaron a encenderse una serie de luces ambarinas.

—La presión está subiendo —dijo Haral.

—Cálculo de masa perdida igual a tres, capitana.

Pyanfar conectó los registros en tanto que el ordenador se encargaba de la revisión.

—Revisa esos cálculos, Chur. El ordenador de la nave puede encargarse sin problemas de los cinco niveles principales.

—Ahora mismo.

Los cinco segmentos de la nave se unificaron en el ordenador en tanto que otros programas pasaban a diferentes bancos de memoria. En las pantallas del centro de mandos aparecieron los diagramas de la nave.

Maing tol. Esto significa que, desde Punto de Encuentro debían seguir por Urtur hasta Kita y luego, como mucho, hasta Maing Tol.

—No podemos dar un solo salto —dijo por fin—. No con la carga que aún tenemos dentro, al menos, ni con nada parecido a esa masa.

En el puente reinó el silencio.

—Bien —dijo finalmente Haral.

Pyanfar permaneció inmóvil contemplando los gráficos.

—Tía —murmuró Hilfy, haciendo girar su silla con las pupilas muy dilatadas y el comunicador pegado al oído—. Tía, es Geran. Dice que aduanas ya ha cargado los recipientes y que ya han salido. Y dice también, que hay un montón de guardias mahen con ellas.

—¡Bondad divina! Al menos algo anda bien. ¿Cuánto tardarán?

—¿Cuánto? —transmitió Hilfy y al escuchar la respuesta sus ojos brillaron levemente—. Ya casi están aquí.

—¿Cómo anda esa presión?

—La presión va bien —dijo Haral.

—Capitana —dijo Chur—. Alguien llama por el comunicador de la entrada. Es Banny Ayhar, capitana. Quiere hablar.

—¡Maldita sea! —Pyanfar conectó el intercomunicador general de la nave—. ¡Ayhar, vete de aquí ahora mismo!

—¿Quién está hablando?

—¡Pyanfar Chanur, así se te pudran los ojos, y sal ahora mismo de mi muelle! Tenemos una emergencia.

—¿Qué clase de emergencia? Chanur, no me encuentro de humor para aguantar más misterios ni enredos. Chanur, ¿me has oído?

—Tampoco yo tengo tiempo para esto. —Hizo girar la silla bruscamente hacía el puente y se levantó—. Haral, encárgate de controlar esa escotilla. Y dile a Ayhar que no se meta en medio. Hilfy, Chur, venid conmigo.

Hilfy y Chur le siguieron, pisándole los talones, por todo el pasillo, casi a la carrera, hasta llegar al ascensor que llevaba a la cubierta inferior. Pyanfar apretó el botón.

Apenas la cabina se había puesto en movimiento, el comunicador que había sobre el panel de los controles del ascensor, se encendió.

—Capitana —era la voz de Haral—. Aquí Geran. Tienen kif por ahí fuera.

Pyanfar metió una garra en la ranura antes de que el ascensor pudiera pasar a otro nivel y detuvo la cabina en seco a la altura de la escotilla.

—¡Hilfy! —dijo mientras abandonaba el ascensor antes de que Hilfy hubiera tenido la oportunidad de seguirla a ella o a Chur—. Vete abajo y encárgate de que esa bodega esté abierta y preparada.

—Tía —lanzó un gemido juvenil de protesta, con las manos levantadas, antes de que la puerta se cerrara entre ellas.

Pyanfar y Chur fueron corriendo hacia la entrada, deteniéndose sólo un instante en la armería y luego en el panel de comunicaciones que había en el vestíbulo.

—¡Abre esa escotilla! —le gritó Pyanfar a Haral, dirigiéndose hacia la entrada de la nave.

3

Entraron corriendo por el tubo de acceso y doblaron la curva, para encontrarse bruscamente con una corpulenta capitana hani, con el rostro cubierto de cicatrices, a la cual flanqueaban dos tripulantes de edad madura.

Pyanfar logró evitar la colisión por unos centímetros.

—¡Maldita sea! —gritó Banny Ayhar en tanto que Chur lanzaba un juramento; un segundo después se oyó un golpe bastante fuerte.

—¡Que los dioses se te lleven! —chilló Pyanfar, girando en redondo y viendo cómo Chur ya se recobraba del choque y se colocaba rápidamente a su lado—. ¡Te dije que salieras de mi muelle!

—¿Qué hará falta para que Chanur recobre el sentido común? —gritó Banny Ayhar—. ¿Cuándo acabará todo esto, eh? ¡Tienes que escucharme, *ker* Pyanfar! Ya he soportado bastantes...

—Tengo ahí fuera un montón de kif que andan detrás de mis tripulantes, ¡así te revienten los ojos!

—¡Chanur!

Pyanfar se volvió haciéndole una seña a Chur y echó a correr nuevamente, oyendo a su espalda el eco de los pasos del grupo de Ayhar, que logró mantenerse bastante cerca de ellos, al menos hasta llegar a la salida de pasajeros donde se iniciaba la rampa de bajada.

—¡Chanur! —rugió Banny Ayhar, ahora ya más lejos, haciendo resonar un sinfín de ecos en el muelle. Pero Pyanfar siguió corriendo por la rampa, sin detenerse, hasta dejar atrás la inmóvil cinta transportadora usada para las operaciones de carga, así como la grúa que sostenía el manojito de cables que unían la *Orgullo* a los suministros y controles de la estación.

—¡Chanur! —Ahora el grito ya casi había sido inaudible.

Los muelles, fríos y silenciosos, parecían extrañamente despejados en ese momento. El silencio que reinaba en ellos era ya, por sí solo, toda una advertencia. Incluso desde la posición actual de Pyanfar resultaba fácil darse cuenta de que habría problemas. Un segundo después un enorme transporte de recipientes apareció moviéndose con ruidosa lentitud a cuatro muelles de distancia.

Lo acompañaba un grupo bastante extraño: media docena de mahendo'sat con el uniforme negro de los guardias de la estación, caminaban a los lados del transporte. Sobre él iban dos hani de pelaje rojizo con pantalones de azul algo desteñido, vigilando los grandes recipientes blancos, en tanto que una docena de kif, cubiertos con capas negras, seguían al transporte formando un grupo compacto. Si había también algún funcionario de aduanas stsho envuelto en la operación se encontraba encerrado dentro de la cabina del transporte o había huido hacía ya rato para salvarse.

—Venga —le dijo Pyanfar a Chur: Pero no hacía falta que la animara. Chur se mantuvo a su altura, mientras cruzaban la distancia que les separaba del transporte, con un trote no demasiado rápido, calculado para no causar problemas y, al mismo tiempo, para que les permitiera llegar allí, con el tiempo necesario de echar una mano si era preciso. Pyanfar tenía metida la mano en su bolsillo y sus dedos apretaban con fuerza la culata del arma, intentando que no se balanceara con el ritmo de su carrera y que pudiera pasar desapercibida. Sus ojos vigilaban constantemente al grupo de kif, intentando distinguir cualquier silueta envuelta en una capa negra que pudiera hallarse emboscada entre el laberinto de grúas y recipientes varios que había a la derecha o, quizá, que asomara de pronto por las puertas del edificio de la estación que tenían a la izquierda.

—Hai —gritó con voz jovial, cuando sólo se encontraban a un muelle del transporte—. Hai, bastardos kif, ya era hora de que salierais al descubierto para saludarnos.

Los kif las habían visto venir, naturalmente. El grupo se dispersó instantáneamente en todas direcciones, algunos ocultos por la masa del transporte y sus recipientes. Pero en ese mismo instante varios guardias manen saltaron de la plataforma del transporte, donde habían permanecido agazapados tras los cuatro enormes cilindros, para situarse a espaldas de esos kif.

—Me alegra veros —se burló Pyanfar, deteniéndose a una distancia más o menos segura de los kif. Sus rostros flacos y oscuros la contemplaban con una indescifrable falta de expresión—. Estaba preocupada. Pensaba que os habíais olvidado de mí.

—Estúpida —siseó uno de los kif.

Pyanfar sonrió con la mano aún metida en el bolsillo y las orejas muy erguidas, intentando abarcar al mismo tiempo a todo el grupo de kif con la mirada. Dos siluetas negras aparecieron de repente, al seguir avanzando el vehículo y Pyanfar se desplazó un poco para mantenerles igualmente vigilados. El olor de los kif saturaba la atmósfera y ese aroma que le recordaba el del papel resecaado por el tiempo, ofendía su olfato con imágenes del pasado. Tenían rostros de largo hocico asomando bajo los capuchones. La piel era de un gris oscuro surcada de arrugas y carente de pelaje. Los ojos eran pequeños y rodeados de círculos rojizos. Pyanfar sintió que se le erizaba el vello de la espalda.

—Haced algo —les dijo, deseando que la escucharan—. Siempre lamiendo los pies de otros, ladrones baratos, escoria. ¿Os dejó abandonados Akkukkak o es que ahora anda por otros lugares?

Era difícil saber cuáles eran las emociones de un kif a partir de su expresión facial. Si la referencia a su líder desaparecido tuvo algún efecto en ellos, Pyanfar no logró verlo. Sólo uno de los rostros encapuchados se alzó hacia ella, frunciendo el negro hocico, y clavó su mirada en Pyanfar de un modo tan directo que no encajaba

en absoluto con la habitual actitud furtiva y escurridiza de los kif.

—Ya no es un factor a considerar —dijo ese kif, en tanto que el transporte se alejaba un poco más, gimiendo bajo el peso de los recipientes, dejando atrás al grupo de los kif.

Pyanfar oyó golpes suaves que hacían vibrar el suelo junto a ella y por el rabillo del ojo distinguió una silueta rojo dorada. Tirun y Geran habían saltado del transporte y se colocaron a su izquierda, en tanto que Chur se encargaba de proteger su flanco derecho.

—Atrás —dijo sin volverse hacia sus dos nuevos refuerzos—. Seguid acompañando al transporte. Hilfy está en la cubierta inferior. Meted dentro la carga —los guardias mahen se habían desplazado cautelosamente, para encontrarse en mejor posición y Pyanfar distinguió en el límite de su campo visual varias siluetas oscuras, dos de las cuales se encontraban algo delante de ella y detrás de los kif.

—Llevas armas —observó el kif que había hablado antes, sin utilizar la jerga a la cual se veían obligados incluso los mahe más inteligentes. Ese kif parecía dominar con toda fluidez el lenguaje hani y era capaz de matizar considerablemente sus palabras. De hecho, la expresión que había utilizado quería decir «armas deshonorosamente ocultas»—. Tienes muchas dificultades. Lo sabemos, Pyanfar Chanur. Sabemos qué transportas y sabemos de dónde viene. Comprendemos muy bien lo delicada que es tu situación doméstico estamos enterados de que ahora posees algo que nos interesa. Te hacemos una oferta. Soy muy rico. Podría encargarme de pagar lo suficiente para que... para que se te absolviera de tus pasados errores de juicio. ¿Pondrás en peligro tu nave? Te aseguro que tu nave correrá peligro y lo correrá por un mahendo'sat que, ocurra lo que ocurra, ya está perdido.

Pyanfar oyó alejarse el transporte, ahora fuera de peligro. Chur seguía a su lado, al igual que los seis guardias mahendo'sat.

—¿Cómo te llamas, Kif?

—Sikkukkut-an'niktukktin. Sikkukkut para ti, hani curiosa. Te darás cuenta de que hemos estado haciendo averiguaciones sobre ti.

—Apuesto a que las habéis hecho.

—El muelle es un lugar público y, como tal, no resulta adecuado para hablar de negocios tan delicados. Además, tengo ofertas muy concretas que hacerte.

—Claro.

—Ofertas provechosas. Sí te invitara a mi nave, ¿aceptarías?

—Me parece bastante improbable.

—Entonces, yo iré a la tuya —Sikkukkut extendió los brazos y su capa se hinchó hasta convertirse en un remolino de tela negra y gris que dejó vislumbrar destellos de oro—. Sin armas, claro está.

—Lo siento, pero no hay invitación.

El kif bajó los brazos y sus ojos rodeados por círculos rojizos la contemplaron con expresión pensativa.

—No eres muy cortés.

—Selecciono mis amistades.

El largo hocico grisáceo se arrugó por encima de las fosas nasales en una serie de pliegues, formando una lenta cadena de promontorios, como si su propietario acabara de percibir un olor levemente desagradable.

—¿Temes a los testigos?

—No, sencillamente, soy muy selectiva.

—No me parece que estés obrando con sabiduría, Pyanfar Chanur. Estás perdiendo lo que podría haberte salvado, tanto aquí como en tu casa. Una nave hani, presente en el puerto, ya ha podido ver acontecimientos más bien comprometedores para ti, ¿Quieres que emita una hipótesis sobre lo que sería de Kohan Chanur y de todo el clan Chanur en caso de que le ocurriera algo a la *Orgullo* ? Kohan Chanur perecería. Su nombre sería olvidado como si jamás hubiera existido. Sus propiedades serían repartidas y las naves tendrían que volver a vuestro planeta, para servir a quienes se hubieran convertido en propietarios de los bienes de Chanur. ¡Oh! *ker* Pyanfar, has sido muy imprudente, todos lo saben. Este último problema acabará contigo, ¿Y a quiénes debes darle las gracias por todo ello sino a los mahendo'sat, que han estado maniobrando y maquinando planes en los cuales la especie hani es tan poco importante que ni tan siquiera se la consulta?

El ruido del transporte era casi inaudible y Pyanfar oyó de pronto otro sonido, el siseo apagado que emitía la compuerta de entrada al abrirse y después el zumbido de una cinta móvil que era puesta en posición y empezaba a ser cargada. Eran sonidos viejos y familiares para ella y podía interpretar cada uno de los tintineos metálicos sabiendo a qué correspondían.

—¿Y qué hay de las maniobras entre los kif? —le preguntó al ladrón cubierto de tela grisácea—. ¿Qué hay de sus maquinaciones? Tengo la impresión de que ésas sí podrían interesarme.

—No son cosas de las que podamos discutir aquí, *ker* Pyanfar, pero se trata de asuntos en los cuales la especie hani corre un peligro tan grande que deberían interesarte. Puede que empiecen a interesarte muchísimo cuando las noticias de lo ocurrido en Punto de Encuentro lleguen hasta el *han*, y estoy seguro de que llegarán. Acuérdate de mis palabras. Entre los kif... bien, me siento inclinado a ser tu amigo, no tu enemigo. Sikkukkut de la *Harukk* , a tu servicio.

—Nos tendiste una trampa, bastardo.

El largo hocico del kif se agitó levemente y el cuero grisáceo, parecido a un viejo pergamino, se arrugó todavía más. Quizá los kif eran capaces de sonreír, pero éste se limitó a sacar una mano de su capa y Pyanfar retrocedió un paso, en tanto que sus

dedos desplazaban el arma dentro de su bolsillo hasta un ángulo que le permitiera disparar sin perder ni un segundo.

En las nudosas zarpas del kif había ahora algo dorado. Pyanfar lo contempló sin apartar el dedo del gatillo.

—Un mensaje —dijo—. Para tu... cargamento. Dáselo.

—Probablemente estará infectado con alguna plaga.

—Te aseguro que no. Lo estoy tocando, ¿no lo ves?

—Seguro que será una plaga especial para las hani.

—Sería un error grave no reconocerlo como lo que es. Confía en mi, *ker* Pyanfar.

Era peligroso contrariar a un kif. Pyanfar se dio cuenta de que el kif empezaba a irritarse por el elegante giro de muñeca con que sostuvo el objeto (un pequeño anillo de oro) ante sus ojos.

Pyanfar movió rápidamente la mano y el anillo desapareció entre sus uñas.

—Qué desconfiada —dijo Sikkukkut.

Pyanfar retrocedió un paso.

—Chur —dijo. Tenía una oreja levemente inclinada hacia atrás y ello le permitió oír el leve ruido que hizo Chur al moverse.

Sikkukkut había extendido ante ella sus manos con las palmas grisáceas hacía fuera, como intentando probar su decisión de renunciar a todo acto violento. Su largo hocico se había alisado y los ojos no dejaban de mirarla con pupilas que parecían fuego líquido.

—Te veré muy pronto —dijo Sikkukkut—. Seré paciente contigo, hani estúpida, con la esperanza de que no sigas siendo siempre tan estúpida como ahora.

Pyanfar siguió retrocediendo hasta interponer entre ellos y los kif, el muro de los centinelas mahen, con Chur a su lado.

—No les deis la espalda —les aconsejó a los mahendo'sat.

—Tengo órdenes —dijo el mahe que parecía ser el jefe—. Tú vas nave, hani. Estos buenos kif van en otra dirección.

—Aquí hay armas ilícitas —dijo otro kif con voz más fría—. Pregúntaselo a esta hani.

—Nuestra armas legales —dijo el mahen con voz decidida, habiendo oído quizá ya demasiado tarde las maquinaciones de los mahendo'sat de labios del otro kif. Los guardias se mantuvieron firmes como rocas. Pyanfar giró en redondo, aprovechando la ocasión que le ofrecían, le hizo una seña a Chur y empezó a cruzar el muelle, sintiendo durante todo el trayecto un leve escozor entre los omoplatos.

—Ya se van —dijo Chur, que había corrido el riesgo de echar un breve vistazo por encima del hombro—. Que los dioses les...

—Sigue andando —Pyanfar aceleró el paso hasta convertirlo en un trotecillo que no llegaba a ser del todo una carrera, acercándose cada vez más al dique de la

Orgullo y al zumbido que emitía la maquinaria empleada para manejar el cargamento. La grúa se había detenido con un recipiente suspendido en el aire, en tanto que tres hani gritaban y discutían airadamente con los encargados de la maquinaria, agitando mucho las manos.

—¡Ayhar! —tronó Pyanfar—. ¡Maldita seas, largo! —se lanzó sobre el grupo que seguía discutiendo y le dio un fuerte empujón a Banny Ayhar que retrocedió un par de pasos con las pupilas dilatadas y una expresión aturdida en su ancho rostro cubierto de cicatrices.

—¡Bastarda sin orejas! —aulló Ayhar—. ¡No te atrevas a ponerme las manos encima!

Sabía muy bien lo que había hecho. Se quedó inmóvil oyendo cómo la grúa se ponía otra vez en movimiento con un zumbido, llevándose su carga, con Tirun, Chur y Geran detrás de ella, mientras que las dos tripulantes de Ayhar flanqueaban a su capitana. Por su mente corría veloz un huracán de ideas desordenadas: el *han*, las alianzas, las influencias que entrarían en juego.

—Mis disculpas —dijo Pyanfar y el esfuerzo de pronunciar tales palabras estuvo a punto de hacer que se atragantara—. Mis disculpas, Ayhar. Y sal de mi dique. ¿Me has entendido?

—Estás tramando algo, Pyanfar Chanur. Tienes metido el hocico en algo. Estás aliada con los mahendo'sat en sólo los dioses saben qué y, Chanur, te aviso que Ayhar no piensa tolerarlo. ¿Sabes lo que va a costarnos todo esto? ¿Sabes lo que nos costó tu última locura, cuando las naves del *han* vieron prohibido el acceso a Punto de Encuentro mientras que nuestros muelles de Gaohn eran hechos pedazos? ¡Que los dioses se llenen de plumas si las indemnizaciones de los mahen llegaron apenas a cubrir los daños!

—Te veré en Anuurn. Banny, hablaremos de todo esto tomando un trago o dos.

—¡Un trago o dos! ¡Chanur, por todos los dioses!

—Geran, Tirun, que empiecen a moverse esos recipientes.

—No me des la espalda cuando te estoy hablando.

—Ayhar, ahora no tengo tiempo.

—¿A qué viene tanta prisa? —Una nueva voz hani, joven y sedosa, sonó junto a ella. Sería esa desvergonzada tripulante de Ayhar, pensó ella, volviéndose en redondo con los labios fruncidos ya para soltar una maldición.

Y se encontró con otra capitana. Su melena y su barba de un rojo dorado estaban elegantemente rizadas; llevaba un brazalete de oro y un cinturón del mismo metal mientras que sus pantalones de seda negra no lucían el más mínimo adorno.

El color de un Clan Inmune. Una funcionaría del *han*.

—Rhif Ehrran —se presentó la recién llegada—, capitana de *La Vigilancia de Ehrran*. ¿Qué ocurre, Chanur?

Pyanfar sintió que su corazón empezaba a redoblar con una pulsación lenta y dolorosa. La sangre pareció dispararse simultáneamente hacia sus orejas y desplomarse hacia su estómago.

—Es un asunto privado —dijo con voz tranquila, intentando controlarse—. Disculpadme, capitana. Tengo una emergencia interna.

—He venido aquí por otros asuntos —dijo la agente del *han*—, pero tus acciones más recientes hacen que por comparación parezcan poco importantes, *ker* Chanur. ¿Te importaría explicarme lo que está pasando?

Podía contárselo todo a Ehrran, dejar que el peso de ese maldito embrollo cayera sobre la representante del *han* en el puerto.

Podía entregarle a Tully, Era joven, por los dioses: no tenía ni un rasguño en las orejas y pese a ello llevaba ya media docena de anillos. Y parecía fría como un pedazo de hielo. Una maldita grabadora ambulante al servicio de uno de los clanes públicos, inmune a los desafíos y teóricamente incapaz de tomar partido por ninguno de los bandos en conflicto.

—Vuelvo a casa —dijo—. Yo me encargaré de ello.

Las fosas nasales de Ehrran se ensancharon y volvieron a contraerse.

—¿Qué te dio el kif, Chanur?

Pyanfar sintió que un viento helado le acariciaba la espalda. A una distancia enorme oyó el chirrido de la grúa alzando un recipiente.

—Se me cayó un anillo en la confusión —dijo—, y el kif me lo devolvió —la mentira repugnaba, al igual que el miedo que la presencia de Ehrran hacía nacer en su interior, un miedo del que ella era muy consciente—. ¿Esto es lo que hace ahora el *han*? ¿Se ha convertido en un grupo de inquisidores? ¿Se dedica acaso a recoger los huevos podridos?

Sus palabras dieron en el blanco. Las orejas de Ehrran retrocedieron levemente para eruirse de nuevo, un segundo después.

—Creo que estás saliendo del territorio privado, Chanur, pero ya te encargarás de arreglar todo este lío. Si hay repercusiones con los *stsho*, entonces seré yo la que entre en el asunto. ¿Me has comprendido?

—Perfectamente —le costaba respirar—. Y ahora, capitana, ¿puedo ocuparme de mis asuntos?

—Ya sabes que estás metida en ese lío hasta el cuello —dijo Ehrran—. Acepta mi consejo y deshazte de tu pasajero cuando regreses a casa.

Ehrran se dio la vuelta y se alejó mientras Pyanfar tenía la impresión de que se le iba a parar el corazón, pero se había referido a *Khym Mahn*, claro. El comprender eso requirió sólo otra fracción de segundo y la ofensa era tan grande que Pyanfar estuvo a punto de ahogarse de ira. Miró a Banny Ayhar sin decir palabra y en su mirada había el reproche que debía esperar alguien capaz de meter a una agente del *han* como

Ehrran en una disputa privada.

—No ha sido obra mía —dijo Ayhar.

—Y un infierno mahen.

—Es imposible razonar contigo —dijo Ayhar, alzando las manos hacia las grúas y marchándose. Pero se detuvo durante el tiempo suficiente como para volverse hacia ella y añadir—. Es hora de que olvides todo ese asunto, Pyanfar Chanur. Olvídate de él, antes de que signifique la ruina irrevocable de tu hermano.

Pyanfar se quedó tan sorprendida que sus labios se entreabrieron en una mueca involuntaria. No fue capaz de responderle y se quedó inmóvil viendo cómo Ayhar se daba la vuelta por segunda vez y atravesaba el muelle junto con sus dos tripulantes. Unos segundos después era ya demasiado tarde como para responderle con algo, como no fuera un grito de impotencia dirigido a la ya casi invisible espalda de Ayhar.

El primer recipiente resonó sobre la rampa de carga. Tirun y Geran hicieron girar en redondo su cargador con rapidez de expertas y subieron el arnés que circundaba el recipiente hasta engancharlo con los garfios móviles que unos instantes después se ocultaron en el interior del frío resplandor actínico que bañaba la bodega de la *Orgullo*. Otro recipiente empezó a subir por la rampa en tanto que Chur, que se encontraba junto al operario de la grúa, no paraba de gritarle al ofendido mahe, instándole a que fuera más rápido.

—¡Chur! —gritó Pyanfar, dirigiéndose hacia la rampa y hacia el tubo que había detrás de ella. Chur dejó lo que estaba haciendo y la siguió a toda prisa, abandonando a los operarios del muelle para que siguieran con sus tareas. Pyanfar subió corriendo por la rampa de la *Orgullo* y se detuvo junto a la entrada, sintiendo una punzada en el flanco. Unos segundos después Chur se reunía con ella.

Había una agente del *han* en su problema privado.

Era una oportunidad para librarse de Tully confiándolo a esa misma gente que ella había rechazado casi sin pensarlo.

¡Dioses! ¡oh, dioses!

Cruzaron la escotilla y tomaron por el corto pasillo que llevaba hasta el ascensor.

La puerta se cerró con un silbido unos segundos después de que Pyanfar tecleara en los controles la orden de bajada para dirigirse hacia el anillo de pasajeros de la *Orgullo*, situado en la parte exterior de la nave.

—¿Ya está? —les llegó la voz de Haral por el comunicador.

—Los dioses sabrán —le dijo al desnudo panel del comunicador, intentando mantener la calma—. No pierdas de vista a esos kif de ahí fuera, ¿me has oído?

—Da la impresión de que el grupo se ha dispersado.

—¡Ah! —bueno, al menos eso era una ventaja, aunque no creyera demasiado en su importancia.

—Lo haré de todos modos —dijo Haral, cortando la conexión con un chasquido.

El ascensor se detuvo con un golpe seco en la parte inferior del anillo de rotación y luego se puso en marcha, con una sacudida, hacia los compartimentos indicados.

—¿Cuál de los recipientes es? —jadeó Chur, agarrándose al pasamanos junto a ella.

—No lo sé, ¡por los dioses! ¿O crees que Dientes-de-oro le puso una etiqueta a ese condenado artefacto? Era incapaz de utilizar un recipiente pequeño, oh, no, y nada de enviarlo directamente a nuestra nave, faltaría más. Tenía que confiar en los stsho. Maldito lunático mahen, ¡que los dioses se lo lleven!

El ascensor empezó a frenar y un instante después se detuvo por segunda vez y abrió su puerta para mostrar una caverna vacía y fuertemente iluminada que se hallaba bajo la plataforma de observación en la que se encontraban. La humedad de la atmósfera había formado una delgada capa de escarcha sobre los recipientes y la maquinaria. Las planchas del suelo estaban tan frías que resultaba incómodo pisarlas y las potentes ráfagas emitidas por el sistema de ventilación laceraban cruelmente la piel y las fosas nasales de las hani.

—¿Hilfy? —gritó Pyanfar, inclinándose sobre la barandilla protectora para mirar hacia abajo. Hilfy, Hilfy, Hilfy dijo el eco como si un gigante se ocultara en la bodega.

—¡Tía! —una figura envuelta en un traje acolchado para protegerse contra el frío se encontraba bajo la plataforma de operaciones, casi invisible. Pyanfar la percibió como un manchón blanco recortado contra la sombra del primer recipiente que se encontraba casi al final de la bodega—. ¡Tía, no consigo levantar esta maldita tapa! ¡Está cerrado!

—¡Que los dioses frían a ese bastardo! —Pyanfar hizo caso omiso del compartimento donde se guardaban los trajes protectores y bajó a toda prisa los peldaños, desafiando el frío, con los pies descalzos y el pecho al aire. La atmósfera ardía dentro de sus pulmones y le congelaba las costillas. Oyó un ruido a su espalda. Era la puerta de un compartimento al abrirse—. ¡Coge los trajes! —le gritó a Chur, y su aliento formó una nubecilla bajo el resplandor de las luces.

Otro recipiente apareció por la entrada de la bodega, con un siseo de aire presurizado y dio un fuerte golpe al posarse sobre su armazón, mientras Pyanfar avanzaba por entre los rieles que servían para desplazar la carga y que, en la penumbra del suelo, relucían con un apagado brillo marrón. El recipiente avanzó con un rugido incontenible por sus rieles hasta detenerse finalmente en su soporte definitivo, justo cuando Pyanfar llegaba hasta él. Hilfy corrió hacia el costado del recipiente y levantó la palanca que mantenía cerrada la tapa. En la placa superior brillaban los diales que indicaban las condiciones internas del recipiente.

—Este tampoco se abre —murmuró Hilfy, desesperada, irguiéndose de nuevo con su voz ahogada por la máscara protectora del traje. Unos segundos después se oyó

otro estruendo. Un nuevo recipiente estaba entrando por la rampa receptora—. ¿Ese Dientes-de-oro no te entregó algún código de acceso?

—Sólo los dioses pueden saberlo. Quizá los stsho lo tengan —Pyanfar estaba temblando convulsivamente cuando apareció Chur con trajes y máscaras protectoras y le metió uno de ellos entre sus dedos entumecidos por el frío. Pyanfar contempló distraídamente cómo el tercer recipiente quedaba instalado en su soporte, sin hacer caso del traje protector que tenía en la mano, pensando en la traición de los stsho mientras los mecanismos hidráulicos del soporte se ajustaban para compensar el nuevo peso del recipiente. Hizo a un lado a Hilfy, que se disponía a comprobar el cierre, y ella misma tiró de la palanca. También ese recipiente estaba cerrado—. ¡Maldita suerte la nuestra! —dijo Pyanfar, levantándose y luchando para poner la máscara protectora sobre su rostro. Sus dedos, medio helados, se negaban a obedecer y no lograba esconder las garras. Las zonas acolchadas de sus pies ardían a cada contacto con las placas del suelo, Pyanfar contempló con cierta desesperación a Chur, que ya se había puesto la máscara protectora y le extendía el traje que sus dedos ateridos habían dejado caer mientras luchaba con la máscara—. Tiene que ser el último recipiente, eso es todo.

—¿Y si hay una llave? —le preguntó Hilfy. Pese al traje protector, sus dientes castañeteaban de tal modo que parecía iban a romperse en mil pedazos—. Si los stsho la tienen...

—Está entrando el número cuatro —gritó Chur para ser oída por encima del estruendo de la maquinaria. El cuarto recipiente cruzó la entrada y rodó con estruendo por los rieles hasta detenerse, mientras ellas echaban a correr hacia el soporte. Chur llegó la primera, se inclinó sobre la palanca y luego empezó a tirar infructuosamente de la tapa—. También está cerrado.

—¡Dioses y truenos! —Pyanfar sacó la pistola de su bolsillo y sin avisar a Chur le pegó un tiro al mecanismo de la tapa. Luego, moviéndose a toda velocidad, hizo lo mismo en cada uno de los otros tres recipientes. Las luces de los indicadores se apagaron y una humareda que olía a plástico quemado, ascendió de sus alientos, para formar nubecillas grisáceas— ¡Traed sopletes si hace falta! Vamos a quitar esas tapas.

—¡Está saliendo! —gritó Chur, mientras daba tirones a la tapa, aún humeante, e Hilfy corrió a echarle una mano dejando atrás a Pyanfar, entorpecida por sus pies descalzos y medio helados.

Era pescado. Un auténtico diluvio de pescado seco que saturó con su olor el aire superenfriado. En el recipiente que abrieron a continuación había fruta seca. El tercero...

—Aquí —dijo Chur, apartando a manotazos cascadas de fruta *shishu* que emitían vaharadas de un aroma cálido y dulzón, pues se había dado cuenta de que por entre la fruta asomaba una segunda tapa blanca. Se puso de rodillas y logró alcanzar la

palanca. Tiró de ella con todas sus fuerzas y cayó de espaldas al levantarse bruscamente la tapa.

Una silueta, que recordaba la de un insecto en su capullo, alzó su pálido rostro cubierto con una mascarilla de oxígeno, envuelta en una nube de vapor que se formó al mezclarse la atmósfera del recipiente con la de la bodega. Con un grito apagado, Tully empezó a debatirse para salir de su encierro, emitiendo una oleada pestilente de calor y sudor humano que casi lograba dominar el asfixiante aroma del pescado y la fruta. Chur le ayudó, poniéndose otra vez de rodillas, agarrando a Tully por los hombros, cubiertos con una camisa blanca, y arrastrándole finalmente fuera de su cápsula, entre un alud de fruta y una gran humareda de vapor emitida por su cuerpo recalentado.

Tully jadeó y, con los ojos casi fuera de las órbitas, logró ponerse en pie, manoteando como si se hubiera vuelto loco.

—Tully —dijo Pyanfar, pensando que las luces le cegaban. Parecía también medio asfixiado a causa del calor que había soportado en su angosto encierro—. Tully, ¡somos nosotras! ¡somos nosotras! ¡en nombre de todos los dioses!

—Pyanfar —exclamó él, arrojándose en sus brazos— ¡Pyanfar! —El impacto le hizo perder el cilindro de respiración, así como los tubos y los dos cayeron sobre la maloliente montaña de fruta de la cual había emergido. Tully se había desplomado sobre ella, oprimiéndola con su peso abrumador. El corazón le latía con tal violencia que Pyanfar pudo sentir sus redobles a través de las costillas.

—Cálmate —le dijo. Eran instintos de cazadora. Su corazón estaba intentando adaptar sus latidos a los de Tully—. Ten cuidado, Tully, ¡cálmate! —Pyanfar logró mantener erguidas las orejas pese a todo y, con mucho cuidado, desenredó sus brazos del tembloroso Tully y le empujó hacia atrás. Tully parecía enloquecido por el miedo—. Estás a salvo. ¿Me has entendido? Estás a salvo, Tully, en la *Orgullo* .

Tully no dejaba de murmurar en su propia lengua. De sus ojos brotaban hilillos de agua que se congelaban rápidamente sobre su rostro.

—Tengo... —dijo—, tengo... —Se desasíó bruscamente de ella para lanzarse de cabeza nuevamente al interior de la cápsula, manoteando por entre el confuso montón formado por los aparatos de apoyo vital y la fruta medio aplastada. Unos instantes después se levantó con un visible esfuerzo sosteniendo un gran paquete en las manos y se lo tendió a Pyanfar. Cuando ella se lo cogió, Tully estuvo a punto de caerse, súbitamente desequilibrado—. Dientes-de-oro —dijo, y luego intentó añadir algo que fue ahogado por el castañeteo de sus dientes.

—Se va a congelar —dijo Chur, echando uno de los dos trajes protectores por encima de sus frágiles hombros, carentes de vello y cubiertos solamente por la delgada camisa.

Puede que fuera en ese instante cuando Tully reconoció a las demás. Gritó

«¡Chur!» y avanzó un paso, tambaleante, para lanzarse en sus brazos. Empezó a temblar a medida que la última fracción del calor que había adquirido en la cápsula se disipaba por el frío de la atmósfera. Hilfy se quitó la máscara protectora y Tully gritó «¡Hilfy!», extendiendo los brazos hacia ella.

Pero entonces le fallaron las piernas y estuvo a punto de caer al suelo antes de que Hilfy y Chur pudieran cogerle.

—¡Hilfy! —dijo Tully con expresión aturdida, medio sentado sobre las gélidas placas metálicas mientras ésta le rodeaba con sus brazos.

—Levantadle —les ordenó secamente Pyanfar—. Llevadle al ascensor, ¡por todos los dioses! —Pyanfar les indicó el camino con un gesto imperioso de la mano, en tanto que con la otra sostenía el paquete. Ella ya casi no sentía los pies y en la húmeda cabellera de Tully se estaban formando cristales de hielo. Sus ropas, cubiertas de escarcha, se habían quedado casi totalmente rígidas.

Cuando lograron incorporarle, Tully intentó caminar, pero durante el largo, larguísimo trayecto por entre los rieles, hasta llegar a los peldaños de la estación, tuvieron que llevarle prácticamente en vilo. Para subir los peldaños hizo falta que una de ellas le aguantara por el costado mientras Pyanfar iba empujándole desde atrás. Cuando por fin llegaron a la plataforma, Tully estuvo a punto de caerse, pero logró pasar los brazos por encima de la espalda de Hilfy y Chur y se sostuvo en pie.

—Aguanta un poco —Pyanfar fue hasta el ascensor, apretó el botón y mantuvo la puerta abierta en tanto que Chur e Hilfy arrastraban a Tully hasta el interior de la cabina que, en comparación con la bodega, ofrecía un estallido de calor y luces brillantes. Apenas entraron, una delgada capa de escarcha empezó a formarse en las paredes de la cabina.

—El papel —murmuró Tully, alzando la cabeza.

—Lo tengo —Pyanfar cerró la puerta y aceleró el vehículo. Chur apretaba a Tully contra su cuerpo, mientras Hilfy le sostenía por el otro lado. El vehículo alcanzó el límite de su recorrido y empezó a ascender.

Llevadle a la enfermería —dijo Pyanfar mientras el ascensor iba subiendo—. Que esté bien caliente. Y lavadle un poco, ¡por todos los dioses!

Al oír esas palabras Tully alzó levemente la cabeza. Su hermosa melena dorada goteaba a causa de la escarcha a medio derretir y el pelo húmedo le tapaba prácticamente los ojos. Todo su cuerpo apestaba a causa de la fruta, el pescado y el olor de su miedo.

—Amigo —dijo, utilizando la mejor palabra de su limitado vocabulario. Miró a Pyanfar, como ofreciéndole esa palabra y el temor de sus ojos. Preocupada, Pyanfar extendió la mano y le palmeó el hombro con las garras cuidadosamente retraídas.

—Claro. Amigo.

¡Dioses! Quizás ellas no estuvieran tan seguras de ser sus amigas, pese a que

había venido desde tan lejos sólo porque confiaba en ellas.

—Tengo... Pyanfar, tengo... —Le castañeteaban los dientes y ello no ayudaba precisamente a mejorar su dicción—. Venido verte... Necesito... necesito...

El ascensor se detuvo en la cubierta inferior y su puerta se abrió con un siseo.

—Cuidad de él —dijo Pyanfar, sin moverse del interior de la cabina—. Y de prisa. Tengo otros asuntos para vosotras. ¿Entendido?

—Bien —dijo Chur.

—¡Pyanfar! —gritó Tully mientras le sacaban del ascensor—. Documento...

—Ya te he oído —respondió ella y sostuvo el paquete para que lo viera, mientras la puerta volvía a cerrarse—, lo tengo —murmuró como hablando consigo misma. Luego, se acordó de otro problema, metió la mano en el bolsillo y sintió el anillo junto a la culata de su arma, un anillo que había sido hecho para dedos y no para orejas. Sólo los mahendo'sat y los stsho llevaban anillos en los dedos, ya que sus garras que no eran retráctiles, carecían del tendón que poseía la especie hani y ello les daba una articulación más que a ésta. Y también los kif, sin mencionar, claro, a los t'ca, los knnn y los chi.

La mano de un ser humano se parecía a la de los mahe. Tully había estado ya una vez en poder de los kif. Pyanfar había logrado protegerle e impedir que lo recuperaran y, desde luego, sabía que Tully era incapaz de olvidar eso.

¡Maldito Extraño! Unos cuantos minutos de tratar con él y ya le temblaba todo. Tully parecía tener el don de sacarla de sus casillas.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Haral, cuando Pyanfar entró con paso cansado en el puente.

—Se encontrará bien dentro de poco. Está algo vapuleado y no puedo decir que me extrañe —se dejó caer en su asiento, sin haberse tomado la molestia de asearse previamente y apartó sus pies quemados por el frío de todo contacto con el suelo. Haral tuvo la diplomacia suficiente como para no arrugar la nariz—. ¿Te enteraste de lo que pasó con esa Ehrran?

—Sólo en parte.

—Nos espera un pésimo informe cuando volvamos a casa, apostarí por ello. ¿Qué están haciendo Geran y Tirun?

—Se están encargando de limpiar la bodega, tirando toda esa fruta y el pescado. Diremos que es mercancía echada a perder y la mandaremos como basura.

—Bien —Pyanfar se reclinó en el asiento, metió una garra por entre el sello plástico del paquete y empezó a romperlo.

—¿Qué es?

—Algo muy caro —replicó Pyanfar.

El grueso paquete contenía varios fajos de papeles y tres cintas de ordenador.

Leyó sus etiquetas y al encontrar el documento que Dientes-de-oro había confiado a los cuidados de Tully lanzó un lento y prolongado suspiro. Estaba escrito con unos garabatos mahen prácticamente indescifrables. Llevaba una firma hecha con un tampón y estaba escrito a mano. En su parte superior, se indicaba: «Autorización de reparaciones» con torpes letras de tipo universal.

—Buenas reparaciones... —logró descifrar después de unos segundos, pero el resto era tan ilegible que no le resultó demasiado reconfortante.

Otro documento, bastante grueso, con letras pequeñas y apretadas hileras de lo que parecía un alfabeto alienígena. Pyanfar fue pasando las hojas sin demasiado convencimiento.

¿Alfabeto humano? Quizá lo fuera.

El tercer documento (mecanografiado) decía:

Saludos. Lamento irme ahora, dejar esto. Tengo mucho ruido en muelle, tengo kif, tengo problemas, tengo un stsho loco dándome mucho problema. Envío recipiente aduanas, confío stsho Stle stles stlen no muy lejos. El Personaje en estación, corazón poco fuerte, mucho cerebro. Sí, Stle stles stlen, lee esto yo prometo arrancar su corazón para comérmelo.

Tully trajo grandes problemas. Carguero mahen Ijir encontrar su nave, humanos darle él para venir. «Trae Pyanfar», dice todo el tiempo, «Pyanfar», no poder sacar otra palabra de él. Por eso yo traigo a ti. Muy tozudo.

Sé que él pedir ayudar hani. También yo sé que han mucha política, mucho hablar, mucho no hacer nada, igual que tú sabes también. Muchos problemas para ti asunto de tu compañero. Perdona si yo mencionar esto pero es verdad. Eres estúpida, Pyanfar, eres estúpida bastarda hani que da oportunidad a hani celosas con envidia para morderte los tobillos. ¿Puedes entender eso, traduce bien? Sé que entiendes. Demasiado tiempo fuera de tu planeta, tienes ideas de fuera en la cabeza, tienes idea de que quizá macho hani vale para algo. A veces tú loca. Sabes que Chanur tiene enemigos personales, sabes que muchas hani no como mahendo'sat, que muchas hani cerebro muy pequeño y no gusta cambios en costumbre, mismas hani que se volvieron locas de ira cuando embargo stsho. ¿Qué intentas, ganar tiempo, pelear con todos durante ese tiempo? Espero que tengas alguna buena idea, algún día tú puedas comerte sus corazones.

Pero no sé cuándo ese día. Vas a han y ellos se pondrán muy enfadados, eso yo sé bien y tú sabes bien. Si vashan ellos harán de todo asunto político. En vez de eso acude a Personaje mahen como buen amigo, coge mensaje suyo en cinta número uno. Siento estar en código. Todos un poco preocupados.

Ahora yo darte malas noticias. Kif persiguiéndote. Viejo enemigo Akkukkak claro muerto pero algún bastardo kif tiene ambiciones ocupar mando de Akkukkak. Tenemos otro hakkikt apunto, nombre Akkhtimakt. Creo que ser subordinado de

Akkukkak, tener mismo feo modo hacer problemas, quiere demostrar que él más grande aún que Akkukkak. ¿Cómo hacer esto? Venganza sobre knnn no buena idea. Venganza sobre humanos ser otra cosa; igual que venganza sobre ti y sobre mí. Nave en puerto nombre Harukk capitán nombre Sikkukkut. Ese bastardo número uno dice ser enemigo ese Akkhtimakt, quiere ofrecer trato. Todo eso huele como cosa que lleva muchos días muerta.

Tú pensar en todo eso, corre luego Personaje, documento bueno. Tú hacer esta vez trato primera clase con mahendo'sat. Tú gran mercancía. Olvida otros cargamentos. Ser rica, yo prometo. Tú no ser tocada enemigas hani.

Te deseo toda misma suerte. Tengo asuntos espacio stsho. Tengo que arreglar cosas.

Dientes-de-oro Ana Ismehanan-min a Hasanan-nan, yo doy ti mi séptimo nombre. Pyanfar alzó la mirada con las orejas gachas.

—¿Qué pone? —le preguntó Haral con cierta cautela.

—Dientes-de-oro nos desea suerte. Promete ayuda. Ha sobornado a los stsho. Alguien arregló todos esos papeles para que pudiéramos llegar hasta aquí y por los dioses que no fue ninguna casualidad —Pyanfar se mordisqueó una sucia garra que sabía a pescado y ser humano. Escupió con un gesto de repugnancia y recogió los documentos para guardarlos—. Diles a Tirun y Geran que saquen a toda prisa la mercancía. Que Chur les ayude. Rápido.

—¿Toda la mercancía?

Pyanfar se volvió hacia Haral. Era una pregunta, desde luego, pero la pregunta real no era la que había formulado en voz alta.

—Toda. Llama a Mnesit. Diles que manden un agente aquí abajo para identificar lo que es suyo. Dile a Sito que lo venda en el mercado y que guarde en el banco lo que nos corresponda.

—Capitana, nos robarán. Tenemos garantías, tenemos prometido ese cargamento de Urtur. Este es el primer viaje bueno que nos ha salido en todo un año. Si lo perdemos ahora...

—Por todos los dioses, Haral, ¿qué otra cosa puedo hacer?

Hubo un instante de silencio algo incómodo. Las orejas de Haral se abatieron lentamente y luego volvieron a enderezarse con un esfuerzo casi desesperado.

Bueno, estaban preparándose para correr. Preparándose, para perder un cargamento que significaba demasiado para Chanur dados sus actuales apuros financieros, todo ello por confiar en una promesa mahen, por segunda vez. Y por primera vez, que recordara Pyanfar, Haral Araun estaba discutiendo sus órdenes.

—Voy a darme un baño —dijo.

—¿Qué hago con la mercancía que debíamos recibir? —Haral habló con una voz casi inaudible.

—Ofrécesela a Sito —contestó ella—. Mete en un almacén lo que no quiera. Puede que todo se acabe arreglando y podamos volver a por ella —lo más probable era que los stsho la confiscaran a la primera ocasión, pero Pyanfar no dijo algo que las dos ya sabían. Se puso en pie y abandonó el puente. Sentía cierta debilidad en las rodillas, ansiaba limpiarse y poner en orden su mundo, quería... sólo los dioses podían saberlo. La juventud, quizás, o que las cosas fueran menos complicadas.

Había algo que necesitaba arreglar; antes del baño y antes de que cualquier otra cosa pudiera hacer que se le olvidara.

Llamó al timbre de la puerta número ciento diez, tras haber recorrido el pasillo del puente y pasado ante su propio camarote. Nadie le respondió. Pyanfar llamó de nuevo, sintiendo en su interior una punzada de culpabilidad tan fuerte que estuvo a punto de hacerle perder el control.

—¿Khym?

Llamó por tercera vez mientras empezaba a pensar ya en las lúgubres ideas de costumbre, que la habían asaltado una docena de veces durante ese viaje de un año. Eran ideas como la del suicidio. Como la de que nadie le respondiera y que, finalmente, cuando abriera la puerta, se encontrara con que su esposo había decidido finalmente tomar la última opción, algo que ella temía desde hacía muchos meses.

Su muerte arreglaría muchas cosas, entre ellas la vida de Pyanfar. Ella lo sabía y él no ignoraba eso. Pyanfar, sintiéndose cada vez más culpable, notó cómo sus orejas parecían hundirse en el interior de su cráneo.

—¡Khym, maldita sea!

La puerta se abrió de golpe y en el umbral se alzó la imponente silueta de Khym, con la melena revuelta todavía por el sueño. Llevaba una toalla alrededor de la cintura y nada más.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó ella.

—Claro, estupendamente —su cuerpo estaba repleto de rojas cicatrices. Sus orejas, las pobres orejas que los médicos de la Estación de Gaohn habían rehecho con tan entusiasta inventiva, y logrado devolverlas prácticamente a la normalidad. La izquierda había sido arrancada e insertada de nuevo en su sitio. Había sido muy apuesto en el pasado y seguía siéndolo, aunque la suya era ahora la belleza de una ruina condenada a la destrucción final—. ¿Y tú?

—¡Bondad divina! —Pyanfar dejó escapar el aire que había estado conteniendo y le apartó de un empujón para entrar en su camarote notó con una sola mirada el desorden y vio las ropas del cuenco para dormir manchadas con la sangre de sus heridas. El escritorio estaba cubierto de cintas y platos con restos de comida—. No puedes dejar las cosas tiradas por ahí. —Era la vieja reprimenda sobre la seguridad a bordo de una nave espacial, lanzada de nuevo con agotada paciencia—. ¡Por los

dioses!, Khym, no... no debes hacer esas cosas.

—Lo siento —dijo él, y era sincero al igual que lo había sido otras muchas veces.

Pyanfar le miró y en su interior la vieja ternura se convirtió en dolor. Era el padre de su hijo y de su hija, ¡maldita fuera la estupidez de ambos! Khym que fue Mahn, señor de Mahn, cuando tenía un lugar en el cual vivir. Habría vivido allí hasta su muerte y ésta habría ocurrido decentemente en su casa, tal y como morían todos los señores de clan en la vejez. Eran los jóvenes quienes morían de otro modo, cuando no lograban encontrar un lugar donde vivir, o quienes se marchaban a un refugio, sólo para machos, como el Santuario o la Ermita, cazando por las colinas, peleando con otros machos y muriendo cuando abusaban excesivamente de su fortuna. *Churrau hanim*, la mejora de la raza. Los machos no podían cambiar. Tres cuartas partes de ellos estaban condenados desde el principio y los supervivientes, por breve que pudiera ser esa etapa de su vida, llegaban a ser propietarios de grandes residencias y eran protegidos y mimados durante la época más esplendorosa de la vida hani.

Había sido muy hermoso. Ojos límpidos que brillaban como el sol y, además, lo bastante inteligente como para no meterse casi nunca con sus hermanas y sus esposas. Y cualquier hani le habría respetado y amado por lo que hizo en Gaohn, cuando asaltó la fortaleza de los kif. Se comportó como un viejo señor de clan, cansado y románticamente valeroso, siguiendo la eterna tragedia de los machos.

Pero había sobrevivido, y había recorrido la estación de Gaohn contemplando maravillado las naves, las estrellas y lo desconocido. Y había encontrado algo más por lo cual vivir. Pyanfar no podía enviarlo nuevamente al hogar. No había podido entonces y nunca podría.

—Fue una buena pelea —dijo ella.

Khym arrugó la nariz.

—No me trates como si fuera un cachorro, Py.

—No lo estoy haciendo. He venido aquí para decirte que no fue culpa tuya. No me importa cómo empezó todo, no fue por tu culpa. Todo fue arreglado por los kif. Cualquiera de nosotras habría caído igualmente en la trampa. Yo, Haral, cualquiera.

Las orejas de Khym se alzaron levemente.

—Ahora tenemos otro problema —cruzó los brazos y se apoyó en el borde de la mesa—. ¿Recuerdas a Tully?

—Le recuerdo.

—Bien, pues le tenemos de pasajero, aunque no por mucho tiempo. Le llevaremos hasta Maing Tol. Se trata de un pequeño negocio con los mahendo'sat.

Las orejas de Khym se desplomaron nuevamente y Pyanfar sintió como si un puño le estrujara el corazón.

—¡Por todos los dioses, no te pongas así! Ya conoces a Tully. Es inofensivo, no hace ruido y estoy segura de que apenas si te enterarás de que está a bordo.

Sencillamente, quería explicártelo yo misma y prevenirte.

—No pienso hacer nada impulsivo. ¡En nombre de todos los dioses, tengo algo de cerebro! ¿No? ¿Qué es ese negocio con los mahendo'sat? ¿En qué te has metido ahora y por qué?

—Mira, es sólo un negocio. Les hacemos un favor a los mahendo'sat, nos lo pagan y quizá con ello consigamos... no sé, abrir una nueva ruta. Es posible que de ese modo logremos el respiro que tanta falta nos hace.

—Como la última vez.

—Oye, estoy agotada y no tengo ganas de explicártelo todo ahora. Digamos que todo es culpa de Dientes-de-oro. Quiero darme un baño. Quiero... ¡sólo los dioses saben lo que quiero! He venido a explicarte lo ocurrido, nada más.

—Ese asunto de los kif, ¿está relacionado con esto?

—No lo sé.

—¿No lo sabes?

Eran especies extrañas y asuntos raros. Khym nunca había salido hasta ahora del planeta natal y había crecido en él.

—Luego. Todo está bajo control y no quiero que te preocupes por nada. ¿Estarás bien?

—Claro.

Pyanfar se dio la vuelta, disponiéndose a salir del camarote.

—Me porté a las mil maravillas, Py. Me arrestaron y ni tan siquiera maté a uno de ellos. ¿Verdad que es soberbio?

La amargura que había en sus palabras la hizo detenerse y Pyanfar sintió un escalofrío en la espalda.

—No seas tan sarcástico. No te sienta bien.

—De todos modos, repito que no maté a nadie. Se quedaron muy sorprendidos.

Pyanfar giró en redondo y se le plantó delante con las manos en las caderas.

—¡Malditos stsho llenos de prejuicios! ¿Qué te dijeron?

—¿Los del bar o los de la oficina?

—Ambos.

—¿Qué piensas tú que pudieron decirme?

—Khym, quiero una respuesta.

—Los de la oficina no me dirigieron la palabra. Dijeron que no era un ciudadano y le indicaron a tus tripulantes que no me moviera ni hablara. Querían esposarme, pero ellas dijeron que no. Creo que se lo habría permitido.

Pyanfar dio un paso hacia él y, sacando una garra, le puso en su lugar un rizo particularmente rebelde. Khym le superaba por una buena cabeza y era mucho más corpulento. Al menos había logrado que volviera a ser como antes, desde aquel día en que le encontró convertido en un saco de piel y huesos, escondiéndose en un matorral

junto a la mansión de Chanur. Entonces había estado intentando encontrar la muerte y había venido para verla una última vez en el territorio de Chanur, con su hijo persiguiéndole para acabar con él y con Kohan quizá dispuesto a tomarle la delantera. Si Kohan no fuera Kohan y hubiera fingido durante días que no le veía, ¡Dioses!, y el comadreo que todo eso había engendrado, un macho protegiendo a otro macho.

—Escucha —le dijo—. Los stsho son xenófobos. Tienen tres géneros sexuales y, cuando se encuentran acorralados por una situación que no les gusta, se limitan a entrar en fase y cambian de mentalidad. Sólo los dioses pueden saber lo que hay dentro de sus cabezas. Has viajado poco, pero cuando lleves bastante tiempo en el espacio no te importará lo que un stsho pueda hacer o pensar mañana. Sencillamente, no importa. ¿Me has entendido?

—Hueles a pescado —dijo él—, y sólo los dioses saben a qué otras cosas.

—Lo siento —Pyanfar retiró la mano.

—A humano, ¿verdad?

—Sí.

Khym arrugó la nariz.

—Tampoco pienso matarle. ¿Ves, Py? Estoy justificando la confianza que has puesto en mí y puede que eso me haga digno de saber lo que está pasando. Por una vez, al menos.

—No me hagas preguntas.

—Crees que estoy loco. Por todos los dioses, Py, entras aquí y me sueltas todo eso. No mates al humano, por favor. No te preocupes de los kif. No te preocupes si esa condenada estación piensa demandar a...

—¿Llegaron a decir eso?

—En algún momento, sí. Py, no estoy metiendo las narices en los asuntos de Chanur, pero conozco los números. Era muy bueno con ellos. Sé lo que has invertido en este viaje, sé el préstamo que te viste obligada a pedir en Kura para las reparaciones.

—No te preocupes por ello —le dio una palmadita en el brazo y se volvió hacia la puerta, incapaz de dominar por más tiempo sus sentimientos, y se quedó inmóvil con una mano sobre el interruptor. Un segundo después se dio nuevamente la vuelta pensando en un modo de suavizar el impacto de todo lo dicho y se encontró con la mirada ceñuda de Khym.

—Ya sé que mi opinión no es gran cosa —dijo él.

—Luego hablaremos. Khym, tengo muchas cosas que hacer.

—Claro.

—Mira... —Pyanfar volvió sobre sus pasos y le clavó con cierta dureza una garra en el pecho—. Voy a decirte algo, na Khym: tienes razón. Estamos metidas en un lío y tenemos demasiado trabajo para muy pocas manos y tú, condenado seas, te apuntaste

a un viaje en el cual no has conseguido precisamente demasiados callos por...

Los ojos de Khym se oscurecieron un poco más.

—Fue idea tuya.

—No. Fue idea tuya. Puedes apostar a que has elegido una vida nueva, esposo mío. Esto no es Mahn. Estás en una nave donde se trabaja y puedes estar condenadamente seguro de que no te encuentras tendido sobre cojines, con una docena de esposas para que se ocupen de todas las tareas desagradables. Empieza a convencerte de ello, porque eso ya no es verdad. Este es un mundo nuevo. No puedes tener la mitad de esto y la mitad de aquello. No quieres aguantar los prejuicios pero, ¡maldita sea!, desde luego que quieres tumbarte en la cama y dejar que te cuiden. Bueno, pues no tengo tiempo para eso. Nadie lo tiene. Este mundo se mueve y el sol no sale cada mañana para calentar tu pellejo porque sí. Es posible que el trabajo sí te lo caliente.

—¿Me he quejado acaso?. —las orejas de Khym se abatieron sobre su cráneo en tanto que sus labios se apretaban en una mueca de irritación—. Estoy hablando de otras cosas, quizá de política.

—Cuando conozcas lo que hay fuera, podrás hablar de política. Entrás en la nave como si tal cosa, pese a lo ocurrido en el bar, te diriges a tu camarote y cierras la puerta, ¿verdad? Estupendo, realmente estupendo. Maldita sea, la tripulación te salvó el pellejo y no lo hizo sólo porque seas un macho. Pero tú vas y te quedas sentado en este camarote, te quedas sentado aquí sin hacer nada y...

—Me encuentro muy cómodo aquí.

—Claro que sí. Te limpias el pelo, comes y duermes, y no me digas que te encuentras cómodo, porque veo cómo te estás royendo las entrañas lentamente.

—¿Qué quieres entonces? ¿Que trabaje en los muelles?

—Sí. Igual que las demás tripulantes. Ya no eres el señor de Mahn, Khym.

Eran unas palabras bastante peligrosas y también lo fue su reacción a ellas. Pyanfar vio claramente el dolor y las arrugas que se formaban en su rostro. Jamás había sido tan cruel con Khym y lo peor de todo era que sus orejas seguían gachas, aceptando la derrota. No había ira ni violencia.

—¡Dioses y truenos!, Khym, ¿qué debo hacer contigo?

—Quizá devolverme a casa.

—No, eso está fuera de consideración. Quisiste esto y lo tienes.

—No. Tú querías enfrentar al han y herirles. Yo... sólo quería ver cómo eran las cosas fuera, eso es todo.

—Y un infierno mahen.

—Puede que ahora esté dentro de él.

—Entonces, ¿tenían razón?

—No lo sé. Todo esto no es natural. No es...

—¿Te has creído toda esa basura? ¿Crees que los dioses te han vuelto loco?

Khym se frotó el ancho puente de su nariz y luego le dio la espalda, mirándola brevemente por encima del hombro con expresión abatida.

—¿Lo crees, Khym?

—Te está costando demasiado. Por los dioses, Py, estás poniendo en juego a toda la casa de Chanur, estás poniendo en peligro a tu hermano. Y todo para mantenerme con vida. Eso es un error, Py. Es un error descomunal, no está bien. No puedes hacer que vuelva el pasado. He vivido y ese joven cachorro me venció, es todo.

—Tuviste un día malo.

—No supe reaccionar, no pude hacerlo, Py. Es el tiempo, son los años que pasan. Ahora él posee Mahn y las cosas son así y así deben ser. ¿Crees que puedes cambiar eso?

—Te pareció que volver a luchar no tenía sentido y no querías que las propiedades de Mahn tuvieran que sufrir las consecuencias de esa continua agitación. Tu cerebro siempre fue capaz de superar a tus glándulas.

—Puede que perdiera por eso. Quizás esa es la razón de que ahora me encuentre aquí. Sigo huyendo.

—Tai vez eso se deba a que siempre estuviste convencido de que todo eso era una estupidez y una pérdida de tiempo. ¿Qué fue de nuestras conversaciones pasadas? ¿Qué fue del esposo que se quedaba contemplando las estrellas y me preguntaba a dónde había ido, qué había visto y cómo era el mundo exterior?

—El mundo es igual fuera que dentro. Al menos, para mí lo es. No puedo encajar en él. No me lo consentirán.

—¿Quiénes?

—Ya lo sabes. Tendrías que haber visto sus caras, Py.

—¿Qué caras? ¿Los stsho?

—Las de Ayhar.

—¿Esas condenadas borrachas?

—Era lo último que habrían podido esperarse, yo en el bar. Eso es lo que dijo el propietario, el stsho: «No acerques mí, sal mi sitio, no te vuelvas loco aquí dentro.»

—¡Me importa muy poco lo que piensen!

—¿De veras? ¿Piensas acaso que les di una lección? Para empezar el stsho no quería servirme. Y ya me había tomado... bueno, un par de tragos. Era sólo para demostrar que... ya lo sabes, que no perdería el control. Y entonces empezó la pelea. ¿Qué bien le hará eso a tu reputación o a la de Kohan?

—Kohan puede cuidar de sí mismo.

—Le estás pidiendo demasiado. No, Py, cuando volvamos abandonaré la nave.

—¿Y qué harás?

—Iré al Santuario. Cazaré un poco.

—Y te convertirás en el blanco de cada jovenzuelo fanfarrón que esté empezando a entrenarse para ir luego en contra de su padre, ¿no?

—Py, soy viejo. En los machos es algo que se nota antes y de forma más rápida y ha llegado el momento de que lo admita.

—¡Tonterías, maldita sea! Volverás a casa con un anillo en la oreja, juro por los dioses que sí.

Khym le sonrió sin demasiada alegría con las orejas otra vez erguidas.

—¡Por todos los dioses!, Py. ¿Quieres que tenga una vida corta, verdad?

—No quiero que vayas al Santuario.

—Entonces, tendré que mendigar en los muelles hasta que haya podido conseguir el pasaje.

—Eres un maldito mártir.

—Deja que vuelva a casa, Py. Abandona. No puedes cambiar el mundo y no te lo van a permitir. Sólo los dioses saben por qué razones me dejaron venir contigo. Sea la que sea la inmensa tontería en la cual te has metido ahora, las intenciones que tengas, abandona. Detente ahora, cuando todavía estás a tiempo. No merezco tantos problemas.

—¡Dioses! Crees que el sol gira a tu alrededor, ¿no? ¿Se te ha ocurrido alguna vez que tengo otras cosas de las cuales preocuparme, aparte de ti? ¿Que algunos de mis actos no guardan ninguna relación contigo?

—No —replicó él—, porque ahora estás desesperada. Y eso es culpa mía. ¡Dioses!, Py —emitió un leve jadeo ahogado y sus labios se tensaron todavía más—. Ya he costado bastante.

—¿Sabes lo que ha mantenido en funcionamiento el Sistema? —dijo ella después de unos instantes de silencio—. Los jóvenes esperan ganar. No importa que las tres cuartas partes mueran. No importa que las casas se arruinen en tanto que algún joven con la cabeza llena de aire se impone a los que son más listos que él, intentando demostrar que él manda sobre todos. Los jóvenes siempre tienen fe en ellos mismos. Y los narices grises, que han vivido siempre en el planeta, ceden, se rinden cuando han logrado que el clan y las propiedades funcionen mejor que nunca. Reciben una buena paliza y a partir de entonces vuelve a empezar la caída cuesta abajo, con un nuevo señor en los mandos. Hay que caer otra vez, hasta llegar al fondo. Sabes que otras especies, como los mahendo'sat, se transmiten el conocimiento y el poder de unos a otros. Ellos entrenan a sus sucesores, en nombre de los dioses.

—No son hani. Py, no puedes entender lo que se siente. No puedes, te es imposible.

—Kohan supo fingir muy bien que no te veía.

—Claro. Fue fácil. Para empezar, yo no era gran cosa. Sigue sin verme y sin hacerme caso. ¿Por qué piensas que estoy aquí?

—Porque yo dije que debías estar aquí. Porque Kohan es demasiado viejo y demasiado listo para esperar hasta que yo ceda. Y, por todos los dioses, la próxima vez que algún cachorro acuda a él con un desafío, le arrancaremos las orejas Eso, para empezar.

—¡Py, bondad divina! No puedes hacerle eso.

—¿Que no puedo mantenerle con vida? Puedes apostar dinero a que eso haré. Yo, Rhean. Incluso su esposa Faha, por no mencionar a sus hijas. Puede que algún hijo, ¿quién sabe? Quizás algún día.

—Estás bromeando.

—No.

—Py, ¿recuerdas la fábula de la casa y el palo? Le das un empujón a ese palo que no está bien asegurado hasta que se sale de su sitio y luego empuja a otro palo y...

—Las fábulas son para las criaturas.

—... éste empuja a otro. En muy poco tiempo la casa entera se ha derrumbado sobre tu cabeza. Si empiezas un combate como ese dentro del *han* sólo los dioses pueden saber lo que será de nosotros.

—Quizá todo iría mejor. ¿Has pensado en ello?

—Py, no puedo aceptar todo este trato con extraños. Me vuelvo loco, no puedo soportarlo. Me duele, Py. Es algo biológico. Hemos sido creados para luchar. Desde hace millones de años. No es nada intelectual. Nuestro sistema circulatorio, nuestras glándulas...

—¿Crees que yo no me vuelvo loca? ¿Crees que no sentí deseos de matar unos cuantos kif ahí fuera? Y, por todos los dioses, supe contenerme.

—La naturaleza se ha portado, mejor contigo, Py. Eso es todo.

—Tienes miedo.

Khym la contempló en silencio con los ojos desorbitados y el rostro ofendido.

—Tienes miedo. Estás demasiado mimado —dijo ella—. Tienes miedo porque estás haciendo algo que en teoría ningún macho puede hacer y te sientes culpable porque piensas que eso quizá te haga perder la masculinidad. Maldita sea, te mimaron demasiado como siempre, tu madre cedió ante todos tus caprichos y arranques de ira en vez de darte unos buenos golpes en las orejas, igual que hizo con tus hermanas. No es más que un hijo, ¿verdad? No se puede esperar de él que llegue a portarse igual que sus hermanas, claro. Dejemos que tenga sus buenas rabietas y mantengámosle lo más lejos posible de su padre. Eso le hace fuerte, ¿no? Y, por los dioses, que nunca llegue a confiar en otro macho. Confía en tu hermana, ¿eh?

—No metas a mi familia en todo esto.

—No, claro. Tu hermana no ha movido ni un solo dedo para ayudarte en todo este lío. Y las inútiles de tus hijas...

—Mi hermana me apoyó.

—Hasta que perdiste.

—¿Qué otra cosa se supone que debe hacer? ¡Dioses! ¿Cómo crees que vive ella ahora, en la casa de Kara, mientras que yo me encuentro dando vueltas por el espacio, como si todavía...?

—Así que no se encuentra a gusto, y sufre mucho. ¿Es una gran desgracia? Yo digo que te mimaron demasiado y te echaron a perder. A los dos os ocurrió eso, a cada uno de forma distinta.

Las orejas de Khym estaban ahora totalmente erguidas. Parecía más joven de ese modo y las cicatrices eran menos visibles.

—Quieres las ventajas que tengo y además los privilegios que tenías antes —le dijo ella—. Bueno, Khym, pues no se pueden tener las dos cosas a la vez. Y te estoy ofreciendo lo que tengo. ¿No es suficiente o es que quieres alguna categoría especial?

—¡Py, por todos los dioses, no puedo trabajar en los diques!

—Quieres decir que no puedes trabajar en público, claro.

—Trabajaré dentro de la nave —Khym lanzó un suspiro desgarrador—. Muéstrame lo que debo hacer.

—De acuerdo. Primero debes arreglarte. Ve al puente y Haral te enseñará cómo leer los sensores. Para eso harán falta bastante más de cinco minutos —Pyanfar se mordisqueó la tierna carne de las mejillas. No había tenido la intención de que sus palabras sonaran a burla—. Puedes encargarte de esos monitores y puede que nuestras vidas dependan de ellos. No dejes de pensarlo.

—No me des...

—¿...responsabilidades? ¿Trabajos complicados, aburridos y que exijan mantener durante mucho tiempo la atención?

—¡Por los dioses, Py!

—Lo harás muy bien —se dio la vuelta y apretó el botón de la puerta con la garra del pulgar—, estoy segura.

—Te estás vengando, eso es todo. Te estás vengando por lo del bar.

—No. Estoy intentando pagar un poco de esa maldita factura del bar, igual que lo haremos todas nosotras.

Salió del camarote y la puerta se cerró a su espalda con un siseo que le pareció casi un comentario a sus palabras.

Al menos Tully podía sostenerse en pie y parecía actuar como el Tully de siempre, lo cual significaba que insistía en limpiarse y asearse él mismo por mucho que le temblaran las rodillas; que armaba un gran estruendo yendo de un lado para otro, en los lavabos de la cubierta inferior, murmurando en voz baja, (quizá creyendo que se le entendía) y que, sobre todo, procuraba demostrar, por todos los medios, que necesitaba conservar su intimidad incluso ante hembras de una especie distinta a la suya. Hilfy intentaba lidiar con las comunicaciones que llegaban de Haral en el puente, mediante el panel del vestíbulo; atendía las frenéticas peticiones de Chur, que se encontraba en el cuarto de control al final del pasillo (Tirun y Geran estaban muy ocupadas descargando los recipientes, operación en la cual se armaba un considerable estruendo y que de vez en cuando hacía temblar el suelo de la nave con apagados golpes metálicos), y no perdía de vista el lavabo, en el cual se había parapetado Tully y dentro del cual habían desaparecido ya un par de pantalones azules de Haral, por la entrada del baño salía un chorro constante de vapor y la indescriptible mezcla del olor a humano, fruta, pescado y jabón desinfectante.

—¿Estás bien? —preguntó Hilfy al ver aparecer un brazo sin vello que tanteaba en busca de los pantalones que ella sostenía-. Tully, date prisa. Tenemos otros problemas, ¿Rápido? ¿Me entiendes?

Obtuvo un confuso murmullo como respuesta y la puerta se cerró de golpe, como si Tully hubiera apretado el control, apenas Hilfy retiró el brazo. Hilfy se apartó desesperada del cuarto de baño, mientras Chur llegaba trotando del cuarto de control con un par de comunicadores de bolsillo y un tercer aparato similar en la cintura de sus pantalones.

—Lo tengo -dijo Chur-. El traductor está en funcionamiento.

—¡Alabados sean los dioses! —Hilfy golpeó nuevamente la puerta y ésta se abrió unos centímetros, lo suficiente como para que Chur pudiera meter por la rendija un comunicador de bolsillo, con su correspondiente conexión, y retirase el brazo a toda velocidad-. Tully -le dijo al comunicador que Chur le había entregado, mientras se ponía la conexión en la oreja, torciendo el gesto-. ¿Tully, puedes oírme ahora?

—Sí. —La respuesta, emitida por una voz algo artificial, le llegó desde el ordenador encargado de la traducción y a través del aparato de comunicaciones- ¿Quién habías? —la sintaxis del traductor, aparentemente, distaba mucho de la perfección.

—Tully -dijo Chur-, soy Chur. Hilfy y yo tenemos otras cosas que hacer, ¿me entiendes? Tenemos que irnos. Date prisa. Te llevaremos a tu camarote y te dejaremos instalado ahí.

—Tengo hablar Pyanfar.

—La capitana está muy ocupada, Tully.

—Tengo hablar -la puerta se abrió y Tully apareció en el umbral vestido con unos pantalones azules de tripulante hani que no le sentaban demasiado bien. Al igual que ellas, su pecho estaba al aire. Tenía la piel sonrosada a causa del calor que hacía en el cuarto de baño y tanto su barba como su melena dejaban caer gotitas de agua-. Tengo hablar, vengo hablar con Pyanfar.

—Tully, tenemos problemas -dijo Hilfy-, una gran emergencia -le cogió por el brazo y Chur le cogió por el otro lado, haciéndole caminar pese a sus incesantes protestas-. Tenemos problemas con el cargamento y con todo lo demás.

—kif -Tully envaró el cuerpo y dejó de caminar, resistiendo a todos sus esfuerzos- ¿kif están aquí?

—Seguimos en el muelle -dijo Hilfy, dándole un empujón para ponerle otra vez en movimiento-. Estamos en Punto de Encuentro y nos encontramos razonablemente a salvo. Ven.

—No, no, no -Tully se dio la vuelta y le agarró los brazos con sus dedos de uñas romas. Un instante después la soltó y agarró a Chur-. = No =.

Hilfy meneó la cabeza ante los ruidos producidos por la estática que emitía el aparato. Al traductor le faltaba bastante vocabulario o quizá se le habían escapado esas palabras.

—Hilfy, Chur... mahen = coger = nave = humana. Traigo papeles de =. Piden hani hacer detener esos kif. Tengo peligro. No estamos a salvo =. Punto de Encuentro.

—¿Qué pretende decir? —le preguntó Chur, agitando rápidamente las orejas—. ¿Le has entendido?

—Tengo hacer hani luchan esos kif —dijo Tully.

—¡Bondad divina! —murmuró Hilfy.

—Amigo —dijo Tully pero esta vez utilizó el hani, con lo que el traductor emitió un agudo chirrido, no muy contento con su mala pronunciación. Sus extraños ojos azules ardían con un sinfín de secretos y un enorme miedo. Amigo.

—Claro —dijo Hilfy. Sentía algo helado dentro del estómago y a sus oídos llegaba el zumbido y los golpes metálicos del cargamento que estaba siendo desplazado. De pronto todo encajó en su sitio y se dio cuenta de que su tía les había comprometido en algo más que el transporte ilegal de un pasajero, que ahora se encontraban en una situación desesperada y que Chanur, financieramente hablando, se encontraba con la espalda contra la pared.

Tully no sólo les traía el comercio con los humanos. El comercio quizá salvara sus pieles. Pero los problemas con los kif, los tratos con un mahendo'sat que no era el comerciante que pretendía ser...

Y con Rhif Ehrran, y otras como ella, pisándoles los talones, acusándolas durante

todo ese tiempo. Chur se lo había contado. El *han* les arrancarían las orejas a todas.

Pyanfar se llevó el comunicador a la ducha y lo colgó de la pared. De momento, sólo esperaba que por él le llegaran calamidades, teniendo en cuenta tal y como había ido el día hasta entonces.

La primera llamada la hizo salir goteando de la ducha con todo el pelaje cubierto de jabón.

—Capitana —era la voz de Haral.

—¿Hay problemas?

—Khym está aquí. Dice que debo enseñarle a vigilar los monitores, que son órdenes de...

—Enséñale cuanto pueda hacerle falta.

Al otro extremo de la línea se hizo un silencio total.

—Bien, capitana —dijo unos instantes después Haral—. Siento haberla molestado.

Pyanfar volvió a la ducha, dejando otra vez el comunicador colgado de la pared en el exterior de la cabina, para quitarse el jabón. Se echó hacia atrás la melena, pegó las orejas al cráneo y, cerrando los ojos y frunciendo al máximo los músculos de su nariz, se puso de cara al chorro de agua para gozar de un inapreciable segundo de placer. Sacudió la cabeza, con un bufido, para quitarse el agua y luego cambió el ciclo de agua a secado; disfrutó del calor mientras agitaba la melena y la barba para que se fueran secando.

El comunicador zumbó por segunda vez.

—¡Maldita sea! —abandonó el cálido chorro de aire y corrió hacia el aparato, todavía mojada y algo temblorosa, luchando con el control de respuesta—. Pyanfar.

—Capitana —Haral otra vez—. Tengo un mensaje de los kif entregado mediante correo. De un tal Sikkukkut. Dice que es personal para usted.

—Ábrelo.

Un largo silencio.

—Se ofrece a participar en todo.

—¡Bondad divina! —Pyanfar olvidó el frío físico que sentía bajo la impresión de aquellas palabras.

—Dice que quiere mantener una entrevista personal. Dice... ¡dioses! Aquí habla de cosas bastante más concretas. Da los nombres de naves que andan detrás nuestro. Dice que tenemos enemigos mutuos. Ahora empieza con cosas de los kif: *pukkukta*.

—Ese condenado *pukkukta* cambia de significado a cada contexto. Pon al ordenador lingüístico a trabajar en el texto. Dáselo todo para que lo estudie. Y manteneros alerta ahí arriba.

—Bien, capitana. Lo siento.

—Está bien —soltó un estornudo, cortó la comunicación, volvió a la ducha y

puso otra vez en marcha el secador.

—Capitana. Capitana.

Pyanfar salió corriendo y agarró el comunicador de un manotazo.

—Haral, ¡por todos los dioses!

—Capitana, lo siento. Esa petición que hicimos antes para que nos fijaran momento de salida... al parecer nos están demandando. Tenemos ya seis demandas encima y la estación dice que le resulta imposible concedernos el permiso de salida sin...

Pyanfar cerró los ojos durante un segundo, intentó controlar su voz y no perder la calma.

—Quiero que me consigas al maestro de la estación y dile que debe dar las órdenes pertinentes.

—Capitana, con su permiso, ya lo he intentado. Pero no consigo hablar con él. La oficina dice que se encuentra indispuesto. La palabra que usaron fue gstisi.

«Crisis de personalidad».

—¡No voy a dejar que ese cabeza de chorlito, de piel pálida, se ponga ahora en Fase y nos hunda! Prepara una serie de contrademandas para esos bastardos y empieza a poner en funcionamiento las secuencias de salida manual apenas haya terminado la descarga. Que todo el mundo empiece a trabajar en ello. Y manda un mensaje al Director y dile que, si no consigue aclararse un poco con su personalidad, yo voy a encargarme de que ésta sufra daños más que suficientes para tenerle ocupado durante mucho tiempo y que, además, también su físico sufrirá algún que otro daño.

—Bien —dijo Haral.

Pyanfar empezó a vestirse con el que consideraba su tercer par de pantalones mas aceptable. Eran de seda verde con franjas de color naranja y morado. Se puso un cinturón con colgantes de bronce y una perla en la oreja. Cogió su mejor brazalete, el más pesado. El anillo del kif se encontraba en un cajón. Lo había dejado ahí cuando se quitó los pantalones rojos. Pyanfar vaciló y acabó metiéndoselo en el bolsillo. Cogió nuevamente el arma, se colgó el comunicador a la cintura y fue a toda prisa hacia el vestíbulo, con las garras tensas, para subir al puente.

—Capitana —otra vez el comunicador, ahora en su cinturón—. Capitana, tengo en línea al maestro de la estación.

—Ya llego —dijo Pyanfar, y apretó el paso por el corredor hasta llegar a la puerta del puente. Haral levantó la cabeza al verla entrar. Khym estaba sentado en el puesto de la derecha con los ojos clavados en la pantalla y un reguero de luces bailoteando en su rostro fruncido en el que se reflejaba una irritada expresión de mártir dispuesto al sacrificio.

Haral le tendió una transcripción.

—Al antiguo Director no se le puede encontrar. Ahora un nuevo individuo ocupa el poder. Creo que sigue siendo el de antes, pero ha cambiado de personalidad. El nuevo Director quiere un pago completo y dice que nos aprovechamos del último Director y que le provocamos una crisis que no debería haber tenido lugar, por lo menos hasta dentro de veinte años. Está decidido a conseguir el dinero. Pretende quedarse con todo el cargamento que hemos sacado ya y...

—¡Maldito...! —logró tragarse el resto de la frase al darse cuenta de que Khym tenía las orejas inclinadas hacia ella y siempre había tenido muy buen oído. Pyanfar leyó la petición de pago—. Cuatrocientos millones.

—Con las demandas llega a los novecientos. Creo que ése es el problema. Alguien muy importante se ha enfadado y ahora deben hacer algo.

—Tengo cierta idea de quién puede ser ese alguien.

—¡Dioses! Los kif. Es posible —Haral se frotó la nariz y la contempló con el ceño fruncido—. ¿Estás pensando en que nos vayamos por las bravas?

—Puede.

—Si hacemos eso nos pondrán en la lista negra. Lo harán en todos los puertos e instalaciones stsho. Nunca revocarán esa decisión.

—Harán exactamente lo mismo si no les pagamos.

—Cierto, capitana —dijo Haral con voz abatida. Alzó un poco las orejas y añadió—. Capitana, podríamos ofrecerles el beneficio. El dinero siempre les ha hecho perder la cabeza. Podríamos ofrecerles más dinero en el próximo viaje. Sólo los dioses pueden saber de qué modo conseguiríamos pagar las mercancías. Pero eso sería mañana. De todos modos habrá un montón de pleitos apenas las noticias lleguen a la oficina de Sito.

—Quizá —Pyanfar se peinó la barba con las garras, contempló distraídamente la corpulenta espalda de Khym y luego meneó la cabeza como si acabara de recibir un fuerte golpe—. ¿Cómo va esa descarga? —de pronto había dejado de oírse el ruido de las cintas—. ¿Han terminado ya ahí abajo?

—Eso parece.

—¡Malditos sean! —se refería a los stsho. Empezó a chuparse las puntas del bigote y unos segundos después estaba mordiéndoselas—. *pukkukhta*.

—¿Capitana?

—*pukkukhta*. ¿Cuál es el significado según el ordenador?

—Es algo así como un intercambio de servicios —Haral cogió una hoja impresa por la máquina y se la ofreció—. Se parece también a la venganza. Aquí está el mensaje tal y como llegó.

Saludos —decía el mensaje— *cazadora Chanur. Ten cuidado: Parukt; Skikkt; Luskut; Nifakkiti. Casi todos temen Akkhtimakt de la Kahakt. Esos aspiran y él es quien más aspira de todos a ser el primero. Yo Sikkukkut estoy contigo en pikkukhta*

por su causa y le hablo en palabras que describen precisamente a los kif, por lo que cualquier ambigüedad en la traducción es sólo obra tuya.

Yo Sikkukkut sé de tu pasajero y por ello te digo esto: más sabio sería que me lo entregaras. Entonces serías rica. Pero yo Sikkukkut conozco el sfik de la cazadora Pyanfar y sé que ese pasajero tiene valor de sfik y será defendido. Por lo tanto yo Sikkukkut te digo para mejor bien del sfik de Pyanfar Chanur que debe transmitirle esto a ese pasajero: Yo Sikkukkut hablaré con él cuando sea el tiempo apropiado.

Busca refugio junto a mi, cazadora Pyanfar. Juntos podemos conseguir una gran pukukkta y el coste será menor hoy que mañana.

Mándame una señal y yo Sikkukkut vendré al muelle donde encontraremos un sitio tranquilo donde hablar.

—¡Bastardo kif! —dijo Pyanfar, arrugando el papel—. Quiere a Tully, eso es todo. Eso sí que le daría una buena posición —miró a Khym, que había permanecido inmóvil, escuchando, sin abrir la boca, pero con las orejas bien echadas hacia atrás—. Manda un recipiente... cualquiera a la *Harukk*. Avísales y avisa también a los stsho.

—¿A los kif? —jadeó Haral y Khym se giró en redondo con los ojos desorbitados.

—Como regalo. Mándalo a nombre de un tal Sikkukkut, capitán de la *Harukk*. Que los stsho le demanden sí se atreven.

En los ojos de Haral fue apareciendo gradualmente un brillo pensativo que se fue convirtiendo en malicia, en tanto que en los de Khym sólo se veía el asombro.

—Nadie demanda nunca a los kif —dijo Khym.

—No —replicó Pyanfar—, desde luego que no lo harán. Y que Sikkukkut y la estación se preocupen de lo que hay dentro de ese recipiente, y de si es valioso o no. Sí no lo acepta, nunca sabrá lo que había dentro. Si lo acepta y en el interior sólo encuentra mercancía normal... los kif son notables por su escaso sentido del humor, especialmente cuando anda en juego su imagen. El *sfik*. Y si hace que lo recoja uno de sus esbirros tendrá que empezar a pensar en si ha recibido todo lo que iba dentro del recipiente original. Los kif no confían entre ellos. No pueden.

—Pero... —dijo Khym.

—No hay tiempo. Hazlo, Haral.

—Bien —Haral volvió a sentarse ante el comunicador, se colocó el receptor en el oído y apretó una tecla que parpadeaba—. Capitana, otra vez Tully. Ha llamado aquí una docena de veces. No para de preguntar algo sobre un paquete con papeles. Quiere subir aquí y discutirlo.

—¡Dioses! —Pyanfar se tironeó distraídamente de la barba, sus ojos vagaron por el puente y se detuvieron en los anchos hombros de Khym, que había vuelto a concentrarse obedientemente en su monitor, probándole que podía confiar en él.

Y entonces se dio cuenta de lo que le estaba rondando por la cabeza y apartó

aquella idea con un esfuerzo de voluntad. Un macho y otro macho en el mismo espacio. Las viejas formas de pensar se resistían a morir. No es hani, por todos los dioses. Y forman parte de la misma nave.

—Dile que suba —le ordenó a Haral—. Y diles a las demás que suban también aquí, tan pronto como hayan terminado de arreglar la bodega. Prepáralo todo para salir del muelle. Y envía ese mensaje.

—Bien —la voz de Haral fue cantando en un lento murmullo todas las comunicaciones que le había ordenado y sus dedos volaron de un canal a otro. Unos instantes después, en un stsho bastante gutural, empezó a decir—: Control Central Punto de Encuentro, aquí la nave hani *El Orgullo de Chanur*, muelle 6, respondiendo a su notificación sobre el cargamento. Debo informar que su recipiente 23500 ha sido ya consignado al muelle 29, la *Harukk*.

—Habla con Sikkukkut en persona —dijo Pyanfar a su espalda—. Dile que hay un envío para él en manos de los stsho.

—No puedes permitirte el lujo de perder esa mercancía —dijo Khym haciendo girar bruscamente su asiento—. Ni en manos de los stsho ni de los kif. Pyanfar...

—¡Capitana! —dijo ella. Se cruzó de brazos y le miró fijamente con ojos que desprendían fuego—. Estás en el puente. Y debes llamarme capitana. No apartes los ojos de ese tablero.

Khym se estremeció visiblemente y de sus fosas nasales partió un largo suspiro que parecía el aliento cálido de un homo. Un segundo después se dio la vuelta de nuevo para encararse con el tablero.

—Bien —dijo ella, viendo que por una vez sus peores temores no se habían hecho realidad.

—El maestro de la estación quiere hablar —dijo Haral—. Creo que es su intérprete.

—Aceptaré la llamada —Pyanfar ocupó su asiento en los controles y se puso una conexión en el oído, se inclinó luego hacía el tablero y apretó la tecla que parpadeaba—. Aquí Pyanfar Chanur. ¿Alguna pregunta, mi estimado Director?

—El Director le informa —se le contestó—, que no bastará con esa arrogante amenaza. Tenemos un reconocimiento de responsabilidad firmado, pero eso no llega a cubrir la extensión de nuestras demandas y perjuicios. Deseamos el pago ahora.

—¿Así están las cosas, eh? —los labios de Pyanfar se fruncieron en un gruñido como si tuviera delante al Director—. Pues dígame a esa nueva Fase del Director que es un canalla, un mentiroso y un pirata.

Un silencio.

—Nuestra demanda es justa. Los daños de cuatrocientos millones deben ser pagados y en tal caso se retirarán las demandas.

—Que se lo cobre a los kif.

—Si la *Orgullo de Chanur* abandona el muelle sin haber pagado, estará violando el tratado y entonces se acudirá alhan en busca de reparaciones. Sería aún más conveniente de lo normal entregar tal mensaje.

Pyanfar tragó aire. ¡Dioses! para ser un stsho, el viejo bastardo no carecía de olfato.

—Su respuesta.

—Un trato. Pensamos interponer una demanda propia y, si perdemos, apelaremos al tribunal de Lhie nan Tle, a Tpehi y a Llyene y entonces el caso seguirá adelante durante años. Mientras el director sigue siendo legalmente responsable del almacenaje de nuestras mercancías durante el curso del litigio.

—Podría ser aceptable.

—Por otra parte... por otra parte, estimado Director...

—Vayamos rápidamente a esa otra parte.

—Si la petición de pago fuera formulada de otro modo y si Punto de Encuentro se hace responsable de todas las demandas presentes y futuras que puedan originarse a partir del acuerdo, quizás el dinero llegara a ser abonado.

—Por favor, aclare su oferta. ¿Se trata de una oferta de pago?

—La estación asume todas las responsabilidades financieras por los pleitos y reparaciones, presentes y futuros, que se originen del tumulto ocurrido en el bar. Abandona toda pretensión sobre la carga, hace un trato con nuestros factores siguiendo las tarifas de intercambio vigentes en el momento actual y nos envía una factura total por las reparaciones de la *Orgullo*.

—Por favor, capitana Chanur, aclare su oferta. Este traductor ha entendido «reparaciones de la *Orgullo*».

—Lo ha entendido bien.

Una pausa.

—Presiento una ilegalidad en todo esto.

—En lo más mínimo. Podemos jurar que la *Orgullo* ha sufrido daños durante los últimos disturbios. No importa la clase exacta de esos daños y estoy segura de que posee el talento necesario como para redactar un documento que los dos podamos firmar.

—Por favor, por favor, este traductor debe ser correcto.

—Lo ha entendido todo muy bien. Limpie nuestro registro, mándenlos fuera de aquí a toda prisa y meta en esa maldita factura cuanto le dé la gana. Dentro de un cuarto de hora, me reuniré con usted en el muelle con la autorización de crédito.

—Esto es un subterfugio. La situación financiera de Chanur es bien conocida como mala.

—Debe revisar sus informaciones, estimado Director. Chanur acaba de cobrar una deuda.

Un silencio bastante prolongado.

—¿Y bien?

—Disculpas, estimada capitana Chanur. Esto deberá ser tomado en consideración.

—Sáqueme de aquí, ¡por todos los dioses!

Otro silencio.

—Por favor, le ruego su discreción y calma.

—¿Acaso el estimado Director me ha llamado a través de un canal sin proteger?

El estimado Director no es ningún estúpido y no resultaría nada provechoso que apelara al *han*, fuera en la forma que fuera. Eso tendría como resultado seguro dejar atados los bienes en litigio, para que nadie pudiera disponer de ellos —se volvió hacia Haral y le hizo señas furiosamente—. Liberación legal —dijo mirando al tablero y también a Haral. Sus ojos se posaron en Khym, que se había vuelto hacia ella con una expresión tensa en el rostro. Pyanfar le hizo una seña mientras escuchaba distraídamente el parloteo lejano del *stsho*. *Hazlo*, musitó casi sin mover los labios—. Oiga, ya lo he dicho: meta en la factura cuanto le dé la gana. No pienso volver otra vez a esa oficina. Tendrá que venir hasta los muelles y tendrá que firmar un documento por el que se nos libere de toda responsabilidad por daños, ¿entendido?

A su derecha se estaba desarrollando una frenética actividad. Haral había puesto en marcha el ordenador que lanzaba un torrente de documentos e impresos legales en tanto que Khym, inclinado sobre su hombro, iba murmurando correcciones y cambios de estilo.

¡Por todos los dioses! ¡El antiguo señor de Mahn y ex consejero legal, de nuevo en su elemento!

Pyanfar se volvió hacia el micrófono con una sonrisa y escuchó un poco más de parloteo *stsho*.

—Para decirlo de forma sencilla —le explicó al Director que antes había sido *Stle stles stlen*—, firma los nuestros y nosotros firmamos los suyos. Nosotras quedamos limpias, nuestro cargamento se vende para sacar el máximo posible y usted puede enseñarle al Gran Director de *Nsthen* que ha obtenido una compensación total, ¿correcto? De lo contrario tendrá que informar sobre daños por los cuales no se ha hecho pago alguno. ¿Qué opción prefiere?

—El Director le transmite su más profundo pesar, por el hecho de que Chanur se haya visto tratada inadecuadamente por empleados estúpidos. Enviará los documentos de inmediato y además un regalo con el que intenta disculparse por toda esta serie de malentendidos.

—Chanur corresponderá a ello reconociendo la profunda sabiduría del Director, al haber sido capaz de advertir las tropelías de tales empleados —Pyanfar rebuscó en el banco de datos los impresos adecuados, los reprodujo, cogió el que le estaba tendiendo Haral, ya totalmente impreso, y vio que se encontraba tanto en *stshoshi*

como en hani y que sólo le faltaba la firma—. Sí, mi profunda gratitud —cortó la conexión y hojeó rápidamente los documentos buscando las cláusulas más importantes—. ¿A prueba de trucos?

—Una liberación completa de responsabilidades —dijo Khym.

—Más vale que lo sea —Pyanfar recogió todos los papeles e hizo girar el asiento sobre sus mecanismos—. Quiero que vuelvas a pegar los ojos a esa pantalla, ¿entendido?

—¿Necesitas escolta, capitana? —le preguntó Haral.

—Quédate aquí y dile a Hilfy que se reúna conmigo en la escotilla. ¡Maldita sea!, no necesito que me protejan de los stsho y te quiero en los controles, por si acaso — se levantó del asiento y fue hacia la puerta del puente.

Y en ese momento Tully entró por la puerta a toda velocidad.

—¡Pyanfar! —exclamó.

—Lo siento, Tully, no tengo tiempo —Pyanfar pasó junto a él. Tully la cogió por el brazo.

—¡Tengo que hablar! ¡Pyanfar!

—No hay tiempo, Tully. Haral, encárgate de él.

—¡No = escucha yo = = ir! —Cuando Pyanfar logró soltarse, Tully intentó cogerla otra vez por el brazo y la siguió hacia el vestíbulo— ¡Pyanfar!

Pero ella ya le estaba dejando atrás.

—¡Pyanfar...!

Logró llegar hasta el ascensor e interpuso la puerta entre ella y sus gritos, mientras tecleaba en el comunicador.

—Haral. Ve envolviendo a Tully para que no se haga daño y consigue las drogas que necesita para el salto. ¡Y no te apartes de esos controles!

No resultaba una serie de órdenes demasiado lógica.

¡Dioses!, Tully y Khym sueltos en el mismo nivel de la nave, con Haral ocupada y...

El ascensor se detuvo en la cubierta inferior y la puerta se abrió para mostrar a Tirun, Chur y Geran, que habían estado esperando su llegada. La voz de Haral resonó por el comunicador de esa cubierta:

—¿Quién está libre ahí abajo?

—Id arriba —dijo Pyanfar pasando por entre ellas, con su fajo de papeles en la mano—. Y deprisa, ¿entendido? —Tenían la piel sucia y cubierta con oscuras manchas de sudor. Y olían— ¡Meted a Tully donde sea!

—Bien.

La puerta se cerró y el ascensor se puso nuevamente en marcha. Pyanfar siguió por el pasillo andando a toda prisa y se encontró con Hilfy esperando en la escotilla, con las orejas inclinadas hacia los lados y los ojos algo desorbitados.

—Tranquila, niña —le dijo Pyanfar al ver aquella expresión—. Esta vez son sólo los stsho.

Pero aún llevaba el arma en el bolsillo. En los últimos tiempos le estaba empezando a parecer buena idea llevarla siempre.

En el muelle de la *Orgullo* reinaba ahora un silencio y una calma casi fantasmales. Las gigantescas puertas del mercado seguían cerradas, la entrada de mercancías estaba también cerrada y la rampa de la estación había sido retirada y todas sus luces estaban apagadas. En el muelle no había ni un solo recipiente y el único rastro que podía recordar la anterior actividad era la grúa, con sus enormes conductos de aire asomando en el panel de ventilación, bajo la entrada de agua y las mangueras de expulsión, que habían sido retraídas al interior de la enorme máquina. Lo único que seguía atando la *Orgullo* a la estación era el bulto de los sensores, los seis cables de energía y las líneas de comunicación; aparte, naturalmente, del tubo de entrada, la rampa para el personal de la estación y las agarraderas que, tras ese muro de un espesor tres veces superior al normal, reforzaban las garras de acero con que la *Orgullo* se agarraba al muelle.

No era gran cosa comparado con esa rampa de carga por la que podían pasar transportes enteros y no sería gran cosa para retenerles, rota ya la conexión principal. Si una nave lo deseaba podía soltarse de sus abrazaderas, sólo con ciertos daños leves por su parte, aunque destrozara en el proceso las válvulas y las compuertas más pequeñas de la estación. Ni tan siquiera los kif habían llegado a cometer un acto tai, pese a lo irregular de su vida, pero la paranoia de los stsho podía hacerles pensar en tal posibilidad.

Pyanfar contempló con el ceño fruncido los cables que iban del muelle a la nave y por su mente empezaron a pasar ideas más bien fuera de la ley. Como, por ejemplo, dedicarse a la piratería. O lo que podía hacer una hani desesperada si perdía su apuesta con los mahendo'sat y con el *batí*, se encontraba con que ya no le quedaba nada en casa. Su tripulación seguiría siendo leal y el *han* podía irse al infierno mahen si Kohan Chanur moría.

¡Bondad divina! La idea bastaba para helarle la médula de los huesos. Se estaba haciendo vieja.

Tener un macho a bordo, eso era. Hacía que la mente empezara a pensar en cosas extrañas. Cosas como cazar, nido o matar a los intrusos, en vez de rendirse cortésmente al *han* tal y como exigía la civilización para seguir existiendo.

Khym había dicho que todo se reducía a mover un palo.

Naves hani yendo de uno a otro confín del espacio, regido por el Pacto, con machos a bordo y con la lógica alteración que ello tendría en la mentalidad de las tripulaciones. Disturbios en los muelles de la estación, peleas entre las Casas,

tripulaciones enfrentadas a otras tripulaciones y hani nacidos en el espacio. Hani que jamás habrían sabido lo que era sentir Anuurn bajo los pies. Machos que no tendrían ninguna Ermita a su alcance.

¡Dioses! ¿Qué estoy haciendo aquí?, pensó, inmóvil junto a Hilfy con el arma en el bolsillo, viendo cómo un coche oficial stsho se acercaba con un zumbido muy leve por el muelle. No sabía muy bien cómo se había metido en esto y en ese instante no lograba recordar el proceso por el que había llegado hasta ahí. Pero en cuanto al proceso por el que podía salir...

Un kif le había ofrecido su alianza y, por un instante fugaz, la idea le había parecido realmente atractiva. Se le estaban acabando las amistades.

El coche se detuvo ante ellas con un último zumbido. La puerta se deslizó con un zumbido más apagado y la personalidad actual de Stle stles stlen asomó por el hueco de ésta, un pie calzado de rosa. El traductor salió por la otra puerta y se apresuró a rodear el vehículo con un gran revoloteo de ropas, que emitían destellos semejantes a los de un arco iris tembloroso, para tenderle la mano al Director.

Stle stles stlen (o el nombre que estuviera utilizando a esa hora del día) se puso en pie y agitó con languidez los largos dedos de su mano.

—Shoss.

De las ropas del traductor emergió un documento que sus dedos temblorosos ofrecieron al grupo de hani, con las pupilas dilatadas por el nerviosismo.

—Cógelo —le dijo Pyanfar a Hilfy, adoptando la manera altiva que los stsho entendían tan bien. Los subordinados se encargaban siempre de manejar los papeles y eran ellos quienes debían examinarlos en primer lugar.

—Factura —leyó Hilfy con voz casi inaudible—, por mil doscientos millones, de créditos, tía.

—Ya me lo imaginaba. Déjame verla.

Hilfy se la entregó y la inspección de documentos pasó a un nivel más alto, al tomar Stle stles stlen el impreso de Pyanfar entre sus dedos color perla.

Durante unos instantes sólo se oyó el ruido de las hojas al ser examinadas y el lejano zumbido de las grúas que se movían en el puerto.

—Muy bien —dijo Pyanfar.

—Hesth —dijo Stle stles stlen y luego añadió, en hani—. ¿Dónde está ese dinero?

Pyanfar le entregó el documento. Stle stles stlen lo cogió sin darle tiempo al intérprete de que se moviera y alzó la cabeza con una cierta brusquedad, con los ojos a punto de salirle de las órbitas.

—¿Y bien? —dijo Pyanfar, con las orejas cuidadosamente erguidas, manteniendo con cierto esfuerzo una expresión de tranquilidad.

—El poder que otorga este documento es francamente fuera de lo normal —dijo el traductor.

—Naturalmente. Y estoy segura de que el estimado Director se apresurará a conservarlo en su archivo. Yo me quedaré con el original.

—Estimada amiga hani —dijo Stle stles stlen.

—¿Tiene algo para que lo firme?

Stle stles stlen le arrebató la pluma al traductor y se la entregó personalmente. Si hubiera tenido orejas visibles, éstas habrían estado a punto de soltarse de su cráneo.

Pyanfar firmó y luego lo hizo el Director. Los documentos cambiaron de manos y tanto Chur como el traductor los firmaron. En la piel color perla de Stle stles stlen se veían aparecer y desaparecer manchas rosadas que casi habían borrado su tono nacarado original.

El director la miró con algo que se parecía bastante a la adoración, agitó una mano y el traductor extrajo, de entre las ropas irisadas, que parecían capaces de contener cualquier cosa, una cajita que Stle stles stlen le entregó personalmente.

—Aceptad esta insignificancia.

—¡Qué generosidad! —dijo Pyanfar guardándose la cajita—. Ahora sus archivos poseen la lista de mi carga. Le ruego que seleccione de entre ella una caja de miel hecha en Anuurn para su mesa.

—Excelente, hani.

—Tendré el primer lugar en la lista de salidas.

—¡Oh, sí! —El Director le hizo una reverencia pestañeando rápidamente—. De inmediato —luego retrocedió hasta su vehículo y se detuvo unos instantes, con las pupilas muy dilatadas, para desaparecer en el interior.

Cuando el traductor le hubo visto dentro del vehículo y la puerta se cerró, fue rápidamente hacía el otro lado del vehículo y entró en el con un último revoloteo de ropas irisadas.

El coche cobró vida con un zumbido, sus ventanas se volvieron opacas y tras un giro algo brusco se alejó del muelle.

—Tía —dijo Hilfy.

Pyanfar se volvió, pensando que alguna tripulante habría salido de la nave.

Y lo que vio fue a un kif situado entre ellas y la entrada. Su mano fue velozmente hacia su bolsillo y, prudentemente, se detuvo antes de entrar en él. Pyanfar se quedó muy quieta, con el cuerpo rígido, oyendo cómo Hilfy susurraba junto a ella, indudablemente hablando por el comunicador que llevaba a la cintura.

—Haral, ¡por todos los dioses... Haral! Hay un kif aquí fuera.

El kif sacó una mano de entre su túnica y el tejido osciló como una gigantesca ala negra. Un segundo después avanzó hacia ellas con el paso confiado de un viejo amigo.

—¿Eres tú, Sikkukkut?

—Qué extraño. Yo puedo distinguir a una hani de otra.

—Sal de mi muelle.

—He venido para hacer más inteligible mi mensaje. El anillo. ¿Qué hizo tu pasajero al recibirlo?

—Se me olvidó. Sinceramente, se me olvidó.

—¿Acaso no se encuentra en condiciones de recibirlo? ¿Quizás ha sufrido algún daño durante su viaje? Eso me preocuparía enormemente.

—Estoy segura de ello. Ahora, quítate de en medio.

—¿Tu tripulante está pidiendo ayuda?

—No te quedarás aquí el tiempo suficiente como para verlo.

El delgado hocico del kif se frunció en una serie de arrugas.

—Así que te marchas. Cuidado con Punto Kita.

—Gracias.

Más arrugas.

—Claro. Los caminos para salir de Punto de Encuentro son tan limitados... sólo aquellos permitidos por los stsho.

Con excepción de nosotros que vamos adonde nos place. Me pregunto dónde se encontrará la *Mahijiru*.

—Entonces, ¿no lo sabes? Me alegro de ello.

—Tu *sfik* acabará matándote.

—¿Te refieres a mi orgullo, quizá? Venga, Hilfy —Pyanfar se puso en movimiento hacia la *Orgullo*, escogiendo un rumbo que le permitiera eludir los largos brazos del kif. Pero éste se movió también para interceptarlas.

—Los dos somos cazadores, Pyanfar —y su largo hocico se agitó levemente—. Pero los kif saben cazar mejor.

—Y las hani son más listas —Pyanfar se había detenido con la mano en el bolsillo—. Tengo un arma.

El largo y negro hocico de Sikkukkut adquirió todavía más arrugas y luego se alisó lentamente.

—Pero al ser una hani no te atreves a utilizarla a menos que yo demuestre ir también armado. Esa es la carga que debes llevar por pertenecer a una especie que nuestros anfitriones no temen.

—A eso se le llama civilización, bastardo sin orejas.

El kif emitió un seco resoplido que se parecía a una risa.

—Los stsho son para nosotros como la hierba. No quieres aliarte conmigo.

—Cuando me encuentre en el infierno mahen, lo haré.

El kif alzó las dos manos extendiéndolas hacia ella.

—No te desafío, cazadora Pyanfar.

Los dedos de Pyanfar se tensaron sobre el arma, para no perder ni un segundo si era necesario usarla, pero la alta silueta del kif se dio la vuelta y se alejó con el

peculiar paso encorvado de su especie.

—*sifik* —murmuró Hilfy, la mejor lingüista de la tripulación—. Eso quiere decir orgullo, quizás honor, si es que los kif tienen algo parecido.

—Sí —dijo Pyanfar, observando al kif y examinando al mismo tiempo el resto del muelle para ver si tenía escondido algún esbirro en él. El muelle estaba desierto—. Puede que esa boca sea capaz de hablar en hani, pero su cerebro es puramente kif. Venga, muévete. Sal de aquí.

—Tengo un arma —dijo Hilfy, poniéndose en marcha tal y como le había ordenado—. Ven, tía. Vayámonos las dos.

—Bien —Pyanfar retrocedió un par de pasos, cogió a Hilfy por el brazo y las dos subieron a toda prisa por la rampa hasta la entrada de la nave, donde estuvieron a punto de chocar con Tirun y Chur que salían.

—¡Por todos los dioses...! —Logró decir Pyanfar, cuando su corazón se hubo puesto otra vez en funcionamiento.

—Daba la impresión de que teníais problemas —dijo Tirun.

—Los problemas acabaron marchándose —dijo Pyanfar y, haciéndoles una seña para que la siguieran, se puso nuevamente en marcha hacia la seguridad de la nave. Chur cerró la escotilla una vez hubieron entrado todas.

—¿kif? —preguntó entonces Tirun.

—kif —replicó ella, se volvió rápidamente al percibir un movimiento a su izquierda y se encontró con Geran y Tully.

—Tengo que hablar —dijo él.

—Geran, ¡por todos los dioses!, te ordené que le pusieras a buen recaudo.

—Es algo muy urgente, capitana.

—Todo es urgente. Ponte a la cola.

—Tía —dijo Hilfy, mirándola con esa expresión que utilizaba cuando las cosas empezaban a ponerse muy mal.

—Tengo papel —dijo Tully casi sin aliento—. Tengo... —el traductor mecánico emitió un chirrido de estática al pronunciar Tully unas cuantas palabras hani, medio destrozándolas.

—¿Queréis darme una conexión? —Hilfy sacó rápidamente una de su bolsillo, como si se hubiera materializado en él unos segundos antes, y Pyanfar se la puso en la oreja—. Tully, ¿qué son esos papeles?

—Tengo papel dice humanos venir pelea kif = necesitar hani.

—Maldito sea ese traductor. Me he perdido algo de lo que ha dicho.

—Humanos venir pelea kif.

Pyanfar sintió que en su estómago empezaba a formarse un nudo helado.

—¿Por qué, Tully?

—Hacer kif =. Amigo, Pyanfar. Traer muchos humanos pelea kif.

El frío que sentía en su estómago se hizo todavía más intenso.

—Parece como si hubiera más de una nave complicada en esto —dijo Tirun.

—Quieren ayuda —dijo Hilfy—. Esa es la razón de que viniera y creo que eso es lo que intenta decirnos. No tiene nada que ver con el comercio.

—¡Dioses! —murmuró Pyanfar y alzó la mirada para encontrarse con un rostro humano lleno de ansiedad y cuatro tripulantes que la contemplaban con idéntica expresión preocupada—. Tully, ¿saben esto los kif?

—Puede saben —dijo. Inhaló profundamente y luego dejó escapar el aire, extendiendo las manos como si con ello pudiera ayudar al traductor—. Venido largo camino para encontrarte. kif... kif problemas... = una vez luchar amigo Dientes-de-oro.

—Dientes-de-oro —dijo ella, arrugando el gesto como si ese nombre supiera mal—. ¿Qué se supone que debo hacer contigo, eh?

—Ir Maing Tol. Ir Anuurn.

—Maldita sea, Tully, ¡estamos rodeadas de kif!

Los pálidos ojos de Tully se clavaron en Pyanfar con una expresión desesperada.

—Luchar —dijo—. Tenemos hacer lucha, Py-an-far.

Pyanfar inclinó las orejas, volvió a erguir las y contempló a su tripulación. Eran rostros asustados, rostros que le devolvían la mirada en busca de respuestas.

—Tendríamos que mandárselo a la *Vigilancia* —murmuró—, y avisar de ello a los kif.

Nadie respondió a sus palabras y Pyanfar se imaginó las consecuencias que eso tendría para ella. El Pacto, siempre frágil, se rompería en mil pedazos, cuando los kif emprendieran la caza de una nave en misión oficial del *han*.

Quizás Ehrran quisiera dejarlo en una estación *stsho*, donde no habría nadie para impedir que los kif actuaran a su antojo.

Los kif eran capaces de todo si el provecho de sus acciones era mayor que el de mantenerse inactivos.

—¿Adónde vamos a llevarle? —preguntó Tirun.

—Dientes-de-oro dice que a Maing Tol.

—Capitana, si hacemos eso los pantalones negros nos arrancarán las orejas. Y pido disculpas por decirlo.

Una vez más sus órdenes habían sido discutidas. Pyanfar miró a Tirun, su prima y vieja camarada. Otra Chamar cuya vida corría también peligro.

—Tirun, ¿quieres entregárselo a Ehrran?

Tirun permaneció inmóvil con las orejas gachas en tanto que en sus ojos se reflejaba un sinfín de ideas contradictorias.

—Podríamos enviar otro recipiente a la *Vigilancia* —dijo—. Que se haga preguntas ese bastardo kif.

La sugerencia tenía su atractivo pero...

—No —dijo Pyanfar, pensando en las mismas consecuencias que se le habían ocurrido antes—, no podemos correr el riesgo. Venga —cogió a Tully por el brazo y le empujó para que se moviera, dirigiéndose luego hacia el ascensor—. Ocuparos de Tully. Buscad sus drogas y luego id al puente.

—¿Ir? —le preguntó Tully, casi pegado a ella— Pyanfar, ¿ir Hoas?

—A Urtur —dijo ella entrando en el ascensor y volviéndose a mirarle mientras que Hilfy y Chur le cogían por los brazos. Tirun apretó la tecla que controlaba la puerta e impidió que se cerrara—. Vamos a Urtur y deprisa. Toma las drogas. Y nada de causar problemas, ¿entendido?

—Entendido —dijo Tully dejándose llevar hacia el vestíbulo. Tirun entró en el ascensor y pulsó los controles.

La miró con expresión preocupada, pero eso fue todo.

—Ya lo sé —dijo Pyanfar, resumiendo toda la situación con esas breves palabras. Sacó la cajita del bolsillo donde la había guardado y la abrió mientras la cabina del ascensor empezaba a subir.

Había una nota. *Cuidado con Ismehanan-min*, decía.

Se refería a Dientes-de-oro, claro.

Pyanfar le extendió la nota a Tirun.

Y la puerta del ascensor se abrió mostrando el pasillo del nivel superior.

Teniendo en cuenta la situación, el puente estaba tranquilo y silencioso, aunque Khym estuviera a punto de reventar por el esfuerzo de contener las preguntas que deseaba hacerle y las tripulantes parecieran agotadas. Nadie dijo ni una sola palabra, pero seis pares de ojos la contemplaban fijamente, esperando que supiera encontrar una solución inteligente a los problemas actuales.

¡Mil doscientos millones de créditos! Hilfy todavía daba la impresión de estar algo aturdida por la suma.

—Tenemos unos cuantos problemas —dijo Pyanfar dejándose caer en su asiento, que estaba vuelto hacia el puente—. Creo que será mejor aceptar el permiso de salida que prometió el stsho y largarnos de aquí antes de que cambie de opinión. Chur e Hilfy, asegúrense de que Tully toma sus drogas y se encuentra bien instalado. Hacedle entender que no debe causar problemas.

—Bien —dijo Chur.

—No estoy prometiendo que vayamos a tener un viaje tranquilo y además tendremos que ir muy rápido. Vamos a Urtur. No tenemos cargamento y podemos hacerlo en un solo salto. Cuando entremos quiero que todo el mundo mantenga las orejas bien erguidas para enterarnos de la situación. Espero que los dioses no nos hagan llover encima unos cuantos kif. ¿Alguna pregunta?

Hubo un silencio sepulcral.

Pyanfar cogió un cilindro correo del compartimiento para papeles y documentos que había a un lado de su asiento.

—Chur.

—¿Sí?

—Que alguien del muelle se encargue de mandar esto por el tubo neumático, y que sea aprisa.

Chur cogió el cilindro, giró en redondo y salió disparada del puente con un rechinar de garras. Bueno, también eso estaba ya en marcha. Siempre que Stle stles stlen no se ocupara de interceptar todos sus mensajes, claro, ¡maldita fuera su piel color perla!

—Todas a sus puestos. Khym —se puso en pie y entre el desorden momentáneo de las tripulantes que ocupaban sus asientos, cogió a Khym del brazo y le hizo salir al pasillo, bastante más tranquilo y silencioso—. Yo te recomendaría el mismo calmante que utilizaba Tully —le dijo—. En el botiquín de arriba todavía queda.

—No me hace falta —murmuró Khym con las orejas gachas—. No...

—Escúchame: incluso las veteranas pueden vaciar sus estómagos en este tipo de saltos. Habrá una gravedad semejante a la de un despegue planetario, tendremos que cambiar rápidamente los ciclos y...

—No pienso ir a mi camarote. Oye, querías que estuviera en el puente, me dijiste que trabajara.

—No vas a quedarte en el puente.

—Siempre están los asientos de observación y...

—No.

—Por favor, Py —su voz se convirtió en un murmullo casi inaudible y sus pupilas ambarinas estaban muy dilatadas—. *Capitana*, dijiste que me ganaría un anillo. Py, ¡por todos los dioses!, delante de ellas... no causaré problemas. De veras, no ocurrirá.

Las orejas de Pyanfar se abatieron bruscamente y el corazón le dio un vuelco.

—¡Maldita sea!, esto no es un salto sencillo de un puerto a otro...

—Soy parte de la tripulación, ¿no era eso lo que intentabas decirme antes?

—No se trata de una cuestión de...

—El orgullo es el orgullo, Py. Tú me pusiste en el puente y ahora, por los dioses, debes permitir que siga ahí. ¿O crees que a la tripulación no le va a gustar mi presencia?

Pyanfar pensó que tenía el corazón demasiado blando.

—Te encargarás del puesto de observación número uno —dijo—. Te encargarás de vigilar a Geran mientras ella vigila la pantalla y si, durante el cambio de ciclo, te sientes mal será mejor que consigas coger a tiempo la bolsa, ¡por todos los dioses! No me importa cuál sea la situación en esos momentos. Si todavía no has tenido que soportar un cambio de vector muy pronunciado con alguien vomitando encima tuyo, puedo prometerte que aún no has visto nada. ¿Me entiendes? —Le pinchó con una garra y Khym frunció la nariz—. Además, ensucia las pantallas.

Sin decir palabra, Khym volvió a entrar en el puente.

Pyanfar le siguió y comprobó que se instalaba en el primero de los tres asientos de observación, junto a Geran. Geran le miró durante un segundo sin ninguna expresión particular en el rostro, pero le miró. Khym cogió los cinturones y empezó a colocárselos. No estaba nervioso, desde luego, pero le hicieron falta dos intentos para conseguirlo.

Pyanfar se instaló en su asiento. Quitó el freno con una sola mano y conectó la energía del asiento en un solo gesto, lleno de fluidez, como si estuviera demostrando lo bien que sabía hacerlo. Hasta que no hubo terminado no comprendió la razón de que actuara de tal modo.

Le había hecho subir al puente y luego se había enfadado cuando Khym quiso permanecer en él. Y sabía cuál era la razón de su enfado.

¡Dioses!

—Lista la secuencia de desconexión del muelle —dijo Haral.

—Chur sigue ahí abajo. Hilfy, dile a la *Vigilancia* que van a recibir un mensaje.

—Bien —hubo una pequeña pausa—. Acusan recibo de nuestra llamada, es todo.

Al menos, pensó Pyanfar, debía reconocer que Rhif Ehrran no era partidaria de perder el tiempo charlando.

Aviso —decía el mensaje que había enviado por correo—. Kif siguiéndonos. No se detendrán ante nada, ni tan siquiera ante una misión oficial del han. No atraiga su interés. Estación en peligro. Nuestro peligro es todavía superior. Llevaremos a cabo medidas de evasión tan bien como podamos. Imposible dar más explicaciones.

Cuando ese mensaje caiga en el regazo de Ehrran ya estaremos fuera del puerto.

En la proa se oyeron una serie de golpes. La *Orgullo* hablaba de ese modo, con un lenguaje tan fiable como el de los indicadores. Las conexiones con el muelle habían sido retiradas y las compuertas habían quedado selladas. Fuera, en el casco de la estación, las abrazaderas empezaban a soltarse.

—La grúa está suelta —dijo Haral mientras seguía con las secuencias preparatorias.

—¿Dónde está Chur? ¿Ha terminado?

Su mensaje fue transmitido por el tablero de comunicaciones.

—Ya viene —le dijo Tirun—, todo listo.

—Dame la lista de partidas.

—Ya voy —dijo Tirun, emitiendo luego una exclamación ahogada.

La *Prosperidad* de Banny Ayhar estaba en la lista. Su destino era Urtur, vía Punto Hoas. También estaba en la lista el *Sol Dorado de Marrar*.

Y con esas naves, los comentarios llegarían hasta Anuur tan deprisa como le fuera posible viajar a una nave mercante con carga y con un mensaje de Ehrran que transmitir.

También una nave stsho había partido media hora antes. Su nombre era la *E Mnestsist*, y al mando estaba Rhus flisth'ess. Su destino era Urtur, pasando por Hoas.

Todas las naves que partieran de Punto de Encuentro, para dirigirse al espacio mahen-hani, tenían que dirigirse a Urtur pasando por Hoas, a menos que fueran vacías de carga y pudieran llegar hasta Urtur de un solo salto. El curso que tenía la *Orgullo* en la lista era también Urtur vía Hoas, lo cual no era cierto.

Había otras posibilidades a partir de Punto de Encuentro. Por ejemplo, Nsthen en el espacio stsho, donde sólo se permitía que llegaran los stsho y las especies que respiraban metano. También estaba el puerto fronterizo de V'n'n'u, limitado del mismo modo a respiradores de metano/stsho; así como Kefk, el puerto kif situado en el único pasillo que mantenía dicha especie con Punto de Encuentro, y Kshshti en Territorios Disputados. Desde Punto de Encuentro los mensajes podían seguir gran número de direcciones, y para eso había sido concebida precisamente la estación.

Y un mensaje rápido como la luz enviado mediante un haz comprimido, podía llegar a una nave con el rumbo de la *E Mnestsist* antes de que saltara. Todavía le era posible cambiar de vector si un tal Stle stles stlen tenía algo que deseaba transmitir.

¡Bastardo intrigante!

La Orgullo de Chanur figuraba en la lista sin hora asignada para partir, pero la habían colocado delante de la *Prosperidad* y el *Sol Dorado*.

Desde luego, eso no iba a calmar demasiado el mal humor de Banny Ayhar.

Y no había ni un solo kif en la lista.

—No hay modo de saber a quién han sacado de la misma —murmuró Pyanfar—. Puede que salga toda una manada de kif, diez minutos después de nosotros. Si la estación no es capaz de mantener en funcionamiento sus tabloneros de anuncios, sólo los dioses pueden saber lo que pasará con las salidas a poco que algo de dinero cambie de manos. Conecta la energía, Haral. Vamos a salir.

—Conectada —dijo Haral, y Pyanfar pudo oír el lejano ruido de las bombas impulsando su carga; el sonido del arranque al que normalmente seguía el golpe del pestillo de los cilindros al abrirse, cosa que no iba a ocurrir esta vez. Ahora no tendrían gravedad y el viaje dentro del sistema lo efectuarían únicamente con fuerza impulsora. Era más seguro y permitía no correr tantos riesgos si era necesario efectuar algún movimiento brusco.

Pyanfar oyó unos pies descalzos que corrían sobre el suelo del puente y luego el ruido de un cuerpo deslizándose en un asiento.

—Chur ha llegado.

—El mensaje se ha emitido correctamente —dijo Chur alzando la voz para que se la oyera por encima del ruido—. Lo vi entrar en la ranura.

—Timón a uno —con eso Pyanfar indicaba que el control del timón quedaba reservado a su cuadro. Empezó a pulsar botones, dejando que el cierre automático siguiera en posición, durante la salida, en tanto que el ordenador calculaba su masa y la fuerza con que podían impulsarse para no salir de los parámetros legales. Las bodegas estaban vacías y el indicador de impulsión casi a cero. La potencia normal habría tenido sobre la *Orgullo* el mismo efecto que una patada en una lata vacía.

—Tía —Hilfy, en el comunicador uno—. Una pregunta.

—Di.

—Esa factura...

—¿Qué ocurre con ella?

—¿Los mahendo'sat van a pagar eso?

—Eh... sí.

—¿Y lo saben?

—Chiquilla, voy a decirte algo. Hay dos buenas razones para que demos un solo salto. La primera son los kif.

—¡Dioses!, tía...

—¿Tirun, le estás enseñando a maldecir a la niña?

—¿Cómo vamos a pagar eso?

—Ya está pagado. Dientes-de-oro se encargó de ello, pero todavía no lo sabe. Vigila el desplazamiento de vectores, no vamos a salir de aquí como la última vez. Lo haremos siguiendo el manual, al menos hasta tener un poco de espacio para correr.

Llegaron hasta el límite de la zona para aterrizaje y despegue, manteniendo dos vectores distintos: el que les daba el giro de la estación y su propio impulso. La cola de su nave fue la primera en cruzar la señal invisible. Pyanfar conectó la propulsión durante diez segundos y eso colocó la proa en la misma dirección en que les impulsaba el giro de la estación, lo que dio al ordenador la posibilidad de orientarse.

—Pero, tía...

El siguiente disparo lo hizo el ordenador, afinando el rumbo.

—Digámoslo de este modo... ¿me escucháis todas? Hay un pequeño asunto con los mahendo'sat. Se encargan de la factura por lo ocurrido en el bar. ¿Me habéis oído? Haral, señala cero dos. Que las cámaras empiecen a funcionar por el lado de la estación.

—¿Para echarle una mirada a los kif?

—Justo en el blanco, prima. Geran, encárgate de eso.

—Ya lo tengo. Imagen en el cuatro.

La cuarta pantalla de su tablero se iluminó con una claridad y definición excelentes, mostrando al exterior de la Estación Punto de Encuentro, una parte de su silueta toroidal, con los gigantescos números pintados en el muelle oscurecido en algunas zonas por las naves que permanecían con el morro pegado a la estación.

—Transmite la imagen a las demás pantallas —dijo Pyanfar, y en todos los puestos de control apareció la extraña silueta de un mercante stsho; seguida por una esbelta nave kif, de aire amenazante y contornos mucho más afilados de lo que habría sido realmente necesario. Junto a ella se encontraba otra nave kif que tenía las toberas mucho más grandes de lo normal y una serie de tanques en la parte central.

—Esos tanques podrían dar lugar a una explosión realmente bonita —dijo Pyanfar—. Hilfy, Khym, miradla bien, y fijaos en ella.

—Es una nave de caza —dijo Hilfy.

—Desde luego, no es ningún mercante. Una maldita nave de caza kif. Esa es la *Harukk*, no hace falta buscar los números. —Puso los sistemas de seguridad en el sistema SOLO PREVENCIÓN y conectó los motores principales.

La gravedad le golpeó oprimiendo su codo en el brazo del sillón y poniendo en marcha el soporte automático que mantenía su mano, de tal modo que pudiera llegar al tablero. Era un sistema nuevo, y funcionaba. Después de Gaohn había instalado en la *Orgullo* todo tipo de protecciones: agarraderas, cables en los pasillos y los soportes en cada tablero. También había comprado con bastante discreción unas cuantas armas.

—Esa es la razón kif —dijo luchando contra la gravedad—. Y la otra razón para

que nos demos un poquito de prisa es que me gustaría salir antes de que cierta factura llegue al banco.

—¿Podemos pagarla? —la voz de Tirun por el comunicador—. ¿Más tarde?

—¡Eh! Sigue siendo problema de Dientes-de-oro.

—¿Qué está pasando? —preguntó Khym.

Hubo un silencio, roto sólo por los ruidos de la nave y el lento zumbido de la aceleración en aumento.

—¿Qué está pasando? —preguntó de nuevo Khym.

—Es sólo un pequeño arreglo de negocios —dijo Pyanfar—. Mantén controlado tu estómago. Vamos a pasar a la magnitud dos para darnos un buen impulso.

—Pyanfar...

—Luego hablaremos. Haral, adelante.

—Capitana, capto a otra nave saliendo del muelle —dijo Chur desde su monitor.

—¡Maldita sea! ¿Cuál es?

—Todavía no puedo decirlo. La estación se mantiene en silencio y a la escucha.

Todavía no estaban lo bastante lejos y no iban lo bastante rápido como para que la velocidad de la luz empezara a hacer estragos en la información que podían recibir; y tampoco se encontraban fuera del alcance de esa esbelta nave kif que habían visto en el muelle.

Esa nave podía darles un día de ventaja, adelantarlos y estar esperándolas en Urtur cuando llegaran, claro. Pyanfar respiraba lentamente para no agotarse demasiado luchando con la gravedad y empezó a hacer cálculos. Una nave tan rápida no debía salir detrás de ellos, con tales prisas.

La nave que estaba dejando el muelle no era kif, estaba dispuesta a jugarse el dinero en ello. No le hacía falta correr, y menos pudiendo suponer cuál era su rumbo.

—La nave es knnn.

—¡Oh, bondad divina!

—¿Qué ocurre? (Khym)

Knnn. Respiradores de metano, peligrosos y de acciones más bien dementes. Nadie quería ver a los knnn nerviosos o enfadados.

Y quizás un problema con los kif pudiera tener esos resultados. En realidad, cualquier tipo de problema podía tener esos resultados.

—¿Qué ocurre? (Khym otra vez.)

—Es largo de explicar —murmuró Pyanfar—. Guárdate esas preguntas, Khym. Estamos ocupadas.

—Tenemos una comunicación —dijo Hilfy.

Del tablero brotó un gemido enloquecido. Era una canción knnn, anunciando al universo y a los demás knnn lo que ese knnn en concreto hubiera considerado conveniente decir, fuera lo que fuera.

O quizás estuviera simplemente cantando para divertirse y el emitirlo por el comunicador hubiera sido fruto de una idea repentina, tan indescifrable como todo el resto de su lógica.

—Rumbo cero dos por catorce.

No parecía ir hacia ellos, pero eso no significaba gran cosa. Las naves knnn obedecían a leyes muy distintas.

—Mantén el cielo —dijo y esperó a oír la confirmación de Haral—, y súbelo al doble. Vamos a salir de aquí.

Los motores entraron en ciclo y, durante un breve instante se les retorció el estómago. Luego pasaron a un estadio energético más elevado, donde el mareo y las náuseas parecían ser la regla. Los instrumentos emitieron una oleada de parpadeos y volvieron a calibrarse automáticamente. Pyanfar comprobó que el rumbo siguiera fijado en Urtur.

—Los knnn siguen igual —dijo Chur.

Segundo ciclo de impulsión.

—Timón a uno —Haral le pasó el control y los instrumentos cobraron vida con un destello bajo sus manos. Estaban saliendo del sistema—. Preparado todo para el salto. Quiero que no perdáis de vista a ese knnn hasta el último y maldito segundo.

A veces los actos de los knnn parecían tener algún motivo racional. Recordaban a negras masas de pelo que hubieran cobrado vida para moverse sobre patas muy largas y delgadas y sabían construir buenas naves. Tan buenas que ningún ser necesitado de oxígeno era capaz de sobrevivir a ellas, a no ser que en el interior de esas naves hubiera también algo capaz de encargarse de las tensiones físicas y de la inercia. Nadie podía hablar con los knnn salvo los tc'a, parecidos a serpientes cubiertas de un cuero muy grueso, y los cerebros de los tc'a pensaban en matrices compuestas.

Nadie podía razonar con los knnn excepto los tc'a. Hubo un tiempo en el cual los knnn se apoderaban de cuanto les gustaba, despojando a las naves en mitad de su curso y asaltando las estaciones más avanzadas en el espacio. Eso, al menos, era lo que decían los stsho. Todo ello ocurrió antes de que la raza hani llegara al espacio. Los tc'a lograron hacerles entender el concepto del comercio. Al menos, lograron que los knnn respetaran algo y, en consecuencia, no lo dieran por incluido en el botín de sus incursiones. Ahora iban de un lado a otro como flechas enloquecidas, por los sectores que respiraban metano y dejaban de pronto un objeto en un lugar, fuera el que fuese, para salir a toda velocidad con lo que deseaban, que podía ser cualquier cosa.

Los tc'a se llevaban bien con ellos y se suponía que los chi también, aunque siendo los chi algo así como un grupo de varillas de color amarillo que se movían a toda velocidad daban la impresión de estar todavía más locos que los knnn. Incluso los tc'a tenían ciertas dificultades con los conceptos del comercio y sólo los dioses

estaban enterados de cómo funcionaban sus mundos o de cómo eran dirigidos. Ningún ser de otra especie lo sabía.

—Tiempo para saltar: cinco minutos.

—¿Cómo está ese knnn?

—Sigue... acaba de entrar en ciclo, capitana.

—Quiero noticias mejores. Cuatro y contando.

—Sigue en ciclo. Al menos, dentro de nuestro lapso de tiempo —ello quería decir que, teniendo en cuenta el creciente retraso con que les llegaba la información debido a la velocidad de la luz, quizá los knnn estuvieran haciendo ya otras cosas.

—Al infierno el manual —Pyanfar conectó el ciclo de salto... y cayó

...con el asiento por delante

...quedó cabeza abajo... y volvió a enderezarse

...para volver una vez más a la realidad, mientras su estómago parecía querer dar la vuelta como si fuera un guante.

Durante un tiempo difícil de precisar tuvo esa incómoda sensación de estar a medio camino. Los sentidos le fallaban, a los dedos les hacía falta una hora para llegar hasta los controles y los instrumentos sufrían lentas oscilaciones luminosas en las que parecían invertir todo un día de tiempo subjetivo para no llegar finalmente a ningún resultado especial.

Y llegó la estabilidad, con una definición y claridad tan terrible como la incertidumbre anterior, con una fascinación sin fin en los ángulos, los colores y las texturas. La mente podía perderse en los infinitos detalles del extremo de cualquier panel.

Pyanfar tragó saliva, sintiendo la boca reseca y el sabor a cobre que siempre acompañaban a la compresión del tiempo y flexionó sus dedos, que llevaban sin moverse aproximadamente unas tres semanas de tiempo local. En los cronómetros, no muy dignos de confianza, se veía la cifra de 3,2 días. El cuerpo reaccionaba. Dentro de la siguiente hora se desprendería del pelo y de la piel envejecida como si la entropía le hubiera golpeado de repente y aunque no lo hiciera en la cantidad correspondiente a esos tres días poco le faltaría. Las drogas de Tully se irían esfumando, en tanto que el estómago y los riñones se ponían en acción, reflejando efectos más tardíos y el nivel de azúcar sanguíneo subiría y bajaría como una montaña rusa, aturdiendo los sentidos, oscureciendo la inteligencia y haciéndole cosas desagradables al estómago.

En los controles se oyó un agudo sonido.

Pyanfar apretó con cierta brusquedad el mando de reducción.

Hubo una segunda fase de entrada y salida en el hiperespacio, con una pérdida rápida de velocidad en el proceso.

Después una tercera fase.

El estómago intentaba subirle a la boca. Pyanfar apretó fuertemente las mandíbulas. El sabor a cobre era todavía peor que antes.

Otro sonido.

—El faro de Urtur. Confirmado —dijo Haral leyendo sus controles—. Dirección cero, nueve, dos.

En el interior de su cráneo empezaron a sonar las alarmas automáticas, desencadenadas por los recuerdos que había grabado a fuego hacía ya tres semanas.

—¡Geran, atención a los kif! ¿Tenemos compañía?

—Comprobando.

Tres días subjetivos desde que habían salido de Punto de Encuentro. Pyanfar notaba un agudo dolor en los hombros.

—Khym, ¿estás bien?

Khym dio una respuesta incoherente, pero daba la impresión de estar vivo.

—Tengo el faro de Urtur —dijo Haral—. Tiran, precisa la lectura.

—Bien —estaban recibiendo la información que el faro de Urtur emitía constantemente para darle a las naves, que entraban en el sistema, la posición real de todos los objetos que se hallaban dentro de éste, tal y como era conocida. Luego vendría una asignación de rumbo, tan pronto como el plazo de tiempo hubiera permitido que su presencia fuera reconocida por el faro robot de Urtur y sus sistemas automáticos se encargaran de determinar un sendero de entrada para ellos.

—Avisa al faro —dijo Pyanfar—, estamos en tráfico. Busca una fijación estelar —le temblaron las manos y la tripulación no debía encontrarse en un estado mucho mejor que ella. Quería beber algo, se imaginaba chorros de líquido helado, una auténtica inundación de sabores. Se habría bebido incluso algo tibio o salado, lo que fuera.

—Fijación en Kirdu —dijo Haral—. Afirmativa. Trazando curso para Maing Tol vía Punto Kita.

—Mensaje enviado —dijo Hilfy.

—¿Cuánto falta para la señal de la estación?

—Unas dos horas —dijo Tirun—. Eso será a las 2:31. Según el faro no hay ninguna nave dentro de nuestro alcance. No está recogiéndonos todavía.

—Señal de faro —dijo Hilfy—. Tía, estamos recibiendo una llamada en código, del faro. Tenemos un mensaje esperándonos. Sigo a la escucha.

—Ah —Pyanfar sintió algo helado en el estómago—. Ponlo en el uno —el faro robot había enviado algo, nada más recibir la identificación automática de la *Orgullo*. Habían entrado en el sistema, el faro había confirmado su identidad y había emitido rápidamente lo que tenía almacenado en su memoria para ellas. Como sistema de correo resultaba enormemente caro.

Y la imagen enviada por el robot seguía sin mostrar su situación, dentro del

sistema de Urtur. No se trataba de una imagen recogida directamente de la realidad. El ordenador se encargaba de generarla y, hasta el momento, no había conseguido añadir su existencia a la pantalla.

—Tenemos un error —dijo Haral—. Ese bastardo de faro nos está dando un rumbo hacia Kshshti y quiere que utilicemos como punto de guía Maing Tol. Manda otra vez esa petición de rumbo, Hilfy. Se ha vuelto loco.

—Espera —Pyanfar contempló el mensaje que empezaba a recibir en su pantalla número uno y puso en marcha la impresora. El aparato zumbó levemente y escupió una serie de hojas en la cubeta de documentos. Códigos y más códigos. Suyos... *Ana Ismehanan-min* —decía— *a buena amiga. Aviso tienes mal problema Kita. Faro te da ahora nuevo rumbo. Yo arreglar con autoridad Urtur, arreglo primera clase.*

Ve ruta Kshshti. Sé que tiene kif cerca ahí, pero Kita tiene demasiados kif. Nave mahen, nave kif, tienen dos manos número naves. Nave mahen no puede ir todas partes demasiado rápido. Siento este problema.

Tú un salto hasta Kshshti primera clase, no problemas, no parar en mitad de la oscuridad como Kita. Tú llegar Kshshti dar autorización código Hasano-ma.

Tú hacer bien; sé piensas rápido bien primera clase. Kif no coger ti.

—¡Bastardo mamón! —El cinturón que la mantenía sujeta al asiento la estaba dejando sin aliento. Pyanfar le dio un manotazo a la cubeta de documentos intentando desconectar la impresora, pero la pantalla seguía suministrando códigos y la impresora zumbaba con la persistencia de una máquina idiota.

—Mensaje del faro —dijo Hilfy, manteniendo su voz cuidadosamente tranquila—. La alarma intermitente nos aconseja que acusemos recibo del nuevo rumbo y lo aceptemos.

Pyanfar logró apagar la pantalla, pero la impresora, victoriosa, siguió zumbando y escupió una hoja más.

—El faro no está averiado —murmuró—. Todo lo que dice tiene su razón. Ese bastardo de Dientes-de-oro ha hecho un arreglo con Urtur. Nos mandan a Kshshti.

—Pero Kshshti es medio kif —protestó Geran—. Si nos metemos ahí...

—Es sólo un salto. En eso tiene razón, si es que Kita ha sido bloqueada. Al menos no acabaremos perdidas en mitad de la nada y a oscuras, con un montón de kif. Busca los Registros. ¿Qué tal anda Kshshti de fuerzas?

—Estoy buscando —dijo Chur—. Tiene dos naves de caza procedentes de Maing Tol; según las estadísticas hay un diez por ciento de llamadas stsho, un dieciséis de tc'a-chi, un treinta y dos de kif, un cincuenta y uno de mahendo'sat. No puedo asegurar que esas dos naves se encuentren ahí. Según la información tienen ahí su base.

—Estupendo —Pyanfar se mordisqueó el bigote y agitó las orejas mientras el faro empezaba su rutina de «acusar-recibo-y-ejecutar». En el panel de comunicaciones se

encendían y apagaban las luces de advertencia. Tick-tick. Tick. Tick-tick-tick. Haos seguía entrando en lo posible, al igual que Kura.

Los stsho. El han. Haremos lo que nos dicen, no se me ocurre otra salida. De lo contrario al faro se le acabará reventando algún circuito.

—Hemos profundizado bastante en el pozo —dijo Haral, con cierta cautela cuidadosamente disimulada en su tono. Ahora la estrella les había cogido con toda firmeza dentro de su atracción. Cambiar de vector implicaría un gasto enorme de energía que deberían volver a cobrar con bastante brusquedad, luchando todo el rato para impulsarle en contra del tirón de la estrella.

—No tenemos otra elección, ¿verdad? Avisa a Tully. No podemos perder ni un segundo.

Hilfy mandó el mensaje.

—Tully parece estar bien y no demasiado nervioso. Dice que adelante.

—En marcha —dijo Pyanfar, cogiendo la última hoja que había en la cubeta de documentos.

Y sus ojos se quedaron clavados en ella. No era la lectura del ordenador que había estado esperando. Ahora se daba cuenta de que esa hoja seguía en el fondo de la cubeta. El faro había enviado otro mensaje y éste había pasado automáticamente a la impresora.

Esta vez no había código alguno. El mensaje estaba en un hani perfecto.

Nave hani El Orgullo de Chanur: evita Punto Kita. Akkhtimakt ha dejado vigilancia aquí. No lograrías cruzar viva ese espacio.

No seas estúpida.

Pyanfar se estremeció.

—Hilfy.

—¿Sí, tía?

—¿Has leído el mensaje número tres?

Un silencio mientras que Hilfy rebuscaba en su cubeta particular.

—¿Quién ha enviado eso? —se preguntó Hilfy con un ronco susurro.

—Alguien muy rápido —replicó Pyanfar.

—Preparados para reducir —dijo Haral.

Los motores entraron en ciclo, emitiendo una leve pulsación que dejó medio formada su burbuja hiperespacial, produciendo una ondulación en el campo visual como la que se obtiene al mirar a través de una capa de aceite.

El ciclo volvió a interrumpirse y Haral empezó a preparar su cambio de rumbo dentro del espacio real, lo que significaba un largo y agotador trabajo con cálculos y correcciones de rumbo y trayectorias. La fuerza gravitatoria seguía castigando sus entrañas, ya algo maltrechas.

—Tengo marcado Maing Tol —dijo Haral. Bastante rato después, cuando los

motores llegaron al punto de velocidad cero y siguieron funcionando, pero sólo en posición de encendido, Haral añadió—. Acabamos de pasar el punto cero —y más tarde aún, cuando sus cuerpos ya no eran más que una masa dolorida y miserable—. Nos acercamos a la marca.

—Cuando estés lista, adelante —dijo Pyanfar. El polvo de Urtur todavía no había alcanzado el casco de su nave, pero ese lugar siempre le hacía sentir un escalofrío de inquietud en la espalda.

Una nave que no aparecía en la imagen de la estación cruzó como un rayo, ¡por todos los dioses!, una nave moviéndose por el espacio sin que nadie supiera de ella, cruzando el sistema de Urtur, poniendo en peligro a las demás naves, con la complicidad de la mismísima Estación de Urtur.

¿Qué temían? ¿Quizás a los kif que pudiera haber dentro del sistema?

—Pulso de impulsión preparado —la voz de Haral había enronquecido por la fatiga.

—¿Quieres que me encargue de eso?

—Lo tengo preparado y a la espera.

Otro disparo, otro instante de incomodidad entre el aquí y el allí, sin estar en ninguno de los dos sitios a la vez. En el tablero se encendió una luz roja.

—Tobera dos en rojo —murmuró Pyanfar—. Párala.

—Estamos un poco fuera de los cálculos.

—¿Qué ha explotado? (Khym, con un hilo de voz). ¿Se ha estropeado algo?

—Un regulador en la columna de la tobera —dijo Pyanfar, pestañeando para enfocar claramente los objetos. Le dolían los huesos—. A la nave no le gusta toda esta indecisión y cambio de planes. Tirun, quiero una comprobación de esa tobera.

—Bien —la voz de Tirun temblaba ahora claramente por el cansancio, pero no había matiz alguno de queja en ella—. Desde luego, me gustaría saber por qué no se apagó automáticamente.

—Habrá que resolverlo desde el interior.

—Urtur no es lugar para dar paseos, ¡maldita sea!

—¿Tenemos problemas? —preguntó Khym.

—Sólo una pequeña dificultad mecánica, pero aún tenemos el sistema de refuerzo. El regulador tendría que haber desconectado esa tobera, antes de que llegara a romperse algo y creo que el problema está ahí. Pero se trata de una avería dentro del casco y no creo que vayamos a tener grandes dificultades —pero, después de todo, era un problema. Algo había hecho que la tobera se averiase y Kshshti era un salto muy, muy largo. La tensión sería bastante fuerte. Si la tobera se averiaba definitivamente...— ¿Cuál es nuestro tiempo de tránsito?

—Tengo... —dijo Haral—... 48,4 horas hasta el próximo salto.

—Para entonces ya habremos descubierto el problema —Pyanfar puso en

funcionamiento su silla y la hizo retroceder un poco. Necesitaba espacio para respirar. Una fracción de vuelta y vio a Khym con la cabeza apoyada en el respaldo acolchado, respirando cuidadosa y lentamente, contemplándola con una cansada curiosidad. No se había puesto enfermo y tampoco ahora lo estaba. En su expresión se veía claramente que estaba decidido a no consentirlo.

Aunque le estará costando lo suyo, supuso Pyanfar.

—Tully quiere subir —dijo Chur.

—Estupendo —Pyanfar se encontraba entumecida, como si entre ella y todas las calamidades sucedidas en Punto de Encuentro, se hubiera interpuesto una capa aislante que la protegía igualmente del problema que tenían en la cola. Se volvió hacia un lado justo cuando en todas las pantallas número cuatro aparecía una imagen tomada por las cámaras exteriores de la *Orgullo*, algo que ocurría habitualmente cuando llegaban a un lugar. Haral se había encargado de ello, ya fuera por reflejo o por decisión consciente, pero no había obrado impulsada por el pánico. Era sólo una operación rutinaria.

El espectáculo de Urtur por sí solo ya era impresionante. La estrella y el sistema, aumentados por la cámara, parecían un enorme huevo frito, en el cual la estrella de color amarillo fuera la yema, ardiendo con un resplandor infernal en el disco de polvo que la rodeaba. Los planetas iban trazando órbitas oscuras dentro de ese disco, dibujando anillos en constante movimiento. Los mundos de Urtur eran casi todos gigantes gaseosos, con unos cuantos planetas más pequeños acribillados de cráteres y medio enterrados en la confusión de gases y polvo.

Desde luego, no era un sitio para andar paseando. La lluvia de partículas era capaz de convertir, en muy poco tiempo, al mejor traje acorazado en un auténtico colador.

El sistema de Urtur pertenecía a los mahendo'sat y dentro de él se dedicaban a tareas, típicas de los mahen, tales como husmear por entre el polvo buscando alguna clave que les informara de por qué Urtur era tal y como era. Lo hacían pura y simplemente por curiosidad. Razón por la cual los Mahendo'sat hacían muchas cosas raras. Pero, al mismo tiempo y obedeciendo a razones mucho más prácticas, mantenían una instalación para los respiradores de metano, quienes consideraban a Elaji un lugar precioso, repleto de metano, con sus nubes constantemente encendidas por el parpadeo de los relámpagos y los meteoros que surcaban con trazos luminosos una atmósfera que ya había sido convertida, entre un sinfín de impactos, en algo parecido a un invernadero. Los respiradores de oxígeno se limitaban a sacar fotos de la superficie, en tanto que los tc'a se encontraban como en su casa. Hacían prospecciones mineras en busca de, metales exóticos y poseían toda una industria en aquel infierno.

Y los knnn hacían lo mismo.

Y ahora, se preguntó Pyanfar, teniendo en cuenta que la imagen enviada por la estación es defectuosa, ¿dónde se encontrará nuestro knnn particular?

¿Se le habría bloqueado de la imagen, al igual que habían hecho con ellas, y se encontraría fuera del alcance de sus sensores?

Quizá se había ido. Podía haber seguido un rumbo totalmente diferente al suyo.

Pero no confiaba demasiado en ello. No encontrar a un knnn, sencillamente, quería decir que no podían encontrarle, y nada más.

La *Orgullo* hizo una pequeña corrección de rumbo mediante un leve empujón hacía la izquierda. Para todas las naves, que se abrían paso a través del polvoriento sistema de Urtur, el avance se reducía a encontrar el agujero más útil posible dentro de la masa de escombros y presentar, al mismo tiempo, tan poca superficie de toberas como fuera posible, al impacto de las partículas que recibirían durante la trayectoria elíptica.

Como bien sabían los dioses, en esos momentos ya tenían averías suficientes para mantenerlas ocupadas.

—Disponlo todo para que podamos ir durante un rato en automático. Puedes encargarte de esas comprobaciones después de que te hayamos metido dentro algo de comida, Tirun. ¿A quién le toca cocinar?

—A mí —dijo Hilfy.

—Pues adelante —y, pensándolo mejor, añadió—. A la más joven de la tripulación siempre le toca trabajar doble. Ayúdala un poco, Khym.

Khym se limitó a mirarla desde su asiento con la expresión desesperada de quien se está ahogando. Hilfy hizo girar su asiento, se quitó los cinturones de sujeción y se puso en pie. Un instante después Khym se puso en pie, moviéndose como si estuviera borracho y se sujetó durante un par de segundos al respaldo.

¡Trabajo! Desde luego, ya lo tenía.

Y siguió a Hilfy sin mirar ni una sola vez, atrás. ¡Por todos los dioses!, el antiguo señor de Mahn, ahora asignado a la cocina y sin quejarse.

Pyanfar dejó escapar una bocanada de aire y recordó su juventud, Mahn, los campos y la mansión con el arroyo. Y a un hani ya mayor que estaba intentando empezar de nuevo. Desde el principio, y en una forma que a duras penas lograba entender.

—Habrà una buena cantidad de consignatarios furiosos —murmuró Tirun—. ¿Recuerdas la orden de última hora que nos hizo aquel factor?

—Apuesto a que Ayhar se encarga de ella —dijo Chur.

Pyanfar se quitó los cinturones y se puso en pie. Le dolían las articulaciones y le ardía toda la espalda.

Pyanfar empezó a estirarse, pero se quedó inmóvil a mitad del gesto. En el umbral del puente acababa de aparecer Tully, moviéndose con el sigilo de un fantasma,

amparado por el incesante ruido de fondo que producía la *Orgullo* al funcionar. Tenía un brazo apoyado en el umbral y no hacía el menor movimiento. Iba descalzo, vestía los pantalones azules de una tripulante y parecía cansado. Quizá tuviera algo de frío.

Ya no había más amigo, nada de Pyanfar. Sólo esa expresión entre herida y acorralada con la que preguntaba si alguien tenía tiempo para él.

—Ya lo sé —dijo Pyanfar—. Ahora te daremos algo de comer.

—¿A salvo? —preguntó. Entendía lo bastante de naves como para haberse dado cuenta de que algo pasaba en la *Orgullo* y estaba solo a bordo, sabiendo quizá demasiadas cosas que no podía compartir con nadie—. Nave... —agitó la mano en un gesto desamparado—. ¿Rota?

—Todo está bajo control —respondió ella—. Estupendo. A salvo, todo va bien.

En los pálidos ojos de Tully ardió fugazmente una chispa de emoción.

—Pronto lo arreglaremos —le dijo ella, viendo en sus ojos el miedo habitual y paciente de Tully que le devolvió la mirada. Le hizo una seña y Tully se apartó del umbral para entrar en el puente. Sus ojos azules iban de un lado a otro, observando los monitores e intentando leer algo en ellos, moviéndose con furtiva rapidez. Unos instantes después volvieron a clavarse en ella.

—Tengo que hablar —había logrado aprender un poco de hani y Pyanfar estaba acostumbrándose ya a su peculiar pronunciación pastosa. El traductor escupió un torrente inútil de estática—. Tengo que hablar, por favor, tengo que hablar.

—Quizás haya llegado el momento de que hablemos —Pyanfar sintió de pronto una extraña inquietud, como si todo estuviera funcionando mal. Machos, temperamentos irritables. Su viejo amigo Tully, en cuyo rostro alienígena veía ahora ese peculiar movimiento incesante de las pupilas. (¿Tenía miedo de ellas igual que se lo tenía a los kif? Ella, por su parte, siempre sería suspicaz. ¿Alguna, mentira, Tully? ¿O has estado actuando desde el principio movido sencillamente por tu propio interés?

—Bien... —dijo, dándose cuenta de que apestaba a sudor y pensando instintivamente en baños, en machos y peleas y en un millar de cosas extrañas, como surgidas de un delirio. Eran cosas como posibles impactos de esa velocidad o como la tobera que parecía intacta en la imagen que se veía en las pantallas de Tirun (pero que no lo estaba por dentro y eso podía acabar siendo realmente una mala noticia). Urtur. El ataque, probablemente con los kif rondando por ahí, y sin una sola esperanza de obtener ayuda. Urtur no tenía las fuerzas adecuadas para repeler ningún tipo de amenaza o ataque. Pobre y tonto humano, ¿no sabes acaso que ahí podríamos perecer todas? Se limitarían a entrar en la nave y se apoderarían de lo que les viniera en gana, empezando por ti. Pobre y tonto humano, ¿no sabes acaso que ahí podríamos perecer todas? Se limitarían a entrar en la nave y se apoderarían de lo que les viniera en gana, empezando por ti.

—Vamos —le dijo a la tripulación, que seguía esforzándose con manos temblorosas sobre los controles—, hagamos una pausa. Comeremos algo y dormiremos un rato —luego cogió a Tully por el brazo—. Ven conmigo y hablaremos, ¿eh?

6

El polvo susurraba sobre el casco, como un lejano aparato que emitiera continuamente chorros de estática, dominando todos los otros sonidos de la nave. El polvo era muy abrasivo, y eso Pyanfar lo sabía bien, pero de todos modos ahora sus toberas se encontraban en ángulo y tanto la cúpula de observación como las lentes se hallaban protegidas. No podían hacer nada más al respecto. La *Orgullo* saldría de esa zona de Urtur, con el casco más pulido. Iban avanzando tan rápido como podían por entre los escombros que se hallaban al borde del sistema.

Mientras tanto, se encontraban metidas con cierta incomodidad en el reducido espacio de la cocina-comedor. Ya habían extendido la mesa y habían colocado también el banco plegable, a cuyo extremo se encontraba *na* Khym, convertido, al parecer, en residente habitual de esa zona. Se apretaron unos cuantos centímetros más y, con la incorporación de Tully, el grupo ascendió a siete comensales que parecían haberse reunido allí por un extraño azar, Tully se movía aún con cierta inseguridad y le temblaban las manos mientras engullía una taza tras otra de café reforzado con carbohidratos y le daba de vez en cuando pequeños mordiscos a la comida. Por su parte, Khym comía. De hecho, comía en abundancia pese a haber estado a punto de caer redondo sólo media hora antes. Pyanfar le miraba disimuladamente, medio ocupada (comiendo de ese modo aumentaban mucho sus probabilidades de ponerse enfermo después) y medio complacida (había logrado aguantar un trayecto bastante duro, ¡por todos los dioses!, y había aceptado el trabajo en la cocina sin arrugar ni un centímetro la nariz. En suma, se estaba comportando increíblemente bien). A juzgar por la actitud de Khym, cuya atención se concentraba exclusivamente en su plato y en la parte giratoria del centro de la mesa, donde estaban las bandejas, se habría dicho que no había otro macho sentado a la mesa.

Durante casi toda la comida reinó el silencio, roto sólo por una pequeña conferencia mantenida en susurros por Tirun, Chur y Haral, que estaban discutiendo su problema con la tobera, cual sí ésta fuera un hueso especialmente duro de roer. De vez en cuando, se oía también un «toma esto» o «prueba aquello» por parte de Hilfy, que estaba intentando poner un poco más de carne bajo las costillas de Tully.

Nada de prisas, nada de presiones, tómatelo con calma, pensó. Mantente tranquilo, no dejes que se creen tensiones, pensaba mientras veía cómo su viejo amigo y camarada se iba relajando. Parecía como si, finalmente, hubiera vuelto a ellas tal y como había sido, más tranquilo y gradualmente más relajado.

Pronto llegaría el momento de hablar de todo y quizá pudiera contarles la verdad. Tal vez le habían acorralado, le habían sometido a demasiadas presiones y no le habían dado prácticamente ninguna garantía. Tal vez había sido capaz de sentir el pánico que flotaba en el aire y sólo ahora empezaba a encontrarse algo más a gusto.

Tal vez ahora consiguieran saber la verdad.

—¿Te ha enviado tu Casa? —dijo Khym de repente, mirando fijamente a Tully, haciendo que el corazón de Pyanfar perdiera su ritmo a causa de la sorpresa.

Tully pestañeó lentamente, intentando comprender.

—¿Enviado? —inquirió el traductor con voz átona. ¡Oh, dioses!, realmente se había confiado. —Sus ojos se abrieron llenos de inocencia-. ¿Enviado a mí?

—Que yo sepa, no tienen Casas -dijo Pyanfar, descubriendo que tenía los dedos tensos y las garras a medio salir. Khym estaba tanteando la situación. Pyanfar le conocía muy bien, así como también conocía a Tully. De pronto en la mesa reinó un silencio total. Pyanfar quería detener todo aquello e interrumpir el silencio, pero no había forma de hacerlo. Era imposible mientras Khym siguiera con esa aparente afabilidad que sólo ocultaba un modo muy suave de atacar. Estaba cazando, ¡maldito fuera!, empujando para obtener una reacción, tanto de ella como de la tripulación-. No uses palabras demasiado complejas. El traductor no puede con ellas.

—Casa no es una palabra compleja.

—No te salgas de las cosas de la nave, de la jerga técnica. No puedes saber lo que va a salir por el otro extremo del aparato... o cómo saldrá.

—Decir otra vez -pidió Tully.

—Pregunté quién te había enviado.

—Envió mí.

—¿Ves? —dijo Pyanfar-. Sólo consigues una palabra que carece de sentido.

—Nombre hogar -dijo Tully-. Sol. Planeta llamado Tierra. Enviado mí.

—Sabe hablar.

—Claro -dijo Pyanfar, con las orejas erguidas a pesar suyo-. Sol, ¿no?

—¿Dónde estamos? —preguntó Tully-. ¿Urtur?

—Sí, Urtur.

Tully tragó una honda bocanada de aire.

—Ir Maing Tol.

—Eso parece, vía Kshshti. ¿Conoces ese nombre?

—Sé -apartó un poco su plato y sus extraños y flacos dedos acariciaron la superficie de la mesa-. Punto de Encuentro... Urtur... Kshshti... Maing Tol.

—Ya -Khym nunca había conocido muchos nombres de estrellas del Pacto, y no los había aprendido de ellas, desde luego-. ¿Te enseñó Dientes-de-oro?

—Nombre mahe Ino. Nombre nave *Ijir*.

—Antes de que Dientes-de-oro te pillara, ¿no? ¿Cómo encontraste a Dientes-de-oro?

Tully pareció preocupado o quizá fuera culpa del traductor.

—Ir Dientes-de-oro, sí.

—¿Has estado mucho tiempo con él?

—¿=?

—¿Estuviste mucho tiempo en la nave de Dientes-de-oro? Quizá fuera el tono de su voz. Sus ojos se encontraron con los suyos y se apartaron después de un interminable y gélido segundo. Con un gran esfuerzo de voluntad Tully volvió a mirarla.

—¿Dónde encontraste a Dientes-de-oro?

—Ino encontró él.

Esa respuesta no la satisfacía. Se quedó inmóvil, mirándole, olvidándose de lo que tenía pinchado en el tenedor, pero recordando muy bien que Khyra estaba a su lado. Nada de peleas; no provoques una pelea, nada de problemas con Khym sentado a la mesa. Sentía los nervios como agarrotados por una multitud de manos minúsculas.

—¿Hace mucho que viniste? —le preguntó Geran.

—No sé -dijo él, volviéndose a mirarla-. Largo tiempo.

—¿Días?

—Muchos días.

Podía ser más preciso. Conocía los límites del traductor y sabía arreglárselas con él, mucho mejor de lo que hacía en esos momentos. Tully cogió su taza y bebió, como intentando cubrir el silencio.

Quizás el resto de la tripulación se dio cuenta de todo lo que escondían sus palabras. Pyanfar pensó que lo habían notado. No había ni un solo movimiento en la mesa, sólo los gestos de Tully. Su viejo amigo.

Pyanfar metió lentamente la mano en el interior de su bolsillo, cogió el pequeño y delgado anillo con una garra y con mucho cuidado lo dejó sobre la mesa.

El rostro de Tully se puso casi tan pálido como el de un stsho, y, un instante después, extendió la mano hacia el anillo y lo cogió con sus dedos de uñas romas, examinando su interior. Sus ojos se alzaron nuevamente hacia Pyanfar. Eran dos círculos sorprendentemente azules, llenos de temor.

—¿Dónde encontrar? —le preguntó-. ¿Dónde encontrar, Pyanfar?

—¿De quién es? —sabía reconocer el dolor en cuanto lo veía y de pronto deseó que el anillo estuviera otra vez dentro del bolsillo y que no se encontraran delante de toda la tripulación y de Khym. Un regalo kif. Era una estúpida por haber creído que el anillo tuviera relación con algo que no fuera doloroso. Sí, era una estúpida y ahora, como ya había empezado, no le quedaba más remedio que continuar.

—¿Mahe tiene? —le preguntó—. ¿Dientes-de-oro?

—Me lo dio un kif —respondió ella y vio cómo en las comisuras de sus labios nacía un leve temblor y su rostro, sí es que ello era posible, palidecía aún más—. ¿Un amigo tuyo, Tully?

—¿Qué decir ese kif?

—Dijo, dijo que era un mensaje para nuestra carga.

El temblor apareció de nuevo, ahora mucho más difícil de controlar. Nadie de los que estaban sentados a la mesa se movió, ni a su derecha ni a su izquierda. Durante un tiempo interminable reinó el silencio, con el golpeteo del polvo sobre el casco metálico, el lejano gruñido de la rotación y el susurro del aire en la rejilla de ventilación que había sobre sus cabezas. De los ojos de Tully empezó a brotar un poco de agua, que corrió por su rostro hasta la barba.

—Amigo, ¿no? —Pyanfar tosió, disgustada consigo misma, y apartó su plato, creando con ello un poco de saludable ruido y animación. Luego miró a su tripulación frunciendo el ceño—. Bueno, ¿queréis arreglar esa tobera o no?

—¿Dónde encontrar? —preguntó Tully antes de que nadie pudiera moverse.

—Un kif llamado Sikkukkut, en una nave llamada Harukk. ¿A quién pertenecía ese anillo?

De pronto la boca de Tully se convirtió en una delgada línea recta bordeada de piel lívida. Bajó la cabeza e intentó ponerse el anillo. Era demasiado pequeño y tuvo que hacer un cierto esfuerzo.

—Necesito =. Murmuró algo que no parecía tener ninguna relación con ellos, con el aquí o el ahora.

—Ese kif —dijo Pyanfar, aprovechando lo reciente de su incomprensible emoción para soltar lo que pretendía decirle—...ese kif estaba en Punto de Encuentro, Tully. Sabía que vendrías a nosotros y que Dientes-de-oro te mandaría en un recipiente. Sabía que teníamos el camino bloqueado y no tengo ni idea de qué otras cosas puede saber. ¿Quieres hablarnos de ello, Tully? ¿De quién es el anillo?

Sus ojos azules ardían.

—Alguien —dijo—. Ser alguien quedar en *Ijir*.

Pyanfar dejó escapar el aliento y contempló los sorprendidos rostros hani que tenía delante.

—Así que Dientes-de-oro no quería correr muchos riesgos con su apuesta, ¿eh? Tú acudes a nosotros y tus compañeros van a otro sitio. ¿Dónde?

—Kif tienen. Kif tienen =. *Ijir*.

—Entonces, maldita sea, los kif saben mucho más de lo que nos has contado. ¿Qué saben, Tully? ¿En qué anda metida tu... humanidad?

—Piden ayuda.

—¿Cuánta ayuda? Tully, ¿qué estás haciendo aquí?

—Kif. Kif.

—¿Qué está pasando? —le preguntó Khym a su izquierda—. ¿Qué está hablando de los kif?

—Luego —dijo ella y oyó el ruido del aire expelido bruscamente por las fosas nasales de Khym—. Tully, cuéntame lo que hay en ese papel. ¿Me has oído?

Cuéntamelo.

—Tienes ir Maing Tol.

—Tully, ¿significa algo para ti la gratitud? He salvado tu sucio pellejo, lo he salvado más veces de lo que habría debido.

Tully se apoyó en el respaldo de su asiento y sus ojos se clavaron en ella con la expresión trágica que Pyanfar tanto odiaba.

—Te necesito —dijo en hani, emitiendo un extraño sonido medio mutilado que confundió al traductor y le hizo soltar un chorro de estática—. Amigo, Pyanfar.

—Yo se lo preguntaré —gruñó Khym.

—No —dijo ella secamente, sintiendo que en su estómago brotaba un chorro de bilis ácida, aterrada sólo con pensar en lo que podía ocurrir si lo consentía. Pyanfar golpeó la mesa con el puño haciendo tintinear los platos. Tully dio un respingo y Pyanfar le miró fijamente—. Tully, debes contármelo, ¡maldito seas! Debes explicarme qué son esos papeles.

—Pido hani vengan luchar nave llevar humano.

—Explícate mejor.

—Quiero hacer comercio hani-mahe.

—¿Es verdad eso?

—Verdad.

Sus ojos estaban suplicándole que creyera en sus palabras, pero eso no aliviaba en nada la acidez de su estómago. Mal, decía esa sensación. Mal, mal, mal. Si sólo se hubiera tratado de problemas con los kif, los mahe podían haberse dirigido sin intermediarios al *han*. El comercio era el señuelo, y algo se ocultaba entre la espesura.

Pyanfar movió levemente la cabeza para mirar a Haral. Haral, con su nariz curtida y su eterna sabiduría. Haral tenía las orejas un poco inclinadas hacia atrás y su bigote colgaba lacio como si hubiera estado oliendo algo.

Pero no sacaría nada provechoso presionando a Tully. Confianza. Aún les quedaba un poco. En el pasado consiguió engañar durante meses a los kif, hacer que sus interrogadores dieran vueltas y vueltas, pese a la tortura y a la muerte de sus compañeros. Tully había aguantado y, aún más, había logrado escapar de una nave kif. Eso no podía haberlo conseguido ningún idiota y, desde juego, no alguien a quien fuera fácil presionar.

—A la tobera —dijo Pyanfar pensando en lo que debía hacer luego—. Iros.

—Bien —Haral se puso en pie empujando suavemente el hombro de Chur. Hilfy y Geran se apartaron y Tully se puso en pie.

—Limpiad esto —dijo Pyanfar—. Tully acabas de convertirte en el tripulante más joven de la nave. Ayuda a Hilfy. Khym, ve al puente. Ayuda a quien te necesite.

—Quiero hablar contigo —dijo Khym sin moverse.

—No hay tiempo para hablar —Pyanfar volvió la cabeza y opuso al ceño fruncido de Khym el suyo propio, en tanto que él seguía sentado en el banco, impidiéndole salir—. Mira, Khym, tenemos una avería parcial en una tobera y puede que al final alguien acabe teniendo que salir para arreglarla. ¿Tienes algún problema más importante que ése?

Las orejas de Khym se abatieron lentamente hacia su cráneo.

—Sal —le dijo ella.

—Podríamos ir a Kura, ¿no?

—No, no podemos. Es imposible cambiar de rumbo en esta parte de Urtur. Estamos metidas en el polvo; tenemos una tobera que no funciona. El último cambio de rumbo estuvo a punto de matarnos, ¡maldita sea!, ¿lo entiendes? No tengo tiempo para discutir sobre ello —le dio un empujón y Khym se apartó. Pyanfar se puso en pie y se volvió a mirarle, abarcando también con su mirada a Tully e Hilfy, que estaban recogiendo platos a toda velocidad. Pero Khym no se movía, como una montaña vagamente ofendida por algo. Pyanfar hizo acopio de paciencia, le cogió del brazo y le llevó hasta la relativa intimidad del pasillo que conducía al puente—. Mira, Khym, tenemos problemas.

—Había conseguido averiguarlo, gracias —dijo él.

—Kshshti es sitio mahen —le explicó ella—, pero no es muy firme. Si los kif tienen bajo vigilancia a Kita, es probable que tengan también alguien en Kshshti. Pero allí encontraremos ayuda o los mahendo'sat no nos habrían dado esa dirección a seguir.

—¿Confías en lo que dicen?

Pyanfar miró más allá de Khym, y vio a un humano muy pálido que quitaba platos de la mesa e iba cerrando puertas de armarios.

—No lo sé —contestó ella—. Vete.

—No estás confiando en mí, Py.

Pyanfar le miró con ojos que parecían arder.

—Propiedad de Chanur —dijo él—. Se me olvida a veces.

—¿Qué quieres, Khym? Te diré lo que quiero yo: quiero ver arreglada esa maldita tobera. Quiero que salgamos de aquí. ¿Estás ayudando a ello?

Khym dejó escapar un largo, muy largo suspiro y miró por encima del hombro hacia donde estaba Tully.

—¿Tu animalito preferido?

—Cállate. Ni una palabra más.

Sus orejas, que se habían erguido un poco, volvieron a caer.

—De acuerdo, no tendría que haber dicho esto. Pero, Py, ¡por todos los dioses! ¿En qué te has metido? No puedes hacer tratos fuera del *han*. Te arrancarán la piel. Esa nave de Ehrran...

—¿Te diste cuenta, eh?

—¡Dioses, Py!

—Baja la voz.

Khym tosió y contuvo el aliento durante unos segundos.

—Es propiedad de Chanur, claro.

—¿Esperabas algo distinto? —Pyanfar le estaba aguijoneando con fuerza pero era necesario para penetrar en la piel de un macho, cuando tenía esa expresión en los ojos —. ¿Tienen razón?

—¿Quiénes?

—Los stsho de ese bar.

Sus fosas nasales se dilataron, se cerraron y volvieron a dilatarse en tanto que la piel palidecía a su alrededor.

—No veo la relación que tiene eso con el problema actual.

—Hilfy sigue en la cocina. ¿Le oíste preguntar o discutir algo?

Khym miró por encima de su espalda y vio a Hilfy cerrando los pestillos de los compartimentos. Daba un golpe detrás de otro, mientras Tully plegaba la mesa. Se volvió nuevamente hacia ella y ahora sus orejas estaban gachas.

—Ayuda a Tirun —le dijo ella.

—Te hice una pregunta.

—No. Lo que hiciste fue discutir y, ¡por los dioses!, que eso es algo muy diferente. Si quieres tener los derechos de Haral, ¡maldita sea!, tendrás que ganártelos.

Khym pasó junto a ella casi rozándola y se alejó en dirección al puente. Cuando apenas había dado media docena de pasos, se detuvo y se volvió hacia ella, para alivio e inquietud de Pyanfar. Al menos no se había ido corriendo a su camarote y, ¡por los dioses!, no habría más discusiones, a juzgar por su expresión.

Khym permanecía inmóvil, en una actitud deliberadamente fría y protocolaria.

—Ayuda a Tirun y a Haral —le dijo ella—. Ninguna de nosotras tiene ganas de morir y hay que arreglar esa tobera.

Ese era el camino, esa era la palabra. Muerte. Tenía que darle con esa palabra entre las orejas, aunque el estómago se le convirtiera en un torbellino.

—Perfecto —dijo él, haciéndole una leve reverencia. Luego se dio la vuelta y se marchó. Las luces del puente que tenía ante él, le convirtieron en una sombra inmensa.

Pyanfar giró en redondo, volvió a la cocina y se encaró con Tully e Hilfy, que estaban muy quietos y silenciosos.

—Fuera —le dijo a Hilfy y ésta salió a toda prisa, dejando un eco de pisadas que corrían hacia el puente.

Tully estaba atrapado entre ella y los armarios, reclinado en ellos, con los codos

sobre el mostrador que tenía a la espalda.

—De acuerdo —dijo ella—. Quiero la verdad, Tully.

—Maing Tol.

—Te doy miedo, ¿eh? Maing Tol, Maing Tol. Escúchame bien y no te hagas el imbécil. Me has comprendido perfectamente, ¡maldito seas! Querías hablar y no me dejabas ni un momento de respiro para que habláramos. Pues habla. Y no pares.

Quizás el traductor no hubiera sido capaz de arreglárselas con eso último, a juzgar por su expresión.

—Habla, Tully. Si quieres que seamos amigos, será mejor que juegues limpio conmigo. ¡Por todos los dioses!

—Yo siento —dijo él y se dejó caer sobre el banco de la mesa como si sus piernas fueran incapaces de seguir aguantándole.

—La verdad —Pyanfar se le acercó un poco más, mientras él seguía callado, apoyó las manos sobre la mesa y le contempló fijamente—. Y ahora, ¿me has oído?

Tully pareció encogerse. Olía a miedo y al sudor de los humanos, igual que cuando la había abrazado, cuando su corazón había latido tan fuerte que Pyanfar podía sentirlo en su piel como martillazos, Pyanfar extendió la mano, implacable, y le aferró el brazo con todas las garras fuera.

—Estás poniendo en peligro a mi tripulación, Tully. Estás poniendo en peligro a Chanur. No me mientas, ¡por los dioses! ¿De dónde has venido?

—Amigo —dijo él.

—¿Quieres que te sacuda hasta que te tiemble el cerebro?

Tully tragó aire y lo expelió varias veces en rápida sucesión.

—Maing Tol. Ir Maing Tol.

Pyanfar le contempló, clavando los ojos durante un tiempo muy largo en ese rostro que ahora estaba al alcance de su mano.

—Has venido a buscarme. Me necesitas. ¿Para qué me necesitas? Habla, Tully, habla ahora. ¿Qué necesitas? ¿A la número uno de las idiotas? ¿Dónde has estado, Tully?

—Espacio humano. Quiero venir. Quiero, Pyanfar.

—Así que acudes a los mahendo'sat.

—Mahe venir espacio humano.

—¿Dientes-de-oro?

—Nombre Ino, *Ijir*.

Pyanfar dejó escapar el aire que había estado conteniendo en un largo suspiro.

—¡Bastardo tramposo! —se refería a Dientes-de-oro, al comercio mahen y a una mentira increíblemente grande.

—Dije otra vez —sus ojos azules la contemplaban llenos de preocupación.

Pyanfar quitó la mano de su brazo y le dio un golpecito muy suave en la cara, con

las garras dentro.

—Sigue hablando. Más. ¿Cómo se metió esa tal *Ijir* en el asunto, eh? ¿Estaba comerciando en el espacio humano?

—Nave humana —Tully empezó a trazar diagramas sobre la mesa—. Humana. Kif. Mahe. No bueno ir tanto... kif. Tres naves humanas. Idas, no ver, no volver casa. Intentar ir stsho. Mahe ir venir —comenzó a trazar líneas de rutas comerciales, de mercaderes mahen entrando en el espacio humano—. *Ijir* viene. Dice quiere traer humano hablar mahe. Quiero ir yo. Yo, Tully —su boca se retorció en una extraña mueca—. Yo pequeño, Pyanfar. Humanos mucho enfadados. Pero enviarme de todos modos. Yo pequeño. Mahe creen yo grande. Quieren tomar. Humanos creen que yo hacer problemas. Calla, Tully. ¿Qué sabes tú? —otra intersección de líneas al salir la *Ijir* del espacio humano con rumbo al Pacto—. Dientes-de-oro venir. Mucho hablar, Ino, Dientes-de-oro. Dientes-de-oro quiere hablar conmigo, no hablar con otros humanos, otros humanos mucho enfadados —tragó aire y alzó los ojos hacia ella para ver si había entendido algo de sus balbuceos, con una expresión dolorida en el rostro.

—Política y protocolo —dijo ella—. Así que ahí es igual, ¿eh?

Tully parpadeó, confundido.

—Sigue.

—Dientes-de-oro quiere hablar conmigo. Quiere yo ir nave Dientes-de-oro. Yo digo ir encontrarte, tú amiga, buena amiga. No conozco Dientes-de-oro. Quiere ayuda. Quiere tú hablar con esos mahe.

—¡Bastardo!

Otro parpadeo, unos ojos azules como el cielo que la miraban sin entender.

—Bien —murmuró ella—, así que los mahe te querían, ¿eh? Y prepararon una cita. Te querían sólo a ti, alguien con quien pudieran hablar. Alguien que estuviera dispuesto a hablar, ¿en? ¿Qué hay del documento? ¿Qué contiene? ¿Por qué Maing Tol?

—Yo espacial —la boca de Tully temblaba del modo en que solía hacerlo cuando estaba inquieto—. Yo nunca dije yo =, Pyanfar.

—¿Qué hay del documento, Tully? ¿De quién es? ¿Qué contiene?

—*Ijir* encontrar Dientes-de-oro, él decir que hacer papel... mismo papel tiene humano en *Ijir*.

—Te refieres a una copia.

La cabeza de Tully se movió arriba y abajo en una vehemente afirmación.

—Mismo. Sí. Dice me lleva a encontrarte, tiene que hablar stsho, tiene que llegar papel a Maing Tol, ayudar humano —alzó la mano en que llevaba el anillo—. Kif coger ellos. Kif coger *Ijir*, tener mismo papel que tú tienes.

—¿Cuánto hace de eso?

Tully meneó la cabeza.

—No lo sé —ahora parecía desesperado—. Yo pido venir hani, pido, pido mucho tiempo. ¿Dientes-de-oro amigo? ¿Él amigo, Pyanfar?

—Buena pregunta —dijo ella, consiguiendo sorprenderle una vez más. Tendió la mano y le dio un golpecito en el hombro, pinchándole muy suavemente con la punta de una garra—. A salvo, ¿entiendes? Ahora, dime, ¿por qué Maing Tol? ¿Y por qué yo?

Tully se estremeció visiblemente y alargó la mano por encima de la mesa para coger entre sus dedos la mano que Pyanfar ya estaba retirando, sin hacer caso del ligero movimiento reflejo de sus garras.

—Gran problema. Muchas naves humanas, muchas ir pronto Maing Tol.

—¿Cruzando el espacio kif? ¡Ahí fuera hay knnn! ¿Cuántas naves... eh... cuántas naves humanas quieres decir con eso? ¿Tres? ¿Más aún?

—Papel dice... hacemos parar kif vengan espacio humano, cojan naves humanas. Pero Dientes-de-oro me dijo, me dijo ahora piensa quizá kif no cogieran naves humanas. Quizá knnn.

—¡Oh, bondad divina! —Pyanfar sintió que su corazón desfallecía. Si hubiera tenido un banco junto a ella se habría sentado. Como no pudo hacerlo, se quedó inmóvil, mirándole.

—Dientes-de-oro dice mensaje tiene que ir Maing Tol para hacer parar mahe, hacer parar kif, no ir pelea.

—¿Pelea? ¿Esa condenada humanidad tuya no sabe distinguir a los kif de los knnn?

—No.

—¡Bueno, por todos los dioses tú ya conoces a los knnn! ¿Acaso no se lo dijiste, acaso no les explicaste cuál era la diferencia?

—¿Quién yo? Ellos no escuchan. Calla, Tully. Yo pequeña persona, pequeña, no = = Pyanfar.

—¡Dioses y truenos!

—Pyanfar...

—¡Locos!

—¿Dientes-de-oro amigo? —le preguntó nuevamente—. ¿Yo hago bien?

Pyanfar le miró durante un tiempo interminable y Tully siguió pareciendo asustado. Asustado y separado de ella por un traductor que sólo funcionaba a medias y por todo un universo de ideas distintas a la suya.

—Dientes-de-oro es un mahendo'sat —le dijo ella con voz átona—. Y ahora tiene a todo un Personaje pisándole los talones. Fueron a buscarte porque deseaban el comercio, amigo. Estoy dispuesta a jugarme el dinero en ello. Y esas naves humanas no tenían forma de pasar. La *Ijir* no es ninguna nave mercante común, desde luego. Querían llevarte a una cita y descubrir lo que prepara la humanidad. Ese era el juego.

Pero descubrieron demasiadas cosas, ¡maldita sea!, y ahora Dientes-de-oro está asustado. Asustado, ¿me entiendes? Los mahe saben manejar a los kif, pero si los knnn meten sus pequeños pies negros en todo esto... ¡oh, Tully, por los dioses... malditos locos!

—Tienen muchas naves que venir... muchas, Pyanfar. Van a luchar kif, van a detener knnn.

—¡Nadie lucha con los knnn! ¡Dioses y truenos, no se combate con una criatura a la que ni tan siquiera puedes hablarle!

Sus ojos desorbitados la contemplaron con inquietud.

—¿Dónde está Dientes-de-oro, Tully? ¿Lo sabes?

Tully agitó la cabeza sin entenderla.

—Bueno... —Pyanfar se apartó de la mesa sintiendo que las rodillas se le habían vuelto de gelatina. ¡Y esos ojos azules que seguían contemplándola con la expresión de un animal perdido...!

No vayas al *han*, había dicho Dientes-de-oro, y el aliado stsho de Dientes-de-oro le había advertido que tuviera cuidado con él.

¡Y con la *Vigilancia* en ese mismo puerto!

La asaltó una serie de vagas sospechas que parecían girar en círculos sin objeto. Quizá la nave del *han* se hubiera enterado de que los papeles de Chanur habían sido concedidos por fin, quizá supiera que dinero mahen había pasado a manos de los stsho. Y quizá la presencia de esa nave y la de Dientes-de-oro guardara una relación que Dientes-de-oro se negaba a revelar. Podían ser consultas. Con un stsho como Stle stles stlen, con sus pies resbaladizos metidos hasta el fondo en todo el embrollo.

Y traiciones cometidas en interés propio, y no sólo en el terreno financiero.

Los knnn. ¡Dioses! Los stsho eran los peores xenófobos del universo y los knnn eran la razón perfecta para esa xenofobia. Porque vivían justo al lado... vivían, viajaban o lo que hicieran los knnn con esas naves suyas.

Quizás algunas hani hubieran empezado a ponerse nerviosas y a murmurar, sabiendo que los stsho hacían veladas alusiones a cómo los mahendo'sat permitieron que la especie hani accediera al vuelo espacial para utilizarla como contrapeso a los kif.

Quizá gran parte de lo que sabían los stsho provenía de los respiradores de metano, probablemente de los tc'a. Pero, ¿acaso unas serpientes sin miembros habían sido capaces de crear su propia tecnología?

¿O lo habían hecho los chi, que quizá fueran parásitos, esclavos o animales domésticos de los tc'a? No era probable.

Dientes-de-oro tenía buenas razones para haber salido corriendo y tener miedo. Y, siendo mahe, había obrado de un p modo muy mahen: había ido en busca de los contactos que ya conocía. Lo mismo que había hecho la especie mahen como un

colectivo: traed a Tully, id a buscarle. Dientes-de-oro tenía problemas y había buscado a Pyanfar, no al *han* ni a Ehrran. ¡Por los dioses!, el *han* conocía a los mahendo'sat. Por eso existía una ley prohibiendo servir a otras especies mediante contratos. Los mahendo'sat acudieron al Personaje en busca de la Cantidad Conocida. Invocaron a los poderes existentes en un momento dado y luego los hicieron pedazos. Manejaron las reglas hani hasta hacerles un buen nudo y derribaron más de un poder encumbrado, ignorándolo durante una crisis.

Aquí tienes un crédito ilimitado, amiga. Dinos todo lo que sabes, igual que habían hecho con los humanos.

Buscad a Tully.

Y, ¡dioses!, habían logrado sacárselo todo, algo en lo cual incluso los kif habían fracasado.

(¿Yo hago bien?, le había preguntado Tully con esos ojos que parecían dos flores azules.)

La tenían cogida por la barba, eso estaba claro. La tenían cogida a ella y puede que también tuvieran cogido al mismísimo Stle stles stlen.

Hasta que la humanidad lanzara sus naves al interior del Pacto y los knnn decidieran protestar.

—¿Problemas? —le preguntó Tully.

Pyanfar enderezó las orejas y se volvió hacia él con su expresión más confiada.

—Lo arreglaremos. Y ahora vuelve a tu camarote, ¿de acuerdo?

—Yo espacial. Yo trabajar —se dio un golpecito en el bolsillo—. Tengo documento, Py-an-far.

Y lo tenía, eso era cierto. Era ciudadano del Pacto y tenía licencia para viajar como tripulante. Otra maniobra mahen. No podía manejar los controles, pues le habría hecho falla un punzón para los botones y no sabía leer el hani.

Así que le habían metido en el nivel inferior y le habían hecho andar a empujones de un lado para otro. Tully debía esperar algo mejor de ella, ¡por todos los dioses!

—*Na* Khym está a bordo —dijo ella, sintiendo que se ruborizaba hasta las orejas—. Es un *macho*, Tully.

—Amigo.

El rubor de Pyanfar aumentó.

—Estupendo, mientras no os encontréis en el mismo cuarto. Ve adonde quieras, pero no te cruces en su camino. Los machos son diferentes. No discutas con él y si puedes evitarlo no le hables. Límitate a tener la cabeza gacha y ¡por todos los dioses!, no le toques a él, ni a nosotras.

En el rostro de Tully se leía la confusión más absoluta.

—¿Me has entendido?

—Sí —dijo él.

—De acuerdo —le dijo que se fuera y vio cómo se encaminaba hacia el puente.

Esperó a que se produjera una explosión. Se dio cuenta de ello al ver que tenía las garras fuera, y con un esfuerzo de voluntad volvió a guardarlas. El murmullo del polvo, agudizado por su velocidad, le recordaba que estaban en movimiento y que la *Orgullo* avanzaba hacia un salto ineludible.

No tenían ninguna otra salida.

Las luces del puente seguían encendidas mientras la mitad de la tripulación dormitaba donde podía. Bajaban a sus camarotes para descansar por turnos y volvían al puesto número dos, ahora repleto de papeles. El polvo silbaba y algún fragmento mayor, golpeaba el casco, de vez en cuando, («Cuando todo esto haya terminado reluciremos tanto como una cuchara nueva», había dicho un poco antes Hilfy; y Tirun le había replicado. «Estaremos tan cubiertas de cráteres como Gaohn», lo cual aún no había ocurrido). El polvo chirriaba cada vez más, a medida que aumentaba el diferencial de velocidades. De vez en cuando, los sensores de partículas y los sistemas automáticos de la *Orgullo* ponían en funcionamiento los propulsores secundarios, produciendo pequeñas inestabilidades en la gravedad que les hacían tambalearse si estaban recorriendo un pasillo. Otras veces el sensor de la *Orgullo* las avisaba de algún objeto muy grande y la nave se encargaba de cambiar el rumbo.

Pero las hani tenían trabajo. Y el humano también. Una sección del ordenador estaba encendida, indicando que Tully trabajaba en él haciendo todo lo que podía, luchando con los problemas lingüísticos desde su terminal en el camarote. Estaba cazando palabras y equivalencias, debatiéndose para que el traductor tuviera cada vez menos agujeros y vacilaciones. Aprendía hani, y llevaba muchas horas haciéndolo.

Y Khym que emergía del pasillo, tembloroso y con los ojos enrojecidos, de regreso de sus tareas en la bodega, teóricamente provista de calefacción.

—He terminado con los suministros —dijo, contemplando con expresión preocupada los tableros de control que era incapaz de entender y las espaldas de la tripulación enfrascada en sus misiones.

—Entonces vete a la cama —le dijo Pyanfar—, y toma un baño caliente. Ya has hecho cuanto podías.

—Seguimos estando en apuros, ¿verdad?

—Estamos trabajando en ello. Anda, ve a dormir. Después te necesitaremos. Intenta reposar un poco.

Y Khym se fue, en silencio, volviéndose por última vez para lanzarle una mirada de preocupación.

Pyanfar suspiró. Oyó otros suspiros entre la tripulación. Se frotó los ojos doloridos y sintió una punzada de vergüenza.

—¿Lo habrá dejado todo bien asegurado? —preguntó Tirun.

—De lo contrario, se acordará de esto —pero Pyanfar recordó entonces sus costumbres en la cocina. Los platos que se dejaba, la vez en que olvidó correr el pasador de un armario. Fue hacia los controles y programó una comprobación. Todas las puertas daban la señal de cerrado, pero en sus entrañas seguía notando el lento roer del pánico.

Los números iban apareciendo con sus frías informaciones en las pantallas. Todo seguía igual, no importaba lo que intentaran. Se estaba adentrando cada vez más en el polvo y en el pozo de gravedad y los datos de la estación mostraban a cuatro kif en el muelle, otro que había salido con rumbo hacia el exterior del sistema, dos cargueros mahen y seis procesadores de mineral tc'a.

Unas perspectivas bastante malas.

—¡Maldición! —era Haral.

Otra teoría que había fracasado.

—Tómame un descanso —murmuró, volviendo al puente por tercera vez. Encontró a Tirun, que aún formaba parte del grupo de tres cabezas que rodeaban la consola. Hilfy había cambiado de puesto con Chur y Haral, después de su turno y había vuelto con Geran; en tanto Pyanfar había soportado dos turnos seguidos sin descansar—. ¡Maldita sea!, Tirun, ¿no te he dicho que te vayas?

—Lo siento, capitana —Tirun tenía la voz algo ronca y no apartaba la mirada de los papeles y del punzón que iba desplazando sobre ellos—. Se me ha ocurrido otra idea.

Pyanfar se acercó al borde de la consola y tuvo que agarrarse a él para no perder el equilibrio, al corregir una vez más su rumbo la *Orgullo*. Pyanfar se mordisqueó los bigotes y esperó, frotándose los ojos. El punzón seguía arañando el papel.

—Ahí está YR89 —dijo Haral, señalando con la mano—. Si fuera a...

—¡Bah! —un gruñido gutural de irritación y Haral apartó la mano al acercarse Tirun a la hoja de papel. El punzón se movió con mayor rapidez, arañando y trazando cálculos.

Otro silencio. El chirrido del polvo sobre el casco se hizo más agudo y la *Orgullo* corrigió su rumbo. Se oyó un golpe bastante fuerte.

—¡Maldición! —era Hilfy, con las orejas gachas y el rostro algo avergonzado. Pegó nuevamente el mentón a su brazo, que reposaba sobre la consola, e intentó fingir que no había dicho nada.

Tirun metió una tira de papel en el lector automático y la ranura lo aceptó. Las luces se encendieron y apagaron como si todo estuviera bien, pero los hombros de Tirun se abatieron bruscamente.

—¿Queda algo por probar? —le preguntó Pyanfar.

—Nada —dijo Haral en voz baja.

—Es como un fantasma, igual de escurridizo —dijo Tirun, con la voz a punto de quebrarse y las orejas flácidas—. No consigo dar con ello.

—¿Es producto de la tensión?

—Eso creo. Siempre entra en lo posible que la unidad original estuviera en mal estado. Recuerda ese fallo en Kirdu.

Pyanfar lanzó un breve resoplido y miró a Tirun, leyendo en su rostro la eterna y algo agraviada desconfianza ante un sistema que no había sido comprobado tal y como ella quería.

—Seguiremos teniendo el sistema de apoyo —dijo.

—En Kshshti vamos a quedarnos con nada. Apenas tendremos suficiente para frenar, con suerte.

Pyanfar pensó en ello, recorriendo con la mente todo el sistema de toberas.

—Volvamos al regulador —dijo.

—¿Quieres reemplazar la unidad Y?

Sería un largo trayecto de subida por la columna de la tobera, con la *Orgullo* retorciéndose y protestando en plena operación. Un trabajo prolongado que debía hacerse en solitario, encontrando el circuito perdido entre las conexiones, donde el sistema había dejado de funcionar. Desde dentro, porque el diluvio de partículas acabaría con cualquier traje.

—No. Quiero que todas veamos Kshshti, gracias —aspiró una gran bocanada de aire—. Tendremos que esperar hasta que lleguemos allí para efectuar la reparación, eso es todo.

—Hubo un fruncimiento de ceños y un hundimiento general de orejas.

—Bien, ¿qué otra cosa podemos hacer?

—Yo probaría la columna —dijo Hilfy.

—Niña, nadie dura mucho trabajando de héroe —Pyanfar se volvió hacia Haral—. Seguiremos como hasta ahora.

—Si tenemos un problema con... —dijo Hilfy.

—¡Maldita sea! Si pensara que puede salir bien, metería a Chur por esa columna. Al menos ella conoce el sistema.

Las orejas de Hilfy se abatieron un poco más y sus hombros se encorvaron.

—Si alguien se mata ahí dentro —murmuró Tirun—, tendríamos un trabajo horrible para sacarle. Podrías conseguir que todo el sistema se asara contigo. La capitana tiene razón.

—Desde luego, eso descarta la opción de Kura —dijo Haral.

—Ya —dijo Pyanfar—. Aunque eso no era una opción.

—Queda Urtur.

—Queda Urtur, sí —Pyanfar dejó escapar un lento suspiro y pensó en ello tal y como lo había estado haciendo durante las últimas diez horas. Quedarse varios días

en Urtur, con cinco kif, dos cargueros mahendo'sat y seis tc'a que, muy probablemente, podían hacer cualquier cosa. Claro que también podían quedarse sentados sin hacer nada mientras los kif las volaban en pedazos o abordaban la nave—. Los mahendo'sat nos quieren en Kshshti —dijo—. Al menos, eso quiere Dientes-de-oro. ¿Le habéis echado un vistazo a esa imagen de la pantalla? ¿Queréis apostar algo a que Sikkukkut ha dado ya el aviso?

—Los kif tienen los dados —dijo Haral—, así que nada de apuestas. ¿Tully ha sido capaz de contar algo para que sepamos lo que ocurre?

Pyanfar se apoyó en el compartimiento que tenía detrás y se volvió hacia Haral.

—Grande, algo realmente grande. ¿Queréis oírlo todo? Los mahendo'sat intentaron meter a la humanidad por la puerta trasera. Los humanos perdieron unas cuantas naves. Creo que esa tal *Ijir* es una nave de caza. Se internó en su territorio y trajo a Tully, la típica audacia mahen. Querían saber lo que estaba pasando y querían tener a Tully en sus manos. Hablaría. Confiaba en ellos. Les diría todo y respondería a cualquiera de sus preguntas.

—¡Oh!, ¡bondad divina! —murmuró Hilfy.

—No acaba ahí, sobrina. La humanidad deseaba enviar ante los mahendo'sat a sus auténticas autoridades, supongo que porque tienen problemas. Los mahendo'sat querían a Tully porque también tenían problemas. Aquí las cosas se complican. Creo que todo el asunto ha afectado en cierto modo a los knnn —nadie se movió y las pupilas se les dilataron hasta convertir los ojos de todas ellas en círculos ambarinos casi invisibles—. Creo —dijo Pyanfar en voz baja y paciente— que los humanos no consiguieron cumplir con sus promesas comerciales, que los mahendo'sat investigaron y enviaron una nave. Por su parte los humanos echaron la culpa a los kif y Tully no ocupa una posición lo bastante alta dentro de la humanidad como para que le hayan contado gran cosa al respecto. No puede saber nada respecto a los knnn, de forma que los mahendo'sat consiguieron a Tully y fijaron una cita con Dientes-de-oro, supongo que en algún punto más allá de Tvk. Querían preguntarle cosas. ¡Sólo los dioses pueden saberlo! Tully dijo que la delegación se sintió ofendida al descubrir que Dientes-de-oro no quería hablar con ellos. Sólo deseaba hablar con Tully. Y Dientes-de-oro se lo llevó a bordo. La *Ijir* salió con destino a Maing Tol. Dientes-de-oro se fue con rumbo desconocido y, mientras tanto, nuestros documentos fueron milagrosamente cumplimentados, cuando los stsho llevaban meses dándonos largas, y tanto Dientes-de-oro como nosotras acabamos en Punto de Encuentro.

—Igual que el *han* —dijo Hilfy, y Pyanfar la miró parpadeando lentamente. Se le había ocurrido la misma idea, como si algo hubiera trazado una línea conectando dos puntos en el interior de su cabeza.

—Stle stles stlen...

—¿El maestro de la estación? —preguntó Haral, con voz ronca y fatigada pero

con las orejas muy erguidas.

—Bien podría ser. El *han* pidió una entrevista para hablar y nuestros papeles fueron pagados por un bando u otro. Alguien quería vernos metidas en esto y tengo la sensación de que eran los mahendo'sat, quizá Dientes-de-oro en persona.

Somos su Cantidad Conocida, pero también lo es *Stle stles stlen*, al menos en teoría. En estos momentos no apostaría por ninguna de las opciones presentes. Alguien puso las cosas en movimiento y sólo los dioses pueden saber si los *stsho* aceptaron nuestro dinero para arreglar esos documentos, pero quizá lo que hicieron fue aceptar el dinero de todos los bandos, ¿quién puede saberlo?

—Una situación francamente asquerosa —murmuró Haral.

—Será dos veces peor si Ehrran anda metida en ella —dijo Tirun.

—¿Hacia dónde fue Dientes-de-oro? —preguntó Hilfy.

—Ya se lo pregunté a Tully y no lo sabe. Eso dice. Es probable que lo ignore.

—Llegó hasta aquí —dijo Haral—. ¿Vía Kura? ¿O Kita? Quizá viniera por Kshshti.

—Creemos que llegó hasta aquí —dijo Tirun, con la voz a punto de quebrarse—. No pienso jugarme el dinero por nada en lo que esté envuelto Tully.

—Un cebo —dijo Pyanfar—. Esos malditos *mahe* son tan resbaladizos como los *kif*. No, en estos momentos sería incapaz de jurar que ese mensaje no fuera mandado antes de que él llegara a Punto de Encuentro. Quizá lo mandara algún otro agente. Las señales de alarma habrán estado sonando desde Punto de Encuentro a Urtur pasando por Kshshti y quizá creamos estar en la avanzadilla cuando en realidad no sea así.

—Y ese *knnn* en Punto de Encuentro —dijo Tirun—. No debemos olvidar eso.

—No podemos hacer nada al respecto. Lo único que podemos hacer es salir de aquí.

—Y mantenernos enteras —musitó Haral—. Kshshti es un salto muy largo.

—Podemos hacerlo, aunque esa tobera acabe de averiarse. Puede que la distancia acabe con ella, pero eso nos ayudará también. Saldremos del salto con un margen de velocidad considerable. Por lo menos, podremos frenar y, en el mejor de los casos, la avería quizá no esté en la unidad Y. Es posible que la tobera aguante todo el trayecto.

—Puede que sí y puede que no —dijo Tirun—, siempre que se trate de eso. Cuando esos sistemas empiezan a comportarse de un modo raro, nunca puedes saber si puedes contar con ellos o no. Nunca. Podría aguantar hasta Kshshti y luego podría hacerse pedazos en Maing Tol cuando aumentáramos la velocidad.

—Quiero que os encarguéis de eso. Toda la tobera debe ser controlada mediante un sistema de refuerzo por el tablero del puente, en caso de que tengamos problemas con otra unidad. Vamos a revisar y limpiar todos los sistemas primarios. ¿Puede hacerse en cuatro horas?

—Puede hacerse —dijo Tirun.

—No me refiero a ti. Quiero que duermas un poco.

—Yo me encargaré —dijo Haral.

—¿Vamos a correr el riesgo de que esa unidad Y sufra un triple exceso? —preguntó Tirun—. Quizá sufriera daños cuando falló el regulador y, si algo anda mal ahí dentro, todas las conexiones se harán pedamos.

Pyanfar pensó en ello e incluso llegó a pensar en la posibilidad de prescindir de ese sistema de refuerzo, lo que demostraba cuan desesperada empezaba a sentirse.

—No —acabó diciendo—. Correré el riesgo con la número dos. Con lo que tenemos a bordo, no podemos correr el riesgo de semejante jugada. Al menos nos llevará hasta allí con algo de potencia en reserva. No me atrevo a intentar otra cosa.

—¿Y qué tenemos a bordo? —le preguntó Tirun.

—Un mensaje de la humanidad con destino a Maing Tol y a Iji. Un traductor. Un mensaje de Dientes-de-oro a su Personaje del cual sólo los dioses tienen idea de su contenido. Lo más probable es que sea sobre los knnn —Pyanfar tragó aire y pensó en los riesgos que corría el *han* con ello. Alianzas y contraalianzas. Todos los sistemas a la número dos y saltaremos a Kshshti siguiendo el horario planeado. Decidle a Chur y Geran lo que tenemos entre manos cuando vengan.

—¿Se lo decimos a los machos?

—¡Dioses!, no les preocupéis más de lo que ya están. Decidles que lo hemos arreglado todo.

—¿Y... —preguntó Hilfy en un murmullo casi inaudible—... qué será de Tully si nos quedamos sin energía en Kshshti? Nos quedaremos paralizadas en el muelle. Quizá los kif...

—Lo que vamos a intentar, chiquilla, es llegar hasta Kshshti y entonces, pase lo que pase, le pondremos en manos de los mahen, ¡por todos los dioses! Que ellos se preocupen por él, ¿me has entendido? Tienen dos naves de caza en su bando. Que se encarguen ellos —Pyanfar volvió a levantarse—. Descansad un poco todas.

—Bien —murmuró Tirun con la poca voz que le quedaba. Hilfy se había quedado contemplándola con la boca abierta.

—No podemos hacer otra cosa —le dijo Pyanfar—. No podemos. Vale demasiado para que le pongamos en peligro. Ese mensaje vale mucho, ¿entiendes? Podíamos haberlo intentado, eso ya es algo. Estamos listas, chiquilla, acabadas.

—Yo podría subir por esa columna y reemplazar la unidad —dijo Hilfy.

—Te equivocas. Sería Chur quien tendría que intentarlo, en todo caso. Es algo más pequeña que tú. Y no es lo bastante idiota como para probar.

En el puente reinó nuevamente el silencio, roto sólo por el murmullo del polvo.

Pyanfar se alejó del puente, tambaleándose levemente cuando ya estaba en el pasillo, al corregir la *Orgullo* nuevamente su rumbo.

De pronto se le ocurrió una idea que le hizo sentir un escalofrío en la espalda y se volvió en redondo, haciéndole un gesto a Haral.

—No quiero que la niña tenga ninguna ocasión de intentarlo. Siéntate encima de ella si es necesario. Si alguna se mete por esa columna, la echaré al espacio sin traje. ¿Me habéis oído bien?

—De acuerdo —dijo Haral.

Nadie la siguió. Probablemente estarían limpiando el puente de todos los papeles con los que había quedado inundado. El cansancio hacía que Pyanfar lo viera todo borroso. Sintió deseos de frotarse los ojos ferozmente, pero se contuvo porque estaba pasando ante el camarote de Khym.

Por unos instantes pensó entrar. No había estado con él desde... desde Hoas. Pero no era el momento, como no lo había sido tampoco entonces. Ese tipo de lujos habían quedado fuera de cuestión, al igual que había ocurrido durante sus visitas al hogar. Claro que le resultaría muy difícil dormir con el murmullo del polvo y los pequeños cambios de gravedad que tenían lugar casi constantemente en la nave. Quizás él estuviera durmiendo y si le despertaba tendría muchas preguntas que hacerle.

¿Lo arreglaste todo, Py?

Abrió la puerta de su camarote y se metió dentro, instalándose ante el escritorio para empezar metódicamente la tarea de limpiar su propio revoltijo de papeles y cálculos.

Rumbos. Cálculos hechos de todos los modos posibles, con la esperanza de conseguir un frenado que pudiera hacerles girar hacia Kura y el espacio hani, sin acabar con una avería que las dejara indefensas en Urtur, en mitad de los kif.

Ninguno era factible. Y si lo eran... si lo eran, luego tendrían que enfrentarse a los knnn.

Dientes-de-oro, bastardo mahen. Sí, sólo se había preocupado de su propia seguridad, eso estaba claro.

Por lo tanto, ella se limitaría a devolverle el paquete: Toma, mahe estúpido, llévalo tú. Buena suerte y corre todo lo que puedas.

Y Tully...

Apoyó la cabeza sobre las manos, ¡Dioses!, ¡dioses!, ¡dioses!

Y los knnn.

Y el seguro que había constituido antes la *Ijir*, fuera lo que fuera, con sus humanos a bordo, había fallado.

Ahora estaban en poder de los kif y que los dioses les ayudarán. Los kif se encargarían de hacerles pedazos, tanto a los humanos como a los mahe. Tully lo sabía porque había pasado largo tiempo en manos de los kif y había acudido a ellas, en busca de ayuda, porque las había oído reír una vez en los muelles de Punto de Encuentro.

¡Que los dioses maldijeran a Sikkukkut y a todos los regalos que vinieran de los kif!

Estaban fuera del asunto, eso era todo. No importaban los beneficios o pérdidas que aún pudieran sacarse de él, la *Orgullo* había llegado a su límite. Tendría que sentirse alegre por haber escapado de todo. Sólo una tobera rota. No podían dar más saltos con la *Orgullo*, así que tirarían los dados confiando en Kshshti. Y con eso estaría jugando con todas sus vidas, claro, y en Maing Tol los riesgos serían aún mayores ya que entonces quizá no tuvieran ni tan siquiera la potencia suficiente para frenar.

No se dura mucho trabajando de héroe, niña.

Entonces, ¿por qué le dolía verse obligada a ceder, a quedarse quieta y a permitir que otros se encargaran de lo que una hani había sido capaz de llevar a cabo?

¿O el problema era entregar a Tully en manos de los mahendo'sat?

—Todo asegurado —dijo Haral en su puesto de control, situado junto al de ella—. ¿Me encargo yo, capitana?

—Yo la llevaré esta vez —dijo Pyanfar, colocando su brazo sobre el soporte. Alzó la mirada. Todas estaban en sus puestos, y Khym en su asiento de observación.

—Arreglado —le habían dicho. Y su rostro había vuelto a iluminarse, confiando en ellas.

—Arreglado —le habían dicho a Tully, aunque fuera más difícil mentirle, ya que había viajado por el espacio con anterioridad. Y había tomado sus drogas hasta sumirse en el sueño, como no les quedaba más remedio que hacer a los de su especie.

—Fijación estelar positiva: Maing Tol —dijo Haral.

El polvo gemía sobre el casco en un canturreo incesante que ahora sonaba algo más débil.

—Vamos a meter un poco de polvo en Kshshti —dijo—, pero no hay forma de evitarlo.

Haral se volvió levemente para mirarla y en sus ojos no había expresión alguna.

—No hay forma de evitarlo —dijo.

Y se hizo el silencio, mientras el campo de salto empezaba a incrementar su potencia y los escudos quedaban en posición.

Esta vez iban a fiarse exclusivamente de su buena suerte.

Las luces parpadeaban avisando de una alarma urgente y la voz de Haral subió de tono:

—Capitana.

Era una voz quejosa, como si ella no hubiera oído también los timbres y no estuviera ya moviéndose. Quizás hubiera algo de bueno en ser humano y encontrarse sumido en el sueño de la droga, sin enterarse de nada.

—Ya lo tengo —tosió Pyanfar, sintiendo que su garganta se había convertido en una piedra reseca, durante el largo y lento fluir del tiempo que no habían registrado los instrumentos, dentro del espacio de salto— ¿Situación? —en ese lento fluir era fácil caer en el letargo. Dejar que una calma fatal invadiera la voluntad, convenciéndola de que nada podía hacerse, nada salvo ver lo que ocurría y dejar pasar todo un día de tiempo subjetivo antes de mover un dedo. El leve escozor que sentía en la punta de la nariz era entonces tan importante como todas sus vidas.

Pero la inteligencia sabía muy bien lo que la voluntad había olvidado. En su mente figuraba una secuencia de cosas que había esperado dos meses para hacer y esa secuencia tenía la máxima importancia. Su mano derecha se extendió hacia el control que había escogido hacía dos meses y aumentó el campo, mientras que aún les quedaba energía, mucho antes de que hubieran recibido la señal de la baliza. Sus ojos rebuscaron entre los instrumentos, líneas divergentes que debían encontrarse.

Los campos de Mahn, bañados de una claridad amarilla por el sol, los bosques, el claroscuro de luces y de sombras.

La enredadera que trepaba por el muro de la mansión Chanur, dividiéndose como un río que empezara en un tronco enorme y retorcido; ese tronco por el que habían trepado generaciones enteras de Chanur, de una rama a otra y luego a la siguiente.

—Estamos —el murmullo de Geran, confirmaba su destino—. Estamos dentro del alcance de salto.

Situación: imprescindible localizar vector.

—Estamos vivas —murmuró Hilfy como si eso la hubiera dejado totalmente atónita—. ¡Vamos a conseguirlo, vamos a conseguirlo!

Ahí estaba, la línea roja, exactamente en su sitio.

Pyanfar tosió intentando aclararse la garganta y parpadeó para alejar la neblina que estaba inundando sus ojos.

—Pues claro que lo conseguimos —dijo Geran—. ¿Acaso lo dudabas, niña?

Cuando una nave llegaba de los campos polvorientos de Urtur, debía seguir toda una serie de procedimientos de seguridad y los estaban pasando por alto. Estaban entrando en otro sistema, acompañadas por masas de polvo que poseían la velocidad de la luz. Parte de ese polvo escaparía al campo más reducido que estaban utilizando

para frenar y cruzaría todo el sistema de Kshshti como una tormenta de fuertes radiaciones.

—Un frenazo más —murmuró Pyanfar, como si le estuviera suplicando a la nave—. Aguanta —estaba pensando en una nave que había visto morir. Una nave que había perdido su tobera y que había dado un salto sin tener la más mínima oportunidad de frenar después.

Entonces sólo se podía hacer una cosa: que la tripulación abordara las cápsulas y mantuviera la esperanza.

Conectó el ciclo de frenado y sus ojos giraron sin control sintiendo cómo el campo iba aumentando su pulsación. ¡Venga, nave! ¡Venga, aguanta!

En el tablero se encendieron más luces que indicaban averías.

—Tiene que ser esa unidad Y —le musitó a Haral. O quizá no estuviera hablando con nadie en particular. De nuevo apareció la visión de aquella nave que agonizaba.

Ahora ninguna de sus tripulantes estaba viva. Aquellas a quien los mahendo'sat habían conseguido rescatar de su cápsula, salvándolas, habían muerto en Gaohn, luchando con los kif.

Movió el brazo y efectuó un tercer frenado, luego observó con fascinado cansancio cómo las líneas de las pantallas se arrastraban lentamente una hacia otra para acabar mezclándose como dos hebras de seda, una roja y otra azul, en el instante en que la *Orgullo* alcanzaba el punto indicado y la burbuja se desvanecía.

Estaba cayendo de nuevo, pero el gemido de las alarmas luchaba para devolverla a la vida.

—Seguimos algo por encima de lo adecuado —murmuró Haral—. Aproximadamente, unos veinte.

—Lo sé. Pero lo tenemos, podernos hacerlo con los sistemas principales —Pyanfar desconectó el impulsor de salto y colocó a la *Orgullo* en un movimiento giratorio a lo largo de un eje, eliminando la gravedad y conectando los sistemas principales, para que se encargaran de lo que el impulsor de salto no había podido terminar. Aún les quedaba un margen—. Los kif. ¿Hay kif? Allí atrás la cosa parecía bastante animada.

—La pantalla está limpia —la voz de Chur, era algo más firme—, Kshshti positivo. Tengo el faro. Espero recibir pronto el rumbo de entrada.

Los monitores empezaron a cambiar sus prioridades y en una pantalla parpadeó el cambio de curso, muy poco alejado de su rumbo actual. Pyanfar bajó un poco la proa e hizo un par de leves correcciones.

—Hemos tenido suerte —dijo Haral, refiriéndose al rumbo que les habían enviado.

—Ya —respondió, ella—. Ahí tienes tus prioridades —la gravedad conseguida mediante su rotación empezó a subir lentamente a medida que cambiaban de vector

—. Descubre lo que hemos perdido.

—Estoy en ello —dijo Tirun.

Hubo un largo silencio mientras el ordenador, manejado por Tirun, empezaba con sus diagnósticos.

—¿No aguantó? —la voz de Khym, era quejumbrosa y algo fatigada—, ¿Hemos vuelto a perder esa tobera?

—No aguantó —le dijo Geran—, pero nos encontramos bien.

—¿Tendremos que salir de aquí con tanta prisa como antes? Espero que no.

Lo estaba intentando. Y cada vez resultaba más difícil engañarle. Pyanfar tragó saliva con un esfuerzo y empezó a examinar el informe de daños que estaba apareciendo en su pantalla.

—Estamos bien —le oyó decir a Hilfy por el comunicador, probablemente en beneficio de Tully—, y hemos logrado llegar. Tuvimos un poco de problema con esa unidad. Sigue ahí abajo durante un tiempo.

—En el último instante se le hicieron dos boquetes —le murmuró Pyanfar a Haral, como si estuviera hablando del tiempo.

—¡Dioses! —dijo Haral, y eso fue todo. Un instante después transmitió la imagen del sistema de Kshshti a todas sus pantallas—. No parece gran cosa.

—Ya.

No lo era, desde luego. Era un sol de color naranja pálido con sólo varias lunas por compañía: las lunas y una estación. Hacía pequeñas operaciones de minería, las suficientes para subvenir a sus necesidades, y un poco de comercio. Estaba manejada básicamente por los mahendo'sat porque, dada su situación, tenía que pertenecerle a una especie y era mejor que estuviera en sus manos ya que se trataba de una conexión en la ruta que iba en línea recta a Maing Tol desde Kefk, pasando por el interior del espacio kif. Y, ¡gracias a los dioses!, tenían astillero para reparaciones.

—Montones de tráfico —dijo Pyanfar, empezando a recoger el parloteo por su comunicador—. ¡Maldito sea!, hay un montón de tráfico para lo que debería ser este agujero.

—Kita —le recordó Haral.

—Kita, claro. Parece que las noticias se han extendido a toda velocidad, ¿no? O quizá perdimos más tiempo del que habríamos debido en ese salto.

—¡Ah! —ningún otro comentario. No aquí y ahora. No con Khym en el puente.

Los puertos en que tocaba regularmente la *Orgullo* eran unos veinte y en ellos no estaba incluido Kshshti. Ese puerto no era visitado por las hani.

—Un lugar pequeño y feo —murmuró Geran junto a la consola—. Realmente feo.

Había tiempo. Había tiempo para muchísimas cosas, mientras la *Orgullo* se aproximaba cojeando a Kshshti.

Tiempo para escuchar la charla de la estación, antes de que la ola producida por su entrada llegara hasta ella y la respuesta tuviera tiempo de llegar hasta la *Orgullo*. Podían oír el gimoteo y los crujidos de los respiradores de metano, conferenciando en su habitual modo ininteligible; los chasqueantes sonidos de los kif que hablaban, sin utilizar códigos, de algún asunto ordinario de su especie, en frases tan lacónicas como poco informativas. Ninguna voz hani. Ni una señal.

—La estación responde —dijo Hilfy al llegar la oía a su destino. La transmisión fue tan rutinaria como fría. Podrían haberse estado acercando a cualquier estación mahen, aunque ésta no lucra tan bulliciosa como otras.

—Qué silencio tan extraño —murmuró Haral—. Por el modo en que entramos, habría jurado que seríamos objeto de suficientes maldiciones para enviarnos varias veces al infierno mahen.

—Ya —dijo Pyanfar—. Pues yo te apuesto un infierno de esos, a que todo está preparado desde el principio. Nos esperaban y no tienen ganas de armar ningún jaleo.

Aquello consiguió que Haral se volviera hacia ella y en su mirada no había una alegría excesiva.

Y siguieron acercándose más y más a Kshshti con el parloteo de los respiradores de metano resonando en el comunicador.

Era una estación fronteriza, lejos de cualquier sitio. Los kif reclamaban esa estrella, los mahendo'sat habían construido la estación y se encargaban de manejarla junto con los tc'a y los chi, que no sacaban ningún provecho especial de sus operaciones mineras. En Kshshti nada daba demasiado provecho, excepto su valor como estorbo a las ambiciones de los kif.

—¿Dónde está esa lista de naves? —le preguntó a Hilfy—. Quiero nombres, chiquilla.

—Sigo intentándolo —respondió Hilfy—. La estación dice que tienen problemas con su ordenador.

—Claro, igual que en ese tablero de Punto de Encuentro.

—¿Cómo has dicho, tía?

—Últimamente hay un condenado montón de averías y de problemas. Consigue esa lista. Diles que la lean de viva voz y que eliminen de ella todas las habituales tonterías sin importancia.

—No tengo ni idea de qué podemos hacer —dijo Haral en voz baja junto a ella. Y era cierto, claro. Los tableros de sistemas de la tobera se limitaban a emitir su imperturbable mensaje de catástrofe a cada inspección de Tirun. Todo estaba estropeado.

—Ya nos arreglaremos —dijo Pyanfar aunque sus entrañas llevaban horas retorcidas en un férreo nudo de pavor. Buscó la autorización de reparaciones y se la metió en el bolsillo, preparándose ya mentalmente para arduas peleas con los

funcionarios mahen. Si no lograba impresionarles de entrada habría gritos, aullidos e interminables retrasos.

Y si no había ninguna nave para Tully, si en el muelle se encontraban los kif que no debían estar allí, si no había ayuda posible...

Desde luego, no podremos salir huyendo.

—Ya ha llegado la lista —dijo Hilfy.

—A la pantalla uno —dijo Haral, empezando a emitir.

14	<i>Iniri-tai:</i>	Maing Tol.
9	<i>Pasunsai:</i>	Indunspol.
7	<i>Nji-no:</i>	Maing Tol.
30	<i>Canoshato:</i>	Kshshti: interior del sistema.
29	<i>Nisatsi-to:</i>	Kshshti: interior del sistema.
2	<i>Ispuhen:</i>	Maing Tol: reparaciones.
32	<i>Sphii'i'o:</i>	V'n'n'u.
34	<i>T'T'Tmmmi:</i>	N'i'i.
40	<i>A'ohu'uuu:</i>	T t'a'va'o.
49	<i>knnn</i>	
50	<i>knnn</i>	
51	<i>knnn</i>	
52	<i>knnn</i>	
10	<i>Ginamu:</i>	Rlen Nle.
20	<i>Kekkikkt:</i>	Kefk.
21	<i>Harukk:</i>	Akkt.
22	<i>Inikktukkt:</i>	Ukkur.
8	<i>Vigilancia de Ehrran:</i>	Anuurn.

—¡Dioses! —murmuró Haral.

—Vaya fiesta, ¿no? Están todos —Pyanfar torció el gesto como si estuviera paladeando algo de pésimo gusto.

—*Kekkikkt*, ¿Te acuerdas de ésa?

—No habría podido olvidarla. Toda una lista de buenas noticias, ¿verdad?

—Al menos tendremos ayuda.

—Tendremos ayuda —Pyanfar repasó de nuevo la parte mahen de la lista—. Con destino al interior del sistema y para saltos cortos. ¿Has oído mencionar alguna vez a la *Iniri-tai*?

—No.

—¿Y a la *Pasunsai*?

—No, a ninguna de las dos.

—¡Maldita sea!, se supone que ahí hay una nave de caza.

—Tenemos a la *Vigilancia* —dijo Haral secamente.

—Claro —dijo Pyanfar, intentando divertirse un poco con el sarcasmo de Haral, pero sintiendo todavía el hielo en su estómago.

—Entonces, ¿qué les decimos?

Recordó lo que les había dicho en Punto de Encuentro, el último mensaje con los kif pisándoles los talones y la imposibilidad de explicar nada más.

—Será mejor que sea algo original.

—Ayhar —murmuró Tirun apretando los dientes. Y ése era el segundo problema.

—Ese montón de chatarra no pudo llegar antes que nosotras por la ruta de Urtur, eso está claro.

—Entonces, ¿cómo lo sabían?

—¿Quieres adivinarlo?

Haral emitió una especie de gruñido gutural que no resultaba demasiado agradable al oído.

—Así que Rhif Ehrran tiene un animalito domesticado.

—¿Qué podemos hacer?

—Lo estoy pensando —con ello quería decir en realidad que no lo sabía, que en esos instantes no podían hacer nada, salvo seguir adelante con el juego y eso Haral ya se lo imaginaba. La *Vigilancia* estaba ahí para servir de testigo, claro, y no le había importado pagar la factura que suponía apartar a una nave mercante como la *Prosperidad* de su ruta normal.

Habían dejado toda su carga en Punto de Encuentro, igual que ellas.

Y sabían dónde tenían que interceptarlas, exactamente igual que lo había sabido la *Harukk*.

¿Por los dioses!, ¿acaso eran las únicas que andaban dando tumbos a ciegas en todo el asunto?

¿Los stsho? ¿Stle stles stlen?

Estaba enterado de los planes de Dientes-de-oro.

Si había hablado...

—Capitana —dijo Hilfy—. Tully pide permiso para subir.

Más preguntas y no serían fáciles de responder. Pyanfar tragó aire e intentó dominar el pánico.

—Dile que puede subir. Y dile que tenga cuidado —pero Tully ya sabía cómo moverse en una nave que viajaba por el espacio. Había sido capaz de sentir las vacilaciones, durante las maniobras de frenado, y había entendido con mucha mayor precisión que Khym el peligro que corrían y a qué obedecían sus problemas y también que habían escapado por muy poco a la muerte. Pero ahora estaban varadas

en Kshshti. Con los kif.

¿Ahora qué, ahora qué hacemos, eh Pyanfar?

Tully no tardaría mucho en hacerle esa pregunta. Pyanfar hizo girar su asiento para apartarlo del reflejo solitario que había distinguido en el panel y centrarlo en la sólida figura que se recortaba en el umbral.

Parecía preocupado. Miró a su alrededor y observó los monitores con la expresión de quien sabe muy bien lo que está buscando, como si pudiera leer en esos gráficos más de lo que podía comprender en palabras.

—Sanas y salvas —le dijo—. Estamos a salvo en Kshshti. Tenemos ayuda aquí. Gran nave hani.

Tully asintió. Tenía esperanzas, a juzgar por el modo en que la estaba mirando. Pero cuando se dio la vuelta para aceptar el asiento que Hilfy le estaba ofreciendo en la hilera de puestos de observación, junto a sus controles, Pyanfar percibió que había algo más en la derrotada curva de sus hombros.

¡Qué tranquilo estaba, gracias a los dioses! Pyanfar se acordó, con cierta vergüenza, que Tully jamás había dado muestras de los excesos temperamentales a que tan propicios eran los machos. Un profesional. Era duro recordar que Tully, fuera lo que fuera, no era propenso a la histeria. *Mira, Khym, pensó. Ahí lo tienes, ése es el modo. Así se hace. Puedes conseguirlo.*

Tal y como había llegado a creer antes que era posible, habiendo viajado con Tully, concibiendo la esperanza de que...

Y ahora Khym la estaba contemplando con una expresión dura e inflexible.

Claro, Khym. Esta arreglado.

Para empezar, era posible que Tully jamás se hubiera creído esa mentira.

Y, además, era posible que Khym hubiera visto ahora mismo esa lista de naves.

Pyanfar se volvió hacia los controles. En el parpadeo de las luces y el incesante susurro de los mahen, al menos, no había acusación alguna.

El puntito metálico que era Kshshti se convirtió primero en una estrella y luego en un globo, para acabar apareciendo como una silueta circular en la pantalla de vídeo. Cuando la *Orgullo* empezó a girar alrededor de esa rueda, se convirtió en un conjunto de placas metálicas y luces brillantes.

—Estamos dentro del sendero asignado —dijo Haral—. Automáticos en funcionamiento.

—Llévala adentro —de repente Pyanfar sintió que las horas transcurridas pesaban sobre su cuerpo, como si el tiempo se hubiera convertido en plomo. Giró en redondo y se encaró hacia el puente, viendo a Khym sentado ante la consola del monitor con los codos apoyados en ella.

Tully se encontraba; en una postura bastante parecida, pero cuando la vio se

volvió hacía ella con la misma expresión de miedo acosado que llevaba ya días en sus ojos.

—Haremos las reparaciones aquí —dijo—. Kshshti puede encargarse de ello.

Hilfy la miró y Khym hizo lo mismo. Sus ojos seguían senos e inexpresivos.

¿*Otra mentira*? Pyanfar leyó esas dos palabras en la inclinación de una oreja y en el leve fruncimiento de su nariz.

Se le estaba acelerando el pulso. Se quedó inmóvil y silenciosa, sabiendo que no tenía nada que decirles a ninguno de los dos.

¡*Mentiras!*, ¡*mentiras!* y ¡*mentiras!*

—Cuando entremos —le dijo a Hilfy, clavando los ojos en ella—, quiero que venga inmediatamente un mensajero mahen. No me importa quién sea, pero que venga. Supongo que el jefe del puerto puede encargarse de ello. No armes ningún alboroto, pero consigue a un mensajero que luego pueda ponernos en contacto con otra persona. No creo que te resulte demasiado difícil. Sugiere que tenemos un problema con la carga.

Khym seguía sentado, inmóvil. De pronto Pyanfar pensó que en toda su vida Khym jamás había mentido. Había vivido siempre en Anuurn, había tratado siempre con hani y había creído en el *han*. Y Pyanfar jamás había caído en la cuenta de que cuando hacía tratos, fuera del planeta natal, tenía varios rostros: uno por los stsho y otro para los mahendo'sat. Sólo con los kif se portaba normalmente como una hani.

—Esto no es Anuurn —dijo con una voz baja y dura que, sin embargo, era posible oír en todo el puente—. Nada es como Anuurn, excepto la mismísima Anuurn, tripulante, y no estamos en casa.

Quizás hubiera entendido algo de lo que intentaba decirle. Pyanfar vio un breve destello en su mirada.

—Pyanfar —dijo Tully—. Maing Tol. Ir Maing Tol.

Pyanfar se puso la conexión en la oreja.

—Ya lo entiendo —dijo. Tully tenía miedo, peor aún, estaba aterrorizado—. No pierdas la calma, ¿me oyes? Estás con nosotras y lo arreglaremos todo. Encontraremos un modo de arreglarlo todo, ¿entiendes?

Tully no dijo nada. Khym tampoco.

—¡Maldita sea! —murmuró ella poniéndose en pie—. Encárgate de la entrada, Haral —dio unos pasos hacia la popa, se agarró a una abrazadera y miró hacia atrás—. Voy a lavarme un poco. Tirun, lávate tú también. Quiero que vengas conmigo. Y también quiero a ese mensajero, sobrina.

Asearse mientras se acercaban al muelle no era demasiado fácil. Pyanfar tragó un poco de agua que le irritó la nariz, pero la cita que tenía delante constituía por sí sola todo un problema. Debía estar todo lo presentable que fuera posible, y si conseguía

tener un aspecto impresionante, mejor que mejor, aunque ahora no tuviera demasiado tiempo para ello.

De todas formas Pyanfar se arregló con todo esmero. Se puso sus mejores pantalones rojos y sus anillos más deslumbrantes. Se echó encima litros de perfume, pensando en que ésa era la base de la cortesía entre especies distintas. Además, siempre era una buena estrategia eliminar posibles claves olfativas cuando se tenían delante narices más que sensibles.

Y ahora, a enfrentarse con esos bastardos, ¡por todos los dioses!

La *Orgullo* estaba en juego. Y con ella...

La nave se fue acercando al muelle, moviéndose con gran lentitud en una especie de suave deslizamiento. Haral hizo una última advertencia y hubo otro cambio en la gravedad al cesar la rotación de la nave, con sólo la inercia residual para seguir impulsándose. La sensación de que llevaba encima unos treinta kilos de peso extra se esfumó. Pyanfar se agarró a la abrazadera que había junto a la puerta del camarote, confiando en la habilidad de Haral, y el muelle entró en contacto muy suavemente con el casco metálico. Hubo un pequeño golpe a proa, el tintineo de los cierres conectándose y luego un aumento de la fuerza gravitatoria hasta 0,992, la mahendo-normal. Ahora formaban parte de la rueda de Kshshti.

Pyanfar les dio un último cepillado a la barba y a la melena y agitó la oreja izquierda para ordenar un poco más los anillos. El repentino silencio de la nave inmovilizada producía una extraña ilusión de sordera. El constante ruido de fondo había cesado por fin.

—Tía —era Hilfy, desde el puente—. Ya he llamado. Tenemos a un funcionario de aduanas en camino.

—Bien —Pyanfar se puso un comunicador de bolsillo en el cinturón y luego cogió una pistola. ¡Dioses!, ése no era modo de hacer negocios para una hani honesta. Pero Kshshti, tal y como le había dicho a Khym, no era Anuurn y el universo era un sitio bastante peligroso para dar un paseo solitario, entre especies que llevaban mucho tiempo cazando en él antes de que las hani surcaran el espacio.

Tendría que haber arreglado esa maldita tobera en Urtur.

Sí, aunque hubiera hecho falta reptar por aquella columna. Hilfy Chanur lo habría hecho. Lo haría, cuando heredase la *Orgullo*. Hilfy sabría tomar decisiones arriesgadas sin pestañear, escogiendo siempre el camino más recto y no los atajos tortuosos.

Quizá también ella había actuado así en tiempos lejanos. Intentó recordarlo, pensando que quizá la edad estaba afectando a su memoria.

Pero no lo creía, ¡No, por todos los dioses!

Una joven estúpida a cargo de una nave, de su nave. Si los dioses lo permitían, aún tendrían que transcurrir algunos años para que así fuera. De todos modos, la idea

resultaba extrañamente atractiva. Volver a Chanur, quedarse sentada al sol y perder el tiempo sin nada que hacer. Haral y Tirun, que no eran ya jóvenes, cediendo sus puestos a niñas de ojos límpidos y brillantes que creían todavía en que todo era muy sencillo.

¡Dioses!

Cerró el cajón y pasó el pestillo. Abandonó su camarote con la sensación de que las rodillas se le habían ablandado un poco debido a la gravedad algo más fuerte de Kshshti.

—Capitana —era la voz de Haral a través del comunicador de bolsillo—. Un mensaje de la *Vigilancia*. Rhif Ehrran está en nuestro muelle.

—¡Oh, bondad divina!

—Quieren que abramos la compuerta.

Pyanfar apretó con una garra el comunicador.

—¿Dónde está ese funcionario de aduanas?

—De camino. Es todo lo que sabemos. ¿Intento ganar tiempo?

Pyanfar pensó en ello durante unos instantes, pero acabó desechando la idea. No había necesidad de empezar a caldear el ambiente.

—No, déjala entrar. Trátala con toda la cortesía que se le debe. Tú, Chur y Khym quedaros en el puente y tened los ojos bien abiertos. Hilfy a la cocina. Geran y Tully, tenéis media hora para asearos y luego sustituir al primer turno. En marcha —la tripulación estaba cansada, a punto del colapso, y sólo los dioses sabían cuánto tiempo podrían descansar, o cuándo.

—Bien —dijo Haral—. Están a punto de conectar con la entrada.

—Actúa como creas más conveniente.

Pyanfar cogió el ascensor mientras los cables de conexión, entre la estación y la nave, iban ocupando sus lugares habituales con leves golpes metálicos sobre el casco. Se oía el ¡thunk! de los conductos que entraban en sus agujeros y el ruido final del tubo de acceso que encajaba en los alvéolos del casco.

Tirun se reunió con ella, llevando algo que pesaba visiblemente en su bolsillo derecho y sin decir palabra.

Después de todo, estaban en Kshshti.

—Ehrran está ahí fuera —dijo Pyanfar.

—Ya lo he oído —la voz de Tirun parecía cansada y átona—. Pensé que los pantalones negros vendrían a toda prisa para recibirnos.

Hubo un último golpe y los sellos de acceso quedaron en su sido.

—Vamos allá —dijo Haral.

—*Ker Rhif* —dijo Pyanfar, mientras se encaraba con la enviada del *han* y con su tripulante ataviada con pantalones negros. Intentó que su postura no resultara

insolente y que al mismo tiempo diera la suficiente impresión de solidez como para no invitar a posteriores avances por el pasillo.

—*Ker Pyanfar* —*Rhif Ehrran* adoptó una postura similar, cruzándose de brazos. Y estaba armada, ¡por los dioses! A un lado de esos negros pantalones de seda colgaba una pistola muy grande. La tripulante llevaba otra igual—. Lamento molestar tan pronto después de vuestra llegada. Estoy segura de que en estos momentos habrá muchas cosas de las que preocuparse.

Pyanfar emitió un leve resoplido que resultaba bastante elocuente.

—¿Qué causó los daños? —le preguntó *Ehrran* siguiendo en su tono medio amistoso medio oficial.

Pyanfar intentó una sonrisa que no cuadraba demasiado bien con la expresión de sus ojos.

—Bien, capitana, por el momento es algo que aún intentamos averiguar. Probablemente fue el polvo.

—¿Desea explicar algo sobre ese último mensaje en Punto de Encuentro?

—Creo que el mensaje se explica por sí solo y lo envié con esa intención. Sería mucho mejor que en estos momentos no intentara estar cerca de nosotros. Tenemos un problema y no pretendo disimularlo. No creo que deba complicar en ello al *han*.

—¿Se siente lo bastante cualificada para decidir respecto a eso?

—Alguien tiene que decidir o el *han* se encontrará metido en él, si no lo está ya. Y no deseaba eso.

—No deseaba eso.

Pyanfar se contuvo. *Ehrran* estaba esperando precisamente una réplica algo brusca. Era todo lo que necesitaba, si es que todavía le hacía falta algo más.

—¿Dónde tiene planeado ir? —le preguntó *Ehrran*.

—A ningún sitio hasta que no consiga arreglar esa tobera.

—¿Y luego?

—A *Maing Tol* y puede que a puntos situados más allá.

Una pausa de silencio.

—Sabe... —dijo *Rhif Ehrran* en tono pensativo— ha tenido muchas experiencias en el espacio y ha viajado mucho por él. ¿Tengo que recordarle la ley que prohíbe poner una nave al servicio de otra especie?

—No hace falta que me la recuerde y no es nuestro caso.

—*Chanur*, está sentada en mitad de un puerto fronterizo con la cola metida entre unas tenazas. ¿Quiere que todo sea todavía más difícil? Le estoy dando una oportunidad, una última oportunidad antes de la revocación inmediata de su licencia. Quiero que esa mercancía suya, de dos patas, baje aquí ahora mismo y que me la entregue.

—¿No se estará refiriendo a mi esposo, verdad?

Las orejas de Ehrran se desplomaron sobre su cráneo y su boca se abrió en una mueca de sorpresa.

—Ya me lo pensaba —dijo Pyanfar—. ¿Quién la envía? ¿Stle stles stlen?

—Chanur, no puede negociar conmigo. Tengo una nave del *han* metida ocho años luz en el interior de los Territorios en Disputa. Y esto precisamente porque pensé en la posibilidad de que estuviera metida en algo sucio y lo echara todo a perder. Es probable que me vayan a quemar la cola cuando salga de aquí y no estoy de humor para intercambiar bromas corteses. Quiero a ese alienígena aquí y ahora. Le quiero bien envuelto y preparado para venir conmigo, y podrá alegrarse de que no la deje sin licencia.

—No llevamos ningún alienígena. Está hablando de un ciudadano del Pacto.

—Ya me he enterado de esa patraña que montaron los mahendo'sat y no pienso discutir sobre tecnicismos. Que venga aquí.

—Es un pasajero de mi nave y creo que tiene derecho a opinar sobre su destino.

—No tendrá muchos derechos para opinar si la nave se queda sin licencia.

Pyanfar lanzó un prolongado suspiro. El mundo se había vuelto oscuro, exceptuando la elegante silueta de Rhif Ehrran.

—Ehrran, sigue existiendo algo llamado Ley del Pacto. Confío en que se acuerde.

—Se encuentra al borde del abismo. Créame.

Pyanfar se quedó inmóvil con el corazón golpeándole las costillas y la luz negándose a volver para aclarar el mundo. Sabía que Tirun estaba junto a ella, pero era incapaz de verla.

—¿Dónde piensa llevarle? ¿Delante del *han*?

—Eso es cosa nuestra.

—No. Está hablando de un amigo personal mío y el asunto puede ser realmente difícil, ker Rhif. Y no estamos en el espacio hani.

El silencio esa vez fue mucho más largo y helado. Rhif Ehrran agitó las orejas levemente, rompiendo la tensión del momento.

—Chanur, ¡maldita estúpida! Aunque no puedo decir que no sienta respeto para su postura actual.

—¿Adónde irá?

—Chanur, debe aceptar mi palabra de que en este universo ocurren algunas cosas que guardan una relación bastante remota con sus intereses. Basta con decir que no se trata de una acción unilateral.

—¡Maldita sea, no es un montón de pescado!

—Si tanto le preocupa su seguridad, capitana, entonces le sugiero que ponga una buena distancia entre él y usted, teniendo en cuenta el estado de su nave y que me permita sacarle de aquí.

Pyanfar apartó la mirada, pero no había forma de escapar. Un segundo después se

volvió de nuevo hacia Ehrran.

—Le traeremos.

—Mandaré un vehículo.

—Una de mis tripulantes irá con él —dijo Pyanfar en voz baja—. Permítalo. Esto no va a gustarle nada.

—Le aseguro...

Una silueta oscura apareció entonces en el corredor. Las orejas de Ehrran se movieron en un gesto convulsivo y luego su cuerpo tembló, haciendo que Pyanfar pensara en sacar su pistola. Pero la silueta pertenecía a un mahendo'sat, no a un kif.

—El funcionario de la aduana —dijo Pyanfar.

—Le doy un consejo —dijo Rhif Ehrran—. Estamos en Kshshti y no en Punto de Encuentro. Si puede hacer que su nave vuelva a funcionar, márchese a Urtur y luego a Kura. Y rápido. Si la nave no puede aguantarlo, entonces quédese muy quieta.

—¿Es el mismo consejo que le dará a la *Prosperidad*?

—La *Prosperidad* tiene cosas que hacer para el *han*, y con eso basta. No se meta en cosas que no la conciernen, Chanur.

—Ya la he oído. La he oído perfectamente.

—El vehículo estará aquí dentro de una hora. No quiero que haya problemas.

—Entendido, capitana.

Ehrran inclinó su cabeza en un seco gesto de cortesía. Le hizo una seña a su tripulante y abandonó la entrada, rozando casi al mahendo'sat que se volvió y se la quedó mirando.

El funcionario mahen no era muy alto y parecía preocupado. Cuando Ehrran pasó junto a él se encogió visiblemente y en sus ojos hubo algo parecido al temor. Pyanfar vio que era una hembra y que llevaba la carga usual de sellos, cuadernos de notas, tableros y punzones colgando del pecho pero, en el cinturón que ceñía el faldellín alrededor de su vientre, más bien abultado, se veían las insignias del grado medio.

Y entonces el vientre se encogió unos centímetros y la cabeza se irguió. No fue ninguna transformación milagrosa pero de pronto sus rasgos, hasta ese momento más bien poco dignos de confianza, parecieron más adustos y autoritarios.

—Voz, yo —dijo.

—Ah —farfulló Pyanfar, con las orejas algo gachas y con los brazos en jarras. Tragó aire a toda prisa e intentó preparar su mente, para que afrontara el brusco cambio de situación. ¡Dioses! Ahora era una Voz y no un pequeño funcionario sin importancia del muelle—. ¿Ehrran lo sabe? ¿Y la Voz... de quién? Echó una segunda mirada hacia atrás, mucho más desdeñosa que la primera. La Voz, si eso era, carecería de nombre y de identidad propia, pese a lo cual poseía un considerable poder, ya que era el alter ego de un Personaje, la que se encargaba de pronunciar en voz alta lo que no podía decirse y debía conducir las negociaciones. La Voz se volvió nuevamente

hacia ella.

—Voz maestre estación Kshshti. Maestre de estación manda decir que tú idiota primera clase llegando de este modo.

—No tenía elección.

—Idiotas que tratan con idiotas —la Voz hizo un gesto señalando, por encima de su hombro, en la dirección por la que había desaparecido Ehrran—. ¿Dónde carga?

Pyanfar hizo un gesto algo despectivo hacia quien afirmaba ser la Voz.

—¿Dónde autorización?

La hembra mahe sacó un pequeño objeto de su cinturón. Era un escudo en el cual se veía brillar el emblema del puerro de Kshshti, recubierto de oro.

—Tienes carga a bordo.

Pyanfar agachó las orejas y volvió a erguir las un segundo después.

—Mira...

—Guarda. Transferencia no permitida.

Pyanfar enganchó las manos en su cinturón y se volvió con el ceño fruncido hacia Tirun, para encararse nuevamente con la Voz. No era el momento de ponerse a gritar, todavía no, al menos. Señaló con la mano hacia el nivel inferior de la nave.

—Oye, Voz, ¿quieres sentarte? ¿Quieres algo de bebida o un poco de charla?

—¿Hablar qué? ¿Hablar sobre gran carga, avería, error que echar a perder todo el negocio?

—Oye, Honorable —ahora sí había llegado el momento de gritar—. La *Orgullo* no es ninguna maldita nave de guerra. No lleva armas, ¿entiendes? He puesto por dos veces en peligro mi nave. He sufrido averías y tengo la promesa de tu gobierno de que va a compensarme por todo ello —sacó la autorización de su bolsillo y se la entregó a la Voz—. Andamos muy retrasadas, hemos perdido toda la mercancía que llevábamos.

—Arreglar.

Era como haberse apoyado en un muro y sentir que cedía bruscamente. Pyanfar creyó, durante unos instantes, que podía perder el equilibrio contemplando esos ojos oscuros que, de repente, se habían llenado de nerviosismo.

Así que, después de todo, era cierto. Pyanfar tragó aire y agitó las orejas, disponiéndose a empezar las negociaciones.

—Mientras tanto —dijo la Voz—, debes retrasar estúpida enviada.

—No, es imposible.

—Quieres ayuda, tienes.

—Puedes apostar a que la tengo. Aquí está la autorización —cogió nuevamente el papel de entre los dedos de la Voz y lo agitó bajo sus narices—. Incondicional. ¡Código Hasano-ma! ¿Eso quiere decir algo para ti?

—No permitimos transferencia.

—Bueno, pues arréglate con la enviada. Ahora no puedo parar el asunto. Se trata de mi licencia, ¿lo entiendes?

La Voz se le acercó un par de pasos y le golpeó suavemente el pecho con el índice.

—Hani. Nosotros conocemos ti mucho tiempo. Esa otra idiota no tenemos confianza.

—No puedo hacer nada al respecto.

Alrededor de sus oscuras pupilas aparecieron dos círculos blancos.

—Tú tener reparaciones primera clase. Trabajo rápido. Queremos tú vuelvas acción, Pyanfar Chanur. Escucha: ahora no tenemos aquí nave ninguna que pueda detener ese bastardo. Tenemos situación delicada, tenemos stsho preocupados. Ya conoces bastardo stsho, sabes que hani envió joven tonta, viejo bastardo stsho mucho listo, mucho tímido, buscar propio interés. No decir no-amigo. Buscar propio interés. Nuestro interés es arreglar ti. Tú arreglar *han*.

Pyanfar se quedó boquiabierta.

—¡Bondad divina! ¿Quién os habéis creído que soy?

—Quizá mejor hablamos, ¿eh?

—No hay nada de qué hablar —Pyanfar señaló con la mano hacia la popa de su nave—. Ahí está la unidad Y. Se encargaba de las conexiones principales de la columna. Cuando falló...

La hembra mahe agitó su mano cubierta de un lacio pelaje oscuro.

—Nosotros arreglar ti, entonces tú coger carga.

—Te estoy intentando explicar que no podréis arreglar esa tobera lo bastante rápido. Puede que hagan falta doscientas o trescientas horas de trabajo para conseguirlo y mientras, estaremos aquí paralizadas con los kif ocupando posiciones alrededor de todo el sistema. Tendrán tiempo más que suficiente para ello. ¡Mahe, tenemos knnn por aquí!

—¡Dioses!

—No es culpa nuestra. Los mahendo'sat prepararon todo este embrollo desde el principio, empezando por vuestro precioso Personaje de Maing Tol. Nos dieron la ruta hasta aquí y creo que todo ha sido el típico gran error mahen, igual que en Punto de Encuentro o en el bloqueo de Kita, o igual que con esa estupidez de no apoyarme y dejarme tirada sin...

—Nave venir. Mientras tanto nosotros arreglar. Pésima ingeniería hani, ¿eh?

—¡Maldita sea! Si le das a una nave una ruta a través de todo Urtur y luego la haces cambiar bruscamente de rumbo ¡ya verás cómo se porta!

Las minúsculas orejas de la hembra mahen se agitaron rápidamente, mientras su nariz se fruncía y la Voz alzaba la mano como intentando aplacar a Pyanfar.

—Técnica no cosa mía. Personaje dice: Encuentra daño, arregla, manda

rápida­mente idiota fuera de aquí antes que kif puedan organizarse. Nosotros arreglamos. Tú quedarte con carga.

—¡No puedo hacerlo!

—¿Quieres reparación o no?

Pyanfar estaba a punto de asfixiarse.

—Tengo derecho a esa reparación, ¡maldita bastarda! El documento lo dice bien claro. No puedo tener a la enviada del *han* durante...

La Voz frunció el ceno y sus pequeñas orejas se plegaron sobre sí mismas, y luego volvieron a erguirse.

—Cuidar de cargamento —dijo señalándola otra vez con el dedo—. Llevarle centro estación, hacer muchas preguntas, montones de jaleo. Hacer reparación, traer carga otra vez, veinte horas.

—La reparación no puede hacerse en veinte horas.

La hembra mahe levantó un dedo.

—¿Apostar quieres?

Pyanfar se la quedó mirando con la mente llena de ideas sobre traiciones y engaños, sintiendo que su pulso se aceleraba cada vez más. Miró a Tirun y vio que por el rostro de su ingeniera en jefe, cruzaba esa misma idea aterradora.

—Tendrán que reemplazar toda la condenada cola, para hacerlo dentro de ese plazo —dijo Tirun en voz baja—. No será ningún remiendo, desde luego.

—Tener buen sistema —dijo la Voz—, mejor que antes. Hecho *mahen*—, sincronizar sistemas para no tener problemas luego. En veinte horas, ir. Nosotros encargar de enviada *han*. Confiscamos carga. Dejamos enviada vaya Maing Tol para presentar queja.

—¡Dioses! ¿Te das cuenta del lío en que me estás metiendo?

—¿Cuánto estar ya metida, hani? Piensa. ¿Cuánto tienes ya?

—Seguimos teniendo a los kif —Pyanfar se mordisqueó una garra y contempló a la Voz.

—Siempre tener kif.

—¿Conoces una nave llamada *Harukk*?

—Conozco. Bastardo.

—Lleva con nosotras desde Punto de Encuentro. Sabe lo que tenemos. Una nave llamada *Ijir* era nuestro refuerzo, el seguro que nos protegía. Ha desaparecido. Ahora está en poder de los kif.

—¡Maldición, hani!

—Los kif se apoderaron de lo que contenía, fuera lo que fuera. Y ahora ya lo saben todo.

La boca de la Voz se convirtió en una línea apretada y sus ojos recorrieron a Pyanfar de pies a cabeza.

—Corre aprisa, hani. Nosotros arreglar y luego tú quemar cola para salir Kshshti como si fuera infierno. Quizá podamos preparar pequeño accidente para esa *Harukk*. Quizás algún pequeño choque en su tobera, ¿eh? Quizás una colisión múltiple.

—¿Todo eso? ¿Quieres un problema serio con los kif?

—Gota de agua en océano, hani. ¿Quieres trato?

Pyanfar se mordisqueó los bigotes, clavó la mirada en las placas metálicas del suelo y luego alzó nuevamente los ojos hacia la Voz.

—De acuerdo. Encárgate de la enviada. Debes detenerla. Si me encuentro atrapada entre el gobierno local y una orden del *han*, me resultará imposible discutir con una orden de confiscación, si ésta me llega antes, ¿verdad?

—Tomar vehículo, encargar custodia —la Voz sacó un reloj de entre los múltiples objetos que llevaba en el cinturón—. Tiempo ahora 10:40. Tú esperar acción, quizá media hora.

—Quiero una Firma en esa orden de reparaciones.

Hubo una agitación en las minúsculas orejas.

—¿Dudas palabra?

—A veces los registros se pierden. Y si ocurriera tal cosa me encontraría en un buen lío, ¿no?

—Bien —la Voz arrugó la nariz y frunció el ceño, en un gesto que recordaba más a una hani que a otra cosa. Extrajo una tablilla de su cinturón. Garabateó rápidamente en ella y luego colocó al final el sello de su Firma—. Autorización reparaciones, a cargo autoridad Maing Tol. Ya tienes. ¿Tú satisfecha?

Pyanfar aceptó el documento y señaló con la mano hacia el corredor.

—Así que deprisa, ¿eh?

—Veinte horas —dijo la hembra mahe, contemplándola con una expresión en la que se mezclaban la dureza y cierto sarcasmo. Luego giró en redondo y se alejó por el corredor.

Pyanfar tragó aire y con esa bocanada sintió un poco del perfume de la Voz que aún flotaba en la atmósfera. Lo dejó escapar con un leve soplido y miró hacia Tirun.

—Tenemos una oportunidad —murmuró Tirun.

—Sólo los dioses pueden saber lo que van a meternos en la cola o cuál será su reacción cuando se reúna el comité de investigación. Acabamos de acceder a que se nos utilice como diana de tiro. ¿Te das cuenta de ello?

—Nuestra situación es mejor ahora que hace diez minutos.

—Ya —pero Pyanfar seguía sintiendo los fuertes golpes de su corazón latiendo contra sus costillas. Quizá fuera la esperanza, algo a lo que había dejado de estar acostumbrada en los dos últimos años. La *Orgullo*, otra vez en su mejor condición posible. Tenían que terminar con este trabajo, soltarle el fardo a Maing Tol y aprovechar el crédito concedido antes de que empezaran a llegar las demás facturas.

Era una oportunidad, sólo eso. Si todo el jaleo que habían organizado los humanos acababa arreglándose y la promesa de su comercio se materializaba tarde o temprano, si eso era posible... Pyanfar señaló con el brazo hacia la salida—. Cierra. Tenemos kif por ahí fuera.

Mientras tanto tenía que encargarse de algo bastante difícil.

En el puente se notaba el olor del café, reconfortante por su misma normalidad. Y de la cocina salían voces despreocupadas discutiendo de algo. Pero Haral estaba otra vez en su puesto, con el pelaje aún algo húmedo a causa de su apresurada ducha. Cuando Pyanfar insertó el código de la Firma en el ordenador se volvió hacia ella para mirarla con cierta solemnidad.

El ordenador habló con el registro de naves y luego con el otro ordenador de la estación y los mensajes fueron y vinieron en una rápida sucesión de códigos.

—Se acabaron las comprobaciones —dijo Pyanfar mientras aparecía Tirun y pasaba el brazo por encima del respaldo del asiento ocupado por su hermana. Eran dos rostros cansados y algo adustos. Haral lo había oído todo, claro, Pyanfar estaba segura. Cuando había desconocidos en la cubierta, Haral siempre prestaba oído a lo que decían—. ¿Se ha enterado Tully? —preguntó Pyanfar.

—No.

—¿Dónde está?

Hizo un gesto con la cabeza señalando hacia la cocina.

—Todo el mundo está ahí.

—Ya —Pyanfar irguió los hombros como si tuviera que afrontar un vendaval helado y miró hacia la cocina, pasando las manos por el cinturón que le sujetaba los pantalones—. Venid las dos y dejad durante un rato esa lista de averías.

La siguieron como dos sombras a su espalda. ¡Maldito montón de tonterías!, pensó Pyanfar mientras intentaba hacer acopio de valor. ¡Dioses!, ¿qué le había ocurrido a su sentido común para que la perspectiva de comunicar una noticia desagradable la tuviera mucho más preocupada que la de enfrentarse claramente a todo el *han*?

El ruido y la charla que llegaban de la cocina eran cada vez más claros y de pronto se oyó la voz grave de Khym, pidiendo algo que estaba guardado en un compartimiento.

—Siéntate, Tully —dijo Chur—. ¡Por todos los dioses, na Khym! Hilfy, ¿dónde ha ido a parar el tofi? ¿Puedes encontrarlo o no? —en ese momento se dio la vuelta y vio a Pyanfar—. Capitana.

—Sentas —dijo Pyanfar con cierta sequedad. Con esa palabra detuvo el ruido de conversaciones, la búsqueda del tofi y el abrir y cerrar de compartimentos. Geran se acercó a ella y le entregó una taza—. Tú también. Siéntate, Khym —añadió al ver

que Khym seguía rebuscando en el interior de un armario. Khym cogió un sustituto de lo que buscaba y obedeció su orden con el ceño fruncido. Se instaló en mitad de un banco y dejó caer la especia dentro de su taza, aparentemente muy concentrado en ello, mientras las demás se iban sentando a derecha e izquierda de él.

Pyanfar se situó en una esquina de la habitación, donde era más fácil afirmar los pies. Casi tocaba la zona ligeramente elevada en la que se encontraban los rodamientos a bolas que permitían cambiar la mesa de sitio. Khym continuaba con el ceño fruncido, en una mueca de mal humor, y fingía estar muy ocupado. Pyanfar se quedó en su esquina, sorbiendo el líquido y sintiendo cómo su calor iba atravesando los tentáculos de hielo que le apretaban el estómago. Casi todo el mundo estaba quieto y callado. No se oía siquiera el tintineo de una cuchara y el único ruido fue el que hicieron Tirun y Haral cuando ocuparon sus asientos, para lo cual Tully tuvo que hacerles un poco de sitio.

—Voy a ser rápida —dijo Pyanfar—, ya que no hay más remedio. Tully, ¿me recibe bien el traductor?

Tully se tocó la conexión que llevaba en el oído y la miró con ojos brillantes y algo preocupados.

—Oigo bien.

Pyanfar se instaló en el asiento utilizado durante los saltos, apoyó los codos sobre la mesa y dejó la taza entre sus manos. Les estaba mirando a todos, pero se concentraba sobre todo en Tully.

—Ya sabréis que nunca llegamos a tener arreglada esa tobera en Urtur —les dijo—. Cállate, Khym —añadió antes de que Khym pudiera llegar a abrir del todo la boca—. Tully, era imposible arreglarla, ¿entiendes? Por eso tuvimos que dar el salto de una vez. Hemos perdido una tobera y hace falta tiempo para arreglarla, ¿entendido? Y ahora tenemos un pequeño problema. Hay una hani que desea llevarte a bordo de su nave. ¿Me has entendido? Es una autoridad hani.

En los ojos claros de Tully brilló algo que quizá fuera comprensión, pero era imposible estar segura de ello. Siempre había sido así. Lo que sí resultaba indudable era su miedo.

—¿Ir de ti? —le preguntó—. ¿Yo ir? ¿Yo ir otra nave nueva?

—No, escúchame bien. No es que quiera que te lleven. Este lugar es de los mahe, de los mahendo'sat. ¿Comprendes? Los mahendo'sat te llevarán al centro de la estación, te mantendrán a salvo y arreglarán la nave. Harán falta veinte horas, ¿entiendes? Te llevarán hasta el centro de la estación.

—Kif, Kif aquí.

—Ya lo sé y no ocurrirá nada malo. No podrán acercarse a ti. Los mahendo'sat te traerán nuevamente con nosotras cuando estemos listas para partir. De ese modo podemos impedir que esa otra hani te lleve. Te mantendremos a salvo, ¿entiendes?

—Sí —dijo él, sosteniendo la taza con las dos manos ante su rostro, dando la impresión de que había perdido bruscamente tanto el apetito como la sed.

—Tenemos que actuar con rapidez, Tully. Tienes que ir abajo y coger todo lo que pueda hacerte falta. Ropas... Hay un vehículo esperando.

—Vehículo.

—Y esta vez no habrá problemas. Te mantendrán protegido y vigilado durante todo el trayecto y no será como con los stsho. No será como en Punto de Encuentro. Los mahendo'sat saben morder si quieren.

—Una de nosotras... —dijo Hilfy en voz baja—... una de nosotras podría ir con él. Para asegurarnos de que le entienden y...

Alrededor de la mesa había toda una multitud de preguntas no formuladas. Y quienes sabían del daño sufrido por la tobera la miraban con expresión preocupada. Pero nadie se decidía a formular en voz alta tales preguntas.

—Escuchadme —dijo Pyanfar, apartando un poco la taza que tenía delante—. Es cierto: veinte horas. Vamos a tener un trabajo de primera categoría y dejarán nuestra cola totalmente nueva. Van a cambiarla toda.

—¡Dioses! —murmuró Geran con cierto asombro en la voz. Chur parpadeó e Hilfy se quedó muy quieta, mirándola.

—Han dicho que serán veinte horas. Quieren que nos marchemos rápidamente de aquí, por razones particulares. Ahora, en marcha. Tenemos que dejarle en el muelle dentro de diez minutos, con todo preparado.

—¿Irás una de nosotras con él? —preguntó Chur.

—Iréis tú e Hilfy —de todos modos, ellas dos eran las que siempre se habían preocupado más por Tully y eso debería mantenerlas razonablemente felices—. Iréis armadas. Estamos en Kshshti.

—Yo iré también —dijo Khym.

Pyanfar se volvió hacia él con el ceño fruncido. Estaba claro que era una oferta sincera, pero estaba igualmente claro que era una locura.

—Si hubiera algún problema... —dijo Khym.

—No.

—Si...

—No —Pyanfar se puso en pie y arrojó la taza al interior del aparato que eliminaba los desperdicios—. En marcha. Sólo faltan nueve minutos.

La tripulación se apresuró a levantarse y Haral se encargó de Tully. Le pasó la mano por el codo y le llevó hacia el puente.

—Pyanfar —dijo Khym, saliendo con cierta dificultad del reducido espacio que había entre el banco y la mesa—. Pyanfar, escúchame.

—Si quieres tener una rabieta ve a tu camarote y no te metas en el camino de nadie. Sólo conseguirías estorbar.

—¿Se trata de Ehrran?

—No tengo tiempo —Pyanfar pasó junto a él, apartó el brazo que intentaba cogerla y se dirigió hacia el puente. Le oyó moverse detrás de ella, disponiéndose a seguirla, y giró en redondo—, Khym, intenta utilizar tu buen juicio.

—¡Lo que estoy intentando es ayudar!

Pyanfar le contempló con algo parecido a la desesperación y vio cómo el rostro de Khym pasaba de la ira a una desesperación semejante a la suya. Sí, estaba realmente angustiado. Pyanfar repasó mentalmente una docena de trabajos posibles, aunque para todos hacía falta entrenamiento y habilidad.

—Tú quieres ayudar. Yo quiero que alguien saque del ordenador todos los datos posibles sobre Kshshti. Encárgate de ello —giró nuevamente y se fue en dirección al puente para recoger los documentos que tenía en él.

Tenían que ir con Tully, pues formaban parte del paquete. Tully y ese sobre... Si Ehrran sabía tanto sobre Tully, seguramente sabría también que había venido con ciertos documentos. Y todo debía ser custodiado por los mahen. Debía darse prisa. Al menos podía impedir que la enviada del *han* entrara en el puente. Era un derecho que le concedía la ley. Pero desde que los kif atacaron Gaohn, en el *han* habían tenido lugar muchos cambios. No podía correr riesgos. Sólo los dioses sabían lo que la *Prosperidad* estaría dispuesta a jurar. ¡Hasta ese punto habían llegado las cosas! Había una gran desconfianza hacia los desconocidos y hacía toda hani que se atreviera a desafiar las costumbres tradicionales. Decían que todo eso era cosa de otras especies. Machos hani fuera de Anuurn. Los guardianes del hogar, aprendiendo que existían otras cosas fuera del *han* y que era posible tener amigos más dignos de confianza y más sólidos que los miembros de su propia especie, que era posible pensar de otro modo que no fuera el de siempre.

Llegó al puente y abrió el compartimiento de seguridad que había junto al puesto de Haral y sacó de él los preciados documentos. Al realizar aquel acto, estaba cometiendo un delito de traición, si es que no lo había cometido ya antes. Pyanfar volvió a cerrar el compartimiento con un golpe seco.

Haral se volvió bruscamente hacia ella al oír el ruido, pero en su curtido rostro no había expresión alguna, sólo una gran calma.

También Khym estaba ahí, mirándola, tan profundamente atrapado en las costumbres y las ideas de Anuurn, a su modo, como lo estaba el clan de Ehrran al suyo.

Parecía preocupado. Y no tenía nada que decirle.

—Alguien llega —dijo Haral. Sentada en su puesto, sus ojos y sus oídos eran en parte los ojos y oídos de la *Orgullo*. Y mantenía su absoluta discreción de costumbre—. Dos minutos, capitana.

Pyanfar salió del ascensor y recorrió el pasillo a toda prisa, puso el control de la escotilla en manual interior y miró hacia atrás para ver cómo aparecían Hilfy, Chur y Geran. Andaban apresuradamente y llevaban a Tully en el centro de su pequeño grupo.

—El vehículo está en el muelle —les indicó Haral desde el comunicador principal — ¿Está ya la escotilla en funcionamiento manual?

—Yo la he puesto en esa posición —dijo Pyanfar, hablando por el transmisor que estaba junto a los controles de la escotilla—. Mantén los ojos bien abiertos ahí arriba.

Las tres tripulantes y Tully estaban ya en la escotilla. Tully iba despeinado y también algo sucio, con su blanca camisa stsho medio salida de los pantalones azules hani. La camisa resultaba demasiado grande y los pantalones demasiado pequeños. Como equipaje llevaba una bolsa de plástico blanco, de las usadas en la nave, y en cuyo interior habría una muda, artículos de limpieza y lo que hubiera podido guardar en el poco tiempo que habían tenido para prepararse.

—¿Tienes las cintas del traductor?

—Las tengo —respondió Tully sin esperar a que nadie se le adelantara, dando un golpecito en la bolsa.

—Toma —Pyanfar le entregó los documentos—, mételo dentro también. Y, ¡por todos los dioses!, no se te ocurra dárselo a los mahendo'sat.

Sabia de qué se trataba y Pyanfar percibió la fugaz expresión de duda e inquietud.

—Venga —dijo, apretando los controles de la escotilla, que se abrió con un silbido para dejar entrar una bocanada de aire frío—. Hilfy y Chur, encargaros de vigilarle y de que vuelva. No quiero que vayáis a pie. Si no os dejan un vehículo, llamadme de inmediato y ya veremos lo que se puede hacer. Si hace falta, diles que es un asunto de alta prioridad y menciona al Personaje.

—De acuerdo —dijo Chur.

Pyanfar fue hacia la escotilla con ellos y apretó el botón que controlaba la segunda puerta, dejándola en funcionamiento alternativo, con lo cual la primera puerta se cerró a su espalda. No pensaba correr riesgos, y menos ahora. El tubo de acceso amarillo se abría ante ellas, como un conducto digestivo dispuesto a engullirlas, y el aire frío que soplaba a través del mismo la golpeó con tal impresión de solidez que le hizo pensar en un muro.

—Aprisa.

—Pyanfar —dijo Tully de pronto, volviéndose hacia ella con el cuerpo algo rígido. Pyanfar le puso la mano en el hombro y le dio un pequeño empujón.

—Vamos, Tully, vamos. No ocurre nada, todo está bien —Pyanfar le acompañó, con sus tripulantes detrás, sin quitar la mano de su hombro, empujándole con

delicadeza por el tubo de acceso. Tully sentía frío. Pyanfar lo notaba por lo rígido de sus movimientos al doblar la curva del tubo y empezar el descenso hacia la rampa—. No falta mucho y una vez dentro del vehículo el calor corporal te reconfortará. —Era necesario seguir hablando. Seguir manteniéndole distraído. Pyanfar vio la superficie grisácea del muelle, parecida a la de cualquier otro, y sobre ella a dos vehículos con luces intermitentes—. El traductor quedará incapacitado por la distancia durante un tiempo pero, cuando llegues a la central de la estación, pondrán en funcionamiento una conexión transmisora. Existe la posibilidad... es muy pequeña, ¿entiendes?, pero existe la posibilidad de que se tarde más de veinte horas. Quizá sólo quizá, puede que se vean obligados a llevarte hasta una nave mahen. No lo creo, pero...

Al recorrer los últimos metros Tully volvió a envararse, se detuvo y se volvió hacia ella con expresión aterrorizada.

—Capitana —dijo Chur a su espalda, con voz apremiante.

También Pyanfar había oído los motores y se había vuelto hacia el muelle.

Otro vehículo se acercaba por el muelle hacía ellos, viniendo a toda velocidad.

—¡Maldita sea! —murmuró Pyanfar, cogiendo a Tully por el brazo y dándole un fuerte tirón—. Rápido, Tully —los mahendo'sat abandonaron sus vehículos con la excepción de los dos conductores. Uno de ellos era más bien de poca talla y estaba cubierto de un rizado pelaje marrón, como el de todos los mahe tasunno, bastante raros a este lado de Iji. El oficial y los cuatro mahendo'sat permanecieron en el muelle sin moverse. Eran altas siluetas negras que llevaban el arnés de costumbre con distintivos y armas colgando de él. No tenían un aspecto demasiado amistoso. Pyanfar, al verlos, pensó que parecían una pared negra y que sólo los dioses sabrían cuántas generaciones de sus antepasados habrían recorrido el espacio de un confín a otro. Tully se quedó paralizado y miró a su alrededor con expresión de terror, mientras el vehículo se detenía con un zumbido de frenos. Pero salió de su estupor y empegó a debatirse en cuanto dos mahe le cogieron y empezaron a llevarle por la fuerza, hacia la portezuela abierta del segundo vehículo.

—¡Pyanfar! —gritó.

Hilfy dio un paso hacia adelante, pero Pyanfar le cogió por el brazo y la detuvo. En ese instante la portezuela del tercer vehículo se abrió, para dejar salir a tres presurosas tripulantes de Ehrran.

—Un momento —dijo la que parecía más veterana—, que no se mueva nadie.

Pyanfar se volvió hacia ellas, con un leve encogimiento de hombros. Había soltado ya el brazo de Hilfy y nadie se movía. Los mahe que intentaban meter a Tully dentro de su vehículo se habían quedado tan quietos como las tripulantes de Ehrran al salir del suyo.

—Adelante —le dijo Pyanfar a Hilfy, agitando la mano—. Está bien, Chur e Hilfy, podéis ir. Lo siento, Ehrran, pero alguien ha tomado la delantera. El maestre de

estación ha intervenido personalmente.

—Tú —dijo la primera tripulante de Ehrran, haciéndole una seña al mahendo'sat más próximo—. ¿Dónde está la autorización?

El oficial mahe dijo algo en uno de los múltiples lenguajes de Iji y agitó la mano. Los demás metieron a Tully dentro del vehículo y un segundo después Chur e Hilfy entraron también en él. Las puertas empezaron a cerrarse.

—Chanur —dijo la tripulante Ehrran.

Pyanfar repitió su encogimiento de hombros y le enseñó las manos vacías.

—No puedo hacer nada al respecto.

—Pero ésas dos eran tripulantes tuyas.

—Su única función es mantenerle tranquilo durante el viaje. Tendréis que buscarle en las oficinas de la estación.

Seguía habiendo ciertos límites. Maldecir a una capitana ante sus narices era algo prohibido dentro de esos límites, al igual que llamarla embustera. La tripulante no rompió ninguna de las dos prohibiciones, pero en el fuego que ardía en sus pupilas se veía que le habría gustado hacerlo. Los vehículos mahen habían cerrado ya sus puertas y empezaban a moverse. La tripulante se volvió con expresión enfurecida hacia ellos, le hizo una seña a sus compañeras y las tres volvieron a meterse en su vehículo.

—Es evidente que no llevan comunicador ahí dentro —le indicó Pyanfar a Geran, que estaba a su izquierda—. ¡Alabados sean los dioses por ello!

El vehículo hani giró bruscamente y se lanzó tras los mahendo'sat como si pretendiera adelantarles, pero tuvo que renunciar a ello cuando éstos, aprovechando lo angosto del muelle, lo hicieron imposible.

—Un grupo bastante presuntuoso —dijo Geran.

—No creo que las cosas vayan a irles demasiado bien. Esas malditas pantalones negros siguen pensando que están en Anuurn. Cuando las noticias lleguen a su capitana las cosas se pondrán interesantes, ¿no crees?

Geran se volvió hacia ella con una pregunta en el semblante.

—Supongo que les costó bastante conseguir un vehículo —dijo Pyanfar—, fuera por la razón que fuera —la hilera de vehículos dio un brusco viraje al empezar a subir por la curva del muelle, dirigiéndose hacia el lejano telón de cables y conexiones tras el que acabaría desapareciendo—. Malditas sean.

—Están locas —dijo Geran.

—Ven conmigo —le indicó Pyanfar y tras dar la vuelta empezó a subir la rampa apretando el paso todo lo que podía.

—Ponme con la *Vigilancia* —dijo Pyanfar cuando llegó al puente. Con el aliento casi perdido, el aire entraba y salía con fuerza por sus fosas nasales. Geran estaba a su lado, en situación parecida.

—Lo tengo en vídeo —dijo Haral con tranquila satisfacción mientras Khym las miraba, confundido, y Tirun abandonaba su puesto para operar el panel de comunicaciones—. Grabé toda esa maniobra de ahí fuera.

—Muy bien —dijo ella. Haral sonrió y apretó el control de su asiento, para hacerle dar la vuelta y seguir trabajando en la lista de avenas.

—No responden —dijo Tirun, medio volviéndose hacia ellas—. Nada.

—Archiva esa llamada. Luego habla con la oficina de la estación y presenta una protesta formal.

—¿Algún peligro para nuestro personal?

—Con eso servirá —Pyanfar respiraba ahora con un poco más de tranquilidad. Puso los brazos en jarras, miró a Khym y vio en sus ojos un brillo que no había contemplado desde Mahn. Sintiéndose como si hubiera crecido algunos milímetros, Pyanfar fue hacia Haral y se inclinó sobre ella para contemplar el panel—. Bueno, ahora debería llegar esa cuadrilla de reparaciones. ¿Alguna señal de ella?

Los muelles de Kshshti iban pasando como un torbellino entre grisáceo y marrón. Eran oscuras siluetas que las oscuras ventanillas de los vehículos volvían opacas. Los motores se esforzaban al máximo y los neumáticos golpeaban con una secuencia siempre igual —zumbido, golpe, golpe— las líneas que unían a una placa del suelo con otra, siguiendo un ritmo parecido al del enloquecido corazón de Hilfy Chanur. Se reclinó en el asiento para intentar ver algo, si es que la ventanilla opaca se lo permitía. El vehículo de Ehrran estaba bastante atrás y ya no intentaba adelantarles, pero tampoco parecía dispuesto a perder su rastro. A su izquierda sentía las piernas de Tully apretando su cuerpo y al otro lado tenía a Chur. Los tres compartían el asiento trasero del vehículo. Delante iban sentados dos de los guardias mahen, con el conductor. El vehículo de escolta obstruía casi toda la visión delantera, pues iban prácticamente pegados a su parte trasera. La luz que parpadeaba en el techo iluminaba los objetos y a los tres mahendo'sat sentados delante, con una claridad irreal, eliminando el paisaje exterior y despojándolo de todo color propio. Las fachadas de las oficinas y la maquinaria de las grúas pasaban junto a ellos, convertidas en una mancha borrosa.

—Calma —sintió que Tully estaba temblando y le dio una palmadita en la pierna mientras se volvía hacia el—. Estás a salvo, Tully, todo va bien —el traductor había dejado de funcionar hacía unos minutos, al salir de su radio de alcance, pero Tully era capaz de entender algunas palabras por sí solo—. Estás a salvo, ¿me has entendido?

Tully asintió, mirándola como si en realidad fuera incapaz de verla. Sus dedos sujetaban firmemente la bolsa de plástico y tanto Hilfy como Chur habían pegado sus cuerpos al de Tully, lo máximo posible, para mantenerle caliente. El relámpago blanquecino emitido por la luz del vehículo iluminaba la palidez de su piel y su cabello descolorido, convirtiendo sus movimientos nerviosos en algo irreal.

—Yo... —empezó a decir y entonces el vehículo giró bruscamente, oscilando, y les lanzó a todos hacia la izquierda y hacia adelante. Fue tan brusco que la parte trasera del vehículo que las escoltaba llenó todo el campo visual de Hilfy, en tanto que el conductor mahendo'sat luchaba con el volante y los guardias alzaban los brazos para protegerse del impacto. El vehículo giró, patinando, perdido el control y un segundo después se estrelló, como dotado de una perversa voluntad propia, contra el primer vehículo. Luego salió despedido con un chirrido metálico y siguió patinando mientras una rueda era arrancada del eje y daba vueltas sobre las planchas del suelo. Todo se volvió confuso y de pronto se oyó un aullido en el asiento de los mahendo'sat y fue como si un puño les golpeara. El respaldo del asiento voló hacia el rostro de Hilfy y ella extendió la mano hacia Tully justo cuando su cabeza golpeaba el acolchado asiento, el eco de la explosión agitaba todavía el aire y el vehículo oscilaba y, recibía un nuevo impacto.

—¡Están disparando! —gritó Chur y ese grito hizo que la realidad penetrara de nuevo en el cerebro de Hilfy y sus dedos engarfiados se arrastraron hacia el arma que tenía en el bolsillo. Sentía el brazo entumecido, hasta la altura del codo, a causa de un golpe que había recibido durante las oscilaciones y sacudidas del vehículo. Ahora se habían detenido. La ventanilla delantera estaba hecha pedazos, el conductor se había derrumbado sobre el panel de control pero los dos guardias seguían vivos. — ¡Quédate dentro! —estaba gritando Chur desde el otro lado, mientras un guardia luchaba para abrir la portezuela. Algo golpeó el vehículo y una flor de fuego desplegó sus pétalos al otro lado de la ventanilla. Hilfy logró sacar por fin el arma cuando una humareda plateada penetraba por la portezuela con un acre aroma de ozono. La puerta, en posición manual, se abrió lentamente y luego volvió a cerrarse tras haber dejado entrar una buena dosis de humo. El mahe cayó al suelo entre una salva de disparos y la humareda le hizo invisible. Su compañero disparó desde el interior del vehículo y algo les golpeó de nuevo, hubo otra flor de fuego y un estruendo ensordecedor.

—¡Hilfy! —Tully tiraba de ella mientras desde el otro lado, le llegaba un soplo de aire fresco. Chur había logrado abrir la portezuela por el lado que no estaba expuesto al fuego y había salido del vehículo. Hilfy miró fugazmente hacia el otro lado y empezó a disparar una y otra vez hacia el confuso remolino de negras capas kif que distinguía entre el humo, pensando a cada disparo que después de acabar con ellos saldría del vehículo.

De pronto, unas manos la agarraron por la cintura de los pantalones y tiraron de ella. Lo hacían con tal fuerza que la arrastraron por encima del asiento, mientras seguía disparando. Un brazo le rodeó la cintura y la hizo salir por la portezuela. Logró disparar un par de veces más. Tully intentó llevarla en brazos, pero Hilfy se liberó con un manotazo, se puso en pie y echó a correr, con Tully al lado y Chur...

Otra explosión junto a ella y se encontró volando por los aires. Las placas metálicas del suelo parecieron materializarse repentinamente bajo sus manos y su rostro. Algo muy pesado cayó sobre ella y se quedó inmóvil.

Se encontró corriendo por un espacio despejado, moviendo frenéticamente las piernas, sin saber cómo había llegado hasta ahí o adonde iba. De pronto, una viga grisácea apareció ante ella y golpeó el hombro y la hizo girar en redondo. Perdió el equilibrio, pese a sus esfuerzos, y se desplomó sobre Tully, que la rodeó con sus brazos. Pensó vagamente en buscar un refugio, pero seguía cayendo. Unos instantes después se encontró reptando a lo largo de la base de una grúa. Notaba la aspereza de los remaches metálicos contra la piel. Se agarró al duro borde y, con un esfuerzo, buscó su protección. Una vez lo hubo conseguido se quedó inmóvil. En lo alto se veían nubes de humo y luces rojas que parpadeaban dando la alarma, tiñendo de rojo las vigas y el humo por un igual. Oía ruidos lejanos que apenas sí podía distinguir, debido al zumbido continuo de sus orejas y sentía también leves y distantes dolores. Vio el rostro de Tully, convulsionado por el cansancio y el dolor.

—¿Chur? —dijo Tully, apoyándose sobre el codo para mirar hacia atrás. Y luego, con voz aterrada, repitió—. ¿Chur?

Hilfy, con un esfuerzo, logró rodar sobre sí misma para volverse hacia la humareda que lo oscurecía todo, se frotó los ojos e intentó ver u oír algo.

—¡Chur! —gritó.

La humareda rojo grisácea se apartó por unos segundos para dejarles ver un confuso grupo de vehículos, siluetas que corrían y disparos que parecían venir de varias direcciones a la vez. Oyó el tenue chasquido de las órdenes pronunciadas en el idioma de los kif y se encogió al ver que un disparo daba en las vigas de la grúa. Tanteó su bolsillo en busca del arma, pero ya no estaba ahí.

—Hilfy... —exclamó Tully, atrayéndola hacia él, en tanto que un grupo de kif pasaba corriendo junto a la grúa en busca de una posición más ventajosa.

—¡Oh, dioses! —jadeó ella—. ¡Maldita sea, estamos detrás de la línea equivocada!

En el muro que tenían a su espalda, se estrelló una salva de disparos que hizo rebotar sobre ellos un diluvio de cascotes y fragmentos metálicos. Hilfy se agachó y a la primera pausa del tiroteo cogió a Tully de la camisa, se puso en pie y echó a correr con él, aprovechando la protección que le ofrecía la humareda. Pero la humareda no estaba disipándose tal como debería hacerlo. Los ventiladores no estaban funcionando y, de pronto, su maltrecho y golpeado cerebro comprendió que estaban aislados. Las puertas de aquella sección se habían cerrado.

—¿Dónde? —gritó Pyanfar por el comunicador como si el volumen fuera capaz de ayudaría, muy consciente de Tirun, Khym y Geran a su espalda y de que en el resto del puente reinaba un profundo silencio—. ¿Cómo que «nada de moverse»?

¡Maldito inútil! ¿En qué parte del muelle? —sentía un confuso parloteo en su oreja. Giró en redondo al distinguir un movimiento con el rabillo del ojo y vio a Haral que entraba corriendo en el puente y agitó furiosamente la mano hacia su tripulación—
¡Armas! ¡Rápido!

—Sello sección conectarse —estaba diciendo el funcionario mahen en su oído—. No posible kif huyan, esperar informe y...

—Tiene que darnos la autorización para entrar en esa sección. ¿Me ha oído?

—Funcionario no tengo autoridad.

—¡Pues consígala! —interrumpió la conexión dejándole en mitad de una frase y apartó con un empujón a Khym. Geran ya había abierto el compartimiento de las armas—. Coge los rifles —le dijo. Tenían rifles aunque fueran ilegales y nunca le hubieran declarado su posesión a las autoridades portuarias.

—Bien —dijo Haral y salió corriendo.

—Pyanfar... —dijo Khym.

Pyanfar conectó los controles automáticos, giró en redondo y echó a correr. Khym iba detrás suyo, pero esta vez no tenía ningún deseo de impedirse. Quería contar con él, al menos en este lío.

Las enormes puertas de la sección estaban cerradas y las luces color rojo y ámbar, que parpadeaban en la superficie metálica, atravesaban el humo que llegaba incluso hasta allí. Las sirenas gemían, despertando un sinfín de ecos en la inmensidad del muelle.

—Están cerradas, tienen puesto el sello —dijo Hilfy con voz ahogada y los ojos llenos de lágrimas a causa del humo. Sostenía al humano que, a su vez, la sostenía a ella. Eran dos siluetas abriéndose paso por entre el laberinto de pasajes y compuertas del muelle, intentando obtener el aire suficiente como para rebasar la línea de fuego—. No podemos salir... ¡Tully, para!

De pronto se oyeron disparos que venían de otra dirección. Hilfy le dio un empujón y le hizo perder el equilibrio. Se tambalearon y cayeron sobre un recipiente que resonó con un tañido metálico. Hilfy quedó sentada en el suelo con un fuerte golpe, en tanto que Tully se derrumbaba con un gemido ahogado. Su cuerpoapestaba. Tully giró sobre sí mismo agarrándose el brazo y ella siguió tirando de él, con las garras bien sujetas a la tela de su camisa, intentando llegar hasta la esquina.

—¡Oh, dioses!, ¡ojalá hubiera algún refugio allí!

Vio que había una especie de callejón utilizado para la carga y en él una puerta con una luz blanca encima. ENTRADA DE SERVICIO, decía un maltrecho letrero, COMPAÑÍA ROHOSU. Junto al cartel se veían frases garabateadas en mahen, oscuramente obscenas. Hilfy intentó abrir la puerta, pero estaba tan cerrada como todas las que habían encontrado desde que empezaron a sonar las alarmas.

Desesperada, apretó el timbre y golpeó con los puños la sólida superficie de acero.

—¡Abrid, malditos seáis! ¡Somos hani! ¡Dejadnos entrar!

No obtuvo respuesta alguna. Tully estaba farfullando algo ininteligible. Sirenas. También ella las había oído, muy lejos, al otro extremo del muelle. Hilfy se dejó caer al suelo junto a él, le apartó la mano con que se tapaba el brazo y torció el gesto, ante la herida que era apenas visible a la tenue luz del callejón. Los bordes estaban ennegrecidos y sangraba con abundancia. Hilfy agarró el faldón de su camisa y arrancó una ancha tira de tela, la apretó con todas sus fuerzas sobre la herida. Luego arrancó otra tira para atarla encima.

—Calma —jadeó. Tenía que seguir hablando, aunque dijera tonterías, para que no cediera al pánico—. Calma, te encuentras bien, no es nada, estás bien... ¿me has entendido?

Tully se derrumbó contra la pared con el rostro ceniciento. La mano del brazo herido temblaba violentamente y, a medida que su organismo se conmocionaba, los temblores se fueron extendiendo a todo su cuerpo. Pero seguía escuchándola y sus ojos no se apartaban de ella, registrando todos sus actos y miradas.

—Escucha —le dijo—, escucha, la estación ya se ha dado cuenta de lo que pasa. Y la *Orgullo*. Ya se habrán enterado también. La capitana hará algo, puedes estar seguro de que Pyanfar conseguirá ayudarnos..., ¿entiendes?

—Pyanfar viene.

—Puedes apostar a que vendrá. Todo va bien, ¿eh? —acabó de anudar el vendaje alrededor del brazo y le puso la mano encima para que lo sostuviera bien apretado, mientras ella tiraba del nudo con todas sus fuerzas y Tully murmuraba algo en su lengua. No había traductor. La cinta del traductor estaba con sus ropas, en la bolsa. Con los documentos. En el vehículo destrozado. Con Chur.

—Hilfy... —Tully tenía los ojos vueltos hacia la boca del callejón y su cuerpo estaba muy rígido. Hilfy miró en esa dirección.

Entre el humo teñido de rojo se veían moverse unas sombras que ahora se habían detenido y estaban conversando en voz baja. Eran capas negras, altas siluetas de hombros encorvados.

Tully se apartó un poco, intentando salir de la luz que proyectaba la puerta. Hilfy se apartó también de ella, con toda la cautela que le fue posible, acercándose a Tully y pasándole los brazos alrededor del cuerpo para esconder su pálida piel con el rojo oscuro de su pelo, intentando ocultarse al máximo entre las sombras. Sentía el temblor de su cuerpo y cuando su mente pensó en los kif el estómago se le retorció en un nudo helado.

Les gustaba cazar de noche, era lo que preferían. Y Tully con su camisa blanca, con el pelo claro, con la piel aún más clara que el pelo debía resultar muy visible.

Hilfy le apretó con más fuerza.

Miró hacia la boca del callejón y vio que habían dejado de hablar. El grupo se dispersaba, estaban a punto de irse.

Y entonces uno de ellos miró hacia donde se escondían.

—¡Abrid esa maldita puerta! —gritó Pyanfar, golpeando con la culata del rifle la ventanilla transparente, consiguiendo que el asustado mahendo'sat que se encontraba al otro lado empezara a gritar también amenazas medio incomprensibles—. ¡Orden directa del Personaje! ¡Abrid ese sello!

—Au-to-má-ti-co —le respondieron a gritos por el comunicador, articulando con evidente dificultad la jerga común. Era una estación mahen y la mitad del personal mahen jamás conseguía dominarla con fluidez.

—¡Personaje! —gritó a su vez Pyanfar utilizando el dialecto mahen normal.

La respuesta fue incomprensible. Ese mahe y ella no hablaban el mismo dialecto.

Sombras cubiertas con capas negras llenaban el callejón. Eran siluetas oscuras y carentes de rasgos que se movían a la pálida luz del hueco de la puerta. Hilfy se incorporó con un gran esfuerzo. Tully intentó imitarla y ella tuvo que agarrarle por el brazo bueno para darle, al menos, esa oportunidad.

—Corre si puedes —dijo Hilfy en voz baja, pensando que quizá pudiera abrirle un hueco por el cual escapar. Pero Tully sabía tan pocas palabras—. Los kif se acercaron a ellos y Tully se apretó aún más contra su cuerpo, buscando protección. Intentaría luchar pese a su carencia de garras, pese a que no tenía ninguna ventaja y de que ni tan siquiera era capaz de correr más que un kif. Y era a Tully a quien deseaban vivo, de eso no le cabía duda. Tengo garras —le dijo con voz jadeante—, y tú no. Corre, ¿me entiendes?

Los kif estaban ya casi encima de ellos y seguían manteniendo su círculo.

—No te haremos daño —dijo uno de ellos—. Estás donde no debes, joven hani. Te lo aseguro. Si tuvieras un arma ya la habrías utilizado, ¿verdad? Pero no somos enemigos tuyos.

—¿Quién eres? —había percibido al fin el origen de la voz.

Era más alto que los otros kif y su capa era de una tela más fina. Hilfy se apartó un poco de Tully, intentando mantener un poco de espacio entre los dos mientras los kif se acercaban un par de pasos más y, en ese momento, creyó adivinar el nombre de quien le hablaba.

—Sikkukkut, de Punto de Encuentro. Te acuerdas de mí, joven Chanur. No tengo ningún deseo de hacerte daño y a él tampoco. Y somos demasiados. Ven aquí, sé razonable.

Los kif dieron un paso hacia ellos, moviéndose todos a la vez.

—¡Corre! —le gritó a Tully, girando sobre sí misma y lanzándose hacia adelante, utilizando sus garras para hacer caer de bruces a un kif contra la pared—. Corre, ¡por

todos los dioses!, corre.

De pronto una tela oscura le tapó los ojos para apartarse un segundo después cuando Tully hizo caer a quien la había cogido. Hilfy aprovechó la confusión para golpearle en la cabeza.

Pero unas garras kif cogieron a Tully por el hombro mientras otro kif le sujetaba el brazo.

—¡Malditos! —gritó Hilfy intentando apartar al kif que ya tenía encima. Pero otros dos la cogieron por los brazos y unos dedos se estrellaron salvajemente contra su cuello.

La puerta se abrió con un golpe seco para revelar el caos y el destello de las luces rojas sobre la humareda que los ventiladores se negaban a dispersar. Los chorros de luz iban y venían. Era un parpadeo continuo que le daba a la escena el aire de una loca pesadilla.

—¡Dioses! —musitó Geran. El origen de la confusión era evidente. Un grupo de luces blancas que emitían sus rayos verticales, por entre el humo, al otro lado del muelle. Pyanfar echó a correr la primera, sosteniendo el rifle entre las dos manos.

—No, esperar —era el oficial mahen que había logrado abrir la puerta. ¡Hani, debes esperar! —pero Geran estaba a su lado, corriendo un poco más aprisa que ella y ganándole terreno lentamente. Geran, siempre tan veloz, con su hermana Chur en el centro de la confusión.

Un disparo láser atravesó la humareda. Pyanfar alzó el rifle y disparó sin dejar de correr. Geran hizo lo mismo, sin demasiada puntería pero con la suficiente rabia como para compensar esa falta de habilidad. A su espalda se oyeron más disparos, mientras el funcionario mahen les gritaba que se pusieran a cubierto.

Khym gritó algo que la inmensidad del muelle distorsionó hasta convertirlo en un rugido sediento de sangre. Unos instantes después hubo una salva de disparos procedente de los kif que se encontraban junto a los vehículos destrozados. Pyanfar se desvió a un lado. Recordó, de pronto, que Khym estaba detrás de ella y sintió que el corazón se le paralizaba un segundo a causa del temor mientras intentaba cubrir lo mejor posible su ciega carrera hacia adelante.

Pero Khym se detuvo junto a ella, jadeando, con un rechinar de garras sobre el suelo metálico, con la pistola alzada rápidamente y en busca ya de sus blancos, en tanto que Tirun se ponía a cubierto. Geran y Haral se habían refugiado con el mahendo'sat en un montón de recipientes. Los disparos hicieron saltar fragmentos de plástico y los tres se vieron obligados a bajar la cabeza.

Entonces algo se movió al otro lado y por un instante el chasquido de los disparos resonó locamente por encima de ellas. Voces mahen, que lanzaban lejanos aullidos de satisfacción, hicieron que Pyanfar se arriesgara a sacar la cabeza por un segundo y

volviera a esconderla enseguida. El tiroteo era infernal y parecía venir de doce direcciones distintas a la vez, tanto alrededor de los vehículos, como de lo alto del muelle.

Geran disparó rápidamente tres veces junto a ella y Haral la imitó.

—¡Esos que disparan son mahen! —gritó Haral, viendo algo mejor que ella desde su situación. Pyanfar se arriesgó a echar otra mirada y vio disparos del otro lado. Un segundo después abandonó su refugio para echar a correr hacia los vehículos, dándose cuenta de que por entre ellos salía una continua rociada de fuego, dirigida hacia el otro lado del muelle.

Su brusca aparición sorprendió a los mane que se parapetaban entre los vehículos y una silueta hani medio oculta entre ellos se volvió rápidamente hacia Pyanfar con las orejas hacia atrás.

Era Ehrran.

Pyanfar se dejó caer entre ellos, cogió a la tripulante de Ehrran por el hombro y la sacudió fuertemente, mientras Geran y el resto iban llegando.

—¿Dónde está Chanur? —le gritó Pyanfar casi al oído—. ¡Maldita sea!, ¿dónde está?

La tripulante de Ehrran señaló sin decir palabra a una hani tendida sobre el suelo y Pyanfar sintió que el corazón le daba un vuelco, mientras Geran se dirigía a rastras hacía su hermana.

—¿Dónde está el resto? —gritó Pyanfar y un enorme brazo hani apareció por detrás de ella y agarró un mechón de barba hani.

—¿Dónde están? —gritó Khym y la tripulante de Ehrran agitó la mano señalando frenéticamente hacia el muelle.

—Corrieron. Se fueron corriendo. Deben estar por ahí, no sé dónde.

Pyanfar le soltó el hombro con un feroz empujón y fue hacia Chur.

Chur estaba viva. Le habían puesto algo bajo la cabeza, para que no descansara directamente sobre el metal del muelle y la herida, que había rodeado su cuerpo con un charco de sangre, estaba ya cubierta de un antiséptico reluciente que había detenido la hemorragia. Geran se inclinaba sobre ella, sosteniéndole la mano, con el rostro lleno de algo que era mucho peor que el miedo.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó Pyanfar.

—Duele —respondió Chur, moviendo a duras penas los labios. Sus ojos se habían convertido en dos ranuras—. ¿Dónde están Hilfy y Tully?

—No lo sabemos. ¿En qué lugar los perdiste de vista?

Un débil gesto de cabeza, un intento de señalar con el dedo.

—Perdí el sentido —dijo. El dedo no parecía señalar ningún punto determinado del muelle—. No lo sé.

Pyanfar se volvió hacia las demás siluetas que se agazapaban a su alrededor.

—Ese paquete de documentos... Tully lo tenía. Registrad el vehículo.

—Tengo yo —dijo Chur con voz pastosa, tanteando débilmente con las manos junto a su cuerpo, como si intentara tocarse la cabeza, Pyanfar creyó que estaba delirando, pero un segundo después reconoció el objeto sobre el que yacía la cabeza de Chur y que ésta intentaba coger con gestos débiles. Era la bolsa de Tully.

—¡Dioses! —dijo Pyanfar con la voz a punto de quebrarse—. Geran, quédate con ella y cuida de la bolsa. Enseguida tendrán una ambulancia aquí.

—Kshshti no —dijo Chur—. *Orgullo.*

Por un instante Pyanfar no logró entender lo que decía y luego le apretó el brazo.

—No vamos a dejarte aquí, ¿entiendes?

—Entiendo —dijo Chur, cerrando los ojos con un suspiro.

—Quédate con ella —le repitió Pyanfar a Geran—. Les encontraremos —se puso en pie intentando no asomar por encima del vehículo, porque aún se oían tiros de vez en cuando y con una seña les indicó a Tirun, Khym y Haral que fueran con ella hasta donde se encontraban los mahen. Pyanfar cogió a uno del brazo y le hizo dar la vuelta —. Hani, ¿has visto hani?

—No visto —dijo él.

—¿Y a un alienígena?

—No visto.

Pyanfar retrocedió un par de pasos y alzó la mirada para ver que ya estaban llegando los vehículos de emergencia y los altavoces empezaban a sonar por encima de las sirenas en una cacofonía casi inteligible. Evacuar, logró entender, evacuar... no seguro.

Tenía la esperanza de que esa orden de evacuación se limitara a quienes no guardaban relación directa con el embrollo. Era posible que todo ese sector de la estación hubiera sido desestabilizado por las repetidas explosiones, pero entre el griterío de los mahendo'sat y el estruendo de las sirenas era imposible saberlo con seguridad. Pyanfar irguió la cabeza ya que el tiroteo había cesado y un segundo después se agachó de nuevo, pues su tripulación tiraba de ella, aunque no se había oído ninguna detonación.

—Creo que todo ha terminado ahí fuera —les dijo, cogiendo a Haral por el brazo —. Mete a Chur en una ambulancia. Geran debe seguir con ella, pase lo que pase.

—Bien —dijo Haral. Se dio la vuelta disponiéndose a obedecer y se quedó helada, de tal modo que Pyanfar se volvió también hacia ella y vio que un grupo de hani había aparecido entre los vehículos de emergencia, varias siluetas con pantalones negros y otras con pantalones azules. El ver a las primeras le hizo sentir cierta esperanza, que fue rápidamente extinguida al comprender quiénes vestían de azul.

—Ayhar —escupió Pyanfar, echando a correr y gritando un segundo después—.

¡Ehrran! —entre el grupo se encontraba Rhif Ehrran y Pyanfar corrió hacia ella sintiendo una confusa mezcla de miedo, ira y esperanza. Evitó por muy poco a los camilleros y a un equipo de extinción de incendios que iba hacia los vehículos destrozados. Rostros hani se volvieron hacia ella, incluidos los de Banny Ayhar y Rhif Ehrran.

—¡Chanur! —gritó Ehrran yendo hacia ella—. ¡Por todos los dioses!, Chanur, realmente has tenido que echarlo todo a rodar, ¿no?

Pyanfar fue frenando su carrera hasta convertirla en un mero paso rápido. Una mano le agarró el brazo, pero Pyanfar se soltó con una brusca sacudida.

—Capitana —le suplicó Tirun—. No.

Pyanfar se detuvo, sin dar un paso más. Y Ehrran tuvo el suficiente sentido común, para detenerse también fuera de su alcance. Tirun estaba a un lado de ella y Khym al otro.

—¿Dónde están? —le preguntó a Ehrran.

—No lo sé, ¿por los dioses? —dijo Ehrran, con la mano sobre la pistola que colgaba de su flanco y los ojos rodeados por círculos blanquecinos—. ¡Maldita sea!, Chanur...

—Intenta ser útil. Necesitamos gente para buscarles. Pueden haberse refugiado en cualquier lugar de los muelles.

Ehrran agitó las orejas nerviosamente. Se volvió y alzó la mano dirigiéndose hacia su grupo.

—Desplegaros y mantened los ojos bien abiertos. Tened cuidado.

—En marcha —le dijo Pyanfar a sus tripulantes, que le obedecieron sin perder ni un segundo.

Hilfy movió primero un dedo y luego la mano entera. Recobró de nuevo la conciencia y recordó a los kif. Notaba ahora el omnipresente olor a kif que la rodeaba. Intentó mover el brazo entero y luego agitó los dos brazos con un jadeo aterrorizado. Abrió los ojos y descubrió un techo grisáceo con muros de acero desnudo y luces. Recordó vagamente una sacudida que no había llegado a oír del todo. Sus brazos habían quedado enredados en algo, sus piernas aprisionadas... el vehículo. ¡Oh, dioses!

Volvió la cabeza y las luces se agitaron en una confusa oleada. Luego, centró los ojos en una luz muy brillante y en un grupo de kif que rodeaban una mesa, con algo pálido tendido sobre ella. Algo pálido cuyo tamaño era el de un humano.

Hilfy intentó moverse y descubrió que algo la tenía atada a una superficie. Tenía los brazos tapados con mantas, pero no podía quitárselas. Oyó otro crujido de maquinaria e identificó los escudos que se reflejaban y todos los sonidos familiares, vio cómo los kif alzaban la mirada con cierto nerviosismo y luego volvían a su

trabajo. ¡Clank! ¡Thump!

Oyó los sonidos de una nave que estaba soltando sus abrazaderas. Los kif seguían concentrados en la mesa donde yacía Tully y en ese instante la gravedad cambió. Siseos y el chasquido metálico de los kif hablando entre ellos. Hilfy cerró los ojos y cuando volvió a abrirlos la pesadilla seguía siendo real.

Pyanfar se detuvo y miró a su alrededor, moviendo bruscamente el rifle, al oír que algo se acercaba por entre las luces destrozadas a tiros y la confusión de maquinaria. Una silueta hani apareció recortándose contra las luces lejanas, de la zona que no había sufrido daños.

—Capitana —gritó Haral, mientras resonaba el eco de su voz. Su primera oficial se detuvo, jadeando para recobrar el aliento, apoyándose en la pata de una grúa—. La *Harukk* acababa de salir del muelle. Los mahendo'sat han informado ahora mismo de ello.

Pyanfar no le respondió. No había palabra alguna que le pareciera adecuada en esos momentos. Lo único que hizo fue colgarse el rifle del hombro y echar a correr hacia la zona donde se estaba desarrollando la búsqueda, pensando en que quizás allí pudiera encontrar alguna ayuda.

Habían partido.

—Tully —dijo Hilfy. La tensión impuesta por la gravedad era considerable y le resultaba difícil respirar. Los kif habían salido por una puerta lejana, dirigiéndose a una zona más protegida, pero habían dejado a Tully tendido sobre la mesa, sin manta y sin ninguna protección contra el frío—. Tully.

Pero él seguía inmóvil. Finalmente Hilfy abandonó todo intento de hacerle recobrar la conciencia, pensando que los kif habrían remendado un poco lo peor de sus heridas. Tenían por delante una prolongada aceleración y luego un salto, y querían que su prisionero se mantuviera con vida, al menos durante todo ese tiempo.

Pero ella... pensó que ella era algo muy distinto. Había muchos kif que tenían cuentas pendientes con el clan Chanur.

¿Adónde iban ahora? Hilfy intentó evocar el mapa en su cabeza. Lo más probable era Kefk... Kefk, dentro del territorio kif. Podían llegar hasta ahí dando sólo un salto.

La nave entera tembló durante un segundo. Nos han dado, pensó, sintiendo por unos instantes la loca esperanza de que alguien, no sabía cómo, hubiera logrado interceptarles a tiempo. Pero un segundo después la gravedad se hizo todavía peor que antes. Habían soltado la carga. No, no podía ser eso. Hilfy recordó la silueta de la *Harukk*, las esbeltas y malignas líneas de su casco atracado en Punto de Encuentro. Debían ser los depósitos falsos que acababan de volar, dejando a la *Harukk* reducida

una vez más a lo que era. Una nave de caza.

Ahora, nada podía alcanzarles.

—¿Cuánto hace? —le gritó Pyanfar al mensajero y la alta silueta del mahe retrocedió un paso.

—Hace pronto, pronto —el mahe apoyó las manos sobre su pecho—. Yo mensajero, capitana hani, tener recibida comunicación, ir oficina Personaje, decir yo traer ti.

Pyanfar agitó la mano en un gesto feroz que no iba dirigido a nada en concreto, se dio la vuelta y encontró a Rhif Ehrran bloqueándole el camino.

—¿Y bien, Chanur? ¿Tienes algún plan brillante?

—¡Si no hubieras venido al muelle, si no hubieras dejado sin tripulación a la única nave capaz de darles caza, maldita imbécil!

—¿Para qué debía hacer eso? ¿Para salir detrás de una nave de caza con rumbo a Kefk? Eres tú la imbécil, Chanur, y habrá un informe completo de todo esto. Créeme cuando te digo que lo habrá.

—¡Py, no! —fue Khym quien logró cogerle del brazo a tiempo y hacerla retroceder, impidiendo que su ira la impulsara a hacer algo de lo que luego quizá se habría arrepentido. Pyanfar se irguió lentamente contemplando a Rhif Ehrran y a su tripulación, que había avanzado hasta flanquear a su capitana.

—Capitana —dijo un mahe, interponiéndose entre los dos grupos—. Capitana, Personaje quiere ver, rápido, por favor, rápido. Tengo vehículo.

Pyanfar le entregó el rifle de un manotazo a Khym, giró en redondo y surgió al mahe cruzando el muelle cubierto de escombros metálicos. Era vagamente consciente de que Haral iba a su lado, en tanto que Tirun y Khym apretaban el paso para reunirse con ellas.

—Chanur —era una voz hani, una silueta corpulenta apareciendo de pronto a su lado—. Chanur —Banny Ayhar la cogió del brazo e intentó detenerla.

Pyanfar apartó sus dedos de un manotazo.

—Sal de mi camino, Ayhar. Ve a lamerle los pies a Ehrran.

—Escúchame, Chanur —Ayhar logró cogerle del brazo con toda su fuerza y su corpachón se interpuso en su camino—. ¡Lo siento! ¿Quieres un pasaje en mi nave?

Pyanfar se quedó muy quieta y sus ojos se clavaron en el ancho rostro de Banny Ayhar.

—¿Te contrató ella?

—No.

—Entonces, ¿quién fue?

—Oye, Chanur...

Pyanfar se fue, dejándola inmóvil a su espalda.

El ascensor abrió sus puertas para darles acceso al lugar donde Tully e Hilfy tendrían que haber llegado. Los niveles superiores de seguridad estaban llenos de centinelas que parecieron algo nerviosos ante la brusca aparición de un grupo de hani con el pelaje manchado de sangre, armadas con rifles, y en mitad de las cuales había un macho.

Pero todas las puertas se fueron abriendo, ante el grupo, sin la menor protesta. Las puertas, como correspondía a los arquitectos de Kshshti, preocupados antes que nada por lo útil, eran de acero grisáceo, muy gruesas y, de vez en cuando, estaban custodiadas por centinelas armados.

Estrellas y oscuridad. Pyanfar no se daba cuenta de la imagen que tenía delante porque su mente estaba muy ocupada recordando a la nave de caza kif que habían visto en el muelle de Punto de Encuentro, rápida y letal, de líneas afiladas como un cuchillo. Esa nave estaría ahora dirigiéndose hacia el nadir de Kshshti y hacia el punto de salto, alcanzando una fracción continuamente incrementada de la velocidad de la luz. El centinela le hizo una sena y Pyanfar caminó hacia las puertas que se abrieron ante ella.

Y por último entraron en una estancia sumida en la penumbra. En el centro de la misma había un panel de plastiaceró tras el cual se veía brillar una luz violeta. En la parte de la habitación iluminada con luz blanca se hallaba un escritorio y dos mahendo'sat estaban junto al mismo. En la parte iluminada con luz violeta se veía una enorme silueta parecida a la de una serpiente que se movía incesantemente, retorciéndose tras el panel que se volvía transparente a partir de la cintura.

Tc'a. La imagen del respirador de metano la hizo quedar medio paralizada de estupor y Pyanfar se detuvo sin darse cuenta de que lo hacía. La barrera de plastiaceró parecía muy frágil y esa silueta que las hani se habían acostumbrado a distinguir confusamente en una pantalla de vídeo, era aquí tan detallada que resultaba vagamente amenazadora, demasiado próxima. Era una piel arrugada que recordaba al cuero, con ojos grandes como puños que ardían con una fosforescencia dorada. El número total de ojos ascendía a cinco y estaban agrupados en torno a una complicada boca que a la vez era capaz de manipular instrumentos y de la cual entraba y salía constantemente una lengua veloz como un dardo. El cuerpo no paraba de retorcerse de un lado a otro, tal y como hacían siempre los *tc'a*.

—Estimada capitana —dijo la Voz, en un tono mucho más respetuoso y apagado del normal en ella—, le presento al Personaje Toshena-eseteno, maestre de la estación situada a este lado de Kshshti; y al Personaje Tt'om'm'mu, maestre de la estación situada en el lado de metano.

—Honorables... —murmuró Pyanfar, pensando que el *tc'a* por sí solo ya merecía

que se empleara varias veces el plural... y que los dioses ayudaran a los psicólogos.

La silueta con forma de serpiente se acercó al plástiacero y pegó sus cinco ojos anaranjados al panel para ver mejor. Del comunicador brotó un gemido compuesto por cinco voces al unísono que surgían de un cerebro multisegmentado, en tanto que un monitor situado bajo el panel mostraba una matriz resplandeciente en su pantalla:

tc'a tc'a hani hani mahe kif kif
chi chi quedar quedar quedar marchar marchar
unidad unidad ira ira ira marchar marchar
quedar quedar quedar quedar quedar marchar mensaje

—Le doy las gracias al Personaje tc'a. ¿Qué mensaje?

—Kif —el Personaje manen se puso en pie lentamente tras el escritorio en tanto que sus abundantes pliegues de tela parecían ordenarse por si mismos. Vestía con una severidad que no se asemejaba en nada a la de otros Personajes que Pyanfar había encontrado antes. Le tendió un papel con su propia mano y Pyanfar lo cogió—. Esto venir de *Harukk* —dijo el Personaje utilizando sus propios labios y no a la Voz—. Las tres naves kif han partido. Tenemos dos naves mahen dando caza.

—¿Disparos?

—No disparos.

Pyanfar luchó con una breve pero horrible duda sobre si debían contenerse, con rehenes o sin ellos. La seguridad de los rehenes. Si fuera la *Orgullo* quien estuviera detrás de ellos. Pero, con un esfuerzo, apartó esa idea de su mente y desdobló el papel.

—*Cazadora Pyanfar, decía. Cuando el viento sopla debes tender tus redes. Mi red nos ha traído fortuna a los dos. Si tu sfik insiste en verme, Mkks es terreno neutral. Allí puedes reclamar lo que es tuyo.*

—Están en su poder —le dijo a su tripulación y le entregó el papel a Haral. *Mkks. Zonas Disputadas, pero no Kefk, en territorio kif.*

Un cebo, situado de tal forma que pudiera morderlo con facilidad.

—Yo orden —dijo el Personaje—, nave mahen seguir ese kif. Ir *Mkks*. Intentar influencia.

—¡Influencia! ¿Cuánta influencia se puede usar con un kif que ya ha conseguido lo que deseaba?

El Personaje agitó levemente la mano como quitándole importancia a su pregunta o indicando que eso no le concernía. Pyanfar se quedó inmóvil con el pulso atronando en sus oídos, sintiendo una inmensa desesperación. No obtendría nada que fuera en contra de los intereses mane.

—¿Tú seguir ese kif? —le preguntó el Personaje—. ¿O tú ir Maing Tol?

¿Cuál de los dos caminos hará que mi nave quede reparada, Honorable? Pero no dijo eso y sus ojos fueron hacia el plastiadero tras el cual el tc'a giraba incesantemente trazando figuras carentes de sentido. Luego se volvió nuevamente hacia el mahendo'sat de austero ropaje.

—¿Alguna sugerencia al respecto?

El Personaje empezó a hablarle en mahen.

—Capitana hani —dijo la Voz—, que el kif use un proverbio quiere decir que ha sacado provecho de la confusión de otros. Quizá no plan. Quizá tiene otro motivo. Ese Sikkuk-kut... —la voz movió levemente los pies y cruzó las manos a su espalda—. Perdón. No tengo palabra hani cortés. *Haio-noja*. Quiere buscar posición número uno.

—Conozco esa palabra pero no a ese kif. Nadie puede conocer a un kif excepto otro kif.

Otro intercambio de palabras entre el Personaje y la Voz.

—Personaje —dijo la Voz—, quiere hacer esto delicado. Yo confieso falta habilidad.

—Pues dilo con sencillez. La cortesía ya la pondré yo.

—Pregunta qué más tú tienes ese kif quiere.

—No lo sé.

El tc'a emitió un gemido.

chi	tc'a	hani	hani	kif	kif	kif
quedar	avisar	datos	datos	querer	tiene	quiere
tc'a	kshshti	mkks	mkks	mkks	kefk	akkt
miedo	avisar	morir	morir	coger	coger	coger

—Información —tradujo Toshena-eseteno.

—¿Qué quiere decir lo de *Kefk* y *Akkt*?

La pantalla se apagó y no volvió a encenderse.

—¿Qué quiere decir eso? —le preguntó al mahe.

—No claro —el Personaje fue hacia el plastiadero y posó la mano sobre él—. No siempre claro, colega tc'a. Avisar ti. Tengo que avisar ti. Cuadrilla... ya trabajando reparar tu nave, ¿Dónde ir?

Pyanfar se mordisqueó el bigote.

—Veinte horas.

—Quizá poder mejor eso.

La pantalla volvió a encenderse y la serpiente gimoteó.

chi tc'a chi knnn hani hani mahe
tc'a hani hani hani mismo otro otro
kshshti kshshti kshshti kshshti kshshti kshshti kshshti
mkks mkks mkks mkks mkks mkks kshshti
ver ver ver ver ir morir quedar
peligro peligro peligro peligro peligro peligro peligro

—¿Qué amenaza? —preguntó Pyanfar. La matriz podía ser interpretada en muchos sentidos a la vez. El ordenador se limitaba a recoger las tonalidades de la respuesta y en algunas ocasiones no aparecía con claridad secuencia alguna—. ¿Los knnn? ¿Qué hani van a morir? ¿Ahora o en el futuro?

El tc'a se apartó del panel.

evitar evitar evitar evitar evitar evitar evitar

—¿Eso es la respuesta o sólo una reacción?

El tc'a pegó su cuerpo al suelo y empezó a ondular. Un chi apareció repentinamente tras el panel. Era un montón de varillas que tendrían el tamaño de una hani y se movían a toda velocidad dejando rastros fosforescentes bajo la iluminación violeta. El chi trepó por la arrugada piel del tc'a y se quedó aferrado a uno de sus flancos, agitando violentamente sus miembros.

La sexta inteligencia reconocida del Pacto. O quizás, un simbiota de los tc'a. Hasta el momento actual nadie había logrado descubrirlo.

peligro peligro peligro peligro peligro peligro peligro

—Calma, calma, tener calma —el Personaje mahen alzó las manos hacia el resplandor violeta y unos segundos después se giró dando la espalda a la luz. Tenía las orejas echadas hacia atrás y la luz relucía como una aureola a su alrededor, convirtiendo su perfil en una masa oscura carente de rasgos.

—Uno de ellos salió rápidamente de Punto de Encuentro —dijo Pyanfar—. Un knnn. También los tc'a se fueron. Hubo problemas y desde entonces no hemos vuelto a saber nada de ellos.

—Knnn vienen y van. Nadie pregunta ellos.

—Entonces, quizá se encuentre aquí.

—Cosas de knnn. No hablar de esto.

—Se apoderaron de las naves humanas.

—¡No hablar de esto! —el Personaje se encaró con ella, convertido ahora en una masa de oscuridad.

Pyanfar agitó las orejas y alzó la cabeza emitiendo un prolongado suspiro que se parecía a un gemido de dolor.

—Mis disculpas —tragó aire por segunda vez y lo expelió en un suspiro no tan prolongado. Tenía la sensación de estarse asfixiando en la atmósfera de aquella habitación—. Será mejor que me vaya, Honorable.

—¿Dónde ir? —insistió el Personaje—. ¿Maing Tol? ¿Mkks?

—¿Quiere decírmelo usted?

—Yo digo, tú no escuchas, ¿cierto?

Pyanfar se vio obligada a reconocer que no era ningún estúpido, desde luego.

Y sumando todo lo que se había dicho en voz alta y lo que no había llegado a expresarse con claridad, no había modo de saber lo que Dientes-de-oro había planeado o hecho. Quizá la avanzada de toda esa información, estuviera concentrada en una nave hani. O quizá Maing Tol no había confiado en la seguridad de Kshshti.

Aquello era como una serie de anillos escondidos dentro de otros anillos que, a su vez, se ocultaban dentro de más anillos. Para encontrar la cola de la serpiente era necesario saber qué extremo de su cuerpo tenía entre manos.

—Tengo órdenes —dijo Pyanfar—, del mahe que me entregó este trabajo. Él confió en mí. ¿Y usted?

El Personaje dijo algo que la Voz no consideró oportuno traducir y luego se volvió hacia el panel, clavando los ojos en Tt'om'm'mu. El tc'a y el chi parecían muy ocupados. El chi no paraba de agitar sus miembros parecidos a varillas sobre la rugosa piel del tc'a. Quizás estuvieran hablando entre ellos, pero no había modo de que un respirador de oxígeno lo averiguara.

El mahe se volvió nuevamente hacia ella.

—Ve adonde quieras. No factura, no tasas muelle. Kshshti regalar.

—Mi gratitud por ello.

El mahe juntó las dos manos en un gesto cortés. El tc'a a Tt'om'm'mu... seguía estando muy ocupado.

—Duele —murmuró Chur. Ahora tenía los ojos algo menos nublados y estaba contemplando el círculo de rostros que se agrupaba alrededor de su lecho—. Quiero... —el resto de la frase resultó ininteligible.

—Le hemos dado un sedante muy fuerte —dijo Geran, sentada en un taburete junto a la cabecera del lecho mientras se inclinaba hacia adelante para acariciar la melena de su hermana. Pyanfar asintió, con las manos metidas dentro del cinturón. Geran había sido informada fuera de la habitación y conocía el contenido del mensaje

—. Aquí el tratamiento es bueno. Los médicos de Kshshti tienen mucha experiencia.

Era una broma, pero el tono en que habían sido pronunciadas esas palabras, resultaba bastante desesperado. Chur intentó sonreír, con los ojos aún cerrados, en un gesto que resultaba tan forjado como la broma.

—Sácame de aquí, capitana. Este maldito puerto es muy aburrido.

—Debes descansar —Pyanfar se inclinó sobre el lecho y apretó levemente con su mano el brazo de Chur—. ¿Me has oído? Volveremos.

—¿Dónde está Hilfy? ¿Y Tully? —los ojos de Chur se abrieron de pronto para contemplarla con una perspicacia muy superior a la que Pyanfar había creído posible unos segundos antes—. ¿Les habéis encontrado?

—Estamos trabajando en ello.

—¡Maldita sea! —Chur intentó moverse y el gesto se transformó en una convulsión de todo su cuerpo—. ¿Dónde están?

—Duérmete. No debes moverte de ese modo.

—Algo anda mal.

—Chur... —Geran le acarició suavemente el brazo, intentando calmarla—. La capitana tiene muchas cosas que hacer. Vuelve a dormirte.

—Lo haré cuando me encuentre en el infierno mahen. ¿Qué ha pasado?

Era imposible mentir. Chur lo habría notado, probablemente. Su presión sanguínea empezaría a subir y subir. Sería incapaz de mantenerse tranquila pensando en ello.

—Mkks —dijo Pyanfar—. Los kif les han cogido a los dos. Un tal Sikkukkut, dice que pretende hacer un trato y quiere que vayamos a Mkks para encontrarnos con él.

—¡Oh, dioses!

—Escúchame bien —y apretó con cierta dulzura el brazo de Chur—. Escúchame, no se ha perdido todo. Tenemos ayuda de los mahendo'sat. Les rescataremos.

—¿Y vamos a dejar que los mahendo'sat se encarguen de todo?

Pyanfar no supo qué responderle y acabó decidiéndose por una mentira a medias.

—Haral, Tirun y yo podemos manejar la *Orgullo*. Están dándose prisa con las reparaciones.

Las orejas de Chur se abatieron sobre la almohada. Tenía los ojos nuevamente cerrados.

—Lo prometiste.

—No puedo hacerlo. Ahora no puedo.

—Mañana estaré ahí. En la nave. Y Geran también.

—Debes descansar.

—¡Hum! —los ojos de Chur se abrieron de golpe—. Los parches aguantarán. Estaré perfectamente para el salto, capitana.

Pyanfar retrocedió un par de pasos y miró hacia Geran.

—Nos veremos en la nave —dijo Geran.

Pyanfar intentó alzar las orejas, pero no pudo.

—Escúchame —posó la mano sobre el hombro de Geran y la hizo levantarse—. Podemos conseguirlo, de veras. Ya sé que es un sitio asqueroso para dejarla, pero... No te separes de su lado, ¿quieres?

—¿Y luego... qué?

Dos hani, varadas en la estación, sin nave. Para eso no tenía respuesta alguna.

—Ya nos veremos —dijo Geran.

Una hani varada en la estación. No, eso no sería mejor. Chur sin Geran.

Jamás se habían separado, ni tan siquiera habían llegado a pensar en esa posibilidad. Si en sus cuerpos quedaba todavía algún nervio intacto, ésa sería la sacudida final.

—Ya nos veremos —apartó la mano de su hombro y se volvió hacia Tirun y Haral, haciéndoles una seña. Khym estaba junto a la puerta. No llevaban rifles. Los habían dejado fuera de la habitación, al cuidado de un médico stsho bastante nervioso, y se habían aseado un poco, en el lavabo contiguo, antes de entrar. Pero sus ropas seguían oliendo a humo, y ese olor se mezclaba ahora con el del jabón antiséptico. La mezcla de olores le estaba revolviendo el estómago—. Chur, no te pongas nerviosa, ¿me oyes? Lo arreglaremos, confía en nosotras.

Pyanfar pensó que Chur estaba dormida, porque no tuvo respuesta alguna.

—Capitana —Geran se había agachado junto al lecho y ahora tenía en la mano una bolsa de plástico blanco. Posiblemente la habían lavado, dado que Chur la había tenido bajo su cabeza mientras estaba en el muelle—. Está aquí dentro. El paquete no ha sufrido daños.

—¡Ah! —Pyanfar cogió la bolsa de plástico y se la metió bajo el brazo. Los kif habían sido capaces de matar por ella y no les habría importado hacer pedazos la estación si lo hubieran sabido. Ni tan siquiera los dos maestros de la estación habían estado enterados de su existencia. Pensándolo bien, resultaba sorprendente lo poco que sabían—. Dale las gracias, ¿quieres?

Dejó la bolsa sobre una consola del puente. En esos momentos no tenía el valor suficiente, como para empezar a revolver entre los objetos personales de Tully. Se limitó a sacar el paquete de documentos y comprobó su contenido.

Estaba intacto, aunque las hojas habían quedado algo arrugadas. De todos modos, las cintas habían sido bien protegidas por sus estuches. Pyanfar lo guardó todo en el compartimento de seguridad y luego cerró el pestillo que sólo podía abrirse mediante un código secreto.

Podía oír sonidos que atravesaban el casco. Eran golpes horribles que llegaban de popa a medida que los obreros iban ejecutando su trabajo y cortaban los circuitos que

iban a reemplazar. Casi una tercera parte de la longitud de la *Orgullo* iba a ser destruida y el estruendo hacía temblar toda su estructura.

—Py... capitana.

Pyanfar alzó la mirada. Khym estaba inmóvil ante ella.

—Cuando hablaste de las que irían a Mkks, no mencionaste mi nombre.

—Khym...

—Puedo llevar cosas de un lado a otro. Puedo encargarme de limpiar la cocina. De ese modo las tripulantes más entrenadas que yo, tendrán las manos libres. ¿No piensas así?

Pyanfar sintió en sus entrañas una oleada de instintos protectores que, un segundo después, cedieron el paso a otras imágenes. Recordaba el brazo de Khym interponiéndose entre ella y Ehrran. Khym, cuyo cerebro había seguido funcionando cuando el suyo había dejado de coordinar.

—Cuando hiciste todo eso en los muelles, fue un buen trabajo —le dijo. Fue hacia él y le dio un golpecito muy suave en el brazo.

—Capitana...

Esta vez no había dicho Py. Pyanfar lo miró y vio en su rostro las huellas de la rabia y del dolor.

—¡Por todos los dioses, no me despidas con eso!

Pyanfar se quedó inmóvil, intentando recordar lo que había dicho o cuáles habían sido sus acciones.

—Estoy cansada —dijo por fin—. Lo siento.

Khym logró mantenerse en silencio.

—Si quieres venir —dijo ella—. Bueno, ¡por todos los dioses!, ya estás metido en esto. Podrás conseguir que te maten junto a nosotros. ¿Estás contento?

Pyanfar giró sobre sus talones y se fue. Cuando la mente se le oscurecía de ese modo no podía hacer nada mejor. Estúpido. ¡Que los dioses le protejan!

Quería a Hilfy, eso era. La vejez había caído repentinamente sobre él y le había hecho muy sensible a todo lo que le recordara a su hija. Toda imagen parecida a la de su propia hija era capaz de herirle profundamente. Su hija... Tahy, la hija que no le había defendido contra su hermano. Hilfy le respetaba, siempre le llamaba *na* Khym. Solía hacerle platos especiales para comer y le mimaba tal y como él tenía costumbre de ser mimado.

¡Maldición!

Pyanfar entró en la cocina, rebuscó en los armarios y empezó a preparar un poco de café, sintiendo que le temblaban las rodillas. No había tenido tiempo de asearse, exceptuando la breve limpieza en el hospital. Y en esos instantes no tenía deseos de hacerlo. Lo único que deseaba era meterse algo dentro del estómago.

—¿Quieres que me encargue de prepararlo? —se ofreció Khym, que la había

seguido—. Siéntate, Py.

Su brazo se tensó para cerrar de golpe la tapa del aparato. Pero en el último segundo la bajó con suavidad y se volvió lentamente hacia Khym.

—La cocina es tuya, sírvete.

—¿Qué cantidad has puesto ahí dentro?

—Sólo para una ración.

Khym añadió más, moviéndose en silencio y con gestos precisos. Así que, después de todo, había logrado crearse un lugar propio. Y si con ello, además, dejaba Ubre a una tripulante para otras tareas, era realmente útil.

El ruido de las reparaciones en la cola ascendió de pronto hasta convertirse en un chirrido lejano.

—Py —Khym le ofreció la taza y Pyanfar la cogió. Luego Khym vertió el resto y tapó las tazas, disponiéndose a llevarlas hasta donde estaban Haral y Tirun.

Pero en ese mismo instante apareció Haral. Acababa de bañarse, sus pantalones de áspera tela azul estaban aún algo mojados. Su barba y su melena, que no se había secado muy bien, te colgaban en húmedos rizos. Llevaba una hoja de papel en la mano.

—¿Para mí? —dijo, señalando una de las tazas, y dejó el papel ante Pyanfar—. Acabamos de recibirlo.

Pyanfar lo miró mientras sorbía pensativamente su taza de gfé.

Vigilancia de Ehrran, *capitana Rhif Ehrran, enviada del han, Inmune*, a El Orgullo de Chanur, *capitana Pyanfar Chanur, nave insignia de la compañía Chanur*:

Este documento sirve como notificación legal de que se va a presentar una queja con relación a una rotura de la Carta, capítulo 12: arriendo de nave; capítulo 22: carga ilegal; capítulo 23: armamento ilegal; capítulo 24: uso de armas; capítulo 25: acciones dirigidas a contravenir la ley del tratado; capítulo 30...

Alzó los ojos hacia Khym, que seguía ocupado en la cocina.

—Se han olvidado de la entrada ilegal en el sistema.

Haral lanzó una seca y breve carcajada y se instaló en el banco. La *Orgullo* se estremeció levemente a causa de las reparaciones y su intento de buen humor murió en un segundo.

—¿Respondemos a eso?

—Así pasaremos el rato —Pyanfar tragó una honda bocanada de aire—. Dormir, descansar, trazar el curso... Estamos dando por sentado que van a sacarnos de aquí.

Los ojos de Haral fueron hacia el reloj y los de Pyanfar, como atraídos irresistiblemente, la imitaron.

—Tully —murmuró Hilfy. La gravedad no había variado y a cada inhalación sentía un burbujeo en la nariz. Algún vaso sanguíneo debía haberse reventado,

añadiendo una nueva incomodidad a las que ya la abrumaban. Su cuerpo era una masa palpitante de dolores. Quizá siguiera sangrando pero, en su posición, le resultaba imposible comprobarlo y la manta que la cubría se encargaría de ir absorbiendo la hemorragia, si es que la había.

Tully seguía inconsciente. Hilfy le hablaba de vez en cuando, con la esperanza de que hubiera despertado y fuera posible hacerle saber que todavía le quedaba una amiga. Pero Tully no respondía. Era muy posible que le hubieran administrado una droga para mantenerle sin sentido o quizá, sencillamente, no había logrado salir todavía de la inconsciencia causada por sus heridas. Sus instintos deseaban echarse a gritar pidiendo auxilio, pero otros instintos recordaban lo que acudiría en respuesta a su llamada y le decían que lo mejor era mantener la boca cerrada y dejar que Tully se las arreglara como buenamente le fuera posible.

Estaban preparándose para saltar. Y, si estaba despierto en ese instante, su reacción natural sería el miedo.

También Hilfy sentía miedo cuando pensaba en su propia situación. Cuando se permitía el lujo de pensar en ello era para mantener la esperanza de que hubiera una o dos naves persiguiéndoles y que fueran capaces de acertarles con un buen disparo antes de que iniciaran el salto, con lo cual todos sus problemas quedarían resueltos de golpe.

Podía pensar en todo, menos en el lugar hacia el cual se dirigían.

Podía pensar en Pyanfar, que muy probablemente estaría haciendo trizas a las autoridades de la estación indicándoles muy claramente lo que debían hacer. Esa idea lograba insuflarle un leve soplo de esperanza; o también podía pensar en Haral. Se la imaginó sentada en su puesto, con la tapicería desgastada por el continuo roce de su cuerpo, volviéndose unos centímetros hacia el puente, con esa calma increíble que jamás flaqueó, ni siquiera cuando había cometido un peligroso error en su primer viaje.

«¿Te importaría arreglar eso?», había dicho Haral.

¡Oh, dioses!, ¡cuánto deseaba que le fuera posible arreglarlo!

Y de pronto la gravedad desapareció bruscamente y la nave quedó sometida a la inercia, y toda su confianza agonizó en el mismo segundo en que el estómago le daba un vuelco.

Estaban preparándose para saltar.

—La *Harukk* ha partido —dijo Tirun al llegarles el aviso—. Según la estación, de eso hace cuarenta y tres minutos luz. La nave perseguidora envió una imagen. Saltó... aproximadamente hace una hora y quince minutos.

Tirun se estaba refiriendo al lapso de retraso. La información había llegado con un poco más de adelanto gracias a que los sensores de la nave habían sido capaces de

recoger datos con unos cuantos minutos de ventaja sobre el informe del faro.

Pyanfar asintió mientras seguía trabajando con los cálculos del rumbo, la mayor parte de los cuales no servirían de nada hasta que no les hubieran dado con precisión las características del nuevo sistema montado en la cola. Cuando hubieran terminado.

Cuando...

—El vector sobre Mkks ha sido confirmado.

—Bien —le temblaban las manos. Flexionó las garras y volvió a esconderlas, poniendo en funcionamiento su silla para que diera la vuelta y pudiera echarle un vistazo a los trabajos que se desarrollaban en la popa, hacia la cual habían enfocado la cámara de su cúpula de observación. Ante el espectáculo de la *Orgullo* despojada de su perfil familiar, Pyanfar no pudo reprimir un leve temblor en sus entrañas. Estaban colocando una unidad nueva y ya tenían las líneas de transmisión a punto. Conseguir que la nave y la unidad de la cola encajaran entre sí era solamente la parte más sencilla del asunto, algo que sólo requería preparar las superficies, que habían sufrido el peso de la desconexión anterior, para las nuevas soldaduras y ensamblajes. Trabajadores con trajes acorazados se movían como ascuas en los campos de luces que se encendían y apagaban continuamente. Eran como un enjambre de insectos que se había apartado durante unos minutos para dejar paso a la nueva unidad. La frecuencia de comunicación nunca estaba del todo callada y crujía constantemente en *chiso*, la jerga mahen que unía entre sí sus múltiples dialectos y les resultaba más fácil a los mahendo'sat que la lengua utilizada en el comercio espacial.

—Voy a descansar un poco —dijo Pyanfar, sintiendo que todo el peso de lo que había visto por la cámara y de sus consecuencias futuras se derrumbaba repentinamente sobre sus hombros. Tuvo la impresión de que levantarse del asiento y recorrer el pasillo iba a resultarle una tarea casi imposible—. Cuando la necesites, llama a Haral.

—Bien —contestó Tirun. En su rostro no había ninguna expresión, ni la menor pregunta sobre qué iban a hacer o de qué modo lo conseguirían.

Pyanfar se lo agradeció.

El tiempo se portaba ahora de forma extraña. En cierto modo Pyanfar podía permitirse el lujo de la inactividad. Durante varias semanas, según el tiempo de la estación, la *Harukk* y sus pasajeros entre una dimensión y otra, donde todo se hallaba suspendido. Y nada volvería a funcionar de nuevo hasta que el pozo gravitatorio de Mkks les captara dentro de su poder. Serían como mínimo dos semanas durante las cuales todo se detendría. No habría miedo, ni dolor. No habría nada, hasta que saliera de esa dimensión.

Pero Tully necesitaba drogas para aguantar esos cambios. Las necesitaba al igual que los stsho. Quizá los kif lo supieran y quizá se tomaran la molestia de mantenerle cuerdo.

Pero quizá fuera mejor para él que no se tomaran esa molestia.

Despertó bruscamente en el borde del cubículo utilizado para dormir y se dio cuenta de que no iba a caer, pese a los feroces latidos de su corazón. Se dio la vuelta y miró hacia el reloj, conectando luego las luces y la conexión del comunicador. El ruido de las reparaciones se había callado, y ésa era la razón de que hubiera despertado.

—¡Puente, maldita sea, son las 04:00!

—Sí, capitana —dijo la voz de Haral—. No hemos tenido ninguna novedad y pensamos que lo mejor sería dejarla dormir un poco.

—¡Hmm! —Pyanfar apoyó el codo en el borde del cubículo—. ¿Está lista esa cola?

—Están soldando.

—No conseguirán cumplir con ese plazo.

—Tienen técnicos trabajando en los tableros. Están haciendo todo lo que pueden.

—¡Dioses! —Pyanfar reclinó la cabeza en su brazo. Tenía la sensación de que ayer le había caído encima una pared y que aún no había conseguido librarse de todos los ladrillos. Con un esfuerzo de voluntad, alzó nuevamente la cabeza—. ¿Cómo está Chur?

—Geran ha llamado y dice que va bien. Las dos consiguieron dormir un poco.

—Ya, bien.

—Hemos recibido una llamada de la *Vigilancia*. Han recibido nuestro documento. Ehrran está que muere.

—Bien.

—Hay un poco de comida lista en la cocina.

Su estómago se rebeló al oír esas palabras.

—Estupendo —se pasó la mano por el rostro, frotándose los ojos—. Ahora voy —Pyanfar apagó el comunicador y rodó sobre sí misma, hasta sentarse en el borde del lecho, e intentó convencer a sus piernas de que debían ponerse nuevamente en funcionamiento.

Hilfy, ¡por los dioses!, y Tully. Ese era el peso que sentía sobre los hombros. El paquete de documentos seguía en el compartimiento de seguridad. También recordaba la silueta convulsa de Tt'om'm'mu bañada en su luz violeta y al mahendo'sat, pegado al panel (*no preguntes sobre los knnn*), y a los mahendo'sat de fuera que estaban haciendo las conexiones vitales en el casco de su nave. Había sido precisamente la incompetencia de los mahendo'sat la culpable de que los kif hubieran podido obrar tal y como les había venido en gana.

¿Incompetencia? ¿Se debía todo al maestro de estación de Kshshti y sólo a esa causa?

Durante aquella medía noche, su parte subconsciente había sido invadida por una oleada de sospechas que ahora se alzaban bajo la forma de sueños medio recordados: kif, ocultos en las sombras de esa habitación. Delicadas conexiones en los circuitos de la columna, algún técnico mahen preparando con todo cuidado una secuencia de errores que mandarían lecturas falsas a los tableros de control. ¡Dioses!, y si una mente podía enloquecer con demasiadas dudas. Por ejemplo, estaba la posible traición de Dientes-de-oro desde que todo había empezado. Era posible que la *Vigilancia* se encontrara justo en medio de todos los embrollos, para proteger los intereses hani. O el que Chanur se encontrara en el peor de los bandos posibles y estuviera a punto de convertirse en el peón que podía sacrificarse, sin problemas, en alguna intriga mahen.

O en una serie de traiciones.

Pyanfar se puso en pie, se dio una ducha y luego se vistió con ropas no demasiado aparatosas, se puso un viejo par de pantalones que reservaba para trabajos pesados. Nada de anillos lujosos, sólo los sencillos que llevaban todas las navegantes espaciales hani.

Khym la había imitado aunque no hubiera sido advertido. Llevaba un par de pantalones de seda que ya le había visto en los disturbios ocurridos en Punto de Encuentro. Nunca había vuelto a ser el mismo después de aquello. La recibió en la cocina con un poco de café y un plato de algo que estaba cargado de especias. No era demasiado bueno cocinando, desde luego, pero al menos podía encargarse de ese trabajo y la comida no resultaba mortífera ni mucho menos.

—Está bueno —dijo Pyanfar para complacerle y, de pronto, se le ocurrió la horrible idea de que después de Mkks nada iba a importar demasiado. Mañana, su mañana, y el que vendría después, cuando hubieran dado el salto y emergieran en el otro lado.

¿Cuánto tiempo podía llevarles de ventaja una nave de caza como la *Harukk* y las demás de su clase? Funcionando a plena potencia debía ser varios días más rápida que la *Orgullo*. La *Harukk* llevaría en el puerto de Mkks por lo menos una semana cuanto llegara su día siguiente y además tendrían que perder tiempo con las maniobras de ataque en Mkks y todo el montón de estupideces que siempre requerían. Si es que llegaban tan lejos, claro.

Pyanfar se estremeció, tragó su último bocado saturado de especias y lo hizo bajar con un buen trago de gfé. Pese a todos sus esfuerzos de voluntad sus orejas insistían en mantenerse gachas, pero logró enderezarlas por unos instantes y miró a Khym.

—Hay una lista de operaciones de rutina en el ordenador —le dijo—. Encárgate de comprobarla.

—Ya la tengo —le dijo él, poniendo un papel sobre la mesa. ¡Por los dioses!, ¡que eficiencia! Pyanfar apartó el asunto de su mente, se puso en pie y abandonó la cocina.

Quizá los kif se contuvieran un poco en cuanto a Hilfy, al menos hasta que hubieran utilizado su cebo sacándole todo el provecho posible. Pero Tully... no, Tully no. No se contendrían en lo más mínimo. Tenían en sus manos una ocasión para extraerle toda la información posible sobre la humanidad y contaban sólo con una semana para conseguirlo. La primera vez que los kif le habían logrado poner las manos encima tenía un vocabulario de una o dos palabras y podía comprender bastantes más, pero nunca había admitido ninguna de las dos cosas ante sus captores.

Ahora podía pronunciar toda una frase seguida en hani y Sikkukkut dominaba perfectamente ese idioma.

—Capitana —le dijo Haral cuando entró en el puente—. Hemos recibido una petición del jefe encargado de las reparaciones. Quieren tener acceso a la columna desde el interior. Les dije que adelante. Pienso abrirles la cubierta inferior para eso.

—Que tengan centinelas, al menos —la idea de completos desconocidos vagando a su antojo por el interior de la *Orgullo*, bastaba para ponerle los nervios de punta. Pero, en esos momentos, no tenían el suficiente personal. En realidad, apenas si tenían personal para seguir funcionando.

—Segundo asunto —dijo Haral—. Un carguero apareció durante el último turno sobre las 03:00, acercándose por el sector 29. Nuestros sensores habían estado sin funcionar. Apareció de repente en la pantalla de la estación, en la zona uno. No pensé que valiera la pena llamar y despertarla, pero hablé con la estación. Lo identificaron como el *Eishait*, dijeron que había entrado cuando sucedió el asunto de la *Harukk* y que sus servicios de seguridad lo habían mantenido fuera de las pantallas. Llamé también a la *Prosperidad* y tenían sus sensores desconectados igualmente. Se encuentran demasiado lejos, en la curvatura de la estación, como para que sus cámaras puedan servir de algo. Me atreví a llamar incluso a la *Vigilancia* y...

—¿Lo habían captado?

Las orejas de Haral se abatieron bruscamente.

—Dijeron, y cito textualmente, que no tenían la autoridad requerida para difundir información al respecto. Les sugerí que despertaran a su capitana y ellos sugirieron que yo despertara a la nuestra.

Pyanfar tragó aire sintiendo una opresión en el pecho y se apoyó en la mampara más cercana al umbral del puente.

—Para entonces —siguió diciendo Haral—, la nave ya estaba llegando al muelle y pensé que no se podría hacer gran cosa al respecto, dado que todo había ocurrido muy aprisa.

La oficina del maestro de la estación siguió manteniendo la historia inicial sobre el *Eishait*. Llamé otra vez a la *Prosperidad* y sugerí que alguna de sus tripulantes fuera en esa dirección a echar un vistazo.

—Tendrías que haberme despertado, ¡maldita sea!

—La *Prosperidad* estuvo de acuerdo en ello, pero dicen que toda esa zona está bloqueada por los de seguridad. No pudieron pasar. Nuestra cuadrilla de reparaciones no paró de trabajar ni un momento y tampoco hubo la menor señal de nerviosismo o preocupación cuando estaba llegando ese mercante. Por el momento tampoco se ha recibido nada de los kif en el comunicador. Creo que se trata de un caza mahen.

—No me parece muy amistoso, por parte de la estación, el que no nos haya informado de ello. ¿No opinas tú igual?

—Me preocupa —dijo Haral—. Todo este maldito lugar olvidado por los dioses me preocupa —sus ojos se movieron de forma casi imperceptible hacía la popa, y en ese movimiento incluían también de modo implícito a la cuadrilla de reparaciones. Luego volvieron a clavarse en Pyanfar—. ¿Todavía sigue teniendo permiso la seguridad mahen para entrar por nuestro acceso, capitana?

El desayuno que había tomado se agitaba incómodamente en el estómago de Pyanfar.

—Déjales entrar. No tenemos otra ayuda por el momento y debemos conformarnos con ella. Y archiva todas esas llamadas.

—Ya las he archivado —Haral puso en funcionamiento su silla y tecleó el nexo de enlace con las comunicaciones de la estación—. Central de Kshshti, aquí la oficial de guardia desde el puente. *El Orgullo de Chanur* al habla. Póngame con la seguridad del muelle.

Pyanfar se apartó de la mampara y miró hacia la izquierda al oír ruido. Tirun apareció con cara de estar medio dormida y le hizo una seña con la cabeza.

—Buenos días —le dijo a Tirun—. Chur anda bastante bien. Desayuna alguna cosa.

—Bien —respondió Tirun y se fue, confiada en su ignorancia de todo lo ocurrido últimamente. Tenían que abrir una escotilla en la cubierta inferior dentro de unos minutos.

Pyanfar ocupó el sitio de Tirun en los controles del puente. Notaba continuamente el peso de la pistola que llevaba en el bolsillo, balanceándose junto a su pierna. Empezó a cerrar las puertas. Colocó el ascensor en tal posición que sólo pudiera ser operado desde el puente y luego selló todas las entradas excepto las necesarias para permitir que las cuadrillas de reparaciones tuvieran acceso a las entrañas más vitales de la *Orgullo*.

—Ya vienen los de seguridad —le dijo Haral.

Los trabajadores mahen iban y venían dejando oír ocasionalmente algún roce de pies descalzos, mientras por los pasillos de la cubierta inferior, se percibían fugaces visiones de cuerpos negros y marrones llevando los artículos requeridos por los técnicos. Pyanfar había logrado convencerse con un esfuerzo de que todos esos

mahendo'sat eran honestos y sinceros. Bajó a ese nivel para examinar sus rostros y juzgar sus reacciones y la expresión decidida y seria de los trabajadores la tranquilizó bastante, al igual que la velocidad con que se afanaban y los movimientos reflejos de sorprendido respeto que provocaba su presencia entre ellos. Algunos la reconocieron pese a ir vestida con sus pantalones azules, mientras hacía una breve ronda por entre las conexiones que los técnicos mahen estaban comprobando concienzudamente. Arriba, en la popa, el primer panel de la nueva tobera avanzaba cautelosamente empujado por un remolcador y varios mahendo'sat, revestidos con trajes acorazados, preparaban la columna para que lo recibiera.

La tobera tenía ciento diez paneles en lugar de los noventa que tenía la vieja y parecía monstruosamente grande. El viejo impulsor habría sido incapaz de lidiar con ella. Pero el viejo impulsor, el antiguo corazón de la *Orgullo*, había desaparecido entre las abrazaderas de un remolcador mahen y una nueva unidad de fabricación mahen estaba siendo acoplada a la espina dorsal metálica de la nave, en tanto que se recalibraban y cambiaban todas las conexiones que lo requerían. Pyanfar tenía la misma sensación que si le estuvieran amputando una parte de su ser para colocarle una extravagante prótesis, fabricada por alguna especie desconocida. Había estado observando la lluvia de chispas que encuadraba el nuevo panel, iluminando sus negras superficies a medida que el remolcador iba girando. Durante unos segundos sintió un escalofrío en la espalda al pensar en todas las complicaciones que podían surgir con la telemetría y todos los sistemas que podían no encajar bien con la nueva ola, dejándoles todavía en peor situación que antes, pese a todas las seguridades que le había dado personalmente la Voz. En el puente, Tirun hacía cálculos y más cálculos y había pedido por tercera vez, y ya con bastante mal humor, que se le entregaran las características de las nuevas unidades. «*Hacer pronto*», había contestado el supervisor, «*dar resumen*». Y cuando Tirun había protestado ante esa respuesta el supervisor había añadido: «*Tener conseguir permiso seguridad dar esa información*».

—¡*Bondad divina!* —había gritado ante eso Tirun por el comunicador—. ¡Condenado loco, pero si eso es parte de nuestra nave!

—Yo hago petición —había dicho el supervisor.

El panel estaba siendo ya situado en su lugar y los mahendo'sat realizaban sus propios controles en los mandos. Las cosas daban la impresión, aunque fuera por los pelos, de encontrarse más o menos controladas. Y Pyanfar no pensaba sólo en la unidad de la cola, sino también en la factura y en los asuntos financieros.

Nueve décimas partes del valor físico de la *Orgullo*, excluyendo sus licencias y derechos... y los mahendo'sat se encargaban de ello.

Trabajar para una especie alienígena. La *Vigilancia* ya la había acusado de eso, y ahora debían estar preparando todas las averiguaciones y cargos al respecto. Habría una investigación oficial, claro.

El *han* tendría muchas preguntas que hacerle, muchísimas. Si sobrevivían a Mkks.

Pyanfar se apartó de las pantallas y pasó junto a un grupo de mahendo'sat que parloteaban en chiso y tenían sus instrumentos unidos a las conexiones auxiliares del cuadro de mandos. Salió al vestíbulo en busca de un poco de aire fresco y se encontró con que el lugar había sido acondicionado para las necesidades de los mahendo'sat. La atmósfera estaba casi helada y de la cubierta inferior llegaba una corriente continua de aire frío que olía a los muelles de Kshshti, a cerveza rancia, a aceite y a mahendo'sat. Pyanfar pasó ante el corredor, del que salían hembras mahen con monos de trabajo color naranja y siguió en dirección al ascensor.

Hilfy. Cada vez que bajaba la guardia pensaba en ella. Pyanfar hizo un nuevo esfuerzo e intentó apartar la idea de su mente.

—Capitana —dijo una voz mahe—, venir.

Pyanfar se detuvo y contempló con cierta sorpresa al obrero que le hacía señas para que se acercara a la compuerta. Abrió la boca disponiéndose a rechazar indignada tal sugerencia y se encontró con que el mahe había desaparecido por ella, aparentemente tan presuroso y atareado como todos los mahe que se veían por los alrededores.

Algún condenado supervisor con ganas de preguntarle cosas. Su nave, su compuerta. Pyanfar dominó los nervios y fue en pos del obrero, pero mientras cruzaba la compuerta tenía la mano metida en el bolsillo.

Nadie, Pyanfar se volvió a medias para mirar por encima del hombro y luego giró nuevamente al percibir algo oscuro que se le acercaba, algo que tenía la estatura de un mahen y ¡levaba los anillos dorados de un navegante espacia!.

Su dedo se tensó sobre el gatillo, dispuesta a disparar a través de la tela de sus pantalones si llegaba a ser necesario.

—¡Pyanfar! —exclamó el mahe, alzando las dos manos, y su dedo quedó inmóvil sobre el gatillo.

—¡Jik! —replicó ella con voz ahogada en tanto que su corazón volvía a ponerse en marcha. El mahe siguió con las manos extendidas hasta que Pyanfar sacó la mano del bolsillo—. ¿De dónde has salido? —Y de pronto supo cuál era la respuesta—. La nave que llegó es la *Aja Jin*, ¿verdad?

—Misma —Jik parecía aún algo nervioso—. Hacer rápido venir aquí. Tener problemas, ¿eh?

Pyanfar le miró de arriba abajo, viendo ante ella a un mahe más bien flaco, en cuyas ropas había los colores suficientes como para hacerle sentir envidia a cualquier hani.

—Jik —le pareció que la mitad de los problemas del universo abandonaban repentinamente sus hombros sólo con verle—. ¡Oh, dioses! Justo a tiempo. ¡Maldita

sea!, justo a tiempo... ¿me has oído?

Jik alzó nuevamente las manos como si le pidiera que no gritara tanto. Pyanfar le agarró por el brazo y se lo llevó hacia el ascensor.

—Aparecer de este modo —iba murmurando mientras buscaba la llave de control y la insertaba en su rendija, pues era el único modo de ponerlo en funcionamiento ahora, aparte de los controles del puente—... y vestido así —las puertas del ascensor se abrieron con un siseo—. Entra —Pyanfar le metió dentro de un tirón y el mahe, que la superaba por un tercio de altura, obedeció sin rechistar, apoyándose luego contra la pared de la cabina, mientras el ascensor salía disparado hacia lo alto y abría nuevamente sus puertas unos segundos después.

Khym estaba en el vestíbulo y al verles se quedó boquiabierto.

—Jik —dijo Pyanfar, identificando a su acompañante—. Mi esposo, Khym. Un viejo amigo y compañero de Dientes-de-oro. Ven conmigo, Jik.

Su nombre era Nomesteturjai, capitán Keia Nomesteturjai. Era Jik para la no muy flexible lengua hani.

—Siéntate —le indicó Pyanfar con una seña a Jik, que todavía parecía nervioso y, quizá por ello, daba la impresión de estar aún más flaco que de costumbre. Luego hizo girar el asiento del puesto de comunicaciones y viendo que Jik no se había sentado, le instaló en él de un leve empujón. Pyanfar se apoyó en el panel y en uno de los brazos del sillón, con lo cual apenas sí había medio metro escaso de distancia entre sus respectivas narices—. ¿Dónde está Dientes-de-oro?

—No saber seguro.

—¿Cómo que no lo sabes?

Los ojos oscuros de Jik no paraban de moverse a un lado y a otro, quizás incómodos ante la proximidad de Pyanfar.

—Creo que cerca Kefk.

—¡Kefk!

—No saber seguro —sus ojos seguían moviéndose y alrededor de sus pupilas había un círculo rojo sangre—. No bueno yo suponer.

—¡Dioses y truenos!, ¿en qué nos hemos metido?

—¿Tú ir Mkks?

Pyanfar retrocedió un par de pasos, irguiéndose.

—Khym, tráele algo caliente de beber, ¿quieres? —¡Dioses! Él. Sus cansados nervios se estremecieron una vez más, sintiendo una especie de pánico rabioso ante la biología.

—Bien —se limitó a decir Khym, marchándose. Pyanfar se dejó caer sobre el borde del panel en tanto que Haral hacía lo mismo sobre la consola que había junto a sus controles, para poder echarles una ojeada de vez en cuando, y Tirun tomaba asiento en el brazo acolchado del segundo sillón de observadores.

—Hablaemos —dijo Pyanfar—, y hablaemos muy despacio. Espero que consigas entenderme.

—No dormir —dijo Jik pasándose por el rostro una mano cubierta de pelaje sucio, por entre el cual se adivinaban sus uñas romas. Tenía los hombros algo encorvados—. Dios, cambio curso asqueroso sistema Urtur.

—Al menos logramos salir de ahí —respondió Pyanfar—. Venga, Jik, ¿qué está pasando ahí fuera? Hilfy y Tully van rumbo hacia Mkks, Chur está en el hospital, me están haciendo pedacitos la nave, puede que para jugársela a los dados. El Personaje dice que lo lamenta mucho y no desea discutir nada sobre el knnn que estuvo pegado a mí cola.

El brazo con el que Jik se estaba frotando los ojos quedó inmóvil en el aire y su

mirada se clavó en el rostro de Pyanfar.

—Knnn.

—En Punto de Encuentro. Puede que viniera hacia aquí. No lo sé. Los dos maestros de estación de Kshshti parecen tan nerviosos como un par de stsho. ¿Qué está pasando?

—Hacer kif coger nave humana. Humanos mucho preocupados.

—¡Fueron los knnn quienes se apoderaron de esa nave humana, ¡maldito seas! ¡Dijo claramente! Y además tengo otras noticias sobre una nave llamada *Ijir*. La otra nave en que iban los humanos, está en poder de los kif.

—¡Dios! —Jik se dejó caer contra el respaldo del asiento, con los brazos colgando fláccidamente a los dos lados, y la miró—. ¿Cómo saber?

—Un mensaje de Sikkukkut an'niktukktin. El mismo que tiene a Tully y a Hilfy.

—¿Él tener 7?

—No lo sé.

Jik dejó escapar un prolongado suspiro y sus ojos enrojecidos se alzaron para mirar a Khym que entraba con una bandeja. Khym se la ofreció en primer lugar, con una envarada cortesía y Jik cogió una de las tazas sin pestañear.

—Nosotros no encontrar. Ambos estación de Gaohn.

—¡Ah! —dijo Khym con una especie de gruñido gutural, pero irguiendo las orejas en una clara muestra de interés. Fue pasando la bandeja a las demás, luego cogió la última taza y se instaló sin decir palabra (y, ¡por los dioses!, con un aspecto francamente irreprochable) en el brazo del asiento que había ante los controles del comunicador, dejando la bandeja sobre la consola y manteniendo un silencio tan impasible como el de Haral o Tirun.

—Nave de caza —dijo Pyanfar para informar a Khym mientras Jik bebía gfé y arrugaba la nariz, estremeciéndose levemente a cada sorbo. El gfé no era precisamente la bebida favorita de los mahen, pero era reconfortante y Jik parecía necesitar algo parecido en esos momentos. Era como si hubiera estado corriendo durante un tiempo muy prolongado y su organismo se hubiera quedado casi totalmente desprovisto de fuerzas—. Es el mejor piloto de todo el espacio mahen —añadió Pyanfar y no mentía al decirlo—. Jik, ¿hablaste con el maestro de la estación?

Sus ojos, cansados y llenos de inocencia, se alzaron hacia ella.

—Ir centro estación, hablar —bebió otro sorbo de gfé, tuvo otro leve estremecimiento e hizo una pequeña mueca ante su sabor—. Tener preguntar ti, Pyanfar. ¿Dónde paquete?

Pyanfar bebió un buen sorbo de su taza.

—¿Qué paquete?

Jik estuvo a punto de toser. El gfé estaba muy caliente y los ojos se le llenaron de lágrimas, pero el brillo de éstas pronto fue disipado por una sonrisa de furia y una

expresión pensativa.

—¡Bastarda! —dijo—. No ser juego.

—No lo es, cierto. Cuando tengan otra vez mi cola en funcionamiento, ¿eh? Sabes, de pronto se me ha ocurrido que, con la *Aja Jin* en el puerto, quizá me saquen del primer puesto en su lista de prioridades. Ahora ya tienen una nave de caza, ¿eh? Ahora no les hace falta ninguna hani.

—Arreglar.

—Estoy segura de que lo harán.

Jik se quedó inmóvil. Respiraba agitadamente y detrás de sus ojos resultaba fácil percibir el rápido curso de sus pensamientos.

—Tienes paquete, ¿eh? Kif tienen Tully, tú tienes paquete y tú vas Mkks. ¿Qué deseas? ¿Dar dos cosas a los kif?

—Puede que quiera comerciar.

Un atisbo casi imperceptible de duda brilló en los ojos de Jik.

—No. Tú no haces eso —la duda se había convertido ahora en miedo—. Tú demasiado lista, Pyanfar.

—No —dijo ella clavando sus ojos en los de Jik—. Tengo amigos. ¿Verdad que los tengo, Jik?

Jik tragó aire.

—Tú dar paquete. ¡Maldición, hani! ¡Tú intentar conservar esa cosa, autoridad de Kshshti abordar tu nave y tomar!

—El maestro de la estación ignora su existencia, ¿no? Ni Eseteno ni Tt'om'm'mu saben que existe, así como tampoco lo sabe nuestro buen Stle stles stlen, que siempre anda sin hacer ruido para cortarte mejor el cuello. Pero tú sí lo sabes. Y cuántos menos haya enterados de su existencia, mejor será. ¿No te parece? —Pyanfar le clavó una garra en el pecho sin muchos miramientos—. ¿Cómo supieron los kif que debían moverse con tal rapidez y que había llegado el momento de preparar una emboscada en los muelles? ¿Cómo pudimos caer en la trampa, eh?

—¿Tú decir maestro estación?

—¿Crees que los kif se limitaron a tener una corazonada y que luego tuvieron suerte con ella?

—Conozco Eseteno. No, no, Pyanfar. No él. Él honesto, largo tiempo ocupando cargo. Confía él.

—De acuerdo, eso hace uno. Pero, ¿hasta qué punto de la línea llega la honestidad por abajo? ¿Cuánto hace falta? Puede que los kif tuvieran en sus manos a algún pariente de los agentes de seguridad, e hicieran un trato, ¿no?

En el oscuro rostro de Jik resultaba imposible leer expresión alguna, pero sus orejas estaban algo caídas.

—Todo tiempo eso posible.

—Quizá pudieran llegar de ese modo hasta algún miembro de la cuadrilla de reparaciones, ¿eh?

—Kif quieren tú ir Mkks. Quieren volar nave ahí. Tienen muchas oportunidades. No hacer falta sabotaje.

Tenía sentido. Como palabras reconfortantes, resultaban las menos alegres que había tenido ocasión de oír desde que ocurrieron los tumultos en el muelle. Pyanfar se acarició lentamente los bigotes mientras sopesaba las posibles alternativas.

—Dar paquete —dijo Jik—. Ir Maing Tol ese paquete. Yo pregunto ti. Importancia primera clase.

—Todo lo que dijo Dientes-de-oro y todo lo que vio, ¿no? Su informe, lo que está pasando en el espacio de los kif. Y también informaciones referentes a los knnn, supongo.

Las pequeñas orejas de Jik, que se habían erguido, volvieron a desplomarse.

—Tú no provecho hacer suposiciones, ni saber más, Pyanfar.

—Haré un trato. Confío en mi honesto amigo mahe. Esa cuadrilla de reparaciones seguirá haciendo su trabajo y mi ingeniero tendrá los planos necesarios y los informes de esas partes nuevas a toda velocidad.

—Entendido.

—Tienes autoridad, ¿no es cierto? Y mucha. Igual que Dientes-de-oro la tenía también.

Jik agitó las orejas.

—Algo tener sí.

—Algo, ¿eh? Si quieres ese paquete, debes venir conmigo a Mkks.

—¡Hani, yo proteger cola tuya en Gaohn!

—Protégela también en Mkks y entonces obtendrás el paquete.

—Tú bastarda, Pyanfar —dijo Jik en voz muy baja y tranquila.

—Tú eres un bastardo de la misma clase que yo. Pero al menos estoy segura de que actuarás tal y como hayas prometido antes.

—Yo ir Mkks —dijo él.

—Haral, trae el paquete.

Haral hizo tal y como se le decía, mientras Jik se recostaba nuevamente en el acolchado y permanecía inmóvil. Se limitó a tender la mano hacia el paquete de documentos cuando por fin Haral lo trajo. El paquete, que había sufrido bastantes percances, tenía una mancha oscura en una esquina.

—¿Todo aquí? —preguntó Jik.

—Dentro está todo lo que me enviaron. ¿Qué tienes pensado hacer con lo que contiene?

—Intentar buscar capitán honesto.

—¿En este puerto? Pues te aconsejo que te mantengas todo lo lejos que puedas de

las hani.

—¿Ah? —Jik la miró fijamente a los ojos y sus orejas se hundieron lentamente, para erguirse de nuevo unos segundos después. La extraña lux que ardía en su mirada daba la impresión de que Jik no resultaría fácil de engañar. Al menos, no ahora—. Problemas, ¿eh?

—Un montón de ellos.

—Tú venir.

—Ir... ¿dónde?

—Venir conmigo. Nosotros hablar con esas hani.

—No.

Jik se puso en pie.

—Yo ir. Seguro hablar nosotros. ¿Quieres parte conversación?

—¡Maldito seas! ¡Maldito seas, ya tengo problemas suficientes! ¡No metas mi nombre en tus jaleos!

—Ellas celosas, ¿eh?

—Mira, mira, lunático sin orejas, hay algo llamado leyes y reglas y ya las he infringido todas. ¡El *han* anda en busca de mi pellejo! ¿Lo entiendes? ¡Chanur está en apuros! Así que pretendes darles pruebas, ¿eh? Sí trabajo para un gobierno extranjero estoy cometiendo un acto ilegal, ¿lo comprendes? ¡Algo que va contra las reglas!

—Tú llevar carga que gobierno dar.

—Eso sí es legal. ¡Que los dioses te pudran!, ya conoces la distinción que hay entre una cosa y otra. Tú también te dedicas al comercio, cuando no andas perdiendo el tiempo en oscuros jaleos que...

—Así que tú llevas carga —Jik alzó el paquete ante los ojos de Pyanfar—. Mismo legal.

—Mira, Jik, viejo amigo. Están buscando una excusa. Quieren encontrar algo que pueda servirles para ponerme en un buen lío, ¿lo entiendes? Conseguirás que nos arranquen la piel a todas.

—¿Qué elección yo tener? Pyanfar, buena amiga, yo no tener elección. Paquete debe ir.

—¡Pues mándalo con un tc'a!

Un leve gesto de sus orejas.

—No —la negativa había sido tan seca como dura y en sus ojos había brillado una chispa fugaz que hizo sonar un montón de alarmas en el cerebro de Pyanfar—. No es idea número uno buena, Pyanfar.

Aún más timbres de alarma. Los respiraderos de metano, con sus intereses particulares. Tt'om'm'mu alzando su cuerpo de serpiente tras el panel de plástiacero, envuelto en una apagada fosforescencia violeta.

—Tú venir —dijo Jik—. Quizá mejor que tú ser allí, ¿eh?, para así detener

estúpido mahe y éste no decir cosa equivocada a esas honestas hani, ¿eh?

—¡No! ¡Decididamente no! —Pyanfar se puso en pie de un salto y atravesó el puente agitando los brazos y apartando a Khym de un manotazo cuando éste intentó cerrarle el paso. Cuando ya estaba a punto de salir del puente, se volvió a mirar y vio a Jik, inmóvil con el puente entre los dedos y con una expresión muy parecida a la de Tully, en su flaco rostro mahen.

—Pyanfar —dijo él tendiéndole el paquete con los documentos.

—No —dijo ella.

—Chanur —dijo Rhif Enrían levantándose de un asiento bastante maltrecho y ennegrecido. La puerta exterior de la oficina tenía un letrero que decía AUTORIDAD PORTUARIA DE KSHSHTI y el letrero estaba escrito en cuatro alfabetos distintos, en todos los cuales faltaba alguna letra. La palabra CONFERENCIAS estaba sólo en tres alfabetos. La hilera escrita en hani se había despegado y había caído de la puerta, dejando detrás sólo una capa de pintura algo más brillante que el resto.

—Ehrran —dijo Pyanfar. Luego se volvió hacia la otra capitana hani presente en la pequeña habitación y añadió—. Ayhar.

Jik cerró la puerta a su espalda y todos se miraron entre sí.

—¿Tú? —dijo Ehrran mirando a Jik—. ¿El Personaje te ha enviado aquí?

—No —dijo Jik sin alzar la voz, como si aparentemente nada fuera capaz de ponerle nervioso o hacerle enfadar—. Yo pedir Personaje que él mandar ti.

Las palabras de Jik dejaron a Ehrran totalmente sorprendida y Pyanfar, que la estaba observando, pudo ver cómo tragaba aire y lo expelía en un leve jadeo, después del cual su rostro volvió a quedar tan inexpresivo como antes.

Sabía reaccionar con rapidez, ¡por los dioses! Rhif Ehrran irguió el cuerpo y con un visible esfuerzo por controlarse apretó los labios, contemplando severamente al mahe de abigarradas vestiduras que tenía delante.

—Sentar —dijo Jik—, capitanas, yo pedir.

Pyanfar frunció los labios y tomó asiento. Luego contempló cómo Banny Ayhar colocaba su corpulento cuerpo en una silla algo mugrienta y unos segundos después era imitada por Rhif Ehrran, que tenía en el rostro la expresión fastidiada de quien acaba de tragarse un puñado de sal y no tiene ni idea de donde va a escupirlo.

—Lo que yo tengo preguntar —dijo Jik, instalándose tras el maltrecho escritorio de la pequeña y miserable oficina—, lo que yo tengo preguntar... —dejó el sobre arrugado sobre el escritorio—. Necesito mensajera.

—¿Quién la necesita? —la pregunta había sido hecha en un tono de voz tan bajo y despectivo que a duras penas si se habían movido los bien cuidados bigotes de Rhif Ehrran al formularla—. Me gustaría ver alguna Firma, si es que no le importa.

—¡Ah! —Jik desvió la muñeca hacia el cinturón de su faldellín y con un gesto tan

rápido, como diestro, sacó de él una minúscula carpeta que dejó sobre el escritorio—. ¿Buena ésa?

Ehrran cogió la carpeta cual si contuviera un potente explosivo y utilizó las garras para echar a un lado la tapa. Luego, leyó en el interior algo que le hizo levantar bruscamente la cabeza y agitar las orejas. Sin decir palabra volvió a cerrar la carpeta y la empujó nuevamente hacia Jik.

Jik la guardó otra vez en su cinturón.

—Yo conocer ti —dijo—. Rhif Ehrran. ¿Dónde rumbo tú?

—Eso es asunto del *han*.

—¡Ah! Quizá tener mismo negocio montón problemas kif. Quizá tener que invocar tratado.

—Puede que consigas a Chanur, para hacer ese trabajo tuyo.

—Quizá invocar tratado. Necesitar ti, Ehrran.

Los ojos de Rhif Ehrran echaban chispas. Una de sus garras brotó repentinamente y trazó una línea sobre el escritorio, dejando un límpido trazo verdoso sobre la suciedad que lo recubría.

—Tengo otras cosas de las cuales ocuparme, mahe.

—Ya. Quizá tener. Yo sí tener. Tengo ciudadana hani con kif. Tengo hani que recibir disparos, ¿ah? No, yo decir ti, *ker* Ehrran. Tú en espacio mahen, dentro de acuerdo mahen —Jik extendió hacía ella un dedo terminado en una uña roma, impidiendo con ese gesto cualquier posible réplica de Rhif Ehrran—. Tú aquí, ¿eh? Yo llamar otro lado tratado, tener emergencia primera clase, yo tener necesidad nave para enviar mensaje.

—¿Quieres comprar otra hani?

—¡Maldita! —Pyanfar irguió el cuerpo disponiéndose a saltar de su asiento, pero un brazo mahen cubierto de oscuro pelaje se estrelló con un fuerte golpe sobre el escritorio, entre ella y Ehrran.

—Yo hacer petición —dijo Jik—. O-fi-cial, ¿eh? Cosa tratado ese. Ahora, nosotros tener acuerdo cooperativo. Acuerdo tal y como yo decir ti, Ehrran. Tú tener que decir sí o decir no. ¿Tú honrar tratado?

Las orejas de Rhif Ehrran estaban pegadas al cráneo. Su delicada nariz se había convertido en una masa de arrugas y sus ojos ardían como dos ascuas.

—¿Qué quieres?

—Tú en caza. Yo digo ti esta caza ir Mkks.

—¡Mkks!

—Mkks, hani. Tener otra cosa que Ayhar hacer —Jik le dio un empujón al paquete que lo hizo resbalar hacia la sorprendida Ayhar, quien logró cogerlo antes de que cayera al suelo—. Tener prioridad salir muelle, capitana. Tú tener. Tú correr condenadamente rápido. Yo conocer, yo conocer ti, Banny Ayhar. Tu muchos anos, tú

mucho lista. Yo conocer, ¿eh?

Las orejas de Ayhar se agacharon lentamente, mientras sus pupilas se contraían mostrando círculos blanquecinos.

—¿Dónde? —le preguntó.

—Maing Tol.

Banny Ayhar sopesó el paquete de documentos entre sus dedos y sus labios se apretaron hasta convertirse en una fina línea recta, aunque sus ojos estuvieron a punto de volverse hacia Ehrran, como si intentara preguntarle algo. Pero Rhif Ehrran, con la vista fija hacia adelante, no respondió a su mirada.

—No habrá problemas —dijo Ayhar en voz baja.

—Bien —replicó Jik—. Tú ir. Ir aprisa, *ker* Ayhar. Tú no hablar, tú no esperar. Tengo seis mi tripulación cuidar de que tú obtener vehículo, cuidar de que tu vehículo llegar nave. Cuadrillas muelle ya estar ahora trabajando para que tú poder salir.

Ayhar se puso en pie sosteniendo el sobre entre los dedos.

—Tú no abrir —dijo Jik.

—Que los dioses se cubran de plumas si tengo el más mínimo deseo de abrir esto —murmuró Ayhar. Miró a un lado y a otro, se quedó inmóvil unos segundos, antes de irse, y dirigió una última mirada hacia atrás—. *Ker* Pyanfar, ¿quieres que me lleve a esa tripulante tuya?

—No —dijo Jik adelantándose a cualquier respuesta posible, por parte de Pyanfar—. Tú correr. Correr mucho. No preguntar razón. Tú no tener seguridad. No tener elección.

—Pero... —el resto de la frase jamás llegó a nacer. Lo que Ayhar había pretendido replicarle a Jik debió parecerle inútil porque se limitó a mirarle durante un segundo y luego se volvió, con el sobre entre los dedos, para desaparecer tras la puerta.

Ehrran también se había puesto en pie, con las orejas gachas.

—Chanur —dijo—, fuera de aquí.

Pyanfar se reclinó en su asiento y contempló a Rhif Ehrran con unos ojos que parecían de hielo.

—Gracias, pero creo que voy a quedarme. Puedo cuidar de los intereses de Chanur gracias a mi presencia. ¿O acaso el capitán mahen siente más inclinación por cuidar los negocios del *han* que un miembro del mismo? Me encuentro aquí para obrar como testigo. Como testigo formal.

Ehrran dejó escapar un lento y prolongado suspiro y en sus ojos ardían dos círculos oscuros en lugar de pupilas. Quizás estaba pensando ya en la posibilidad de que todo quedara registrado en el futuro.

—Kshshti ya tuvo una filtración de seguridad.

—Mi tripulación, mi sobrina, mi pasajero, Ehrran. Si tienes muchas ganas de que

discutamos sobre filtraciones de seguridad, yo...

—Ya arreglaremos eso en otro lugar. Esa acción tuya. —Ehrran se volvió hacia Jik, sin intentar que en su expresión hubiera el menor rastro de cortesía—. Mi rumbo es Kefk.

Jik agitó débilmente una mano.

—Ahora Mkks —la mano volvió lentamente hacia su cadera, se posó sobre la pistola y descansó en ella—. Diez, quizá doce horas. Tú creer que tener asunto negocios Kefk. No. Kefk lugar asqueroso, feo. Tú no ir.

—¿Y qué haré? ¿Qué haré en Mkks?

—Tú quedar mi cola, ¿ah? Tú salir muelle. Muelle bueno, Chanur. Tres veces bastardo primera clase ir echar mirada muelles Mkks, ¿ah?

Hubo un largo, largo silencio. Ehrran seguía inmóvil, con la mirada fija de cazadora.

—De acuerdo —dijo Ehrran—. Diez horas. Confío en que todo esto sea autorizado desde un nivel más alto, na Jik.

Y salió de la habitación. La puerta se cerró con un chirrido.

—Pyanfar —dijo Jik, haciendo una seña hacia la dirección por la cual había desaparecido Ehrran.

—Bien —Pyanfar se puso en pie con el ceño fruncido y siguió a Jik al exterior de la oficina. Allí le estaban esperando tres de sus tripulantes, todos ellos vestidos de modo tan abigarrado como el propio Jik y, si era posible, con un toque aún más fanfarrón, pues llevaban armas exhibidas de modo abierto. Además se adornaban con gran abundancia de brazaletes y cadenillas de oro y uno de ellos llevaba un cuchillo.

—Todo hecho —dijo Jik poniéndole una mano en el hombro—, yo obtener buen arreglo, ¿eh?

—Claro, claro que sí —Pyanfar se volvió hacia él con las orejas pegadas al cráneo—. Pero el arreglo ha resultado bastante caro, amigo. No olvidará esto.

—Esa hani tener alma de kif.

—Aciertas justo en el blanco. ¿Qué asunto? ¿Qué anda buscando?

La mano apretó su hombro y Pyanfar sintió la suave presión de sus uñas incapaces de clavarse o de arañar. Los oscuros ojos del mahe se habían rodeado de una fina red de arrugas y ahora parecían meramente cansados.

—Esa Ehrran caza nave hani. No tú, no, ella tener rumor decir hani trabajar muchos lados de este asunto. *Han* preocupado. Esa Rhif Ehrran quiere a esa renegada, quiere mucho coger. Cree quizá tú, ¿eh? *Han* ponerse loco. No gustar que stsho arreglar de pronto tú papeles, llévate hasta Punto de Encuentro. El *han* tener mucha sospecha. Yo decir ti, Pyanfar. Tú debes ir tu casa para hacer comprender esas hani.

—¿Quién se encargó de que me concedieran esos documentos?

Jik la empujó suavemente hacia la puerta, pero Pyanfar plantó firmemente los pies en el suelo, negándose a ceder.

—¿Quién fue, maldita sea?

—Dientes-de-oro habla buen stsho, tener mismo tratado, ¿ah?

—Stle stles stlen.

Jik se frotó el puente de la nariz, sobre el que una vieja cicatriz había dejado una línea de color grisáceo.

—Mismo tener Ayhar.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Stle stles stlen. Tener algún modo escapar, porque estación cargar danos, ¿ah? Ayhar tener gran factura. Stsho apoderarse cargamento Ayhar.

—¡Oh, dioses!

—Mucho asustada, Banny Ayhar. Stsho enviar aquí, ruta directa, correr mucho mensajera viejo bastardo Stle stles stlen. Mismo venir *Vigilancia*. Mismo Stle stles stlen tener larga charla Rhif Ehrran, después que tú abandonar Punto de Encuentro, ¿ah?

—¡Ese maldito mamón!

—Ayhar, hani muy asustada.

—¡Maldita sea!, ¿qué andará buscando ese stsho? —pero ya se le estaban empezando a ocurrir unas cuantas ideas: cierta factura, un informe muy detallado enviado al *han* mediante la *Vigilancia*.

Y también otras ideas en las cuales se mezclaban la información, el retraso con que podía conseguirse y los intereses mahen.

—Has venido de Kura, ¿en? Apuesto a que vienes de ahí.

Jik extendió hacia ella las manos.

—Quizá venir Punto de Encuentro. Olvidar ese detalle.

—¡Maldita sea!, ¿es que nadie sabe decir la verdad?

—Mucha verdad.

—Claro —Pyanfar le apartó la mano que intentaba ponerle en el brazo y Jik se quedó inmóvil mientras ella se apartaba unos pasos—. Claro —dijo ella—, puede que el cincuenta por ciento de lo que dices sea verdad, ¿eh? ¿Y qué ocurrirá cuando salga de aquí? ¿Tendré acaso un accidente? ¿Lo siento, vieja amiga? ¿La cuadrilla de reparaciones cometió un error? ¿Espero que disfrutes del viaje? ¡Por todos los...!

—No. Yo juro ti —Jik extendió nuevamente las manos hacia ella y luego las dejó caer—. Decir mensaje llegar a Kshshti Yo recibir mismo mensaje venir aquí.

—¿Quién te ha enviado aquí?

—Agente mahen, ¿ah? Venir aquí, ahí agente, misma hani, mismo kíf. Yo no decir más, Pyanfar. ¿Ves? Una vez yo intentar decir verdad, conseguir mucho problema grande.

¿Ayhar?, pensó ella. ¡Dioses, no! Banny no era de esas. Amaba demasiado su libertad para ir y venir, como todas las otras.

¿Un respirador de metano? La *T'T'Tmmmi* había llegado de Punto de Encuentro, lo había visto en la lista y seguía en el puerto.

¿Un espía de *Tt'om'm'mu*, dando información continua a la parte de *Kshshti* sometida a los respiradores de metano? Círculos que escondían otros círculos. *Pyanfar* sintió que se le congelaba el estómago sólo de pensarlo.

Knnn... Pero nadie podía hablar con los *knnn*. Nadie, salvo los *tc'a*.

—Tú venir —dijo *Jik*, confundiendo su momentáneo aturdimiento con la conformidad y cogiéndola por el brazo. *Pyanfar* no opuso resistencia mientras *Jik* le pasaba el brazo por los hombros—. Llévate segura vuelta nave, *Pyanfar*. Tener quizás algo tiempo para dormir. Yo decir verdad. Yo vengo por *Kura*, trayecto largo muy asqueroso. Dormir hará sentirte mejor, ¿ah? —le apretó fuertemente el hombro y luego dejó caer nuevamente su brazo a un costado mientras cruzaban las oficinas generales. Los funcionarios *mahen* se apresuraron a franquearles el paso y abrieron la puerta exterior. Al llegar al vehículo que les aguardaba, *Pyanfar* vio centinelas de la estación con rifles.

Kura... *Kura* estaba en territorio *hani*. Y *Ehrran* se había encogido visiblemente y había dejado de oponer resistencia apenas vio el documento que había en la minúscula carpeta que *Jik* tenía guardada en su cinturón. *Ayhar...* *Ayhar* ya había entrado en esa pequeña oficina con aire de haber sido derrotada y con las orejas gachas.

Asustada, muy asustada.

Pyanfar subió al asiento trasero del vehículo y *Jik* se instaló junto a ella. Estaba rodeada de *mahe* y su aroma, levemente almizclado, dominaba el de cualquier perfume que se hubieran puesto. Uno de los centinelas le llamó la atención. Era más pequeño que los demás y tenía el pelo más bien rizado. De pronto, en su cerebro empezaron a sonar los timbres de alarma.

—Ese —le dijo a *Jik*, clavándole las garras en la rodilla—, ése de ahí fuera...

—Nombre ella *Tginiso* —respondió *Jik*, agachando un poco la cabeza para mirar por la ventanilla—. Ayudante *Eseteno*.

—Estaba en el vehículo cuando *Hilfy* se fue en él. No tiene ninguna señal de quemadura en el pelaje —por un instante la atmósfera se hizo francamente opresiva y el olor de los *mahendo'sat* estuvo a punto de asfixiarla. *Pyanfar* fue muy consciente de que estaba hablando con el capitán de una nave de caza, un *mahe* que tenía intereses *mahen* y que en esos momentos se lo estaba jugando todo a una carta, igual que ella. El brazo de *Jik* resbaló sobre el respaldo del asiento y *Pyanfar* notó cómo se movía.

—En marcha —le dijo al conductor, hablando en *mahen*. El vehículo saltó hacia

adelante, con un leve zumbido del motor, y sus ruedas golpearon las juntas de las placas metálicas con un ritmo peculiar que recordaba el de un corazón asustado.

Y Jik seguía sin decir palabra, limitándose a mirar de un lado a otro del vehículo, sin apenas volver la cabeza, observando cuidadosamente todo lo que les flanqueaba.

Y Pyanfar le observaba solamente a él. Amigo. Compañero. Quizás aliado de Rhif Ehrran.

El vehículo seguía avanzando rápidamente, esquivando a los ocasionales peatones. Jik sacó su pistola, se la puso en el regazo y, como si estuviera pensando en otra cosa, le quitó el pasador de seguridad. El arma no se parecía en nada a la pistola de bolsillo que llevaba Pyanfar. Era casi tan larga como el brazo de Jik y estaba hecha de un metal negro que brillaba con un resplandor mortífero. El mahe que estaba al otro lado sacó también su arma y empezó a observar los muelles, y el confuso laberinto de grúas, cables, maquinaria y recipientes que constituía un lugar ideal para todo tipo de emboscadas.

Pasaron junto al muelle número cinco y Jik le dijo algo en mahen al conductor que Pyanfar no logró entender.

—Vamos cerca —dijo Jik—. Quiero tú subir rápido rampa.

—¡Maldita sea!, tengo toda la cubierta inferior invadida.

Jik le apretó levemente la rodilla.

—Igual bueno tú segura en nave —el vehículo torció a un lado y ante ellos apareció la entrada de una nave rodeada de centinelas. Un nuevo giro y la portezuela se corrió hacia arriba con un leve silbido y Pyanfar salió del vehículo con Jik y la tripulante pisándole los talones.

Empezaron a subir por la rampa sin apresurarse. El trayecto parecía interminable y Pyanfar sintió un escalofrío al meterse por ese conducto de color amarillo con forma de L, que llevaba hasta la compuerta. A medio camino se detuvo y miró hacia atrás. Luego se puso nuevamente en marcha y cuando llegaron a la compuerta se volvió otra vez hacia Jik mientras éste le ponía la mano en el hombro.

—Segura. Segura aquí.

—Claro. Con los ayudantes que el maestro de la estación ha seleccionado personalmente.

—Escucha. Yo sé tú segura.

—Tú lo sabes. ¿Qué había en esa identificación que enseñaste, Jik? ¿Quién eres? ¿Para quién estás trabajando?

Las dos manos de Jik subieron lentamente hasta los hombros de Pyanfar. No tenía sitio alguno al que dirigir su mirada, salvo a sus oscuros ojos mahen que ardían en un rostro tranquilo y aparentemente digno de confianza.

—Vigilancia en tu muelle, ¿entiendes? Vigilancia primera clase, número uno buena.

—¿Quién? ¿De qué estás hablando?

Jik apretó los labios.

—Mahe aceptar órdenes otro lugar. Pero siempre buenos técnicos, ¿eh? No cometer errores.

—¿Igual que esa ayudante? ¿Ese es el tipo de seguridad con el que puedo contar?

—Yo arreglo.

Pyanfar sintió un escalofrío al oír esas dos palabras. Jik alzó las manos apartándolas de sus hombros y extendió un dedo.

—Ahora —dijo Jik—, tú dormir bien.

—Ayhar ha saltado —dijo Khym, sentado ante los monitores del panel de comunicaciones. Las pantallas en las que estaba efectuando una secuencia de comprobación se apagaron durante un segundo. Empezó a garabatear furiosamente en un cuaderno de anotaciones y un instante después lo que había escrito apareció en la pantalla tres al teclearlo Haral. Toda una hilera de números que para él resultaban incomprensibles al principio, pero que estaba logrando dominar con gran rapidez.

Dirección, velocidad, fuerza del campo.

—Ya va de camino —murmuró Tirun y Pyanfar sintió una punzada de alivio en tanto que los datos completos de los sensores aparecían en la pantalla número dos. No había señales de persecución.

También un tc'a se había marchado. La *T'T'Tmmmi*, había salido del muelle en la misma dirección y no podía decirse que su marcha hubiera sido precisamente muy silenciosa.

TC'A TC'A TC'A TC'A TC'A TC'A TC'A

Decía continuamente su transmisión, con todos los aparatos de su nave parloteando de un extremo a otro de la escala tonal. Una nave tc'a totalmente absorta en sus misteriosos asuntos tc'a y con el tc'a sentado ante el panel de comunicaciones pensando únicamente en su inescrutable labor. Se decía que los tc'a jamás mentían. De hecho, se decía que les era imposible. Cuando un tc'a empezaba a emitir todas sus mentes, incluyendo las no conscientes, debían estar perfectamente de acuerdo o de lo contrario la emisión tonal empezaba a fallar y toda la matriz terminaba convirtiéndose en un parloteo carente de sentido.

O, al menos, eso había supuesto un stsho a partir de algo que, al parecer, había creído entender en la frase de un tc'a, hacía de ello un centenar de años.

Pyanfar volvió a concentrarse en su trabajo. Efectuó todas las comprobaciones

necesarias en los sistemas, calibró de nuevo los indicadores y los puso a prueba una y otra vez, haciendo que el ordenador repasara interminables series de simulaciones a medida que se iba reprogramando nuevamente a sí mismo con lentitud.

—*Orgullo* —la voz grave de Khym que respondía a una llamada, rompió el profundo silencio en el que hasta entonces sólo había resonado el leve chasquido de las teclas y el roce de algún cuerpo contra el acolchado de los asientos—. Se encuentra ocupada. Podría... —se oyó el roce de un cuerpo más pesado al moverse—. *Ker Tirun*, es la *Vigilancia*. Quieren a una tripulante.

Tirun murmuró algo y aceptó la conexión en su tablero.

—¡Maldita sea! —dijo—. No hace falta subir hasta el final de la cadena de mando para eso, Ehrran. Quien estaba hablando es un miembro de la tripulación.

Pyanfar se volvió hacia ella.

—Estupendo —dijo Tirun y cortó la comunicación—. Era una confirmación de que Ayhar ha saltado.

Pyanfar no dijo nada porque en realidad no había nada que decir. ¿Quizás avisar a Khym de que habría debido mantenerse inflexible e ignorar cualquier petición de que se avisara a una autoridad superior? Pero la próxima vez podía tratarse de algo para lo cual realmente fuera necesario una tripulante con más entrenamiento. ¿Debía archivar en el registro esa descortesía? Pero, ¿quién podía llegar a leer sus registros salvo el *han*?

Khym ya estaba nuevamente ocupado, con un ceño que marcaba su concentración en su rostro ancho y curtido. Escuchaba el parloteo de la estación que fluía de sus monitores en un torrente continuo, buscando algo que tuviera interés, algo referente a los *tc'a* o los *knnn*, algo que hablara de *kif* o *mahendo'sat*. Estaba haciendo todo lo que podía, y lo hacía bastante bien.

Ocupaba el puesto que había dejado vacante Hilfy.

Pyanfar se volvió nuevamente hacia sus controles y, un instante después, se giró por tercera vez en su asiento al oír el ascensor que se abría en el pasillo fuera del puente.

—¡Capitana! —Tirun hizo girar su asiento en el mismo instante que ella, pero Pyanfar ya se había puesto en pie extendiendo la mano hacia el bolsillo y Khym se había adelantado a las dos.

—Identificar —Haral había recabado para su tablero todas las funciones del comunicador y las teclas chasqueaban ya cerrando todas las compuertas y sellos, pero la puerta del ascensor se había abierto pese a todo.

Era una Hani. Una Hani, no muy corpulenta, de su propia especie.

—Geran —murmuró Pyanfar, devolviendo el arma a su bolsillo. No hubo ninguna broma, ni siquiera una maldición jocosa. No era el momento, ni el lugar para que Geran anduviera sola por ahí.

—¿Algo anda mal? —preguntó Pyanfar al entrar Geran en el puente—. Geran, ¿está bien Chur?

—La dejé abajo, bien tapada en su cama.

—¡Dioses y truenos!

Geran se encogió de hombros y fue hacia la pantalla principal, apoyando la mano en el respaldo de su asiento y luego se volvió nuevamente hacia ella, con las orejas a medio erguir y una expresión tozuda en la mirada.

—No me gusta cruzar esos muelles, capitana. Ese lugar me da escalofríos...

A Pyanfar le hicieron falta unos cuantos segundos de respiración, lenta y cuidadosamente controlada, para digerir esas palabras y no ceder ante la ira que empezaba a sentir.

—Geran —había empleado un tono de voz que habría sido capaz de poner sobre aviso, incluso a un chi—. Tenemos una hora, una maldita Hora para aclararlo todo y salir. Vosotras dos...

—Capitana, por favor —la voz de Geran era tan baja como la suya, pero el cansancio la había vuelto algo temblorosa—. Si me oyera decir esto, Chur me mataría. Pero... está asustada. Está mortalmente asustada. Quedarse ahí... la nave y todo eso... ¿qué sería de ella? ¿Qué sería de nosotras dos aquí? ¿Solas? ¿Dónde está nuestro hogar, sino a bordo de la *Orgullo*?

Pyanfar sintió que las entrañas se le anudaban obedeciendo a un impulso supersticioso en el que la razón no tenía parte alguna.

—Mira, no estamos pensando en suicidarnos, ¿me oyes? Jik está en el puerto. Tiene a la *Vigilancia* de nuestro lado, si es que eso vale de algo. Vamos a Mkks para conseguir un buen fin. ¿Me comprendes? Y ahora, devuelve a Chur al sitio en el cual debe estar.

—Ya está en ese sitio. Y yo también lo estoy —las garras de Geran se hundieron en el acolchado del respaldo y los tendones sobresalieron salvajemente en el dorso de sus manos—. ¿De que servirán todos esos nuevos aparatos que nos han instalado si falta la mitad de la tripulación, eh? Chur puede caminar. Cruzó todo ese muelle caminando y cogió el ascensor, caminando perfectamente. Lo hizo, de veras.

—¡Bondad divina!

—El plasma ha prendido perfectamente y la herida no se volverá a abrir. La he dejado perfectamente protegida y, con el lapso temporal del salto, tendrá unos cuantos días para curar. Para cuando llegemos a Mkks puede que ya consiga estar de pie todo el tiempo y...

—La gravedad la matará.

—No. A Chur no.

Pyanfar sintió que sus orejas se abatían lentamente sobre su cráneo y contempló a Geran, que seguía plantada ante ella sin mover ni un músculo. Comprendió que no

pensaba ceder. Y, a decir verdad, necesitaban ese par de manos. Necesitaban manos que fueran capaces de realizar las operaciones que sólo una hani podía llevar a cabo en los controles, llenando así el hueco dejado por la pérdida de una tripulante hani.

—¡Maldita sea! —murmuró, apartándose de ella con un gesto de cansancio—. Llévala arriba y métela en mi camarote. Que esté cerca de nosotras al menos. Y lleva al camarote un equipo de primeros auxilios.

—Puede quedarse en mi camarote —dijo Khym.

—De acuerdo.

—Gracias —dijo Geran y en su tono de voz se notaba que era sincera al decirlo—. Gracias, capitana.

—Y luego ven aquí, sin perder ni un segundo. Tenemos un horario bastante apretado, ¿de acuerdo?

—¡Bien! —Geran salió rápidamente del puente con Khym detrás de ella.

Pyanfar miró a Tirun y Haral. El rostro de Tirun mostraba una estudiada falta de expresión, en tanto que Haral estaba muy ocupada con los tableros de control y con el trabajo a realizar.

—Nuestras posibilidades acaban de aumentar, capitana —dijo Tirun.

—¿Tanta falta nos hacía contar con otro par de locas en nuestro bando? —Pyanfar se dejó caer en el asiento, conectó la energía y permitió que la invadiera una mezcla de vergüenza y alivio al saber que dentro de poco habría otro asiento ocupado en el puente. El ascensor emitió un zumbido en el pasillo. Khym y Geran iban a la cubierta inferior para ocuparse del traslado de Chur.

—Estamos recibiendo confirmación de la *Aja Jin* —le informó Haral, que seguía encargándose de las comunicaciones—. Lectura de curso: al parecer la estación nos ha metido dentro del pozo gravitatorio.

Pyanfar contempló las hileras de números que estaban apareciendo en la pantalla número uno.

—Ya —tecleó el conjunto de los datos en el simulador y observó cómo las líneas se movían con una serie de chasquidos a través de la pantalla, afirmativo, afirmativo, afirmativo. Los tableros de control seguían siendo los de la *Orgullo*, pero algo extraño le estaba respondiendo desde la cola, ascendiendo por las sinapsis de los circuitos a través de la espina dorsal metálica de la nave—. Ya —todo aquello la ponía extrañamente nerviosa, mucho más que la imagen recogida por la cámara donde se reflejaban las nuevas toberas, más anchas que las antiguas, y las afiladas líneas de las nuevas columnas.

Aquello estaba ahí, a la vista, y resultaba fácil de inspeccionar, pero el corazón y el núcleo no lo eran en absoluto. Se había añadido un veinte por ciento más a su antigua masa y todo hacía variar los porcentajes que entraban en los cálculos y cifras que debían encargarse de mover esa masa. Todos los procedimientos familiares

debían ser olvidados y no les quedaba otro remedio que fiarse exclusivamente del ordenador, confiar en él sin ese antiguo saber intuitivo de cuáles debían ser las respuestas adecuadas y creerle cuando les aseguraba que la *Orgullo* podía dar un salto al que no habría tenido ni la menor oportunidad de sobrevivir media semana antes.

—En marcha —dijo Pyanfar.

Continúa en LA VENGANZA DE CHANUR

APÉNDICE

ESPECIES DEL PACTO

El Pacto

El Pacto es una asociación formada por todas las especies que comercian en una pequeña región estelar y que han firmado un tratado mediante el cual se comprometen a observar ciertas fronteras, restricciones comerciales, tarifas y procedimientos comunes para la navegación estelar. Se trata de una asociación, no de un gobierno. Carece de funcionarios y no mantiene abiertas ningún tipo de oficinas, salvo por el hecho de que todos los funcionarios de los gobiernos que han firmado el tratado son, «de facto», funcionarios del Pacto.

Hani

Nativa de Anuurn, la especie hani se encuentra entre las de menor talla del Pacto. Pero el abanico de estaturas, particularmente entre los machos, es tan amplio que un individuo de la especie hani, puede fácilmente alcanzar la talla de un representante medio de otra especie más corpulenta e incluso superarla. El pelaje que cubre sus cuerpos es bastante corto, salvo en la melena y la barba. Varía en color desde el rojo dorado hasta un marrón rojizo, de tonos apagados, con algunos mechones negros, y su textura puede ir desde un rizado muy suave al tacto, hasta un pelaje totalmente liso y áspero.

Unos siglos antes de que tuvieran lugar los acontecimientos descritos en *El Orgullo de Chanur*, la especie hani poseía una cultura feudal dividida en provincias y distritos. Habían desarrollado ya, bastante bien, el comercio y todo tipo de intercambio entre ellos cuando fueron visitados por los mahendo'sat, que ya viajaban por el espacio (ver más adelante) y se vieron bruscamente arrancados de su Edad Media, con su concepto de la tierra plana y su fuerte territorialidad, para entrar en el comercio interestelar.

El modo de vida típico, anterior a esa era, consistía básicamente en lo siguiente; cada macho se conseguía un territorio mediante un sistema ritual de retos y lo

mantenía con la ayuda de sus hermanas, de las esposas que en un momento dado vivieran con él y la de las parientes femeninas de toda clase, en tanto que el macho fuera lo bastante fuerte como para rechazar los desafíos que se le hicieran. El gobierno efectivo del territorio era llevado a cabo por las hermanas del señor y sus parientes femeninas. Si el señor era afortunado, algunas de estas parientes acababan siendo hábiles comerciantes y sus matrimonios con otros clanes formaban alianzas beneficiosas con las hembras de dichos clanes. Los machos que lograban sobrevivir, hasta convertirse en señores de clan, eran protegidos y mimados y se les mantenía en buena forma física gracias a los cuidados de sus parientes femeninas. Generalmente no tenían parte alguna en los tratos que se hacían entre los clanes o en las decisiones mercantiles, que eran consideradas como demasiado complejas y agotadoras para que los machos pudieran participar en ellas. La imagen del macho en casi todos los clanes era, típicamente, la de alguien alegre y poco preocupado por el mundo cotidiano que pasaba casi todo el tiempo dedicándose a juegos y cacerías y cuyo motivo básico en la existencia era engendrar descendientes. Cuando llegaba el momento del desafío, el macho era considerado prácticamente como un dios, a causa de los dones que le había dado la naturaleza. Estos consistían en la irracionalidad de su temperamento y la rabia incontrolable con que reaccionaba ante la mera presencia de otro macho. Las hembras se interponían entre él y las vicisitudes normales de la vida diaria. Casi toda la literatura y leyendas de la especie hani, que las tiene en gran aprecio, tienen por tema la trágica brevedad que suele caracterizar a la vida de los machos o la inteligencia de las hembras; así como las exploraciones y viajes de hembras ambiciosas para conquistar un territorio, que luego un hermano sin dominios propios se encargará de mantener y defender.

Bajo la administración de ciertas grandes hembras, llegaron a crecer vastos estados. Algunos de ellos contenían rutas mercantiles de importancia vital para la especie, lugares sagrados, pasos a través de las montañas, presas, en suma, cosas que generalmente desencadenaban todo tipo de ambiciones. Ciertos clanes empezaron a formar anfictionías, asociaciones basadas en el interés mutuo, que debían asegurar y mantener el acceso de todos los miembros a las áreas de importancia regional, lo cual solía conseguirse declarando la zona en cuestión como protegida por la asociación. De tales zonas protegidas llegó a desarrollarse la idea del Clan Inmune; es decir, de un clan cuyo dominio sobre un recurso natural determinado no debía cambiar, dado que la necesidad de dicho recurso natural, experimentada por los clanes de los alrededores, exigía que éste fuera controlado siempre por un clan que poseyera experiencia y habilidades especializadas. Dichos clanes se consagraban ellos mismos al servicio público y adoptaban vestimentas que les distinguían de los demás. Los machos inmunes gozaban de gran prestigio ceremonial y generalmente se les cuidaba y mantenía en el lujo durante toda su vida, en tanto que los hijos de las casas Inmunes

no tenían esperanza alguna de lograr la sucesión, a no ser por la muerte del señor debida a causas naturales. Atacar a un macho Inmune era un delito grave que hacía acudir a todos los clanes locales para imponer la pena legal.

Esta forma de gobierno regional acabó demostrando su éxito en la provincia de Enafy, donde tenía su sede el clan Inmune de los Llun, que consiguió establecer su preeminencia sobre las grandes llanuras del río Llunuurn. La provincia de Enafy fue extendiendo su influencia mediante el comercio a otras regiones y de ellos fueron surgiendo nuevas anficionías, algunas de ellas no tan benevolentes. El concepto de la anficionía se fue extendiendo a otros continentes y razas y aunque otras culturas lograron sobrevivir, generalmente eran pequeñas o se hallaban tan divididas que les resultó imposible crecer demasiado. Los Enafy y los Enaury, del mayor continente de Anuurn, fueron logrando expandir su cultura mediante el comercio y, ocasionalmente, mediante la intriga, los matrimonios y las alianzas.

Cuando llegaron los mahendo'sat se encontraron esta situación. Eligieron como punto de aterrizaje la cuenca del Llunuurn, dado que era el sistema fluvial más grande del planeta y la zona que poseía comunicaciones más desarrolladas y se encontraba más densamente poblada. Debido a tal elección el contacto inicial tuvo lugar en la anficionía más grande y antigua del planeta, la situada en los dominios de na Ijono Llun.

La hermana de *na Ijono*, *ker Gifhon Llun*, acudió al encuentro de los intrusos, dado que estos no eran hani y tampoco (tal y como Gifhon dio por sentado, incorrectamente, en varias ocasiones) machos. Cuando llegó a comprender con quienes estaba tratando, se habían empezado las negociaciones, incluyendo una oferta de intercambio comercial, y el mundo había cambiado para siempre, aunque Gifhon no se diera cuenta claramente de ello durante unos años.

Otras anficionías se sintieron amenazadas por la relación que tenía la provincia de Enafy con los mahendo'sat y el ascenso del clan Llun de supervisor de los muelles situados en los afluentes inferiores del Llunuurn al rango de encargados del puerto de lanzaderas y la estación espacial. Los mahendo'sat lograron ir manipulando a un clan contra otro y acabaron metiendo a todos los líderes hani en sus intercambios comerciales.

Las anficionías hani, sin embargo, estuvieran o no de acuerdo con las intenciones de los mahen (y quizás ese hubiera sido el propósito de los mahendo'sat desde el principio) empezaron a tratar entre ellas, discutiendo la posibilidad de una anficionía mucho más grande, en la cual el mismo planeta de Anuurn fuera considerado como el recurso a proteger.

De ese modo, se creó el *han*, el consejo de los consejos, el corazón y el centro del gobierno hani, un microcosmos del planeta en el cual, la alianza, la provincia, el clan y la Inmunidad seguían desempeñando sus papeles. De hecho, *han* tiene también un

significado colectivo que designa a todos los Hani. Teóricamente, cada señor de los hani formaba parte ceremonial de dicho cuerpo de gobierno, aunque en la realidad sólo algunos llegaron a participar en las reuniones y se dirigieran a la asamblea. Los puestos, uno por clan, pertenecían a las hembras de cada linaje que desempeñaran una posición dirigente dentro de él o, en la práctica, a cualquier hembra adulta que se encontrara cerca de alguno de los varios salones de reunión, uno de los cuales existía y sigue existiendo en cada provincia. De ese modo el han llegó a funcionar aunque se celebre sólo de vez en cuando, una auténtica asamblea general, cuya Idealización es objeto siempre de intensas negociaciones previas.

Las relaciones de la especie hani con otra razas capaces de viajar por el espacio no siempre fueron positivas. Los stsho (ver más adelante) no estaban de acuerdo con la intervención de los mahendo'sat en Anuurn y tenían para ello varios motivos. No estaban dispuestos a ver aumentar la esfera de influencia mahen; tanto su especie como los hani compartían una frontera común; desconfiaban, a raíz de su experiencia con los kif (ver más adelante), de todas las especies cuya alimentación fuera casi exclusivamente carnívora, tenían miedo de que el Pacto acabara resultando inestable y, posiblemente, había todavía más razones que sólo mentes parecidas a las suyas serían capaces de entender. Los kif vieron en la llegada de la especie hani al escenario galáctico una oportunidad de cambiar la situación, pero no lograron aprovecharla debido a los esfuerzos combinados de hani y mahendo'sat. Las demás especies del Pacto nunca llegaron a ver solicitada su opinión al respecto y tampoco la hicieron pública.

El territorio hani incluía originalmente el sistema de Anuurn, siendo el nombre de su estrella, Ahr. Los planetas del sistema de Ahr son, por orden: Gohin, un mundo cálido y desértico que carece de atmósfera; Anuurn; Tyo, un mundo helado y estéril que ha sido parcialmente terraformado para albergar una colonia hani; los gigantes gaseosos Tyar y Tyri y, finalmente, el planeta helado, Anfas. La estación de Gaohn fue construida por los mahendo'sat en órbita alrededor de Anuurn y le fue entregada a la casa de Llun, cuyos machos fueron así, los primeros y únicos machos de la especie hani que abandonaron la superficie de su planeta. La estación de Kilan fue construida en órbita alrededor de Tyo y jamás llegó a ser particularmente próspera; en tanto que la estación de Harn fue construida para servir de astillero y dique seco.

La familia Chanur

Chanur era uno de los clanes más antiguos de la provincia de Enafy, de vez en cuando sumergido en la oscuridad, pero mucho más a menudo implicado en el funcionamiento interno y construcción de la anfictionía de Enafy. Bajo una larga serie

de líderes ambiciosos, Chanur logró ocupar una posición de considerable importancia, ya que fue uno de los primeros clanes que obtuvo beneficios palpables del comercio interplanetario.

El jefe actual del linaje es Kohan Chanur. Sus compañeras principales son Huran Faha, Akify Llun y Lilun Sifas. El administrador actual de las propiedades del linaje es su tía, Jofan Chanur *par* Araun. Sus hermanas son Pyanfar, Rhean y Anfy Chanur, que tienen compañeros del clan Mahn, Anury y Quna, respectivamente, y que capitanean las naves *El Orgullo de Chanur*, *La Fortuna de Chanur* y *La Luz de Chanur*. Sus hijas son: Hilfy, de Huran; Nifas, de Akify, entre otras; y tiene también dos hijos (exiliados).

Araun es un clan tributario que está emparentado con el de Chanur a nivel de primos. Otros clanes que guardan el mismo parentesco con Chanur son Tañan, Khuf y Pyruun. Jisan Araun *par* Chanur tuvo a Haral y Tirun de un poco conocido señor de un clan tributario, procedente de la lejana Llunuurny. Dicho señor fue derrotado hace ya mucho tiempo y le reemplazó un macho al que tanto Haral como Tirun negaron su apoyo, dejándole con ello a merced de sus numerosas, pero afortunadamente no muy ambiciosas, hermanas. Nifany Pyruun, prima de Jofan Chanur, es madre primera de Chur y Geran así como de un hijo, exiliado. Administra las instalaciones de Chanur en el puerto.

Kohan tuvo que defender muy recientemente a Chanur ante Kara Mahn, hijo de Pyanfar Chanur y Khym Mahn. Mahn, un clan de las cercanas colinas Kahin, que nunca ha viajado por el espacio, sigue siendo un vecino incómodo con Kara esperando su oportunidad de sustituir a Khym y con su hermana Tahy como guía de los intereses financieros del clan.

Lenguaje y religión Hani

Naturalmente, no existía un solo lenguaje, pero el dialecto Enafy del valle Llunuurn fue haciéndose rápidamente obligado como lengua del comercio y de la diplomacia. Con una resistencia considerable, acabó siendo adoptado como el lenguaje del *han* y en estos momentos es el único que se habla fuera del planeta por la especie hani.

El lenguaje fue el vehículo mediante el cual se fue dispersando la cultura de Llunuurn por todo el planeta y actualmente viaja por el espacio con la especie hani.

Términos respetuosos: *ker*, título de una mujer que ocupa una alta posición dentro del clan; *na*, título de un jefe de clan; *par*, hija materna de un clan. *Nef* es el título que se da a los exjefes que ya no poseen el derecho a ser llamados por el nombre de su clan.

Los términos que la especie hani utiliza para expresar su desprecio o para insultar se relacionan siempre con la falta de aseo; la vejez (mamón, por ejemplo, da por sentado que se es incapaz de comer carne); expulsión o repulsa por parte del clan (bastardo es una traducción muy poco fiel, dado que la legitimidad no puede ser puesta en duda, en una sociedad dentro de la cual el linaje se transmite a través de las madres); las deidades y también el estado de las orejas, que dicen mucho sobre las capacidades defensivas del sujeto. Más peculiar resulta el uso del término *emplumado*, que hace referencia de modo impío a un debate religioso hani; o el de *hijo*, como en la frase *que los dioses le den hijos*: dado que los descendientes varones no trabajan y son exiliados durante la pubertad, para volver cuando se encuentran en su mejor momento físico o intentar apoderarse de las propiedades del clan, una casa que tenga muchos hijos se encuentra en perpetuo desorden e inquietud.

Los Mahendo'sat

Los Mahendo'sat están entre las especies de mayor estatura de todo el Pacto. Tienen los miembros bastante largos y el aspecto más bien desgarrado y están cubiertos de un pelaje que va desde el vello negro y corto de aspecto lustroso hasta el marrón rizado, con toda la gama de variaciones intermedias. Sus garras no son retráctiles y las utilizan más como herramienta que como arma. Son omnívoros y proceden de Iji, controlando una considerable extensión de territorio espacial. Sus vecinos por una lado son las hani y por otro los kif, con los cuales mantienen ciertas disputas territoriales.

Los mahendo'sat tienen más de cien lenguajes nativos en Iji. Su dialecto más extendido es el *chiso*, que no todos son capaces de hablar y que usan para el comercio y la diplomacia. Muchos mahendo'sat jamás han logrado aprender ni tan siquiera la jerga simplificada que llegó a ser popular durante el contacto hani e incluso después. Irónicamente, esta especie, que cultiva tanto el arte como la ciencia sólo por placer y que se encuentra continuamente embarcada en todo clase de investigaciones, no es capaz de traducir ningún idioma a los suyos (y viceversa) de modo fiable, lo que para ciertos estudiosos podría estar motivado por ciertas peculiaridades de su psicología y fisiología.

El que la jerga comercial sea básicamente hani obedece a varios hechos, la mayor parte de los cuales guardan relación con la incapacidad que sufren los mahendo'sat a la hora de traducir su propio idioma. Para empezar, los mahendo'sat y los stsho ya se comunicaban, con notable dificultad, mediante una lengua degenerada en la que se usaba básicamente como mediadores a los kif, que sabían hablar el stsho. Además, cuando los hani aparecieron en el espacio, demostraron su capacidad para aprender

tanto el idioma kif como el stsho y, con su larga experiencia en el comercio, acabaron desarrollando una jerga hani que se mezcló con la ya utilizada y acabó prácticamente suplantándola. La jerga final resultante demostró que podía ser utilizada y dominaba incluso por los mahendo'sat y que los kif tenían menos problemas con ella que con el idioma stsho, por lo cual fue aceptada con gran alivio por los mahendo'sat.

En cuanto a la cultura mahen, hasta el nombre de la especie sufre cierto grado de incertidumbre. Mahe es generalmente singular, pero a veces es plural. En realidad, los mahendo'sat parecen utilizar dicho término para designar la mentalidad colectiva de la especie en un momento dado, así mismo como a la especie en tanto que entidad y, a veces, como un concepto de difícil traducción cercano a nación o especie. El término *han* en su aplicación como colectivo de la especie hani, es claramente un reflejo de la influencia mahen en la frase de formación del gobierno mundial hani.

Los mahendo'sat suelen dedicarse con frecuencia al coleccionismo, rasgo que comparten con los stsho. Pero los mahendo'sat se interesan mucho más por los objetos naturales y suelen crear jardines de gran complejidad, arte que le enseñaron a la especie hani. Pero las obras hani, tienden a mantener su muy típica sencillez, y están enfocadas más bien a la utilidad agrícola. Por otro lado, los mahendo'sat cultivan todo tipo de diseño aplicado y saben sacar significados filosóficos de la forma en que crecen sus árboles, cuidadosamente manipulados. Los mahendo'sat también poseen animales domésticos, rasgo cultural que comparten con los stsho y puede que con los tc'a (ver más adelante), aunque es más probable que prefieran los de carácter difícil y cuiden, con grandes trabajos, algunas especies exóticas.

La historia de la especie mahen abunda en reinos minúsculos que se hallaban en un continuo estado de ebullición religiosa y mística. Sus líderes afirmaban haber sido designados por la divinidad, surgían de la nada, para cumplir algún oscuro propósito y se desvanecían luego, de forma inmutable, en lo que llegó a ser toda una tradición. Les preocupan enormemente los ceremoniales de cortesía y aman el pensamiento abstracto, los símbolos y los significados ocultos de las cosas.

La autoridad mahen, tanto en los tiempos antiguos como en los modernos, se apoya en la Persona, que debe poseer dignidad y atractivo carismático, y une a las Personalidades o Personajes, en una compleja cadena de mando donde cada eslabón está subordinado al anterior pero, al mismo tiempo, un Personaje de alto rango puede ser derribado por el delito o el error de otro que le esté subordinado. Los mahendo'sat tienen en gran aprecio esta cualidad indefinible y la reverencian allí donde la encuentran, hasta el extremo de que más de una vez, han honrado o ignorado a miembros de otras especies sin hacer el menor caso de los conceptos que dicha especie tenga en cuenta a la autoridad. Los Personajes pueden pertenecer a cualquiera de los dos géneros de la especie, aunque normalmente son de edad madura. Sus niveles y rangos de autoridad son muy variados, pero todos poseen una Voz.

Normalmente es una persona del género opuesto cuya tarea, aparentemente autoimpuesta, es representar al Personaje y encargarse de emitir todas las frases desagradables que el Personaje es demasiado sereno y altivo para tomar en consideración.

La unidad social mahen es muy compleja y gira siempre alrededor del Personaje. La elección de compañero obedece aparentemente al azar y el gusto, pero la capacidad de ser más o menos Persona está muy relacionada con ella. Los jóvenes son manejados e intercambiados con aparente despreocupación, pero también influye en ello la cualidad de ser Persona y el deseo de exponer a los jóvenes a una buena influencia o de que reciban una educación mejor.

El gobierno mahen suele hallarse en manos de un Personaje con sede en Iji cuya serenidad es intocable e inalterada pero, como es típico de los mahendo'sat, tanto dicho Personaje como toda la forma de gobierno, pueden sufrir cambios repentinos sin ningún tipo de aviso previo.

Los Stsho

Los stsho, nativos del remoto mundo llamado Llyene, son de complexión pálida y carente de vello. Son una especie de hermafroditas trisexuales y uno de los individuos de cada tríada lleva en su interior al nuevo descendiente. Pero, este mismo individuo puede formar parte de otra tríada en tanto que no-portador de ningún descendiente. Los stsho se niegan a explicar nada al respecto.

Son omnívoros dotados de gran agudeza sensorial y de cuerpo muy frágil. Sus miembros se rompen con facilidad e incluso sus personalidades pueden llegar a fragmentarse, sometidas a una fuerte tensión, lo cual parece tener socialmente una función absolutoria. Es un acto altamente descortés reconocer a un stsho que ha cambiado de personalidad. Tal y como llaman los stsho a esa situación, dicho individuo está en Fase y, aparentemente, un mismo individuo atraviesa muchas Fases durante su vida.

Practican el comercio. Como raza poseen un gran sentido de la estética y son capaces de apreciar variaciones muy sutiles, tanto en la vista, como en el sabor. Por ejemplo, poseen cuarenta y siete palabras distintas para el color blanco.

Al igual que la especie hani, prefieren utilizar como asientos y lechos estructuras en forma de cuenco. Su compleja y elaborada arquitectura no parece poseer ningún orden interno y todas las tonalidades utilizadas en ella son colores pastel, muy suaves.

Son los únicos nativos del espacio ocupado por el Pacto que necesitan drogas para sobrevivir al salto.

No permiten la intrusión de especies que respiren oxígeno dentro de su territorio,

pero son al mismo tiempo totalmente incapaces de poner en vigor tal decisión mediante el uso de la fuerza, a no ser mediante su relación con los siempre impredecibles respiradores de metano que los separan del territorio kif. Comparten una frontera con la especie hani; los respiradores de metano son libres de ir y venir por su espacio y, para inquietud suya, han descubierto que los humanos se encuentran detrás de ellos, en la zona del espacio stsho más próxima a Llyene, que es un mundo prohibido y envuelto en el misterio.

Fueron de las primeras especies que viajaron por la región, algo bastante fuera de lo normal, ya que su política parece consistir en adquirir un área de dominio lo más grande posible alrededor de su mundo natal, de la que están excluidos todos los extraños. Lo innegable es que no han viajado a las estrellas movidos por el impulso de entrar en contacto con especies desconocidas o, quizás, en el pasado hayan sufrido algún tipo de experiencia que les ha moldeado hasta su estado actual. Los stsho nunca han permitido que se filtrara información importante sobre ellos fuera del espacio stsho, algo que molesta sumamente a los siempre curiosos mahendo'sat.

El legendario planeta Llyene es un mundo que atesora riquezas fabulosas.

Se ha demostrado que el comercio stsho es lucrativo en todas sus rutas y son la fuente de gran parte de la tecnología que los mahendo'sat han acabado utilizando para sus propósitos particulares.

Los kif

Los kif son la especie de mayor talla física en todo el Pacto. Son muy delgados y carecen prácticamente de grasa corporal. La mayor parte de su cuerpo carece de vello, con la excepción de una franja que desciende hasta la mitad de sus cráneos de forma oblonga y con un hocico prolongado. Dicha franja es raramente visible, dado que los kif van siempre cubiertos con capas y capuchones y rara vez descubren la cabeza ante extraños. Su piel es de un color grisáceo y blanda al tacto, aunque muy resistente y surcada de arrugas. A los hani o a los mahendo'sat les resulta caliente. Son ágiles y fuertes; poseen garras retráctiles muy afiladas. Sus ojos suelen estar rodeados de un ribete rojizo y prefieren la penumbra a la luz fuerte. En cuanto a sus géneros sexuales, no se sabe nada demasiado preciso sobre ellos. Es posible que tengan sólo dos, pero las demás especies suelen referirse a los kif como individuos neutros, sin que ello esté apoyado en ningún tipo de prueba. El referirse a ellos con el pronombre masculino es meramente una convención iniciada por los mahendo'sat. Los kif usan de vez en cuando tanto los pronombres él como ella, para referirse a su especie, pero el que tal distinción refleje de modo preciso un concepto de géneros sexuales mahen o hani o algo más parecido a lo que ocurre con los stsho, no ha sido

aún aclarado. Los kif no proporcionan muchas pistas con las que solucionar el acertijo.

Los kif lograron viajar por el espacio planetario sin recibir ayuda de ninguna otra raza después de una auténtica carrera armada entre ellos y adquirieron la capacidad para desplazarse de una estrella a otra, al entrar en contacto con los tc'a. Varias especies del Pacto han expresado repetidamente sus dudas en cuanto a la sabiduría de tal concesión, por parte de los tc'a.

Como especie, los kif son carnívoros con exclusión de cualquier otro alimento, y son incapaces de tragar presas demasiado grandes. Dentro de su hocico existen dos juegos de dientes: Uno es para morder y el otro para reducir lo engullido a pulpa y fluidos. Prefieren consumir su alimento cuando aún está vivo y se muestran bastante melindrosos en cuanto a gustos. Les repele la carroña y no pueden consumir carne que haya sido cocinada, salvo con un gran esfuerzo.

El color no tiene parte alguna en su arte y decoración, que suele ser utilitario y muy a menudo está ejecutado en negro y en gris. La iluminación de sus moradas suele ser débil e indirecta. Poseen visión nocturna y en realidad gran parte de su mundo natal está habilitado con instalaciones subterráneas. Pese a que algunos científicos mahen han mantenido discusiones, basándose en que el ojo de los kif (más pequeño que los ojos de otras criaturas nocturnas de otros planetas), podría dar a entender que la especie se originó en realidad como un cazador diurno y que en algún momento del pasado lo que hizo fue cambiar su estilo de vida. Dado que los kif no transmiten ningún tipo de datos a los mahendo'sat y que tanto los stsho, como los hani, no tienen interés en el problema, éste carece por el momento de solución. Curiosamente, los kif cultivan un arte confinado, aparentemente a los objetos de uso corriente (armas, utensilios para comer y beber, cajas y recipientes), embelleciéndolos con tramas en relieve perceptibles al tacto. No aprecian demasiado los objetos producidos en serie y le dan gran valor a los que creen únicos y también a bienes perecederos como licores exóticos o especímenes raros o en peligro de extinción. Aprecian las bebidas que producen intoxicación, pero son la especie conocida que muestra una mayor moderación en su uso. Se han dado casos en los que un kif intoxicado por ellas ha sido muerto inmediatamente por sus compañeros.

Los kif son excelentes lingüistas y muy hábiles en la mímica. En particular, hablan con fluidez la lengua hani, al igual que sus varios lenguajes propios. Su estrella es Akkt y su mundo natal Akkht, que los miembros de otras especies suelen confundir entre sí. Se supone que las dos palabras significan *hogar* o *base del hogar*, dado que el *hogar*, tal y como lo entienden los kif, denota un lugar donde uno puede refugiarse para reunir fuerzas ante la llegada de la siguiente estación. Cuando descubrieron por primera vez a otras especies, la conmoción y el subsiguiente período de organización permitió que unos cuantos líderes se apoderaran de Akkht y,

finalmente, permitió que los kif capaces de viajar por el espacio, lograran dominar Akkht por completo.

A lo largo de la historia los kif han poseído una organización muy débil. Normalmente han tenido siempre una tasa muy alta de disputas internas y era prácticamente común el robo de los kif más débiles por los más fuertes. Poseen el concepto del *sfik*, o rostro, en el cual el más fuerte se agarra a un objeto y desafía a todos los que se le acerquen. Cuanto más atractivo y único sea ese objeto, más grande es el *sfik* logrado con él. Es posible que su interés por el arte gire en torno a tal concepto. Los bienes de consumo o perecederos que pueden ser destruidos o utilizados en cualquier momento, con el propósito calculado de frustrar al enemigo, poseen un gran valor como *sfik*. Apoderarse de un objeto tal es algo difícil y de gran valor y se cuentan también legendarias destrucciones de objetos enormemente valiosos.

Relacionado con el concepto del *sfik*, se encuentra el llamado *pukkukta*, cuya única traducción aproximada sería la de infligir un golpe devastador a un rival.

Normalmente los kif operan de forma individual o en grupos reducidos dentro de los cuales existe un kif dotado del mando supremo y los kif más débiles, si no están protegidos de él, al menos sí reciben protección de los otros kif.

Algunas veces un kif logra alcanzar una posición de supremacía en la cual otros temen desafiarle y gracias a la cual es temido y apoyado por quienes le rodean. Un kif en tal posición es un *hakkikt*, palabra que según los kif significa príncipe. La existencia de un *hakkikt* suele traer consigo un período en el cual los miembros de las demás especies, tendrán problemas con los kif. Entre ellos existe una creciente expectación basada en la idea de que pronto surgirá un *hakkikt* que unirá a todos sus planetas en un poder tal, que el resto del Pacto será incapaz de resistirle.

Tc'a

Los tc'a son criaturas parecidas a serpientes recubiertas de una gruesa piel parecida a cuero dorado. Los tc'a respiran metano y son naturales de Oh'a'o'o'o. Poseen un cerebro compuesto que piensa en matrices y se comunica mediante armónicos. Sus zonas vocales son capaces de manipular herramientas. Pueden alcanzar hasta doce veces el peso de un mahendo'sat y engendran varios descendientes a la vez, aparentemente sin prestar la menor atención a dicho proceso. Se sabe que ello ha tenido lugar algunas veces en mitad de una conversación. Comercian, hacen prospecciones mineras y lo que pasa por sus mentes sólo es conocido por los tc'a. Normalmente se encargan de controlar la zona destinada a los respiradores de metano en las estaciones del Pacto, dado que por el momento y que se

haya sabido son la única especie que respira metano interesada en hacerlo. Mantienen cierta asociación con los chi y los knnn (ver más adelante) y en tanto que se sabe bastante sobre sus desplazamientos y también que nunca han agredido a otra especie, prácticamente se ignora todo sobre su mentalidad o la historia de su raza, excepto que estaban en contacto con los chi antes de que éstos encontraran a los stsho y que empezaron a viajar ya hace mucho tiempo por el espacio.

Chi

Los chi son criaturas (¿seres inteligentes?) de color amarillo brillante y cuerpos muy delgados que se mueven con gran rapidez y muy a menudo dan la impresión de sufrir un pánico total. «Loco como un chi» es un proverbio hani entendido prácticamente en todo el Pacto.

No está claro si los chi son asociados de los tc'a o meramente animales domésticos. Los chi pueden manejar naves, pero como pilotos son muy poco dignos de confianza y es casi seguro que no desarrollaron la tecnología que utilizan en la actualidad. Los tc'a siempre van acompañados por algún chi, aunque de vez en cuando se puede encontrar a los chi en comunidades que al parecer no visitan los tc'a.

Nativos de Chchchoh, los chi acompañan regularmente a los tc'a en las zonas mineras más peligrosas. No se ha informado jamás de que ningún miembro de una especie que respire oxígeno haya visitado Chchchoh. Los tc'a no lo habrían permitido, aunque no esté clara la razón de tal actitud. Se sabe que los chi se reproducen haciendo crecer un segundo cerebro, en un punto situado aproximadamente en mitad de su cuerpo. A éste le siguen unos miembros adicionales; luego se produce la fisión: el chi recién nacido se aleja después de ésta, convertido en un ser independiente. Por lo tanto, la cuestión de los géneros en la especie chi es francamente dudosa. Algunas veces se les ha visto entregados a ciertas actividades que podrían tener relación con la procreación o el apareamiento, pero no hay nada de cierto en cuanto a ello.

Knnn

Nadie sabe cómo se llama el mundo natal de los knnn. Nadie sabe si sus naves tienen nombres, excepto quizá los tc'a o los chi, que se limitan a guardar silencio al respecto. Ninguna especie que respire oxígeno está ni tan siquiera segura de cuál es su estrella de origen, salvo que ésta se encuentra en la parte inferior de la zona

dominada por el Pacto y las sospechas al respecto, suelen centrarse en una estrella, de la cual se sabe concentra una considerable actividad de los knnn.

Los knnn se parecen a masas negras que se dirían hechas de pelos pegados entre sí y de las cuales emergen patas semejantes a las de una araña. Considerados generalmente como las ratas de la galaxia, respiran metano y se canturrean unos a otros interminables melodías de aire melancólico por la radio de sus naves. Son (quizá) mineros y (se supone que) comerciantes, pero su idea del comercio (al menos la que los tc'a han sido capaces de entender en sus comunicaciones con ellos) es aparecer a toda velocidad ante una estación o una nave e intercambiar lo que han traído, por lo que quieren o por aquello de lo cual se han encaprichado. Se mueven tanto por enjambres, como en solitario y sus naves son las únicas que pueden cambiar de rumbo en el espacio de Salto. Su capacidad para acelerar bruscamente y maniobrar, queda fuera del alcance de cualquier especie que respire oxígeno. No son demasiado populares: Sólo es posible hablar con ellos a través de los tc'a, que pueden hacer una traducción aproximada de su idioma, siempre que se puedan entender luego las frases matriz de los tc'a, compuestas normalmente de siete partes.

Las naves knnn no hacen el menor caso de las normas de navegación y nadie ha sido capaz, de obligarles a ello. Se sospecha que en más de un aspecto, los knnn pueden haber originado gran parte de la tecnología que se usa en el Pacto. Nadie, excepto los stsho, sabe si fueron ellos mismos quienes diseñaron realmente su propia tecnología y es posible que ni tan siquiera los stsho tengan la respuesta a tal pregunta. Lo cierto es que nunca hablan de ello.

Los knnn eran desconocidos en Anuurn hasta que Pyanfar Chanur los trajo allí. Su pueblo no le está demasiado agradecido por ello.



CAROLINE JANICE CHERRY, nacida en 1942, ha hecho famoso su pseudónimo C. J. Cherryh desde que apareció su primera novela GATE OF IVREL (1976), que le mereció el premio John W. Campbell de 1977 al autor más prometedor. El éxito de sus primeras obras le llevó a abandonar su trabajo como profesora de latín y dedicarse completamente a la escritura.

Se trata de una autora muy prolífica (dos o tres buenas novelas al año), que posee una extraña habilidad para zambullir al lector en el corazón de culturas extrañas y ajenas y, por ello, ha sido comparada a Úrsula K. Le Guin. Capaz de utilizar un ágil ritmo narrativo, ha recreado la clásica space opera a la que ha incorporado un tratamiento maduro y completo de los personajes, a menudo femeninos y de culturas no humanas. La primera y prometedor novela se extendió hasta una trilogía conocida como THE BOOK OF MORGAINÉ formada por GATE OF IVREL (1976), WELL OF SHIUAN (1978) y PIRES OF AZEROTH (1979), para llegar a convertirse en tetralogía con EXILE'S GATE (1988). Otra de sus series famosas es THE FADED SUN compuesta por THE FADED SUN: KESRIT (1978), THE FADED SUN: SHON-JIR (1978), y THE FADED SUN: KUTATH (1979).

Obtuvo el Hugo de 1982 por su novela LA ESTACIÓN DOWNBELOW (1981), en cuyo universo se ambientan también MERCHANTER'S LUCK (1982) y FORTY THOUSAND IN GE HENNA (1983). Otra serie es la formada por PORT ETERNITY (1982) y VOYAGER IN NIGHT (1984).

Estuvo apunto de ser la primera persona que obtuviera el Hugo dos años consecutivos con EL ORGULLO DE CHANUR (1982), cuyo gran éxito de ventas llevó a la

aparición de la tetralogía de la Saga de Chanur formada además por CHANUR'S VENTURE (1984), THE KIF STRIKE BACK (1985) y CHANUR'S HOMECOMING (1986).

También destaca en el campo de la fantasía con la serie formada por THE DREAMSTONE (1983) y THE TREE OF SWORDS AND JEWELS (1983) y otras obras como ÁNGEL WITH THE SWORD (1985) y SERPENT-S REACH (1980).

Más estrictamente de ciencia ficción son BROTHERS OF HARTH (1976) y HUNTER OF WORLDS (1977) y, más recientemente, CUCKOO'S EGG (1985) y LEGIONS OF HELL (1987).

Son ya veintitrés los títulos citados que no agotan todavía la ingente producción de Cherryh en estos últimos diez años. Hay que añadir HESTIA, THE GREEN GOODS (escrita en colaboración con N. C. Henneberg), SUNFALL, y WAVE WITHOUT A SHORE.

Y todo ello sin contar sus relatos cortos, algunos de los cuales están recogidos en la antología Visible Light (1986) que incluye, entre otros, el relato Cassandra, que obtuvo el premio Hugo de 1979.

Y esta fecundidad no parece estar reñida con la calidad. Su obra, apreciada por el público, es también muy reconocida por críticos y estudiosos, principalmente por su gran imaginación, la cuidada y minuciosa descripción de culturas extraterrestres y su tratamiento del rol de los sexos en otras culturas.